



ALMUDENA  
DE ARTEAGA

CATALINA  
DE ARAGÓN

REINA DE INGLATERRA



Lectulandia

Catalina de Aragón, la pequeña de los Reyes Católicos, fue la más parecida a su madre. De cabello rojizo, rostro sereno, graciosa y sagaz, llegó a ser, según Shakespeare, «Reina de todas las reinas y modelo de majestad femenina». Cuando en 1501, abandonó Granada rumbo a Londres apenas adolescente, para casarse con el príncipe de Gales, Arturo Tudor, no imaginaba que sería viuda pocos meses después. La joven quedó desolada. Ni sus padres querían renunciar a la alianza ni Enrique VII perder la dote. El propio rey quiso desposar a la joven pero Isabel la Católica no lo permitió. Y fue prometida al hermano de Arturo, Enrique.

**Lectulandia**

Almudena de Arteaga

# **Catalina de Aragón**

**Reina de Inglaterra**

ePub r1.2

Titivillus 21.01.15

Título original: *Catalina de Aragón, Reina de Inglaterra*  
Almudena de Arteaga, 2002

Editor digital: Titivillus  
Corrección de erratas: ronstad, chemaeg  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# Genealogía de Catalina de Aragón, Reina de Inglaterra (1485-1536)

## Padres:

Fernando de Aragón (1452-1516).

Isabel de Castilla (1451-1504).

## Hermanos:

Isabel de Portugal (1470-1498).

Juan de Austria (1478-1497).

Juana la Loca (1479-1555).

María de Portugal (1482-1517).

## Matrimonios:

Arthur Tudor, Príncipe de Gales (1486-1502).

Enrique VIII, Rey de Inglaterra (1491-1547). Matrimonio anulado en 1533.

Hija: María Tudor «Bloody Mary» Reina de Inglaterra (1516-1553).

## Genealogía de los Tudor

Matrimonio de Enrique VII, Rey de Inglaterra (1457-1509) y Elizabeth Plantagenet, Reina de Inglaterra (1465-1502).

Hijos:

Margaret Tudor, Reina de Escocia (1489-1541).

María Tudor, Reina de Francia, Duquesa de Suffolk (1496-1533).

Arthur Tudor, Príncipe de Gales (1486-1502). Matrimonios:

Catalina de Aragón, Reina de Inglaterra (1485-1536).

Enrique VIII, Rey de Inglaterra (1491-1547). Matrimonios:

Catalina de Aragón, Reina de Inglaterra (1485-1536).

Ana Bolena (1507-1536).

Jane Seymour (1505-1537).

Anne of Cleves (1515-1557).

Catherine Howard (1520-1542).

Catherine Parr (1508-1548).

## *Dramatis Personae*

Hija mía,

Puesto que por tu juventud y posición no conociste a muchos de los mencionados en la siguiente crónica, aquí los describo y especifico en lo que a mí me tocan o tocaron. Espero que te sirva de índice para que sepas quién fue cada uno de ellos y qué significaron para mí.

Mis padres, tus abuelos:

**Isabel I de Castilla** (1451-1504). Los caudalosos ríos de tinta que fluyeron sobre esta, la Reina Católica, vuestra abuela, son prueba del poso que en la historia de Castilla dejó. Yo, Catalina, fui la más pequeña de sus hijos. Era mujer ceremoniosa en sus vestidos y arreos. En el servicio a su persona se servía de hombres nobles y grandes. Acatamiento y humillación fueron sus premisas. Solicitaba u ordenaba a todos su cumplimiento sin duda ni réplica posible. Comisa, pía y austera predicaba con el ejemplo.

**Fernando II de Aragón** (1452-1516). Cuando quedó viudo de vuestra abuela casó con Germana de Foix. De estatura mediana, ancho de hombros, fuerte musculatura, pelo castaño y tez bronceada. Fue un rey prudente, sensato y Católico. Veló siempre por sus propios intereses hasta el punto de anteponerlos a los de nuestra familia. Algunos le describieron como el ejemplo más claro del príncipe de Maquiavelo, pues no tomaba decisión alguna que no le reportara un beneficio a Aragón, su reino. Yo era su hija preferida, «su pequeña»; y sin embargo llegó a olvidarme durante siete largos años.

Mis hermanos, tus tíos:

**Isabel, reina de Portugal** (1470-1498). Casó en 1490 con Alfonso, príncipe de Portugal, y al quedar viuda, siete años después, con Manuel, rey de Portugal. Ella fue mi hermana mayor y más admirada en la infancia. Antes de morir, parió a Miguel, aquel niño que hubiese unido Castilla y Portugal bajo un mismo reinado.

**Juan, príncipe de Asturias** (1478-1497). Casó muy joven con la archiduquesa Margarita. Como el único varón de la familia fue el preferido de mi madre, entre tantas niñas. Supuso el reflejo de una ilusión frustrada. Su muerte fue solo la primera daga que atravesó el corazón de vuestra abuela. Su aparente vitalidad arrastró las de

otros seres cercanos.

**Juana I, reina de Castilla y Aragón** (1479-1555). Casó con Felipe el Hermoso y sufrió por él un amor cuajado de obsesión o, ¿quizá fuese una obsesión cuajada de amor? ¿Quién lo ha de saber? Lo cierto es que fue reina titular y no consorte como el resto de las hermanas.

**María, reina de Portugal** (1482-1517). Casó con Manuel I de Portugal, el viudo de mi hermana Isabel. Fue mi compañera de juegos y avatares durante toda nuestra infancia.

Vuestros primos moraron y nacieron unos en Portugal, otros en Flandes y dos más en Castilla. Os hablaré de los que menciono por conocerlos o por referencia.

**Carlos I de España y V de Alemania** (1500-1558). Hijo de vuestra tía Juana; estuvo prometido a vuestra Alteza, pero al final y después de muchos dimes y (15) diretes casó con Isabel de Portugal, otra de vuestras primas.

A su sucesor, el príncipe Felipe no le conozco pero quizá algún día atraque sus naves en nuestros puertos y podáis conocerlo, pues si Dios quiere será el segundo rey con este nombre en mis tierras natales.

Vuestra familia por línea paterna «los Tudor»:

**Enrique VII, rey de Inglaterra** (1457-1509). Fue el primero de esta vuestra dinastía, extinguida la de York. Dio poder a la burguesía en detrimento de la nobleza y aquello abonó el terreno para que muchos interesados sin escrúpulos le apoyasen. Fue vuestro abuelo caprichoso y libidinoso, tanto que incluso soñó con desposar a vuestra tía Juana cuando ya era un anciano decrepito.

**Arturo, príncipe de Gales** (1486-1502). Bien sabes, hija mía, que, fue mi primer marido. Era tan opuesto a vuestro padre en su semblante, fisionomía y carácter que no parecían hermanos. Enfermizo y débil me dejó viuda muy pronto, a merced del destino y la voluntad de nuestros padres.

**María** (1496-1533) y **Margarita** (1489-1541), princesas de Inglaterra. Fueron mis mejores confidentes durante los siete largos años que pasé de incertidumbre. Alegres y cariñosas, buscaban en mi consejo su sosiego; al tiempo que me otorgaban paz y esperanza.

**Enrique VIII, rey de Inglaterra** (1491-1547). Poco os puedo decir que no sepáis



sobre vuestro padre y mi segundo marido. Recordad que es astuto y vive obsesionado con la idea de engendrar para su Reino y todos sus súbditos un varón que le suceda y os desplace en la sucesión. Por ello ha sido capaz de condenar su alma, su religión, a su verdadera esposa y solo Dios sabe a qué es capaz de llegar.

Hombres y mujeres contemporáneos a vuestra señora madre. Unos son dignos de engrandecer según su posición. Otros, claros objetivos de una justa condena a los fuegos de infierno sin pena ni recato:

**Íñigo López de Mendoza**, conde de Tendilla y **Pedro de Mendoza**, el cardenal Mendoza, hijos ambos del Duque del Infantado. Fueron dos de los muchos caballeros que participaron con ahínco en la toma de Granada y la expulsión de los herejes. Súbditos y fieles seguidores de los Reyes Católicos, vuestros abuelos.

**Cristóbal Colón**. Descubridor de las Indias y aventurero. Expuso sus teorías, sin miedo a burlas y desaires. Probado quedó con posterioridad que vuestra abuela hizo bien en apoyarle incondicionalmente.

**Gonzalo Fernández de Córdoba**, el Gran Capitán. El caballero más diestro en armas de las huestes de los Reyes Católicos. Después de luchar en Granada fue victorioso en Nápoles.

**María de Pacheco**, la hija de Lebrija, **Beatriz Galindo**, «la Latina», y **Lucía Medrano** fueron mis profesoras y mujeres dignas de mención y recordatorio, por su sabiduría y buen proceder en la docencia.

**Juan Luis Vives** y **Erasmus de Rotterdam** visitaron Londres y nuestras universidades para aprender y enseñar las claves más importantes del Humanismo.

**Tomás Moro** fue docto en leyes por la Universidad de Oxford y autor de grandes libros que quedarán para la posteridad como ejemplo del humanismo. *Utopía* fue su mejor obra. Hombre de grandes palabras, en una ocasión me dijo que era más breve y rápido escribir herejías, que responder a ellas. Renunció a su puesto de Canciller en defensa de la religión católica y se opuso al juramento de supremacía del rey sobre Dios. Su destino le honra y espero que algún día sea recompensado por su arrojo e integridad.

**Juan Fisher**, obispo de Rochester. Compañero inseparable de Tomás Moro. A pesar de haber sido víctima de un envenenamiento se mantuvo inquebrantable en su voluntad hasta la muerte.

**Rodrigo de la Puebla**, **Fuensalida**, **Bernaldo de Mesa** e **Íñigo de Mendoza**, todos

ellos fueron embajadores de Aragón y Castilla en Inglaterra y, por tanto, asesores míos cuando así lo requería. Unos cumplieron mejor que otros su cometido, pero no es el momento ni el lugar de someterlo a debate.

**María de Salinas.** Mi mejor y más querida dama, que me fue fiel hasta la muerte. La única en quien pude confiar desde el principio al final de mi existencia.

**Cardenal Campeggio.** Enviado por el Vaticano para investigar la causa de anulación.

**Cardenal Tomás Wolsey.** Fue nombrado cardenal por el Papa, para terminar en canciller. Midió mal su ambicioso talante al fracasar con las pretensiones de vuestro padre. Después de haber estado plegado a su voluntad, cuando ya no fue válido; fue acusado de alta traición como tantos otros.

**Elisabeth Blount** o Bessie. Fue una más de las innumerables amantes de vuestro padre el Rey, y no sería digna de mención si no fuese porque parió el único hijo varón que vuestro padre ha conseguido tener.

**Ana Bolena.** Fue mi dama más oportunista y descarada. Siempre la menosprecié y minusvaloré pues consiguió con sus ambiciones desbaratar un país, un reinado y una religión.

Vuestra madre que os quiere, Catalina, Reina de Inglaterra.

## Capítulo I

### Granada: fuego, sangre y victoria

Abrí los ojos somnolienta y asustada entre alaridos, desorden e incertidumbre. El enfermo al que velaba aquella noche me tiraba de la manga del sayo, fuera de sí.

—¡Corred, mi Infanta! Corred, que yo no puedo, y morir ya no me importa. El fuego lo abrasa todo y prefiero fenecer asado, convirtiéndome en cenizas, que pudrirme en boca de los gusanos. ¡Salvad vuestra alma, que nos atacan! Alcé la nariz, olfateando. El hedor a sangre y unguento, que normalmente colmaba el sanatorio, resultaba atenuado ante el de la madera y la tela quemadas.

Asustada, seguí la sugerencia de aquel desdichado. La sorpresa fue aún mayor cuando, al levantar la tela que aislaba del mundo a los enfermos, descubrí lo que ahora se revelaba del exterior.

Huía de aquel infierno en dirección equivocada. Apenas podía ver con claridad más allá de las puntas de mis borceguíes. Fuera de aquel sanatorio, me aguardaba un muro de humo, oscuro e impenetrable.

Quedé paralizada y tosiendo, cuando, entre las sombras desdibujadas, descubrí cómo mi señora madre corría desaforada hacia los aposentos improvisados de mi señor padre.

El fuego iluminaba por instantes todo el campamento, para nublarse al segundo. Ni siquiera la inconsciencia propia de mi edad disipó el temor que sentía. Sin duda, aquella noche de julio en Santa Fe sería la última de mis tiernos días.

Un agujero inmenso se ensanchó entre la fumarada. La oscuridad tenebrosa se tornó en claridad y luminaria. Tanta fue que me cegó, y la imperiosa Granada quedó velada allá, en la falda de la montaña.

Damas, caballeros, escuderos, soldados y demás séquito y ejército corrían despavoridos y medio desnudos sin rumbo ni concierto. Solo algunos, que no se habían dejado vencer por el pavor y eran más avispados, portaban agua para apagar la sed devoradora de aquel incendio incontrolado.

A mis siete años sentí pánico al comprobar que las llamas se propagaban del pabellón de mi madre a más de una tienda colindante. Un fragmento de la fastuosa tienda de campaña con la que el Marqués de Cádiz nos había obsequiado en su día volaba, mecida por el viento y envuelta en llamas, hacia el preciso lugar en el que yo me encontraba.

El humo era de nuevo tan espeso que casi no se podía ver nada; el aire, tan compacto que impedía respirar; y el ruido tan estruendoso que entre gritos, trompetas, armaduras y relinchar de caballos todo era ensordecedor y confuso. Sin resuello, visión ni oído me sentí morir. Solo me quedaba el gusto como sentido, pero no me plugo en absoluto. La saliva me supo a hollín.

Quieta, sin poder moverme, me pareció adivinar entre la breña y el tizne la figura de mi padre, que, armado con espada y rodela, corría en busca del enemigo.

Me desgañité llamándolo. ¿Sería aquella figura el producto de mi imaginación? Me eché las manos al cuello. Quería rascarme la garganta porque el picor era insoportable, y arrancarme los ojos por igual motivo. Mis gritos resonaron mudos entre tanto ruido.

A las lágrimas producidas por el escozor del lagrimal se sucedieron los sollozos de la desesperación; al estornudo, la tos nerviosa; y al pavor, la desesperación.

Todo me daba vueltas. Antes de desfallecer solo pude ver la purpúrea sotana de don Pedro de Mendoza, nuestro ángel de la guarda.

Desde que hube nacido en el palacio arzobispal de Alcalá de Henares en diciembre de 1485, supo responsabilizarse de mi persona.

Como siempre acudió a ayudarme en el momento más oportuno, tomándome entre sus brazos cuando la niebla se hacía oscuridad.

No debí de perder el sentido demasiado tiempo. Al abrir los ojos vi el rostro preocupado de mi madre, que me limpiaba el hollín de la cara con un paño húmedo; junto a ella, el cardenal Mendoza, su hermano, don Íñigo López de Mendoza, y el Conde de Tendilla me miraban preocupados.

Centré mi atención en mi madre.

Su rostro ovalado, sus ojos claros y su tez rubia la hacían a mis ojos la mujer más admirable y hermosa.

—No fue nada, Catalina: una de mis doncellas olvidó una bujía demasiado cerca de una colgadura del dosel y aquello provocó el fuego.

No nos atacaban, el desconcierto de la sorpresa fue el único causante del pánico.

Me incorporé de inmediato y pude comprobar cómo María y Juan yacían divertidos y levemente magullados y tiznados junto a mí.

—Madre, tendremos que dejar nuestros catres a algún herido, pues es seguro que debe de haber muchos quemados después de esta desgracia.

La Reina, mi señora madre, me presionó sobre la frente con el paño empapado para forzarme a tumbarme de nuevo.

—Tranquilizaos, mi pequeña. No hay más heridos que con los que contábamos, y por lo material no hay que preocuparse en demasía porque, si escucháis, oiréis pica, martillo y demás instrumentos de los hombres de oficios de paz. Los albañiles construyen una villa que se llamará Santa Fe en testimonio de la causa que defendemos. Sus dos callejas centrales formarán una cruz. Si siguen trabajando con ahínco, en unos tres meses estarán concluidas las casas.

Dejó la toalla húmeda sobre mi frente y alzó la mirada como soñando.

—Lo estoy viendo. Una pequeña y digna villa construida frente al único reducto mahometano que queda en nuestras tierras. Desafiante frente a Granada, mostrará su intención, y será fuerte como una roca. Llevamos diez años luchando, hija mía, y presiento el fin. Un término victorioso que se fraguará en Santa Fe y que Dios nos

ayudará a alcanzar.

La fuerza de su convicción no dejaba lugar a dudas.

María la interrumpió:

—Madre, sabéis que todos quieren bautizarla Isabela en vuestro honor. Haríais mal en ignorar su deseo.

Mi madre no contestó. Es más, simuló no escuchar. La aceptación de aquella proposición demostraría un claro signo de vanidad contrario a su carácter y proceder.

Pasó el verano. Tal como había predicho mi señora madre, Santa Fe se terminó en ochenta días y el ejército continuaba sitiando Granada. Sierra Nevada se erigía rematada por aquel blanco manto que el Mulhacén parecía compartir con las montañas colindantes. La nieve, según decían los lugareños, se había adelantado aquel noviembre de 1491.

Una mañana trabajábamos en el sanatorio, orgullosos de nuestros quehaceres. Solo el pensar que nuestros heridos ya no morirían deshidratados, desangrados o de inanición en el campo de batalla nos hacía valerosos frente a los dolores ajenos, aunque en muchas ocasiones y debido a nuestra inexperiencia, más que ayudar debíamos de ser un estorbo.

Isabel ayudaba a mi madre a vendar una pierna amputada y sanguinolenta, mientras las tres pequeñas bordábamos en espera de alguna orden.

Mi hermano Juan se acercó al enfermo y observó la herida tan de cerca que a muy poco estuvieron de empaquetar su nariz con la pierna.

María le pegó un empujón y lo tiró al suelo.

Las tres pequeñas que bordábamos, velando a enfermos y moribundos para darles de beber o incorporarlos, reímos con estruendo. Juana, alegre y dicharachera, le advirtió:

—Parece mentira, Juan, que os lo tenga que decir vuestra hermana pequeña. No os acerquéis demasiado a Isabel. Ya sabéis que desde que se quedó viuda está más malhumorada que nunca y se obceca en atenuar su genio melancólico con obras de caridad y benevolencia. ¡A quién se le ocurre interponerse! El semblante enrabiado de Isabel nos hizo romper a carcajadas. Esta vez, y a pesar de su claro malestar, incluso algunos enfermos nos secundaron. Nuestra hermana mayor levantó la mano en dirección a Juana, pero mi señora madre la detuvo. A sus veintiún años y viuda del Rey de Portugal, era lógico que se alterase ante las mofas de sus hermanos pequeños.

Con el tiempo habría de entender muy bien sus sentimientos y desasosiegos, pues me vería en una situación muy similar.

Mi señora madre se vio obligada a intervenir:

—Juan, id con vuestro padre junto a las huestes. Aquel, y no el de las mujeres, es vuestro lugar. Están aguardando una importante noticia. Dios quiera que sea buena.

De la risa pasamos a la incertidumbre y el silencio.

Mientras mi hermano Juan corría a toda prisa, pensábamos en qué habría querido decir. ¿Qué era lo que aguardábamos?

De pronto entraron dos escuderos portando una camilla. Junto a ella, Juan regresaba cogiendo de la mano al hombre que allí languidecía. Era un pequeño cuerpo moribundo. Llevaba aún el yelmo puesto, pero yo lo reconocí de inmediato. Era un escudero del Conde de Tendilla de la edad de Juan, que jugaba con nosotros a escondidas, pues aceptado no era que príncipes se mezclasen con escuderos.

Aquel joven, no contento con su destino, había decidido robar por un día la vestimenta a su señor para portar en primera línea el estandarte de Castilla.

Le advertimos que desistiese de su propósito en la tarde en que nos confió sus aventurados proyectos, mientras jugábamos a hacer puntería con un tirachinas. A la vista estaba que había hecho oídos sordos a nuestros consejos, fracasando en su empresa. Nunca pensamos que se atrevería a semejante insensatez.

El castigo recibido por su arrojo superaba con creces al que su señor le hubiese podido imponer por su falta: tenía clavado, justamente a la altura del estómago, el palo del estandarte que tanto había ansiado portar.

Sus quejidos resonaban huecos dentro del yelmo, pero no nos extrañaron pues eran gritos de dolor asiduos y cotidianos en el sanatorio. La sangre, que había manado a raudales de la herida, era ya una costra. Indudablemente, habían tardado en encontrarle.

Dejé la vieja casaca que estaba remendando a los pies de uno de los enfermos y corrimos a ayudarle más como amigo que como enfermo. Al descubrirle el rostro, pareció aún más joven de lo que era. Cubierto de sudor y tiritando, solo nos pedía de beber.

Juana se acercó portando un botijo, pero al volcarlo, el agua fresca no llegó sino a regar sus labios ya inertes. Juana solo pudo cerrarle los ojos ante la mirada triste de mi hermano Juan. Vivíamos muy de cerca y día a día la muerte, y sin embargo se trataba de un hecho al que nunca nos acostumbábamos. Algo extraño estaba sucediendo, y tardamos en asimilarlo.

Los gritos de dolor del sanatorio se vieron amortiguados por el vocerío que se filtraba del exterior.

La Reina vuestra abuela salió corriendo como si fuese la única que intuía la razón de tan inesperado júbilo. La seguimos, y la claridad de aquel invernal día en Granada nos obligó a cubrirnos los ojos con la palma de la mano hasta que estos se acostumbraron a tanta luminosidad.

El Gran Capitán, don Gonzalo Fernández de Córdoba, y don Íñigo López de Mendoza avanzaron de entre las huestes a caballo hacia donde nos encontrábamos.

Desmontaron con toda la solemnidad que el momento requería, y fue el primero el encargado de dar a mi señora madre la noticia que aguardaba ansiosa.

—¡Granada ha caído! Se han firmado las capitulaciones. El rey Abdallah se ha



rendido. El plazo acordado para que os entregue las puertas, fortalezas y torres de la ciudad es de sesenta y cinco días.

Conté con los dedos. Esto ocurriría exactamente en vísperas del día de los Reyes Magos de Oriente. Por tanto, celebraríamos Epifanía en la Alhambra. La importancia de aquel momento no era otra que la festividad de un día cargado de ilusiones vividas por los más pequeños. Era yo demasiado joven para comprender qué significaba todo aquello.

Mi madre lo dejó en claro hablando a todos los presentes en voz alta:

—Quienes aún sigan defendiendo a Juana, «La Muchacha», apodada por otros muchos «La Beltraneja», tendrán que callar. La unificación de Castilla se ha culminado para siempre. La causa por la que lucharon mis antepasados, los Reyes de Castilla, se ha visto concluida después de largos siglos de ansiada espera. La herejía toca a su fin.

»Desde el 13 de diciembre de 1475, en que fui proclamada Reina de Castilla en Segovia, he soñado con este momento. Al fin Granada se unirá al escudo de España. Los diez años de sufrimientos y sacrificios que nos costó tomar esta ciudad han culminado, y gracias a Dios tenemos la recompensa merecida.

Muy quieta y sonriente, escuchando los vítores de los presentes, dirigió la mirada al Mulhacén aspirando el frescor que desde su cima nos llegaba y dando gracias al Señor por todo lo que nos había otorgado.

Aquella montaña, la más elevada de sus Reinos, pertenecía ya por entero a Castilla.

Recién llegado y junto a la Reina Isabel, mi señora madre, don Fernando, mi señor padre, aguardaba observándola en silencio.

Se sentía sin duda orgulloso del momento, de su posición y de su familia; pues su bien conocido y ambicioso talante había sido saciado con tan noble conquista.

Siempre que pienso en él me gusta recordarle como en aquel día.

Para mí, por aquel entonces era el único hombre digno de admiración sobre la Tierra. Ricamente vestido con jubón de pelo, quijote de seda amarillo, sayo de brocado, coraza, y tocado de sombrero, rezumaba solemnidad sobre su castaño y enjaezado alazán. Desenfundó la rica espada morisca que pendía ceñida de su cinto y la alzó al viento trazando una cruz en dirección a Granada, como si así la bendijese de una vez por todas.

Al verle, mi madre se destocó, quedando en una cofia y con el rostro al descubierto. Mi padre desmontó, la abrazó, la besó en los labios y se santiguó.

Al fin llegó el día más ansiado, posiblemente el de Epifanía más glorioso que viví en muchos años.

Todo en nuestro entorno parecía haberse puesto de acuerdo para celebrar el

momento. Dios Nuestro Señor había tendido sobre nosotros un manto a modo de aureola que ensalzaba hasta lo más nimio.

La nitidez de los colores, el aroma a rocío matinal, el cálido sentir sobre nuestras pieles a pesar del invierno, el trinar de algunos pájaros y el regusto dulce de la victoria en nuestros labios enaltecían las ánimas de todos los presentes estimulando todos sus sentidos.

Aquel día de Reyes el sol lucía como si fuese una calurosa jornada estival. Los castaños cuajados de capullos se adelantaron y a punto estaban de florecer.

Desde mi mula intenté alzarme y ver el principio, o el fin, del séquito, lo que me resultó imposible.

Más de tres mil infantes avanzaban solemne y lentamente en dirección a nuestra conquista más preciada, Granada.

Tras nosotros quedaba aquella cuasi villa, cuasi campamento llamada Santa Fe. Según contaban sus primeros pobladores, antes de la llegada de las huestes no era más que una tierra yerma en habitantes.

Esas mismas huestes se despedían con melancolía de lo que había sido su albergue durante muchas y duras jornadas de lucha en contra de la herejía.

Frente a nosotros, Granada.

Aquella ciudad majestuosa que tanto se había hecho esperar y que tanta sangre cristiana había llevado a derramar durante su conquista.

La dificultad que opuso su rendición fue, precisamente, lo que más estimuló el ansia de los hombres para describir aquella reconquista como la más gloriosa de todas las que se recordaban.

Desde el más miserable siervo hasta el más noble señor permanecieron engalanados, erguidos y henchidos de orgullo frente al que había sido nuestro enemigo durante diez años. El metal de las armaduras, y de otros azófares, perfectamente bruñido, deslumbraba sobre las bestias enjaezadas y paramentadas.

En cabeza iba don Íñigo López de Mendoza. Aquel hombre había sido nombrado por mi señora madre alcaide de la Alhambra, palacio que según me contaron, y más tarde pude comprobar, era de ensueño y en donde todos los reyes infieles habían morado en Granada.

Sobre su cabalgadura, don Íñigo sostenía las riendas de su alazán llevando bien visible el atributo de su nombramiento. Aquel ostentoso anillo era solo la primera demostración de poder que los cristianos manifestaríamos ante los musulmanes en nuestra entrada.

Junto a él, su hermano, el cardenal Mendoza, portaba la cruz que coronaría la torre más alta de todas las habidas en Granada. Era de rigor, ya que por encima de la pompa y el boato había de estar Cristo con el fin de manifestar con claridad el establecimiento del cristianismo en la última ciudad infiel. Los escoltaban los hombres más grandes del momento: el Gran Capitán, el Marqués de Cádiz, el Duque de Medina-Sidonia y el de Alburquerque, que vio antes de morir cómo fue mi señora

madre la que trajo grandes beneficios a España, y no su sobrina Juana.

Escudados por tan nobles señores cabalgábamos los Reyes, mis padres, y todos nosotros. Cruzamos el río Genil; exactamente allí Boabdil entregó las llaves a mis señores padres. Nunca mi madre estuvo más feliz que en aquel momento. Todo por lo que había luchado desde que fuera coronada se cumplía aquel día. Ya nadie dudaría de su categoría como Reina.

Subíamos hacia la Alhambra cuando una muchedumbre de miserables se acercó al séquito. La guardia se dispuso a reducirlos, cuando la voz angelical de una mujer que caminaba frente a ellos comenzó a entonar una letanía.

Mi señora madre, intuyendo de dónde procedían todas aquellas maltratadas almas, ordenó con un gesto imperativo la quietud de la tropa.

El pelo se nos encrespó ante semejante voz. A la entrada de tan soberbia fortaleza, un coro de seiscientas voces secundó a la mujer. Aquellos miserables que en un principio habían puesto en alerta a la guardia no eran más que los supervivientes cristianos liberados de las mazmorras moriscas.

Era sobrecogedor ver cómo mujeres, hombres, niños y ancianos alzaban sus brazos al cielo, mostrando las cadenas que habían soportado adheridas a sus llagadas pieles, sabía Dios durante cuánto tiempo.

En su canción se percibía la hermosura de una gratitud imposible de repetir.

Cuando entramos por la Puerta de Elvira, mis padres se encaminaron al salón del trono y recibieron a todos los que les pidieron audiencia. Una vez sola, y reunida la familia con nuestro séquito más estricto, la reina Isabel tomó asiento. Nos miró a todos sus hijos, y por primera vez se abrió enteramente a nosotros con lágrimas de sinceridad en los ojos.

—Mirad a vuestro alrededor, hijos míos.

Desde mi corta estatura alcé la vista. La abigarrada decoración mudéjar del salón me mareó, pero aun así lo encontré grandioso. De todos modos, siempre he preferido la austeridad castellana a lo recargado. Mi madre me rescató de mi despiste infantil alzando la voz.

—Sois jóvenes aún. Tanto, que es difícil que saboreéis la victoria como yo lo hago, porque aunque me acompañasteis en el trayecto, el sufrimiento para llegar a este final feliz ha sido mucho más fuerte que el que nunca podríais llegar a imaginar. Muchas generaciones han soñado con este día durante ocho siglos, y muy poco faltó para cumplir el milenio en nuestra lucha contra el infiel. Ha querido Dios que después de ochocientos años de batallas entre sarracenos y cristianos, fuésemos nosotros los que viésemos el fin. Por el camino quedaron miles de almas e ilusiones postradas. Hoy todo ha terminado. Somos los Reyes de España y la Reconquista ha tocado fondo.

Todos la escuchábamos en silencio, e incluso mi padre parecía recrearse en sus palabras. Mi señora madre se levantó del trono, alzó las palmas y retomó la palabra:

—Miradme las manos, hijos míos. Tiemblan como si este logro con el que

siempre soñé me diese miedo, pero no es de miedo sino de alegría por lo que mi cuerpo se emociona y tiritita. Aquí, en Granada, he de enterrarme con el hábito franciscano, y Vuestras Altezas han de recordar este día como uno de los más gloriosos de los que nunca vivieron.

De repente se hizo el silencio y su rostro expresó contrariedad durante el segundo que tardó en proseguir:

—Pero no hay que bajar la guardia, pues nuestra lucha no ha terminado. Vencido el infiel, quedan aún espinas clavadas que arrancar y expulsar en defensa del catolicismo. Es el momento de limpiar nuestras tierras de rastrojos desraizando a los herejes que queden.

Diciendo esto, y como si desfalleciese de tanta tensión, se desplomó sobre el trono y junto a sus damas se retiró para descansar.

Imposible de permanecer quieta y tranquila, Su Majestad doña Isabel, mi señora madre, urdía ya otra batalla en su mente.

Al poco tiempo se haría público el edicto de sus intenciones. Todos los judíos del Reino no bautizados tendrían que salir de esos sus dominios en el plazo de cuatro meses.

## Capítulo II

### La Alhambra: un pozo de sapiencia

Pasaron semanas hasta que mis señores padres obtuvieran un descanso entre despachos y audiencias y decidieran visitar nuestros aposentos.

Aquella mañana, Beatriz Galindo, dama de mi madre, repasaba con mis hermanas Isabel y Juana las últimas lecciones impartidas. Isabel, viuda de su primer marido el Rey de Portugal, y a sus veintiún años cumplidos, repetía las declinaciones malhumorada y sintiéndose fuera de lugar. Sabía que debía esmerarse y ampliar su cultura.

Teníamos suerte y contábamos con doctas mujeres que perseveraban en su propósito mejorando nuestra educación: la hija de Lebrija, María Pacheco, «La Latina», que en ese momento nos deleitaba con el recitar de un verso, o incluso Lucía Medrano.

María y yo andábamos rezagadas en prosa y latín, por lo que nos limitábamos a bordar junto al alféizar de la ventana, cuando entraron los Reyes, mis padres.

No les vi. Estaba distraída mirando fuera. Una familia de seis judíos cargaba todos sus enseres en un carro y cuatro mulas. Se despedían de sus casas, tierras y muertos. Al igual que todos los tercios compañeros de herejía que no quisieron bautizarse para abrazar la verdad de la religión.

Desde mi discreta posición pude observarles con detenimiento sin ser descubierta. Lo que más me llamó la atención de aquella lamentable situación fue ver cómo cosían disimuladamente parte de las monedas, joyas y plata que poseían en los jaretones de los bajos de sayos, vestidos, jalmas e incluso aparejos de los mulos.

Pero fue aún más sorprendente observar cómo engullían con gula hogazas de miga de pan. Pronto lo comprendí. Lo que no les había cabido en los escondrijos se lo tragaban; así, si les descubrían a las puertas de salida de la ciudad, no les podían confiscar lo escondido; después, al defecar, siempre tendrían un remanente para sobrevivir.

Estaba claro que delinquían intentando sacar de los Reinos aquello que les había sido prohibido.

Pensé en delatarles, pero la expresión de una niña de mi edad me detuvo. Callada, llorosa y a punto de morir engollipada, aguardaba a seguir los pasos de sus equivocados padres. Me resultó patética y digna de compasión. Solo ella se merecía un poco de comprensión, ya que obedecía órdenes sin saber el porqué. Me hubiese gustado bajar y convencerles de su conversión al catolicismo, pero aquella escena se había vuelto algo demasiado cotidiano. Ya no impactaba a nadie.

Don Fernando, mi señor padre, me giró la cara obligándome a olvidar lo que estaba aconteciendo en el exterior con aquellos judíos.

Me besó en la frente y me sentó sobre sus rodillas. Casi siempre lo hacía, y yo me alegraba de ello.

Alguna ventaja habría de tener el ser la más pequeña de los cinco.

Muchas veces he recordado el regocijo que sus caricias me proporcionaban y el orgullo que me daba oírle decir frente a mis hermanas que yo era su preferida. Su tono de voz es difícil de olvidar. No era presuroso, ni espacioso. Al igual que en su templanza, siempre al actuar se mostraba calmado y meticoloso.

Fue mi madre la primera que interrumpió la lección de latín de mis hermanas.

—Doña Beatriz, ¿por qué mis pequeñas no siguen la lección y se limitan a hilar, bordar, remendar o incluso distraerse mirando a la lontananza? Su gran amiga y profesora se encogió de hombros.

—Está claro, mi señora, que rezagarían a Isabel y a Juana.

Mi madre sonrió.

—Estáis de acuerdo madre y suegra.

Las dos asintieron orgullosas, aunque todas sabíamos que Isabel, ya viuda, y mucho mayor que Juana, andaba cansada de tanto aprender junto a nosotras. Yo no pude reprimir mi descontento ante el apodo que nos dedicaba a María y a mí.

Me rebelé de nuevo. Enrojecida por la furia y la infantil arrogancia, no pude remediar gritar irrespetuosamente:

—¡Madre!, os he dicho una y mil veces que odio que me llaméis pequeña. A Isabel la llamáis madre, a Juana suegra, a Juan mi ángel, y a nosotras, vuestras pequeñas. A María ya le llamasteis pequeña en su momento. ¿No tengo derecho yo a un apodo propio? Simplemente, os limitasteis a llamarme igual que a ella. Para eso, llamadme Catalina y se acabó.

Todos sonrieron esperando la consabida respuesta. Mi madre me acarició la nuca y me dio explicaciones pacientemente. En el fondo le hacían gracia nuestras preocupaciones párvulas y tontas.

—A todos les puse nombre por sus parecidos, pero Vuestra Alteza siempre será mi pequeña. De todos modos, os diré, Catalina, que hay algo que me preocupa más que eso, y es que no encubris vuestra ira. Eso es malo. Sois dada a exteriorizar vuestro sentir, y esto os hace vulnerable. Estoy cansada de repetíroslo a Juana y a Vuestra Alteza. Al igual que el hombre de armas ha de estar en el campo, el obispo ha de vestir pontifical, la dama ha de estar en el estrado y el ladrón en la horca. Vosotras sois infantas de España.

Cuanto antes sepáis lo que esto significa, menos duro será el sacrificio que conlleva vuestra posición. Se me seca la boca de repetíroslo una y otra vez.

Agaché la cabeza ante tan solemne rapapolvo. Mi señor padre, cariñoso como siempre, se apresuró a susurrarme al oído:

—No deis importancia; ya sabéis que vuestra madre es muy exigente consigo misma, y a la postre con Vuestras Altezas.

Aquello era cierto. Mi señora madre en nada expresaba la dulzura de su tez rubia



y sus ojos claros.

Era estricta y humana a la vez.

Siempre hablaba pausada y en tono solemne e imperativo.

En ese mismo instante Marcuello, el juglar, dio tres zapatazos en el suelo y comenzó a recitar mientras Juan tocaba la vihuela, acompañándole:

*Infanta cumplida de virtudes fornecida y en muy tierna edad prudente mucho seguís a la luciente grande Reina de Castilla que es de las virtudes fuente y de esta conquista puente de la bondad la caudilla.*

Mi señora madre frunció el ceño enfadada por la interrupción, y entonces Marcuello aprovechó para recitar cómicamente arrodillado frente a ella unos versos de fray Apaga de Mendoza, homónimo y pariente de Tendilla:

*O alta fama viril de dueña maravillosa.*

*Que el estado, feminil hizo fuerza varonil con cautela virtuosa.*

No pudimos contener una carcajada. Aquel cuasi bufón sabía normalmente cómo destensar los ambientes. Esta vez erró el tiro. Mi madre, enfadada, le ordenó que se fuese. Ella continuaría con su clase de moralidad y buenas costumbres y no estaba dispuesta a admitir interrupciones, por muy jocosas que fuesen. Para cada sentimiento había un momento y estaba claro que aquel no era el de reír.

La interrupción hizo al menos que se olvidase de mí en exclusiva, por lo que se dirigió a todas las hermanas:

—Sois mis hijas quienes pacificaréis los Reinos, y es vuestra obligación poner toda vuestra fuerza moral, espiritual y física en ello. Os rendiréis a Castilla, y todo lo que Dios os otorgó lo pondréis al servicio de vuestro Reino.

Sin duda se tomaba en serio su propia cruzada y nos quería hacer partícipes de ella. Aquella aula improvisada de la Alhambra rezumaba su propia doctrina.

Cambió repentinamente el tono y nos puso a todos en pie.

—Levantaos, porque ahora os presentaré a los que serán vuestros nuevos preceptores; durante unos días colaborarán con vuestras ya conocidas e inmejorables maestras. Ellos os conducirán por los caminos de la música, la religión, el latín, el griego e incluso las buenas costumbres.

Entraron entonces el cardenal Mendoza junto a Cisneros, que en sus manos llevaba un libro y reparé en su título: «El carro de las donas». Su autor era un franciscano llamado Francesc Eiximenis. Fue a este último a quien mi señora madre se dirigió:

—¿Qué consejo se os ocurre dar a mis hijas que no sea de uso habitual entre las damas de esta corte? El franciscano contestó sin dudar.

—Habéis de amamantar a vuestros hijos, porque a través de vuestra leche aprenderán todo lo que a vuestras mercedes tanto os costó con esfuerzo y sudor. Si de todos modos Dios no os hubiese dado la leche que necesitáis, escoged con mucho esmero, cuidado y recato a las nodrizas que deberán suministrar a vuestros retoños.

La Reina, mi señora madre, le interrumpió:

—Eso siempre y cuando vuestro Reino no necesite descendencia masculina. Que bien sabido es que la mujer que amamanta no se queda preñada. María de Santisteban bien os amamantó a los cuatro pequeños y gracias a ella aquí estáis todos sanos y fuertes.

La Reina, mi señora madre, se encaminó hacia mi hermano y le besó en la frente. Juan rechazó aquel abrazo, demasiado maternal como para ser dirigido a un hombre hecho y derecho como él creía ser.

Lo miré con melancolía y envidia. Al igual que todos los niños, sentí celos de mi hermano. Era cierto que él sería el futuro Rey de España. Que en él convergerían las Coronas de Castilla y Aragón. Que él era el único varón de mi casa; pero aquello no le legitimaba para monopolizar el cariño de mi madre. Yo era la hija pequeña, y por tanto creía merecer el mismo cariño, o más, que el que en realidad recibía. Las caricias esporádicas de mi padre no me bastaban.

El preceptor no quiso contradecir a la Reina y prosiguió con otra regla para que fuésemos decorosas y discretas:

—Habéis de alejaros del infiel.

»Y por supuesto, nunca deberéis comer de manos de ellos, y ni siquiera de manos desconocidas o ajenas, porque nunca se sabe qué pueden esconder estas y qué pretensiones puedan tener. Con precaución nunca seréis envenenadas. Siempre habréis de llevar la cabeza cubierta al entrar en la iglesia, tal como ordenó san Pablo, y habréis de rezar al menos una vez al día. El que no lo hace corre el grave riesgo de olvidar al que todo le debe.

»Las que ya tenéis doce o trece años sois doncellas y habéis de saber que lo que para Vuestras Altezas antes era condescendencia es hoy disciplina. Esta orden os obliga a ayunar cuando vuestros padres lo hagan. Sé que contáis con bulas para no hacerlo, pero el sacrificio os vendrá bien. Tenéis ya edad de escoger a vuestro santo o santa. Al electo, le rendiréis toda vuestra devoción.

»Si no cumplís bien, ya sabéis qué castigo os espera. La vara es un medio bastante contundente y convence con bastante rapidez del correcto comportamiento. Si incumplís, se os castigará hiriéndoos y no precisamente en la cabeza, sino en las espaldas. Porque Salomón ya dijo que la verdad es medicina para las alocadas doncellas. No habéis de hablar, o si a pesar de todo lo hacéis, hacedlo poco y solo si os preguntan. Siempre en tono pausado y sin gritos, risotadas o de manera disoluta. A partir de este momento no habéis de jugar con muchachos. No tomaréis nada que estos os den, que otra intención diferente puede esconderse en la dádiva. Ante ellos, siempre la mirada baja y sin ahincar los ojos en ninguno, aunque sea pariente o

hermano. El descaro no es bueno en una dama y la humildad se alaba.

»Ya sabéis, y nunca me cansaré de repetir: que la disciplina hace buena y digna a la mujer que la practica e impide que las almas caigan en la demencia.

Aquel padre hablaba y hablaba.

Era un monólogo aburrido e inquisitivo cuajado de amenazas y órdenes que a nadie importaban. En ese momento ya andaba perdida, e intuí que María y Juana solo fingían escuchar a pesar de aparentar estar ensimismadas con la charla. Isabel bostezaba sin el menor recato. Por un momento se me quitaron las ganas de crecer ante tanta responsabilidad y deber.

Los demás profesores, Beatriz Galindo, el doctor Andrés Miranda, la hija de Lebrija, los hermanos Geraldinis, Lucio Marineo y otros muchos hombres y mujeres doctos, asentían con la cabeza como si estuviesen de acuerdo con tanta directriz.

En un momento dado me esforcé por escuchar atentamente, pero cuanta más atención ponía, más difíciles de cumplir me parecieron las recomendaciones. Sobre todo recordando el doloroso castigo por incumplimiento. En lo que a la vara concernía, no pude sino echarme las manos a las nalgas imaginando el mismo dolor en los lomos.

Todos me miraron y rieron. El Rey, mi señor padre, me tranquilizó:

—No os preocupéis, Catalina, que al igual que hay castigo hay premio, y si vuestra conducta es ejemplar, demostráis buenos modales y la piedad y la caridad mana de vuestro espíritu, recibiréis como recompensa azúcar rosada, miel y dulce de membrillo.

Sonreí y seguí escuchando distraída lo que cada uno de los siguientes preceptores había de enseñarnos. Parecía atenta, pero mis pensamientos se centraban en un extraño personaje que se hallaba exactamente al lado del cardenal Mendoza. No era la primera vez que lo veía. Me había fijado en él antes en Córdoba y en Sevilla portando mapas y artilugios marinos que yo ignoraba para qué servían.

Aguardaba sin duda el momento idóneo para hablar con mis padres y exponerles sus propósitos.

La voz ronca del cardenal dio fin a la reunión:

—Creo que sería buena idea que finalizásemos la lección de hoy con una historia fantástica que bien se podría hacer realidad. Si Cristóbal Colón accediera a contarnos la aventura de su proyecto, todos nos deleitaríamos escuchándole.

Pedro Hurtado de Mendoza miró de inmediato a mis señores padres pidiendo el consentimiento y estos asintieron.

No perdió un segundo aquel extraño personaje vestido de negro y polvoriento. Desplegó un gran papel, y con una paleta que había a nuestro lado comenzó a dibujar cada uno de los desconocidos y fantásticos lugares que pensaba visitar.

Pintó de colores vivos la riqueza de los reinos de Cipango y de Cathay según descripción de Marco Polo en sus escritos. Cada punto del mapa era explicado y razonado convincentemente. Aquel hombre, armado de una esfera millar, una brújula

y un astrolabio, estaba muy seguro de seguir un rumbo acertado y desconocido a la vez. Impresionó a todos con su congruencia en el hablar y su poder de oratoria.

Según el marino, la India estaba más cercana por Occidente. Algo que sonaba a despropósito hasta el momento, pero que empezaba a ser confirmado por algunos náufragos y aventureros de dudosa cordura que llegaron a las playas de Canarias jurando haber estado en otras, desconocidas y hermosas.

La conjetura final de tan descabellado viaje resonó en cada sillar de la sala en la que nos encontrábamos.

—Si Sus Majestades me permitiesen demostrar lo aquí expuesto, sin duda las arcas del Reino se verían repletas. El comercio con estas tierras se libraría de piratas y sería mucho más asiduo ya que el camino a estos mundos lejanos mermaría en mucho por esta ruta.

Aquel hombre rezumaba confianza en sí mismo. Era tan locuaz y persuasivo que convenció a todos los presentes. A todos menos a mi señor padre, que se limitó a fruncir el ceño.

Terminada la exposición, se hizo un silencio expectante. Aquella voz grave parecía haberse filtrado en nuestras mentes, lavándonos la sesera con tanto sueño y desbarajuste. A mí me embaucó su imaginación desbordante. Esta bien podría bailar entrelazada con alguna de mis fantásticas historias artúricas, caballerescas o de dragones.

La imperativa y serena voz de mi señora madre rompió el gélido silencio.

—Después de haberlo meditado con cuidado, haber escuchado el parecer de mis asesores al respecto y haber leído con atención el meticuloso dictamen que me llegó desde el convento de San Esteban en Salamanca, he llegado a una tan difícil como arriesgada decisión basándome en la intuición y la de mis doctos consejeros. Ya digo: todo ello tras haber estudiado detenidamente la exposición de vuestras teorías.

Mi madre decía mirando desafiante hacia el interior de las pupilas de mi padre, como si a la par que vocalizaba estuviese manteniendo una conversación muda, secreta y mental con él.

Colón esperaba la respuesta con anhelo. Contuvo la respiración y apretó tan fuertemente su puño que el mapa de todos aquellos lugares inexplorados se arrugó como la cara de un nonagenario anciano. Parecía derrengado y cansado. Todos sabíamos que no era la primera Corte que visitaba en busca de ayuda. No hacía mucho que había sido el hazmerreír en Portugal, y ahora quemaba la última posibilidad de ver cumplido su sueño.

Mi señora madre tragó saliva y por fin manifestó lo que su mente guardaba, sin apartar la mirada del rostro de mi padre:

—Según tengo entendido, Luis Santángel, Juan de la Cosa y los hermanos Pinzón confían en vos.

Todos ellos son hombres cautelosos, grandes marinos y saben lo que hacen.

El silencio se repitió. Mi madre parecía estar aún dubitativa, y esto hacía

desconcertante el ambiente. Cristóbal Colón ya tenía la palma de la mano blanca de tanto apretar. ¡Al fin se pronunció!

—Tomaré esta empresa a cargo de la Corona de Castilla, y cuando esto no alcanzare, empeñaré mis alhajas para cubrir sus gastos.

Giró la cabeza hacia mi padre, que sin darse cuenta me apretaba la mano enfurecido.

—No habéis de preocuparos, Fernando; no os pido que expongáis el tesoro de Aragón.

Colón se relajó de inmediato.

Solo sonrió y la reverenció con todo el sentimiento que un hombre sumamente agradecido puede brindar a su benefactora.

Una vez más, el cardenal Mendoza se había salido con la suya.

Era conocido en la Corte por conseguir imposibles concesiones y honores de la mano de mi señora madre. ¡No solo había conseguido legitimar a los hijos habidos con Mencía de Lemos, sino además que los titularan! Ahora lograba que mi señora madre se implicara de lleno en una utópica empresa confiando en un extranjero desconocido. La mirada inquisitoria de mi padre se dirigió de inmediato hacia la sotana cardenalicia.

Este saludó y se retiró sin poder disimular la alegría ante un triunfo por el que nadie hubiese apostado. El intrépido marino siguió acariciando el collar que la Reina le había regalado, una carta de presentación para el Gran Kan y las bendiciones de todos.

En el mismo momento en que quedamos solos, mi padre estuvo a punto de escupir hacia mi señora madre toda la bilis que había tragado en público, pero ella se adelantó:

—Solo espero que Dios me haya guiado lejos de errar en esta arriesgada decisión, y que no tenga que lamentarlo.

Mi madre acababa de terminar una cruzada, la de la reconquista de España, y en ese preciso instante comenzaba otra. María y yo, como párvulas inocentes y ajenas al sufrimiento de la lucha por lo deseado, no éramos conscientes de ello.

Colón partió aquella misma tarde rumbo al puerto de Palos para disponer la partida en tres carabelas, dejando a su hijo Diego como paje de Juan, mi hermano. El resto es bien sabido.

La «Pinta», la «Niña» y la «Santa María» partían rumbo a la aventura. Siete meses después arribarían al mismo puerto cargadas de ilusiones, objetos, hombres semidesnudos y engalanados salvajemente con plumas y con historias increíbles que contar que pasaron de ser utopía a realidad.

## Capítulo III

### Sucesores asolados por la muerte

De Granada nos encaminamos a Zaragoza. Allí fuimos recibidos entre vítores y alegría. Los súbditos del Rey de Aragón se desgañitaban repitiendo y ensalzando su nombre; era como si quisiesen demostrar más fervor por su lealtad al Rey que los castellanos hacia su Reina.

Las lecciones de historia nos habían enseñado que castellanos y aragoneses estuvieron en muchas ocasiones enfrentados y que, por el contrario, intentaron en muchas otras el avenimiento. Pero la unión de las dos Coronas ya era clara, y sobre las sienes de mi hermano Juan se asentarían para no separarse nunca. Al menos era esa la intención.

Procuraríamos que los celos ancestrales que existían entre los habitantes de un Reino y el otro desapareciesen. Sabíamos que se trataría de una labor ardua, pero guardábamos la esperanza de que no fuese imposible. Muchos eran los que no estaban de acuerdo con la unión de los dos Reinos, y no tardaron en demostrarlo. Uno de los más arrojados en defensa de sus ideas fue Juan Conyamés, que no dudó en salir de entre la multitud cuchillo en mano para matar a mi señor padre mientras cabalgaba.

Aquel percance quedó en susto, y posteriormente en recuerdo, cuando el loco recibió su justo castigo.

Si no fuese por la cicatriz que la daga dejó dibujada en su cuello, aquel suceso ya estaría totalmente olvidado. Demostrado estaba desde hacía mucho tiempo que la unión hacía la fuerza y la segregación la debilidad, y por ello lucharíamos sin miedo.

Nuestro vagar por los Reinos de don Fernando, mi padre, continuó rumbo a Barcelona y por otras muchas villas y ciudades de sus heredades. Recorridos los suyos, nuestro camino regresó a Castilla para seguir transitando sin descanso.

La corte itinerante no cesaba en el viajar, con las acémilas cargadas de reposteros, lechos, almohadones y todo tipo de enseres que nos seguían para avituallar las casas que nos cobijaban. Los carros se tambaleaban al son del crujir y del chocar de sus ruedas contra las piedras del camino y nosotros leíamos con asiduidad el «Poema del Mío Cid», saboreando el masticar del polvo que había experimentado en sus andanzas.

A pesar del cansancio ante tanto movimiento, en la Corte se respiraba alegría. La sesera de mi señora madre no descansaba, y entre uno y otro lugar supo disponer las diferentes bodas de mis hermanos Juan, Juana e Isabel. Los dos primeros, Juan y Juana, ya habían partido y nos disponíamos a preparar a la tercera para su segunda boda.

Nos encontrábamos en Valencia de Alcántara. Isabel, a sus veintisiete años



partiría en poco tiempo hacia Portugal, donde había sido prometida al rey don Manuel.

Mi hermana mayor fue en su día Reina de aquellos lares, pero el destino y una desafortunada caída del caballo del rey don Alfonso la habían dejado viuda a los pocos meses de su boda.

Hacía ya siete años que llevaba toca de viuda. Aquella mañana, en sus aposentos, todas disfrutamos destocándola de aquel negro luto y velándola de blanco como novia que era. Después de siete largos años podía de nuevo lucir su larga melena sin miedo a críticas.

María y yo la observábamos extasiadas. A las dos nos impresionaba el hieratismo y la entereza que demostraba ante un momento tan emocionante y desconcertante. La peluquera se disponía a prender el joyel de perlas y esmeraldas del velo cuando ella, dolorida, le dio un manotazo.

—¡Tened cuidado, por Dios! ¿Es que no os conformáis con decalvarme que además queréis torturarme a picotazos? Estaba malhumorada, pero nosotras éramos demasiado pequeñas como para comprenderla. Nos miró de reojo y frunció el ceño.

—¡Y vosotras, qué miráis! ¿Es fácil ser una mera observadora cuando es vuestra hermana la que se dirige al patíbulo? Tenéis suerte, ya que solo estáis prometidas.

No pude contenerme. Éramos sus hermanas pequeñas y la admirábamos, ella era para nosotros un ejemplo a seguir y por eso no queríamos perder ripio en las conversaciones, ni el detalle más nimio de su engalanamiento.

—Vuestras duras palabras nos conmueven, Isabel. Solo estamos fascinadas ante vuestra belleza y soñamos con el día en que nos casemos. Os prometo que daría cualquier cosa por estar tan hermosa como vos el día en que conozca a mi prometido, el Príncipe de Gales.

Sin quererlo, y con aire de soñadora, acaricié mi faltriquera. Dentro estaba la más reciente carta que había recibido de Arturo.

Mentalmente recordé sus palabras en latín: «A mi muy ilustre y muy excelente señora, mi queridísima esposa». Siempre, todas comenzaban igual, pero a mí aquello no me importaba.

Ya hacía tiempo que, en Medina del Campo, el embajador inglés había cerrado el trato de mis desposorios con mis señores padres. Entonces yo solo contaba nueve años y no me costó asimilar el matrimonio; muy al contrario, lo anhelaba.

Isabel, comprendiendo mi inocencia, recogió de inmediato las velas de su temperamento y me abrazó tiernamente.

—Lo siento, Catalina. Siempre ha de pagar por todos el más débil. Esta vez os tocó a vos. Solo estoy un poco nerviosa ante mi nuevo estado, y tampoco alcanzo a entender el porqué de tanto sacrificio.

Suspiró profundamente decaída y continuó:

—Ya me entregué una vez al Rey de Portugal por mi Reino. ¿No es suficiente ese sufrir, que ahora he de sufrir otro casamiento repugnante? ¿Y si quedase viuda de

nuevo? ¿Tendría que entregarme a un tercero por la sola voluntad de alianza de nuestros señores padres?

La voz de mi madre retumbó en el cuarto contestando a todas sus preguntas.

—¡Isabel! Impusisteis como condición a vuestro marido que expulsase a los judíos de sus Reinos. Él cedió a ello, sometiéndose a vuestro capricho; por ello vos cederéis al suyo. Eso, sin contar con que nacisteis para servirnos, y no quiero oír cómo inculcáis viles pensamientos en vuestras ingenuas hermanas. ¡Flaco favor les hacéis hablándoles en esos términos!

Isabel no musitó. Solo quedó cabizbaja, muda y presa de todas las doncellas que a su alrededor andaban vistiéndola. Aproveché un descuido de mi señora madre mientras elegía más joyas en el cofre para animarle (ni siquiera el brillo de rubíes, esmeraldas, perlas y diamantes lo conseguían). No dudé en susurrarle al oído:

—No os preocupéis, Isabel. Alentad vuestro ánimo recordando a Juana y a Felipe. Dicen que nuestra hermana adelantó la boda nada más verle pues los dos quedaron locos de amor al conocerse por primera vez, y si eso no os basta, escuchad lo que cuentan de Juan nuestro hermano.

Me miró anhelante ante el nuevo cotilleo. Bajé aún más el tono de voz:

—Según cuentan las damas allí en Salamanca, pasan días enteros tumbados el uno junto al otro sobre su lecho pues les es muy difícil saciar el hambre de amor que sufren. Decidme, Isabel, ¿quién os dice que no sentiréis lo mismo por don Manuel en cuanto le veáis?

Me tuve que callar. Mi madre se acercaba con un par de pendientes. Los puso cerca de la oreja de Isabel, y después de comprobar cómo le sentaban, no quedó muy convencida, por lo que regresó sobre sus pasos en busca de otros. Fue entonces cuando ella me contestó:

—Sois joven, Catalina. Dios quiera que vuestros sueños permanezcan inalterables y se cumplan cuando lleguéis a Inglaterra. Pero si os he de ser franca, os diré que no es lo habitual.

En aquel momento supuse que aquello era simplemente fruto del puro nerviosismo que la embriagaba.

Cuatro años después, cuando ella ya no habría de estar entre nosotros, yo comprendería mucho mejor lo que en ese momento quiso transmitirme. El capricho del destino quiso que mi vida transcurriese pareja a la suya en muchos de sus derroteros.

Isabel se levantó. La novia ya estaba lista. Ahora solo quedábamos María, mi madre y yo por ataviarnos. La Reina, sentada, observaba cómo Fernando de Torrijos, el sastre, y Juan de Sahagún, el zapatero, sacaban y despleaban de roperos y baúles telas, pieles, sedas, brocados y tocados seleccionando los mejores y más ricos para cada una de nosotras.

Necesitábamos calzas, pantuflos, borceguíes, verdugos para aparentar las caderas más anchas, y corsés para la cintura estrecha. Sería la primera vez que yo elegiría

estas dos prendas vedadas a las niñas demasiado pequeñas; sin embargo, ni aun así mi madre lograba captar mi atención. Me separé de mis hermanas y me encaminé a su biblioteca.

Yo era la pequeña. Por tanto, la última en elegir y ser vestida para las justas, los bailes y demás celebraciones.

Aguardando la elección de mi señora madre, el trasiego de personas en aquella sala era desordenado y desconcertante. Cada uno parecía dedicarse a un quehacer diferente sin importarle lo que los demás hiciesen. La música parecía estimular el ajetreo, meciendo a cada uno de los personajes que poblaban aquella repleta estancia.

Cantaba un tenor acompañado por el clavicordio, la flauta y el arpa en manos de nuestro director de ceremonias, Juan de Archieta. Ensayaban para la canción de apertura de un teatro que se haría en conmemoración de las bodas de Isabel.

Estuve a punto de recitar mis dos únicas estrofas en aquel momento, pero me contuve a tiempo y decidí atenuar la espera con lectura.

Buscaba algo entretenido, una tarea difícil entre los libros de la Reina, mi señora madre, pues casi todos eran demasiado doctos. Detenidamente, recorrí la vista por los estantes que andaban repletos desde que Gutenberg inventara la imprenta.

La Biblia políglota en sus seis tomos traducida al latín, griego, caldeo y hebreo; Tito Livio, Plutarco, san Agustín, Boccaccio, Plinio, Aristóteles, la historia de los linajes y un sinfín de títulos desconocidos para mí.

Me detuve en uno en particular: *De las claras y virtuosas mujeres*. Era de Álvaro de Luna y estaba forrado de azul en papel romance. Lo tomé para ojearlo y me senté cerca de donde mi padre jugaba, concentrado, al ajedrez.

El cardenal Mendoza entró entonces con sigilo y se dirigió directamente a mi padre, inclinándose hacia él e interrumpiendo la partida. El Rey le pidió silencio con la mano y movió el alfil. El contrincante cantó jaque mate y mi señor padre se incomodó por haber perdido.

—Espero, don Pedro, que tengáis una buena razón para irrumpir sin previo aviso.

El Cardenal no disimuló y le tomó de la manga tirando de él para levantarlo.

—Señor, habéis de acompañarme presto. Vuestra presencia en Salamanca se hace precisa.

Mi padre le apartó de un tirón.

—Muchas licencias os tomáis, mi Cardenal. ¿Es que no sabéis que lo más preciso en estos días es entregar a la infanta Isabel a Portugal?

Don Pedro me miró con recelo.

Yo no levanté la mirada del libro que estaba leyendo, pero mis otros cuatro sentidos estaban en aquella conversación cercana. El Cardenal de España, suponiendo que yo andaba distraída, continuó entre susurros:

—Su Alteza Real, el príncipe don Juan, anda enfermo. Las fiebres se lo llevan, mi señor, y los médicos y doctores no aseguran su salvación.

Mi padre empalideció y a mí se me cayó el libro de las manos, golpeando

estrepitosamente el suelo.

La voz de mi madre resonó al fondo de la estancia a través de una fina gasa que guardaba levemente su intimidad de los que la estaban engalanando.

—Tened cuidado, Catalina, con los libros. Son demasiado valiosos como para tirarlos o jugar con ellos.

Todos disimulamos de inmediato.

Mi padre pensó y ordenó rápido.

—No ha de enterarse la Reina. Una simple enfermedad no puede alterar la alianza con Portugal. Inventaré alguna excusa para ausentarme. Mientras urdo una medianamente creíble, preparad todo para partir de inmediato.

Diciendo esto se agachó y me susurró al oído. (Yo había recogido el libro y fingí seguir leyendo, pero mi señor padre no era tonto).

—Espero, Catalina, que guardéis el secreto.

Yo solo asentí sin apartar los ojos de aquella página emborronada y al revés. Él me besó en la frente haciéndome la señal de la cruz, y volteándome el libro se fue.

Me costó guardar el secreto mientras todos andaban de aquí para allá atareados en preparativos, banquetes y fiestas. Esperaba de corazón que Juan se recuperase y rogué a Dios que se curase prontamente.

Hacía menos de un año que mi señora madre había recibido desde Arévalo la noticia de la muerte de mi abuela doña Isabel; aquello, unido a la partida de Juana rumbo a Flandes, la mantuvo por aquel entonces bastante compungida. Sería mala cosa que tales noticias se repitiesen, pues la tristeza se reflejaría de nuevo en sus ojos entre verdes y azules.

Pasados unos días, les vi regresar. La boda culminó, e Isabel había ya partido hacia Portugal.

No hizo falta que mi señor padre hablase. Su demacrado rostro reflejaba las noches en vela pasadas a los pies del lecho de Juan con la impotencia clara de ir viendo cómo la tortura lenta le apretaba.

Su único heredero varón fallecía sin remedio antes de cumplir la veintena. El frío manto de la muerte ya le había cubierto casi por completo cuando el Rey llegó a Salamanca.

Margarita, la viuda de Juan, le seguía y dejaba clara la ausencia de Juan.

Rompí a llorar sin remedio y mi madre se sorprendió ante tan repentina tristeza; sabía que Juan estaba enfermo, pero nadie le había transmitido realmente la gravedad de su dolencia.

—¿Qué sucede, Catalina, por qué lloráis? Estamos en días de fiesta.

Fue entonces cuando vio a mi señor padre. Junto a él aguardaba Margarita. Impresionaba su clara y joven tez en contraste con la toca negra de viuda. Su vientre abultado señalaba su embarazo.

Mi madre, la Reina, se tornó blanca. Sus manos temblorosas se aferraban a los hombros de mi padre, y con la poca fuerza que le quedaba debido a la sorpresa lo

zarandé mostrando todo su temperamento.

—¿Qué sucede? ¡Soy la Reina y he de saberlo! ¿Qué es lo que me ocultáis? ¡Ni siquiera mi pequeña lo ignora!

Mi padre fue incapaz de arrancarse. Fue la primera vez que le vi vacilar entre el cansancio y el abatimiento. Mi madre me tomó con cariño y me suplicó:

—Decidme, Catalina, qué ocurre, por lo que Dios quiera.

Arranqué a llorar con los ojos cerrados pues era incapaz de mirarla directamente a los suyos. Entre balbuceos se lo dije.

—Madre, Juan ha muerto de amor. Yace en el monasterio de Santo Tomás de Ávila.

Me empujó tan asustada que caí al suelo de nalgas.

La ira cubrió sus ojos y se dirigió a mi padre de nuevo:

—Has sido capaz de negar a una madre cerrar por última vez los ojos de su hijo, de darle una caricia con el cuerpo aún caliente, de enjugarle el sudor y de arrojarle el cuerpo inerte. ¡Has negado a una Reina el derecho a despedirse de su príncipe heredero!

Se tranquilizó derrumbándose en una silla. Fue entonces cuando advirtió la presencia de Margarita.

—Ven a mí, hija mía.

Margarita aguardaba al fondo, silenciosa y gimoteante. Se abrazó a ella dándole la noticia.

—Mi señora, vuestro hijo al menos dejó su herencia.

Mi madre observó su vientre abultado y la abrazó consolándose.

No pude hacer más que unirme a aquel abrazo cubierto de tristeza y permanecer junto a ellas durante largo tiempo.

Aquella muerte fue la triste calamidad que como una cuchillada deterioró en mucho la salud de mi madre. La eterna e inesperada desaparición de Juan constituyó el primer eslabón de una cadena tan gélida como el hielo y tan negra como el luto.

Pronto llegó la noticia de la rotura del siguiente eslabón. La niña de Margarita nació muerta, por lo que la rama heredera de Juan quedaba extinta. Inmediatamente se procedió a reclamar la urgente presencia de la recién despedida Isabel. Esta sería jurada como sucesora y princesa de Asturias. A los Reyes, mis señores padres, solo les quedaban hijas para heredar el reino.

Pasaron los meses y, con ellos, el consecuente y asiduo vagar por reinos e infortunios. Aquella mañana, en nuestra adorada Granada el sol se filtraba a través de la fina cortina que habían colgado del zaguán de la ventana para preservar a Miguelito de la luz.

Un imperfecto vidrio aislaba la habitación de cualquier ventilación posible. Habían dado órdenes del médico, que tomamos al pie de la letra dado que la

deteriorada salud de mi madre no podría soportar una muerte más en la familia.

En menos de tres años, la sucesión de la Corona cambió demasiadas veces de sienes. Primero Juan, como ya os narré. Después su hija póstuma, y por último la propia Isabel, mi hermana, que después de ser jurada como sucesora a los tronos de Castilla y León murió del parto que nos trajo a este su hijo que ahora velábamos con tanto celo.

No quería ni siquiera plantearme la posibilidad de que aquella enfermedad pudiese acabar con la vida de nuestro pequeño. Saqué el pañuelo de mi manga y me sequé una gota de sudor que corría por mi frente. El calor abotargaba el aire, y las veladuras que cubrían nuestros escotes y mejillas se adherían a nuestras pieles por la humedad que generábamos.

María, mi hermana, se mecía medio dormida junto a la cuna del niño, sin despegarse ni un instante de su lado. Aquella diminuta y débil criatura no solo era nuestro sobrino. También era su hijastro desde que unos meses antes María se había casado con su padre; el mismo que hasta la muerte de Isabel había sido nuestro cuñado. Miguel era además el futuro Rey de Castilla, León, Portugal y demás Reinos que, por avatares del infortunio, habían llegado a su heredad.

Ese pequeño ser que, inconscientemente, había conseguido avivar la mirada de mi señora madre después de tanto infortunio, se debatía ahora irremediabilmente entre la vida y la muerte.

Recordé la cadena de desgracias que veníamos padeciendo de un tiempo a esta parte. Mi imaginación se activó mientras velaba, y todo empezaba a encajar en mi torturada mente. Suponiendo que mi hermana me escuchaba, alcé un poco la voz:

—Sabéis, María, no puede ser que sea Dios el que nos castiga con tanta desgracia sin solución.

Creo que este mal ha sido invocado por todos los infieles unidos. Sin duda es obra de los vengativos herejes que andan vagando sabe Dios por qué lugares, y presos de sus propios errores e infortunios se desquitan en nuestra contra. ¡Nos han afrentado con un maleficio y han forjado esta cadena de muertes en la fragua del Diablo! El niño comenzó a llorar. Me acerqué presta a él, puesto que al mirar a mi hermana comprendí que estaba dormida y no me escuchaba.

No quería que Miguel despertase a María. Su madrastra se merecía un descanso dado que le había acunado durante toda la noche hasta caer exhausta y agotada.

El diminuto rostro del pequeño, enrojecido por las fiebres, irradiaba aún más calor que el del cuarto. Era como un pequeño brasero incrustado en una cuna. Le tomé la mano y él se aferró a mi dedo tranquilizándose de inmediato y sonriéndome con la mirada vidriosa.

No pude evitar asustarme. Su mano estaba gélida a pesar del calor de su frente. Le destapé y le quité los patucos para ver si todos sus miembros reaccionaban igual.

¡Sus pies eran témpanos! Los friccioné con fuerza para que entrasen en calor, pero fueron sus claros ojos los que me congelaron la sangre en un segundo. Su dulce

mirada andaba perdida y ya no se fijaba en mí. Era como si hubiese dejado de respirar justo en ese preciso momento.

Asustada, no pude más que dar la voz de alarma cogiéndole en mis brazos. Lo apreté con todas mis fuerzas contra mi pecho; quizá su corazón escuchase mis latidos y aquello le animase a continuar. Lo separé un segundo de mí, y al ver cómo sus brazos, piernas y cabeza languidecían inertes, lo abracé con mayor fuerza.

María, junto a los médicos, luchaba por arrebatármelo. Pero la impotencia de verlo marchar y no poder retenerlo lo aferraban a mi pecho.

La histeria solo me dejó oír, entre todo el bullicio, la voz autoritaria y desesperada de mi señora madre.

—¡Dejadlo en la cuna! El silencio más absoluto se hizo en la cámara. Todos quedaron inmóviles frente a mí y yo, asustada, lo acosté en la cuna y lo tapé.

Solo su médico se abalanzó sobre él, no pudiendo hacer nada mejor que certificar su muerte a todos los presentes. Aquel ser desvalido no había llegado a cumplir los dos años; yacía inerte mientras su ardiente y dulce rostro se tornaba blanquecino.

Allí, en Granada, sería enterrado aquel niño que bien pudo unir todos los Reinos de la Península Ibérica bajo su Corona. María se fue a Portugal junto a don Manuel, su marido, y yo quedé a solas junto a mis padres preparando la partida hacia Inglaterra. Echaba de menos a mis hermanos y recordaba con añoranza aquellos lejanos días en que todos juntos vivimos en la Alhambra. Era tan triste mi entorno, y se respiraba tanto el luto, que incluso hubo días en los que ansiaba adelantar mi partida hacia tierras desconocidas.

En las Alpujarras se encendía la llama de la rebelión y la insurrección. Mi señor padre iba y venía por razones de guerra unas veces, y por cuestiones de faldas las otras. ¡Hasta cuatro hermanos ilegítimos teníamos repartidos por diferentes tierras! Mi madre nunca llegó a ser la misma después de aquello. Su preocupación por el futuro minaba paulatinamente su ya mermada salud.

Juana tendría que venir desde Flandes para ser jurada en Cortes como la sucesora a la Corona, como no hacía mucho tiempo había hecho Isabel desde Portugal.

Muy a pesar nuestro, y a través de los embajadores, llegaban billetes que insinuaban su inestabilidad emocional. Ni siquiera el recordar a mi madre la existencia de Leonor, la hija mayor de Juana, o de Carlos, el niño que tuvo en febrero de aquel mismo año, parecían alegrarle.

El año de 1500 fue para mí un año de frustradas esperanzas, en el aspecto sentimental, y de victorias cosechadas por el Gran Capitán rumbo a Nápoles.

## Capítulo IV

### Partida hacia el horizonte

Abracé a mi señora madre tan fuertemente que ella misma me separó de su lado. La Reina Isabel estaba vieja y cansada, pero aun así procuraba mostrarse altiva e imperturbable ante todos los presentes.

Con esta partida y mi consecuente matrimonio culminaba otra de sus ya conocidas cruzadas. Todas ellas constituían un conjunto de anhelos cumplidos gracias al sacrificio.

Con los ojos vidriosos me signó con la señal de la cruz en la frente y me besó.

—Id con Dios, hija mía. Bien sabéis que me hubiese gustado acompañaros como en su día lo hice con vuestra hermana Juana, pero los asuntos del Reino me requieren en el sur; y aunque mi semblante aparenta fortaleza, aún me siento convaleciente de esta mi última enfermedad.

Se puso la mano en el pecho como si le doliese. No era de extrañar, ya que cada muerto de la familia era como una daga atravesada y sedienta de lamentos angustiosos.

Solo pude asentir ante su disculpa. Le besé y, reverenciándola, subí a la silla de manos.

Aquel caluroso 21 de mayo me desprendía de todo lo que había conocido. La Alhambra se iba haciendo pequeña en el pasado; y el horizonte, inmenso a cada paso que avanzábamos rumbo a La Coruña.

Nos alejábamos despacio calleja abajo rumbo a la puerta de salida.

No pude despegar la mirada del semblante de la Reina. Aquella figura solitaria alzaba un brazo aireando con un pañuelo blanco en la mano un adiós. Con aquel gesto solo dedicaba una despedida cargada de amargura hacia la última hija que partía de su lado.

La alegría que se vivió con la partida de cualquiera de mis hermanos no se respiraba por ninguna parte; la algarabía era silencio, y los vítores, apenas una leve efusión. A pesar de ello, no me sentí celosa.

Muy ciega habría de estar para no comprender a una reina y madre que después de haber parido y criado a cinco hijos se desprendía de la más pequeña. Arrancaba de su lado con el corazón en un puño y la sensación de soledad a su ya enquistado dolor.

La sentida despedida hizo aún más patente la ausencia de mi señor padre. Don Fernando andaba demasiado ocupado como para venir a despedirme. Cumplió con el cometido enviándome una carta excusando su ausencia. En aquel legajo, que guardé junto a mi pecho, me llamó «su pequeña» por última vez. Ni siquiera pude despedirme de él como Dios manda y como hubiese querido pues lo más probable era que nunca más nos volviéramos a ver.



El avanzar de mi séquito resonó entre las casas. Al completo, mi cortejo salió de Granada cargado de ilusiones y deseando, si no olvidar, sí al menos dejar a un lado tanta desdicha. Los condes de Cabra, el arzobispo Fonseca y Pedro Manrique encabezaban la larga hilera, siendo ellos algunos de los que tenían encomendada mi entrega sana y salva.

Nos seguían muchos carros cargados de los enseres más variopintos e insospechados. Vajillas de oro, tapices, muebles, vestimentas, joyas y plata. Don Juan de Cuero, el tesorero, había escrito todo en las listas sin olvidar ni un alfiler, y permaneció durante el viaje sentado sobre dos arcas de piel repujada. Al parecer, aquellas cajas llenas de cerrojos y candados contenían la dote acordada con los ingleses. Sin dote no habría desposorio y el contable lo sabía, por lo que prometió defenderla y cuidarla hasta entregársela a Enrique VII, Rey de Inglaterra y mi futuro suegro.

Me distrajo el verle reservado y desconfiado en semejante posición cuando mi silla pasó junto a él.

Era cómico observarle, y no pude reprimir el dirigirme a él simulando ignorancia.

—¡Cuero! Vuestra merced pone mucha cautela en vigilar esas arcas. Parecéis una gallina incubando sus huevos. ¿Qué es lo que guardáis que no podéis delegar en la guardia?

El infeliz miró a un lado y a otro posándose el dedo sobre los labios en señal de silencio.

No pude reprimir una carcajada y con un gesto le indiqué que se acercase a la ventana de mi silla de manos para susurrármelo al oído.

Aquel pobre diablo debió de dudar. No sabía si cumplir con mi indicación a rajatabla y dejar al socaire su tesoro o enviar a alguien con un mensaje. Insistí.

—¿A qué esperáis? ¿Se os quedó adherido el calzón al arcón?

Todos los que andaban alrededor sonrieron; esto le hizo pegar un brinco, e inmediatamente saltó del carro para correr al lado de mi ventana y contármelo. El rubor le tiñó las mejillas y el sudor comenzó a surcar sus sienes debido a que tenía que caminar al mismo paso que mis porteadores y su gruesa barriga le pesaba demasiado.

Cansino y muy raudo comenzó a hablar sin apartar un ojo del carro de los tesoros:

—Su Alteza, siento haberos impacientado, pero habéis de comprender que lo que cuido es vuestro salvoconducto hacia Inglaterra. Las arcas guardan muchos miles de maravedís para la preparación de la boda, además de doscientas mil coronas como dote.

Miró al cielo contando mentalmente y tomándose los dedos cuajados de anillos para no errar. Sin perder un segundo continuó:

—Cien mil tendremos que entregarlas en pago antes de la boda; otras cincuenta mil a los seis meses de vuestro desposorio, y las últimas cincuenta, al cabo del año.

Jadeando por el esfuerzo, dio un cabezazo en señal de despedida y regresó a su

carro sin esperar respuesta. No pude reprenderle por ello. Bastante castigo había sido el convertirle en el hazmerreír del cortejo por un instante.

No le di un segundo pensamiento a las finanzas. Para eso nos acompañaba el tesorero. Estaba claro que en aquel momento ignorábamos las venturas que aquella forma de pago nos traería.

Continuó el viaje, y la quietud de mi cuerpo inmerso en el movimiento del cortejo dio rienda suelta a mis pensamientos. La tristeza que me sobrecogió al despedirme de mi madre se fue disipando, y al poco tiempo del ajetreado viaje mis pensamientos regresaron al punto de partida.

Mis hermanos habían cumplido en su día con su deber sin rechistar, y yo me sentía orgullosa de poder hacerlo tal como se había acordado.

Gracias a nuestra perseverante voluntad, las alianzas con otros Reinos quedarían selladas y bien atadas.

María era Reina de Portugal.

Por otra parte, Juana sería la futura Reina de Castilla y Aragón ciñendo algún día sobre las sienes de su hijo Carlos las coronas de sus Reinos, y si los príncipes electores así lo decidieran, las de su suegro Maximiliano. De hecho, la corte castellana ya la esperaba para ser jurada como sucesora. Me hubiese gustado haberle dado mi enhorabuena antes de la partida, pero desconocíamos por entonces la fecha de su llegada y no podíamos esperar.

También yo llegaría a reina, como mis hermanas. Lo sería de Inglaterra. Imaginaba la espera del Príncipe de Gales aguardando mi llegada para la boda. Ya había sido desposada con Arturo, y sin embargo no me sentía la Princesa de Gales. Ahora que se acercaba el momento de conocerle, mil demandas acudían a mi mente. Eran preguntas de incertidumbre y temor a lo desconocido. Prefería no pensar que, quizá, jamás regresaría a mi reino de nacimiento.

Cada vez que me detenía a pensar sobre mi preparación para el viaje, me sentía atemorizada. Estaba claro que no había sido precavida, pues solo dos consejos habían llegado desde las tierras de mi destino para ayudarme a adecuarme a ellas. El que me acostumbrase al vino y que, además de latín, aprendiese francés e inglés.

Nada sobre modas, costumbres, manjares, bailes o músicas. Nada que me indujese a pensar que los ingleses fueren muy parecidos a nosotros, o muy distintos... En definitiva, nada que sosegase mis ánimos. Parecía mentira que nuestra señora madre pusiera tanto esmero en nuestra educación y, sin embargo, nos catapultase a lo desconocido tan ignorantes como un párvulo ante lo ignoto. De todos modos, nunca se lo podría echar en cara pues siempre veló por nosotros.

Cruzamos los Reinos del sur al norte, arribando a La Coruña antes de lo esperado. Agradecí la rapidez con que embarcamos y partimos. El 17 de agosto levaba anclas, mientras el pueblo nos despedía con cariño y un contento en general muy distante del que se nos había mostrado en la Alhambra.

En el mismo momento en que dejé de posar el pie en tierra firme se me hizo un

nudo en el estómago.

Muchos de los que me habían acompañado en el trayecto desde Granada quedaban despidiéndome en el puerto, y mi séquito quedaba tan mermado que no se podía siquiera comparar al grueso que siguió a Juana, mi hermana, rumbo a Flandes.

Una tormenta nos sorprendió a los cuatro días de travesía. Nunca había llegado a imaginar que el mareo pudiese constituirse en una enfermedad tan desagradable e imposible de remediar. Me tumbé en un coy para que fuese este el que se balancease en vez de mi persona.

Semejante solución, según comentario de un hombre de mar, me mantendría en la recta posición con respecto a lo que debía ser la tierra.

Pero ni por esas.

Cuando ya no me quedó en el estómago nada que vomitar, seguí sufriendo espasmos. Solo recuerdo que mi dama y amiga doña María de Salinas acudió entre tropiezos y los golpes de los bandazos a ver cómo andaba todo en cubierta.

Regresó pálida. Me encontraba a morir, y asocié el mareo y el malestar de estómago con la muerte.

¿Quién podría decirme que no andaría descaminada el día que ella me recogiese? Miré a doña María y no fui capaz de preguntarle por la verdad.

En realidad, nada me importaba.

La cabeza me daba vueltas y solo ansiaba que aquello terminase de uno u otro modo. Ella, sin embargo, insistió en comentarme la situación precipitadamente.

—Mi señora... El barco está desarbolado y prácticamente destrozado. Los mástiles, partidos, cruzan la cubierta de proa a popa. El velamen ondea al viento, rasgado y empapado. Solo los aparejos sujetan todo el lastre. Lo único que me ha dicho el capitán es que, al parecer, la tormenta amaina, por lo que podremos regresar a la costa.

Di una arcada de nuevo. No me interesaba a qué costa. Con amargor en la boca le contesté:

—Doña María, no me importa nada de nada. Rogad al capitán únicamente que esto cese pronto. No quiero saber cómo. Quizá tengamos que naufragar para recuperar la paz; pero, por Dios, suplicadle para que, si está en su mano, esta tortura toque a su fin.

Me miró ella con desaprobación, pero consciente de que todo era provocado por mi estado enfermizo.

Al poco, exhausta, conseguí conciliar el sueño, y al despertar, la quietud total se había hecho. De nuevo oí la voz de mi dama que, con un paño húmedo, me limpiaba la comisura de los labios.

—Su Alteza puede seguir durmiendo, pues hemos fondeado en Laredo y estamos a salvo. Ni siquiera el traicionero golfo de Vizcaya consiguió hundirnos.

Sonreí más tranquila y seguí durmiendo.

Tuve tiempo de recuperarme. Los destrozos eran cuantiosos y tardamos más de

seis semanas en reiniciar la marcha rumbo a Inglaterra.

El aburrimiento de la espera me hizo observar detenidamente lo que en aquel puerto acontecía.

Aquella villa tan querida de mi señora madre lo era por ser la capital de las cuatro villas más cercanas y principales que daban a esa costa. Facilitaba en mucho el atraque y fondeo de barcos de grande envergadura; por eso era muy comercial y Real, desde que todos los miembros de la familia recalábamos en él para hacernos a la mar.

Por avatares del destino, las aguas embravecidas nos empujaron allí. Partiríamos de nuevo una vez arreglados los destrozos y avitualladas las bodegas de las naves con los víveres necesarios.

Ese momento al fin llegó. El amanecer de aquel 27 de septiembre fue especial en Laredo.

Muy cerca de la Puerta del Merenillo y de la iglesia de Santa María estaba la casa torre del condestable de Castilla, donde nos albergamos y dormimos plácidamente.

Pero la última noche en tierras cántabras no pude dormir. Desde una de las troneras de la casa torre estuve expectante contemplando la quietud de las aguas del puerto, el silencio y la oscuridad. Mis criadas dormían a pierna suelta, y alguna de mis damas, como doña Elvira o mi amiga María de Salinas, roncaban sin preocupaciones. Serían ellas algunas de las que me acompañarían.

Mayordomos, caballeros, camareras, e incluso mi capellán y confesor, despertaban y salían a los pantalanes dispuestos a ultimar los preparativos para la partida. Un mozo de cuadra luchaba para que mi yegua pasase sobre el puente y fuese introducida en el barco. Se resistía esta, y relinchaba enfurecida como si, conforme con lo conocido, se negase a aceptar un cambio.

Junto a él, una sirvienta aguardaba el libre paso cargada con una cántara de a ocho azumbres de vino yana baladí. Pude distinguir su sayo y lo reconocí: era uno de mis antiguos y viejos vestidos que había mandado repartir entre los pobres.

Otras ciento cincuenta personas trajinaban en el puerto cargando en otros barcos agua, cecina, vacas vivas, gallinas, huevos, quintales de manteca, arrobas de vinagre, pescadas aciales; y sardinas y arenques en salmuera, como si no pudiésemos pescarlos durante la travesía.

Todos preparaban frenéticamente la salida. Los fui enumerando en voz baja para no sucumbir ante el miedo de sufrir una nueva tormenta.

—Nobles, cortesanos, damas, dueñas, amos, amas, ayos, pajes y mozos.

Tomé aire y proseguí:

—Escuderos, espingarderos, ballesteros, arqueros, palafreneros, clérigos, letrados, reposteros, músicos, aposentadores, mariscales, maestresalas, correos, cantores, músicos, monteros y boticarios.

Eran parte de mi séquito y, por tanto, el recuerdo más vivo de mi tierra natal que podría portar conmigo. Me hubiese gustado contar con más, pero mi futuro suegro no lo estimó oportuno.

Una mano se posó en mi hombro y me acercó la candela de sebo a la cara. Era mi amiga más querida, María de Salinas.

—Si continuáis, acabaréis atragantándoos y perdiendo el resuello.

Sin duda mi dama andaba desvelada. Las dos, pensativas, contemplábamos el bullicio. Quebré el silencio:

—Os habréis percatado de que nuestra armada y provisiones distan en mucho de las catorce naos, las dos carracas y las cuatro carabelas que acompañaron a Juana en su travesía hacia Flandes. Ella contaba con más de tres mil hombres entre tripulación, cortejo y servidumbre. Mi séquito no llega a la mitad y nadie me despide en el puerto.

Asintió con resignación y la abracé, deshaciéndome de los pensamientos melancólicos.

—¡No sé de qué me quejo, doña María! Os tengo a vos junto a mí, doña Elvira de Manuel, mi dueña, al profesor Alejandro Geraldini y a mi buen asesor espiritual Diego Fernández. ¿Qué más puedo desear? Ella se encogió de hombros, satisfecha de mi elogio, y me acarició la mejilla con cariño.

—Deberíais dormir, mi señora. El viaje será largo, y a pesar de que aseguran el buen tiempo, muchos son los que se marean, y quizá no durmamos otra vez en cuatro noches.

—Dios no lo quiera, doña María. Estoy pensando en que tomaréis estado al igual que yo, y aún no sabéis con quién. Prometo desposaros con el noble que más os convenga, pero habréis de ser paciente.

María no dijo nada. Solo asintió. Repentinamente, sentí un escalofrío.

—Allá, al otro lado del mar, cruzando el horizonte nos aguardan muchos cambios. Otra organización de la casa, con otras lenguas, costumbres y rostros. Todo será nuevo y desconocido para nosotras. Quizá nunca volvamos a ver a los nuestros; a mi madre, mi padre o mis hermanos. Puede incluso que olvidemos sus rostros, el contorno de sus faces o el color de sus ojos al igual ellos pueden olvidar los nuestros.

Quedé silenciosa. El pavor me abrigó y recordé aquellas palabras que desde niña mi señora madre tantas veces nos había repetido; aquellas normas que hasta el momento me habían resultado absurdas y carentes de todo fundamento.

María me miró asustada y decidí tranquilizarla cambiando de actitud.

—Puesto que la completa entrega en cuerpo y alma al servicio de nuestro Reino ha comenzado a tornarse en sacrificio, es mejor tomárselo con alegría y rendirse a él.

Inspiré, llenando los pulmones, cerré los ojos y sonreí al futuro.

—Con el amanecer todo despierta, y nuestro estado de obnubilación se disipa. Inspirad conmigo, doña María. La brisa marina y el olor del mar nos adormecen y, sin embargo, nos llaman. Una escolta de más de cien barcos y varios miles de hombres nos aguardan en el puerto para formar nuestra escolta.

»Miradlos, como hormigas afanadas luchan para culminar los preparativos, y nosotras nos permitimos la lamentación. ¡No ha de ser así! Debemos ansiar vivir nuestro destino mirando al frente sin recordar nada más que lo bueno del pasado.

Embarcamos inquietas, pero dispuestas a cumplir con nuestro cometido.

## Capítulo V

### Decepción

La bruma se abrió difuminando el puerto de Plymouth ante nuestras intrigadas pupilas. Aquel 20 de octubre de 1501 divisábamos, por fin, la isla que nos albergaría y recibiría para el resto de nuestros días.

La noche anterior no fue en absoluto digna de recordar, pues el sueño difícilmente conciliado entre tanto bamboleo se turbó ante una pesadilla. Tumbada en una cama, me despertaba junto a un joven sudoroso, pálido e inerte. No tenía rostro, y no supe darle a esa ilusión una explicación lógica. El porqué de que acudiesen a mi mente semejantes pensamientos fue un misterio. Para mí, la premonición no existía y no me dejaba asesorar fácilmente por astrólogos, como muchos hacían.

La desazón que la mar infinita causó en todo el séquito desapareció de inmediato para dar paso a una incontrolable ansiedad por tocar tierra firme. Algo muy esperado, habida cuenta que la mayoría de ellos habían nacido tierra adentro y no conocían lo eterno que puede llegar a parecer el mar.

Aguardábamos impacientes, en la ensenada del puerto, que la marea subiese para poder acercarnos aún más a la costa. Eran órdenes estrictas del capitán.

Desde allí, acompañando a las ráfagas de viento, se oían los vítores del pueblo cantando al son de la música de las campanadas. Se divisaban infinidad de estandartes conmemorativos que decoraban la ciudad, y pensé que entre toda aquella multitud estaría el príncipe Arturo esperándome. Posiblemente se acercase en una barcaza a nuestra nao siempre y cuando el protocolo se lo permitiese.

Pasaron horas antes de que pudiésemos acercarnos a la costa sin temor a encallar, pero nadie cruzó el tramo que nos separaba del puerto para abordarnos con una bienvenida. Tuve al menos tiempo para recuperar el rubor desaparecido de mis mejillas por la travesía y engalanarme como la ocasión requería.

Una vez en la barcaza, continué soñando. El sonido de los remos sobre el agua acompasaba los latidos de mi corazón. Nerviosa, busqué con la mirada entre el gentío.

Saqué un pequeño retrato sobado del bolsillo de mi bajo sayo y observé aquel rostro como si fuese el único digno de admirar. Era el vivo reflejo de un niño que para entonces debía de haber crecido. La verdad es que ansiaba ver a un hombre joven en su lugar. Un hombre hecho y derecho, con rasgos muy similares a los del dibujo, pero al mismo tiempo más angulosos y perfilados. ¿Estaría rodeado de su guardia y por eso no alcanzaba a divisarlo? ¿Se habría dejado barba y por eso no lo reconocía? Seguramente era eso, esperaba darme una grata sorpresa. Por más que

estiraba el cuello y centraba mi atención, me resultó imposible descubrirle.

Contuve la respiración. Por fin, desde la lejanía distinguí con mucho esfuerzo una figura delgada y ricamente vestida rodeada de su guardia personal, aunque no parecía real.

Nada más poner un pie sobre el pantalán, corrí a su encuentro adelantándome a todo el séquito. Según se acortaba la distancia, mis piernas se frenaban hasta que la carrera se hizo paso. Aquel hombre que el deseo me hizo ver como Arturo era sin duda mucho mayor, su pelo era canoso y clericales sus vestimentas.

Me detuve de inmediato. Sin duda me había precipitado. Pronto supe que la inquietante figura era el obispo de Bath. Acudía como representante del Príncipe de Gales a mi encuentro para acompañarme a Dogmersfield, en Hampshire.

Allí era donde el encuentro tan ansiado se produciría. La impaciencia me traicionó.

Fue la primera decepción que tuve al tocar tierras inglesas, pero aquello no me afectó en el ánimo dado que como cualquier quinceañera enamoradiza ansiaba conocer el amor estuviese donde estuviere. La sangre hervía en mi interior.

Los embajadores, tanto de Castilla como de Aragón, esperaban tras el representante de la Corona inglesa. Pronto reparé en la gran enemistad y rivalidad que existía entre los dos hombres a cuyas indicaciones estaría sometida hasta ser entregada formalmente a Inglaterra. Mis ansias de amor no me cegaron al punto de olvidar que mi llegada a aquellas tierras lejanas se debía únicamente a un acuerdo de paz y concordia entre dos Reinos.

Dubitativa, entre empujón disimulado y pisotón malintencionado, tendí mis dos manos ante los embajadores. Uno tomó la derecha, el otro la izquierda; y los dos dieron un cabezazo saludándome al unísono.

Fue tan cómica la trifulca que no pude contener una sonrisa. Había captado su manera de ser casi de inmediato.

De un lado, don Rodrigo González de la Puebla, y del otro, Fuensalida. Solo habrían de ser los primeros de la larga lista de embajadores sucedidos en mi reinado. Uno era un ser mordaz y viperino. El otro, en cambio, dados su semblante y constitución, era un miembro del clero amigo del buen comer y de uno que otro vicio que le hacía un conversador culto, vivaz y divertido.

La verdad es que mi obligación era no tender hacia ninguno de los dos extremos, por lo que hacía verdaderos esfuerzos por no demostrar mi favoritismo hacia Fuensalida.

Entre esos dos hombres habría yo de lidiar, y no pude evitar, dada mi juventud, preferir al jovial antes que al antipático.

Agradecí el saludo, y mirando a Fuensalida le pregunté:

—¿Dónde está mi señor? ¿Por qué, en vez del Príncipe de Gales, me mandan a un obispo? ¿Acaso es costumbre en estos lares que la familia real no acuda a los puertos? El obispo de Bath me miró extrañado, sin duda no entendía nada de



castellano. De la Puebla frunció el ceño de inmediato, dado que no había sido el elegido para mis palabras, y Fuensalida sonrió ante la muestra de confianza y preferencia que le otorgué. Repetí la primera pregunta en latín por deferencia al obispo inglés. Fue él quien me contestó:

—A Su Alteza el Príncipe de Gales le hubiese gustado acudir. Pero los médicos se lo han prohibido. Está enfermo y su salud no es del todo lo sana que quisiésemos, por lo que ha de guardar reposo. Mientras se restablece, es menester que residáis en mi propia casa.

Ante semejante respuesta no cabía réplica posible. En silencio, subimos a los carruajes que nos aguardaban en la calleja colindante e iniciamos el viaje. Tomé el rosario que tenía colgado en mi cinto. Recé una oración y pasé otra cuenta, rogando a Dios por su salud.

En realidad, era la segunda que rezaba en muy poco tiempo. Un cuarto de hora antes, en la barcaza, había rogado a Dios que Arturo estuviese en el puerto mientras le buscaba. No fue así, por lo que insistí en mi rezo.

Pensé que el Señor me probaba con desilusiones, pero más tarde supe que lo que hacía era prepararme para el futuro. Los gritos de clamor ensalzaron un poco mi ánimo ante tanto sueño quebrado. No caería más en ello: no me permitiría el lujo de imaginar cosas gratificantes para sentirme defraudada a la postre. Sería mejor esperar los acontecimientos y vivirlos según acudiesen.

El 14 de noviembre embarqué de nuevo. Esta vez bajo un dosel y sobre una rica barcaza engalanada que surcaría el río Támesis rumbo a Greenwich. Una vez en San Pablo, tomaría estado y al fin sería reconocida como Princesa de Gales, futura Reina de Inglaterra.

Doña Elvira, tras de mí, vigilaba cada uno de mis movimientos, y doña María, a escasos metros, sonreía tanto que parecía ser ella la que iba a casarse. Sonaron clarines, trompetas, tambores, flautas, chirimías y, con el primer movimiento de los remeros, la muchedumbre agolpada en la ribera del río gritó enardecida a nuestro paso.

Di gracias a Dios por el velo que cubría mi rostro. Sin haberlo calculado intencionadamente, aquel fino paño me escudaba de un millón de irrespetuosas miradas. Sentí cómo los ojos del pueblo recorrían mi semblante escudriñándolo sin pudor ni respeto. La expectación de todos, lejos de sosegar me, me incomodó.

Temblaba de la emoción cuando sentí la pequeña mano de mi cuñado tomando la mía. Enrique, a sus diez años, se mostraba más seguro de sí que su hermano Arturo, e intentó apaciguarme ante el nerviosismo.

—No os preocupéis, cuñada, pues sois la novia más hermosa que ha cruzado esta corriente desde hace muchos años. Solo deleitan su observar, admirándoos.

Eso me tranquilizó relativamente. Al menos aquel niño regordete, pelirrojo y avisado me infundía valor al reflejar una mezcla de picardía con admiración en sus ojos.

Margarita y María, las hermanas más pequeñas de Arturo, nos observaban dándose codazos de complicidad.

De la boda poco puedo decir. No sé si en mi fuero interno ansiaba su olvido o si, en realidad, la premura repentina de su celebración la hizo rápida. Supongo que la fortaleza del vínculo que de aquel acto manaba era tan nula como todo lo que de ella derivó *a posteriori*.

Haciendo un esfuerzo ímprobo, recuerdo que me faltó devoción ante el sacramento, ya que solo intentaba apartar la vista del rostro de Arturo. A pesar de ello, una fuerza indescriptible me empujaba a observarle.

¡Cuánto distaba aquel hombre del que había imaginado corriendo a mi encuentro! De su mentón no asomaba un pelo; ni siquiera una sombra que inclinase a pensar en una barba incipiente. Su voz sonaba aguda y femenil. Su torso era más estrecho aún que el mío. Su pelo era luengo y rubio; y, por último, su figura me parecía enclenque y escuchimizada. Cuando monseñor solicitó su ratificación audible y positiva como respuesta ante el matrimonio, Arturo sudaba tembloroso y estaba a punto de derrumbarse como un castillo de naipes ante un soplido.

Su consentimiento fue casi inaudible por falta de resuello y el mío le imitó por no hacerle de menos. La verdad es que la decepción me apretaba la garganta. Me limité a rezar con los ojos cerrados para tener fuerzas y para que nadie intuyera mi desengaño.

Pasado el trance, comenzaron los festejos. Abrimos los recién casados el baile, pero a la mitad de este sentí el cansancio de mi esposo, y cediéndole mi brazo para apoyarse le acompañé a su sitio.

Permanecí dos bailes más junto a él sin cruzar palabra y a la espera de que recuperase el resuello, observando con envidia sana cómo doña María de Salinas bailaba en corro con las infantas María y Margarita. El infante don Enrique se acercó a nosotros y pidió permiso a su hermano mayor para sacarme a bailar. Arturo lo dio, y no pude evitar el saltar entusiasmada ante una digna huida del aburrimiento.

Terminado el primer baile, continuamos danzando, y tan entretenida me vi que perdí la noción del tiempo. Bailamos al uso español y al inglés, e incluso nos permitimos la osadía de inventar algún que otro paso. Zapateamos al son de una melodía nueva que se prestaba a ello inclinándonos los dos sin querer al mismo tiempo, lo que produjo el choque inevitable de nuestras frentes y sendos chichones. Ante el dolor inesperado, no pudimos más que reírnos a carcajadas y todos los presentes nos corearon.

Sujetándome la diadema, miré divertida a mi pareja de baile.

Aquellos ojos claros me hipnotizaron, e incluso consiguieron hacerme olvidar que mi reciente esposo aguardaba sentado mi regreso. La euforia del momento delató mi falta absoluta de interés por Arturo.

Repentinamente, doña Elvira irrumpió en el baile con tal expresión de disgusto en el rostro que los músicos, atónitos, dejaron de tañer sus instrumentos. En el centro de la pista quedamos paralizados, a la espera de una segura represalia.

—Su Alteza no ha terminado aún de entender cuál es el mensaje que todos pretendemos inculcaros para vuestro bien. No reprendo las dádivas y mercedes que otorgáis a todos los que a vuestro lado pasan, pero estas, para ser buenas y meritorias, han de ser moderadas. Bien podéis vestir al desnudo o dar de comer al hambriento, pero no podéis danzar con quien no debéis pues así solo ofenderéis a Dios y a vuestro marido, que obligado por vuestro desaire se ha ausentado de las celebraciones de su propio desposorio.

Miré cabizbaja y arrepentida al lugar en donde le había dejado. La dueña aguafiestas y carente de toda imaginación continuó recitando aquellas palabras que ya en su día nos había procurado el cardenal Cisneros.

—Vuestra actitud no es más que una licencia ilícita que provoca una soltura no católica ni honesta. Es tan disoluta que incita al pecado. No olvidéis que este suele llegar agazapado como el Diablo y disfrazado de divertimento. Reconoced vuestra falta.

Silenciosa, asentí y me retiré.

Esperé toda la noche a que mi señor don Arturo requiriese mi presencia en sus aposentos; quizá no fuese tan niño como a simple vista aparentaba.

Desgraciadamente, no fue así.

Más tarde supe que no se había ausentado por mi modo de actuar. La verdadera causa había sido un malestar en su estómago.

## Capítulo VI

### El destino quebrado

Casi podría asegurar, a pesar de que el tiempo ha pasado y la memoria me falla, que Arturo nunca se recuperó. De hecho, siempre sospeché que había acudido a nuestro desposorio maltrecho y enfermo. Su restablecimiento nunca fue completo, a pesar de que así nos lo aseguraron.

De todos modos, lo mejor era no derrumbarse. Estaba casada con el Príncipe de Gales. Así lo quisieron mis padres y era esa mi obligación. Como buena esposa, le velaría hasta verle sano y salvo de su enfermedad.

Por orden del Rey mi suegro, en cuanto Arturo se sintió con fuerzas nos mudamos al viejo castillo, de Ludlow. Esperamos en una casa rural muy cercana a que terminasen de avituallar nuestro nuevo hogar.

Para la salud de Arturo, hubiésemos hecho mejor en permanecer en aquel humilde y confortable albergue rodeado de fértiles valles, tan diferente en su entorno a los embarrados parajes que rodeaban la vieja torre del castillo.

Era tanta mi obsesión por cumplir como esposa que holgué con él más de una vez intentando lo imposible. Mi marido, lo quisiese o no, era un ser enfermizo y débil que a sus quince años no había madurado en el cuerpo, y a duras penas en el espíritu. Estaba claro que era demasiado niño para ciertos menesteres ineludibles con el propósito de consumar un matrimonio.

Aquello no me importaba. Al fin y al cabo, se trataba de un problema nimio. La solución vendría con el paso del tiempo. Mientras aguardaba pacientemente su desarrollo completo, alejada de la Corte londinense, le cuidaría como su esposa que era.

Sabe Dios que puse todo mi cariño en ese negocio. Sin embargo, el húmedo clima de Ludlow le fue debilitando aún más, y los médicos prescribieron nuestra completa separación, no fuese que enfermase más.

No me opuse a ello, dado que recordé de qué modo Juan, mi hermano, se había debilitado más y más cada día que yació con Margarita hasta el momento de su muerte. Sabía que Juan había muerto de amor y, por tanto, no se limitaba simplemente a dormir junto a su esposa como nosotros.

Recordaba todavía cómo los doctores le habían dicho a mi señora madre que era recomendable separarlos, contestando ella que lo que Dios había unido no debía ser separado por el hombre. Al final resultó que Dios quiso separarlos antes de tiempo, y yo no quise que a mí me pasase lo mismo. Ahora también los médicos habían sido consultados, y dada la anterior experiencia, vieron con gusto que durante algún tiempo no holgásemos juntos.

A pesar de los cuantiosos desvelos y cuidados, sentí cómo el joven ya enclenque

que conocí se iba deteriorando como un anciano. Arturo luchaba en contra de su cansancio, y en muchas ocasiones se enfrentaba con todos para demostrarse a sí mismo que su capacidad y fortaleza no andaban tan mermadas.

Así, hubo un día en que salió a cazar por unos bosques cercanos.

Comenzó a llover al mediodía y todos temimos lo peor. Regresó a las dos horas calado hasta los huesos y tiritando. Se enfrió, y su débil constitución no pudo con la enfermedad.

Aguardé día y noche en la habitación contigua esperando una mejoría. En muchas ocasiones, entre rezo y rezo, caía desfallecida y dormida sobre el reclinatorio frente al altar para despertarme una y otra vez escuchando angustiada hasta qué punto los ataques de tos de mi marido solían terminar en arcadas que continuaban con más accesos de tos incalmables. El tormento duró semanas.

Una noche, una mano me despertó con cuidado y cariño. Era Juan Forest, uno de los sacerdotes de la abadía de Greenwich que había sabido ganarse mi confianza y cariño gracias a su desinteresado apoyo y al ánimo que siempre supo inculcarme en los momentos tan tristes que estaba viviendo. Su expresión reflejó la fatídica noticia. Asintió con tristeza ante mi faz interrogante.

Aún soñolienta, mi estómago se despertó de inmediato, encogiéndose como un caracol en su concha. Ya no era la futura Reina de Inglaterra, sino la Princesa viuda de Gales. La decepción de otra alianza fallida golpearía a mis padres, como con anterioridad lo habían hecho las procuradas para Isabel o Juan.

Solo tuve fuerzas para musitar una pregunta. Era lo último que me preocuparía de mi difunto marido.

—¿Confesó? ¿Le disteis, consciente, la extremaunción?

Forest asintió de nuevo, abrazándome con respeto para infundirme consuelo. No derramé una lágrima pero me aferré fuertemente a él.

Como mi confesor sabía, no era propio de mi carácter demostrar debilidad en público. En tanto, al fondo de la capilla muchos aguardaban cabizbajos para darme el pésame.

—¿Qué día es hoy?

—Dos de abril, mi señora.

Conté con los dedos. No se habían cumplido seis meses desde nuestra boda. Al instante entraron Enrique, el hermano pequeño de Arturo, y su madre, la Reina.

Reverencié a mi señora suegra y a Enrique. Este último me besó la mano y la sostuvo fuerte entre las suyas. Yo le abracé como señal de agradecimiento.

Sabía que con ello atentaba en contra del protocolo establecido, pero esto no me importó; al fin y al cabo, era el hermano pequeño de Arturo. Era un niño atractivo a punto de ser reconocido como heredero de la Corona y futuro Príncipe de Gales.

Al separarme de él, le reverencié consciente de mi falta. Me tomó de los hombros y fue la primera vez que capté en su mirada la veracidad de una cierta admiración por mí. El rubor tiñó sus mejillas, y en su mirada pude intuir un sentimiento más

profundo que el del amor meramente fraternal de cuñados.

Miré disimuladamente a todos los que nos rodeaban para asegurarme de que nadie se había percatado de la actitud de Enrique hacia mí. Solo Forest sonrió levemente en ese ambiente previo al duelo del luto.

En aquel preciso momento comencé a sudar y sentí cómo el mal que había matado a Arturo hacía mella en mí: casi inmediatamente comencé a toser. Sin duda, el sueño retrasado que acumulaba desde hacía noches había contribuido al deterioro de mi fuerte salud.

Posiblemente llevaba afectada varios días, pero la obligación de asistencia para con Arturo era superior a la posibilidad del afloramiento de la enfermedad. Me desvanecí y me llevaron a mis aposentos, por lo que no pude acompañar hasta Richmond al cortejo fúnebre.

A la mañana siguiente pude levantarme asistida por dos de mis damas para asomarme a la ventana y divisar cómo el frágil cuerpo de Arturo emprendía su última marcha.

Llovía a raudales y el viento era tan fuerte que las antorchas que rodeaban el féretro se apagaban una y otra vez. Hombres y fieras luchaban contra la ventisca echados hacia adelante, lo que restaba solemnidad al entierro.

Los nobles de su casa —que debían partir sus bastones para enterrarlos junto a su señor—, lejos de acompañarle a pie se refugiaron en sus carrozas, desapareciendo rápidamente entre tanta agua. Me quedé pensativa un buen rato mirando a la nada a través del cristal empapado e irregular.

Allí afuera todo andaba tan embarrancado como mi futuro y la razón de mi existencia por aquellos lares. Caí rendida de nuevo, y solo recuerdo que al despertar al día siguiente solamente ansiaba confesarme. Ciertos pensamientos impuros me habían asaltado durante la agonía y necesitaba arrancarlos de mi mente.

Recapacité y decidí no confesarlos hasta que estuviese restablecida del todo y me hallase de nuevo junto al enterramiento de Arturo, pues aunque no pude acompañarle me prometí a mí misma otorgarle una última despedida.

Pasado un tiempo, logré mi propósito y pude visitar su enterramiento. Forest aguardaba detrás de la celosía.

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida.

Tosí dos veces, tragué saliva y quedé en silencio. Mi alma andaba en desorden y cuajada de cierta ansiedad. Mis pecados eran de pensamiento, porque en vez de rezar por las honras fúnebres de Arturo, mi pensamiento solo giraba en torno a Enrique, un niño imberbe que probablemente aún no...

Sacudí la cabeza para apartar de mi pensamiento semejantes majaderías, y arrodillada como estaba, me di media vuelta para mirar el enterramiento de Arturo, cubierto aún con un paño negro de terciopelo.

Mis recuerdos hacia él volaban a la misma velocidad que su alma despegaba de

su cuerpo. El que un día habría de haber sido el Rey de Inglaterra yacía frío y oculto en el olvido. Era el vivo reflejo de lo que pudo ser y no fue.

—Mi señora, no es por aguardar, que tiempo tengo; pero pronto la que habréis de ausentaros de este confesionario seréis vos, Alteza.

Regresé a la realidad, no sabía cómo empezar. Prefería ser directa y no andarme por las ramas, que para un perdón sincero se necesita espontaneidad y huir de toda tergiversación. Escupí mi malestar.

—Don Juan, hay algo que me inquieta, y me arrepiento de ello aunque no consigo olvidarlo. El día en que apareció en Ludlow mi señora la Reina junto a Su Alteza el príncipe Enrique hubo un intuir en mi interior que no creo que se acerque a la realidad.

Mi mente trastornada momentáneamente por la viudedad y el delirio de la enfermedad, sin duda me engañó. Quedé en silencio de nuevo.

Me costaba sincerarme con el hombre en el que más confiaba. Estaba incurriendo en lo que intentaba evitar. La divagación.

—Continuad.

—Al abrazarme a Enrique, lo cual no debería haber hecho nunca, sentí algo extraño en su mirada, y me es difícil reconocer que, lejos de desagradarme, me gustó.

Las palabras de mi confesor me dejaron perpleja:

—No sé si lo recordáis o estabais demasiado aturdida, pero estuve presente y lo presentí. No hay imaginación en ello, pensad que nuestro Rey sigue interesado en la alianza entre España e Inglaterra, y Sus Majestades, vuestros señores padres, no habrán cambiado de parecer en tan poco tiempo. No sería de extrañar que, en el fondo, tanto el príncipe Enrique como Vuestra Alteza lo intuyeseis e inconscientemente hubiereis deseado esa alianza antes de que os fuere ordenada.

Entre mis veladuras negras, frente al rostro y la celosía, vi cómo una sonrisa se dibujaba en el rostro de Forest, al mismo tiempo que me daba la absolución entre susurros.

Antes de levantarme contesté:

—Gracias, padre Juan. Me hubiese gustado enalteceros cuando pude. Ahora solo soy la Princesa viuda de Gales, pero si alguna vez estuviese en situación de otorgaros mercedes, no dudéis en que lo haré.

No hubo penitencia impuesta.

Salí del confesionario, me arrodillé entre la tenue luz que las velas daban al lugar del enterramiento, acaricié el oscuro terciopelo en la penumbra mientras rezaba por la salvación del alma de Arturo y me despedí de él con un silencio similar al que mi Príncipe de Gales dejaba en el desabrido sentido de mi existencia. Solo retuve una imagen débil y pálida de su rostro.

Cabizbaja, miré de reojo la piedra que representaba su efigie junto a la mía en el sepulcro que serviría de cobijo a su eterno descanso. A mi edad veía lejana la muerte, pero mi propia imagen esculpida en la fría piedra me recordó que cualquier día podría

encontrarme en la misma tesitura que Arturo.

La conversación con el padre Juan me indujo a pensar que Arturo se pudriría solo en aquel lugar.

A mí nunca me enterrarían junto al puesto del que ya me sentía lejana y despegada por completo.

Al fin y al cabo, nunca había llegado a ser suya por entero. Eso estaba claro. A los dieciséis años cumplidos recientemente permanecía incólume y esperaba que pronto mis padres mandasen la orden con mi regreso a Castilla o se acordase mi matrimonio con Enrique.

La idea no era del todo descabellada. Sabía por Fuensalida que mi señora madre había ordenado honras fúnebres en memoria de Arturo.

Con ello dejaban clara su intención de continuar con la alianza entre Inglaterra y España.

Enrique era muy joven todavía, y posiblemente tendría yo que regresar a Castilla para aguardar junto a los míos la edad núbil de Enrique y luego consolidar la tan ansiada alianza.

Sin quererlo, ya me veía en casa de nuevo. Recordé cómo mi hermana Isabel, una vez viuda, regresó y se casó con el sucesor portugués de su difunto marido. Algo parecido era lo que me aguardaba.

Era cierto que aún era una mujer muy joven y que en poco tiempo podría desposarme con Enrique. La mirada de Enrique me había hecho palpitar, y aquello podría ser el inicio de un futuro matrimonio por amor y no por obligación, algo con lo que nunca me había atrevido a soñar. Estaba claro que la juventud me dejaba anhelar historias no del todo utópicas.



## Capítulo VII

### La distancia del olvido

Pasó el tiempo. Los años se me hicieron un lustro después, y el tiempo llegó a borrar de mi memoria todos aquellos proyectos y deseos que un día rondaron mi atolondrada juvenil sesera.

Siete años aguardé un destino sin regresar a mi tierra viviendo en Durham House. Tan cerca del Támesis estaba que la humedad llegó a filtrarse por entre las losetas del suelo empapando aún más mis tristes e inciertos sentimientos.

La aquiescencia me ahogaba.

Tras los muros de esta mi olvidada prisión parecía existir una ciudad prohibida, en la que los ingleses procuraban no entrar. Era como un reducto pequeño y olvidado de España en York.

La lengua que hablábamos era la española; los bailes, los nuestros; y las costumbres, las que habíamos traído de nuestra tierra natal.

Don Juan de Cuero, el tesorero que tanta diligencia había puesto en el cuidado de la dote de la que en su día se había hecho cargo, se vio obligado a hacer malabares y magia para estirar, sin despilfarrarlo, el poco caudal que en nuestras arcas quedaba.

Con harto dolor de corazón, pero con mi permiso, abría aquel arcón e iba empeñando un día y vendiendo el otro parte de la plata y las joyas que en una época lejana había defendido incluso con el peso de sus posaderas. Todas ellas estaban destinadas a pagar el resto de mi dote en caso de que me casara con Enrique. El día en que ese momento llegase, Dios proveería. Al menos, no habrían muerto de hambre la Princesa viuda de Gales y todo su séquito.

Así fuimos poniendo remedio a nuestras penurias, lo cual todos agradecemos. Estábamos cansados de vestirnos con sedas y brocados remendados y de no tener ni para camisas, así como agotados de comer en vajilla de plata carne podrida en escabeche y pescado en salmuera, por no poder adquirir en el mercado alimento fresco, y de no tener más que agua para beber. Alimentos como el vino o las frutas normales se nos habían vuelto lujos raros y exquisitos. Había días en que comíamos incluso peor que un hidalgo hambriento. Recuerdo cómo, mientras masticaba duelos, quebrantos, lentejas o gachas, intentaba recordar el olor y la textura de un buen asado para así tornar la comida de un pobre en manjar exquisito.

Mi fiel amigo Juan de Cuero no puso reparo en ello y, gracias a su comprensión, mantuvimos al menos un ápice de nuestra dignidad. Ya no inspirábamos la piedad que todos los que nos veían promulgaban a los cuatro vientos. Pues no era piedad lo que mi orgullo quería inspirar sino el leve recuerdo de mi señor padre hacia esta Corte lejana.

Doña Elvira de Manuel dirigía el mermado cotarro cual la dueña diligente que

pretendía ser. En defensa de su austera empresa se enfrentaba a unos y a otros sin rebajarse ante la posición de todos, y dado este caso, ponía sin temor a cada uno en su lugar. El estipendio superfluo era duramente castigado.

Fueron aquellos tiempos difíciles, durante los cuales me encontré inútil y desconcertada, esperando una orden de parte de mis señores padres que resolviese tanta incertidumbre ante el futuro.

Por entonces me notificaron la muerte de mi madre, acaecida un 16 de noviembre de 1504, y el nacimiento de mis sobrinos Leonor y Carlos, y un sinfín de noticias que llegaron a sonarme ajenas y distantes. Me sentía como una mera espectadora que, sentada a solas en el patio de una corrala, veía cómo todos aquellos personajes que un día habían estado en escena iban desapareciendo sin dejar rastro: unos, de la mano de la muerte, y otros, de la lejanía.

El maestro Geraldini fue tan solo el primero de una larga lista en regresar a España. Me sorprendió la rapidez con que nos abandonó, ignorando por siempre el motivo de ello. Supuse después que posiblemente había sido obligado a proceder de ese modo por el embajador De la Puebla por un lado y por doña Elvira por otro. Dada mi desidia, el embajador y mi dueña más veterana se habían hecho con las riendas del poder en nuestro pequeño palacio. El osado que discutiese cualquiera de sus determinaciones era destituido de inmediato, o trasladado según el puesto que ocupase en el ya de por sí mermado escalafón de mi Corte.

Sin duda Geraldini midió mal sus fuerzas, y por ello fue condenado a un claro destierro disfrazado de voluntaria renuncia. En un principio, aquello me dolió al ignorar las artimañas de los que me rodeaban. Cuando al fin supe la verdad, le eché de menos. Aquel hombre había vagado junto a mí desde que tuve uso de razón, y su ausencia me perjudicó pues era casi el único miembro de aquella Corte ficticia que comprendía mi aflicción y me procuraba consuelo. Su partida me obligó a desempeñar mis ojos y a estar más alerta ante infidelidades, envidias, conspiraciones, traiciones y luchas de poder.

Desde aquel momento procuré mantenerme al margen de tanta rencilla entre los cortesanos, sin llegar a desinformarme sobre sus problemas.

Era la manera más diplomática de actuar sin ser engañada. Alguna que otra vez tuve que arrepentirme, dado que paulatinamente menguaba el número de cortesanos españoles que me rodeaban dejando su lugar a extraños a los que apenas conocía.

Como no sabía qué hacer y mis padres no me reclamaban, seguí viviendo en Inglaterra. Arduas penurias y necesidades alteraban el ánimo de todos aquellos que, como yo, habían acudido a esos Reinos con las esperanzas forjadas.

Las arcas de mi dote estaban prácticamente vacías. Solicité una y mil veces a mi suegro la asignación de una dote como Princesa viuda de Gales; y cuando finalmente me la negó, le pedí la devolución de las cien mil coronas que en su día había aportado como dote para mi desposorio con Arturo. Solo obtuve el silencio por respuesta, por lo que tuve que vender parte de mis vestidos; ya no quedaban joyas sin empeñar.

La más severa austeridad se impuso en mi *modus vivendi*. Predicaba con el ejemplo ante los cortesanos y ante las damas menos sufridas, e incluso prohibí las quejas en mi presencia. A la espera de un destino totalmente incierto, pasamos meses en la más pura indigencia. Pero fue precisamente la necesidad de lo más precario lo que nos enseñó a apreciar los bienes materiales cuando los había, y a echarlos en su justa falta cuando escaseaban.

La notificación de la muerte de mi señora madre colmó el vaso de la tristeza en la que me vi sumida.

De la desesperación pasé a la apatía. Ya nada me alteraba ni me interesaba. Llegué a perder esa ansiedad que había experimentado un día por saber qué me sucedería.

Oía sin escuchar, de boca de mis damas, las noticias que del otro lado del muro acontecían. Aquel día las campanas tañían su luto.

Doña Elvira entró dispuesta a hacernos partícipe de su crónica a pesar de que nadie le había preguntado al respecto.

Isabel de York, la Reina, había muerto al dar a luz una niña.

Esta había sido la séptima de sus hijos. De haber sobrevivido a su madre, hubiese sido bautizada con el nombre de pila de vuestra Alteza. Desgraciadamente, la párvula ni siquiera tuvo tiempo de recibir su nombre al modo cristiano.

Aquella mujer me miraba esperando una respuesta. No lo pude evitar: tan habituada estaba a mi tristeza que, lejos de afectarme la muerte de mi suegra, llegué a bromear comparando la similitud.

—¿Lo veis, doña Elvira? Ha muerto una reina llamada Isabel y su hija Catalina la ha secundado. ¿No lo encontráis curioso? Quizá sea una premonición que ironiza con tocayas. Mi madre no ha mucho que murió, y quién sabe si los designios de Dios quieren que yo la acompañe.

Doña Elvira se desesperaba ante mi tétrico estado de ánimo:

—Su Majestad se muestra patética. Mejor haríais en preocuparos de lo que acontece que ignorarlo y bromear con ello. Es buen momento para escribir un pésame a vuestro suegro y a vuestros cuñados. Quizá así les recordéis de una vez por todas que sois parte de su familia a pesar de estar aislada.

Aquella mujer sabía muy bien cómo atacar. Ya fuese para herir o halagar, contaba en su haber con la labia como un don. La rebatí.

—Eso, doña Elvira, habría de hacerlo mi señor padre, que es a quien hemos de someternos y de quien podemos esperar ayuda.

Me quedé pensativa un segundo.

—Pronto atenderá a mis demandas. Ahora anda atareado con las conquistas de Nápoles, y Orán, Bujía y Argel en la costa africana, por lo que la distancia le hace imposible el dedicarnos al menos una mirada. Todos tenemos que entenderlo.

Lo cierto era que ni yo misma me creía lo que estaba diciendo. De algún modo necesitaba excusar el olvido que el rey Fernando de Aragón mi padre demostraba

ante su pequeña. Doña Elvira me miró escéptica y no se mordió la lengua:

—Su Majestad es muy libre de creerse sus propias mentiras. Lo cierto es que vuestro señor padre no tiene ni la más leve intención de enviar el resto de la dote para que os desposéis con el príncipe Enrique de Gales, amén de lo mermada que ha quedado la parte que guardamos nosotros. Desde que vuestra madre murió, ni siquiera se han mantenido los tratados comerciales que existían entre Inglaterra y Castilla. ¿Es ese el modo que tiene de asegurar una alianza por la que se muestra interés? Podéis seguir soñando. Pero de sueños no se come, y con ellos tampoco se pagan dotes. Cuanto antes lo aceptéis, menor será el dolor al asimilarlo. Sobre todo ahora, que corre el rumor de que el mismo Príncipe de Gales, vistos los quebrantos comerciales que existen entre vuestros Reinos, ha jurado no ratificarse en la promesa que en su día os hizo de matrimonio.

Me tapé los oídos. No quería escuchar ni una palabra más de aquella deslenguada. Se puso en jarras y alzó el tono de voz como una simple sirvienta:

—Su Majestad ha tenido incluso que demostrar su virginidad a Inglaterra. ¡Se ha debido de someter a vejaciones vergonzosas! ¿Y todo para qué? ¿Para seguir aguardando? Todos estamos cansados de esperar un imposible.

Salí corriendo ante semejante falta de respeto. Me siguieron las cuatro damas jóvenes que, como yo, no se daban por vencidas. María de Salinas me abrazó, mientras Inés Venegas, María de Rojas y Francisca de Cáceres me alentaban con palabras cariñosas. También ellas estaban cansadas, pero me eran fieles y estaban dispuestas a seguir conmigo hasta el final incluso envejeciendo solteras si fuere menester.

Así me lo aseguraron una y mil veces. Eran conscientes de que mientras yo no subiese al trono no accederían a un buen partido matrimonial, y yo me sentía culpable por ello. Aun así, en tanto que compañeras inseparables, se mostraban vivaces y alegres. Ellas sabían que si los rumores eran ciertos, su consecuencia inmediata sería nuestra reclusión más absoluta. Ni siquiera podríamos contar con las visitas fugaces que de Richmond a Greenwich o a Westminster nos permitíamos de vez en cuando para alentar y entretener nuestras pesaras ánimas.

Desconsolada, las miré a todas.

—Decidme la verdad. ¿Es cierto lo que doña Elvira asegura? Todas quedaron calladas. Doña María, como siempre, habló sinceramente.

—Corre el rumor, mi señora, pero solo es eso, una hablilla. Dicen incluso que vuestra cuñada Margarita, la que en su día fue la viuda de vuestro hermano Juan, y luego del duque de Saboya, puede casarse con el rey Enrique; y en segundo término, que Leonor, la primera hija de vuestra hermana Juana, se desposará con el príncipe Enrique. El artífice de tanto desbarajuste no es otro que el viejo rey Enrique. Desde que está viudo anda desequilibrado y ansiando una mujer mucho más joven que él. Es él, mi señora, y no su hijo el Príncipe de Gales, el que ha perdido la sesera. Os aseguro que hoy dice una cosa y mañana cambia de opinión.

Inspiré consternada. Mi propia sobrina me desplazaba.

Bien podría aprender mi padre de la rapidez y constancia con la que se movían los Habsburgo. Su desidia acabaría enterrándome en vida a los ojos de los ingleses.

Me derrumbé; no comprendía de qué servían nuestros embajadores.

Estaba claro que andaban anquilosados en la lucha por mi causa. El interés por mantener mi matrimonio intacto había quedado desierto. Mi propósito a partir de aquel momento no sería otro que salvar del hundimiento una unión necesaria y buena para ambos Reinos. Tendría que actuar con rapidez o me ganarían en la carrera. No podía seguir esperando el apoyo de nadie, por lo que procedería yo sola.

Aquella fuerza del instante se esfumó pronto, ahogada por todas las dificultades añadidas que fueron surgiendo. Cada despertar se me hacía cuesta arriba. Perdí el interés por levantarme, vestirme, reírme, llorar o incluso vivir. No encontraba una salida a mi sentir ni un porqué a mi subsistencia.

Desde que nací me inculcaron una sola idea. La de que mi existencia servía a un Reino y a unos propósitos. A mis veintidós años, llevaba siete de viuda y nadie parecía acordarse de mí. Llegué a sentirme como estorbo en tierra ajena. Un día escuché desde mi lecho cómo los médicos me desahuciaban. No me importó aquello; solo quería dejar de sufrir lo antes posible, y rezaba a Dios para que me ayudase a conseguirlo. Debió de escuchar mi plegaria únicamente en parte, pues solo sanó mi cuerpo, dejando mi alma igual de maltrecha.

Esa tarde, las cuatro damas rodeaban mi lecho con la preocupación sellada en sus rostros. Doña María abrió un poco más el cortinaje y se coló dentro del dosel. Me giré para no tener que reprenderla y ni siquiera mirarla.

—Señora, hay tres personas que han anunciado su visita.

Gruñí sin articular palabra. De sobra sabían que no quería ver a nadie. ¿A qué venía importunarme con tal sandez? Ella insistió, susurrándome en el oído con gran delicadeza:

—Su Majestad debería de levantarse y empezar a acicalar su presencia pues solo tenemos dos horas para ello.

Me impacientó. Con gran esfuerzo levanté la cabeza de la almohada y la giré para que captase claramente la mirada furibunda que le regalaba. Gran parte de mi rojiza melena quedó adherida a mi rostro por las lágrimas, pero no me molesté en apartarla de delante de mis ojos. Así me serviría de velo para esconderme.

—Os he dicho que no quiero ver a nadie. ¡Dejadme en paz! No se dio por vencida.

—Está bien, mi señora. Mandaré un billete excusándoos ante las tres únicas personas que parecen no haberos olvidado en esta isla.

La escuché indiferente. Junto a mí se dirigió a su compañera:

—Doña Inés, ¿podrías llamar al escribano?

Sentí a mi espalda cómo se dirigía a la puerta cuando la voz de doña María la detuvo de nuevo.

—Decidle que acuda rápido y armado con los sellos y el lacre de la casa. El Príncipe de Gales y sus hermanas han de saber lo antes posible que la visita se suspende.

Pegué un respingo y me senté en el lecho.

Las dos sonrieron ante mi actitud.

Salté de la cama como si toda la vitalidad perdida hubiese acudido de inmediato a mi semblante y me senté frente al tocador. Mi aspecto era desastrado, y mi pelo andaba en un estado tan deplorable como mi esperanza. Sería difícil adecentarme en tan poco tiempo, pero contaba con mi juventud.

Dos horas y media después entraban en mi antecámara Enrique y sus hermanas Margarita y María. Intenté peinarme un poco mejor, pero no pude hacerlo. Habían pasado años desde la muerte de Arturo y, sin embargo, aquello que una vez me había aventurado a disponer para mi destino no se cumplió en absoluto.

Esa visita inesperada daba visos de una luz incipiente al túnel oscuro en el que nos movíamos.

Reverencié al Príncipe de Gales y tiré de mi toca para esconder, avergonzada, ni descuidado rostro, atisbando de reojo su semblante. Era el único que se aventuraba a visitarme junto a sus hermanas a pesar de la prohibición expresa que tenían de su padre. También él había cambiado mucho.

La barba y el bigote asomaban de entre su faz, y su pelo rojizo brillaba más que nunca. Medía casi siete pies. Era un hombre en ciernes mucho más vital y fuerte que lo que nunca había llegado a ser su hermano Arturo. No pude evitar la comparación.

La diferencia de edad conmigo ya no parecía tanta dada su madurez física, y hubo un momento en el que olvidé que yo era mayor que él.

Nuestra conversación se hizo rápida y fluida a pesar de que llevábamos mucho tiempo sin vernos. Fue todo tan fácil como aquel baile que nos permitimos el mismo día en que me casé con Arturo.

Se mostró sagaz, perspicaz, sensible, audaz, tímido y, en algunas discusiones, terco como una mula.

Era sobre todo el rey de la última palabra sin dar posibilidad a la contradicción. Me confundió con sus constantes caprichos y cambios de humor; pero he de reconocer que me atrajeron cada una de sus caras y estados de ánimo.

Buscando temas de unión, hablamos de nuestros hermanos mayores; de la admiración que sentíamos por ellos y de cómo ansiábamos tener todo lo que ellos tuvieron.

Después de recordar un millón de anécdotas de la infancia, me vino a la mente el caso de Isabel mi hermana. Las dos princesas me miraban extasiadas mientras narraba su vida.

—De niña admiraba a Isabel. Mi hermana mayor se casó con el Rey de Portugal. Quedó viuda a los pocos meses y años después se casó con el sucesor de su marido. Fueron precisamente aquellos años interregnos entre sus dos matrimonios, cuando

regresó a casa, los que más disfruté de su presencia.

Una voz ronca me interrumpió:

—Es una bonita historia, y sería bueno que se repitiese, pero sin existir un regreso a Castilla entre tanto. Para qué, si la viuda posiblemente conozca ya a su próximo esposo.

Enrique clavaba sus claros ojos en mi rostro, en mis manos e incluso en mis chapines. Estudiaba detenidamente y con sumo respeto cada centímetro de mi cuerpo, y lo peor es que yo sentía cómo lo hacía.

Aún recuerdo lo azarada que me sentí ante aquel escudriñar.

A mi sonrojo se le unió cierto palpitar. Hice oídos sordos a aquel sinuoso comentario y mi voz tembló: regresé a la historia de Isabel para suavizar el nerviosismo.

—Ella murió al parir su primer hijo. Aquel niño que hubiese unido los Reinos de Castilla, Aragón y Portugal.

Enrique no me escuchaba. Solo sonreía, divertido ante mi apocada actitud.

Pasada una hora, que pareció un segundo, se despidieron de mí.

Cuando Enrique me besó en la mejilla, lo hizo despacio e inspirando mi olor.

—Si en mi mano estuviese, viviríais como la princesa que sois y no sometida a la mezquindad a la que vuestro padre y el mío os someten.

Comprendí que nada podía hacer él al respecto, aunque sus palabras le salían del corazón. Enrique, como yo, estaba obligado a la voluntad real. Agradecí sus intenciones y tomé sus velados comentarios como alentadores, aunque ya había sufrido demasiado como para repetir una boda. Entre tantos dimes y diretes, ya no confiaba en que los deseos se hiciesen realidad, ni los suyos ni los míos. Si su padre el rey Enrique le ordenaba casarse con otra, él no podría negarse a ello.

## Capítulo VIII

### Reencuentros

El día de Epifanía me levanté al amanecer para ir a misa. De camino hacia la capilla, recordé la lejana y definitiva toma de Granada un día de Reyes, muchos años atrás. Aquel día había sido caluroso en Andalucía y, sin embargo, hacia la misma fecha en Inglaterra los corredores rezumaban una humedad gélida.

Las visitas de Enrique se distanciaban cada vez más, como era de esperar, por lo que rápidamente recuperé aquel estado lamentable en el que antaño vivía. Solo le pedía a Dios que me mandase una señal de aliento y alegría entre tanta tiniebla. Al salir de la capilla recibí la sorpresa.

De la Puebla y Fuensalida aguardaban en el corredor. Sorprendentemente, los dos sonreían.

Fuensalida fue el primero en adelantarse a dar las albricias.

—Señora, ¿a que no adivináis quién espera a que amaine la tempestad para atracar en el puerto de Melcombe Regis, en Dorset?

Quedé pensativa. Sabía que después de la muerte de mi madre, Castilla aguardaba a Juana para jurarla como Reina. Según mis cálculos, por aquel entonces estarían partiendo de Zelandia. Que yo supiese, no tenían proyectado pasar por Inglaterra. A no ser que... Dejé las conjeturas y les pregunté.

—¿No será por ventura mi hermana Juana? Los dos embajadores asintieron a la vez. Era la primera vez que les veía ponerse de acuerdo en algo.

Mi mustio estado de ánimo se hinchó de alegría y con un pequeño brinco giré sobre mí misma dispuesta a ordenar a mis damas nuestra partida.

—¡Benditas tormentas que a tan regios naufragos apartan de su rumbo! Soy incapaz de esperar. Disponed todo para nuestro encuentro. Seremos nosotros los que lo provoquemos.

La desagradable voz de De la Puebla me interrumpió. Aquel hombre parecía disfrutar haciendo infelices a los de su entorno.

—Os precipitáis, mi señora.

Le miré indignada, esperando una explicación. Me la dio de inmediato, con la boca tan cargada de maldad que parecía tenerla llena de mantecado.

—Su Majestad el Rey, vuestro suegro, me ha ordenado que evite vuestra incursión hasta nueva orden.

Le miré desafiante.

—Decidme, doctor De la Puebla: ¿para quién y en representación de quién trabajáis vos? No se dio por aludido.

—Me consagro a un solo negocio que me fue encomendado por vuestro padre; el de intentar que las relaciones entre España e Inglaterra no se vean enturbiadas por



ningún evento desagradable, y solo eso es lo que procuro.

Alcé el mentón y le miré retándole.

—Os digo que andáis trastornado porque ha venido mi hermana, la futura Reina de Castilla, y que a ella le debemos rendir pleitesía. No a un Rey que me tiene presa por no devolver a nuestra Corona mi dote ni proponer otra alternativa aparentemente clara. ¡Bienvenida sería una pensión de viudedad! Por otro lado, es evidente que el rey Enrique no me devolverá a España sin reintegrar antes la dote incautada. Si lo hiciese, se crearía un enemigo de por vida en nuestros Reinos.

Me alcé el sayo para reiniciar mi camino sin intención de recibir una respuesta. Fuensalida sonrió satisfecho de presenciar nuestro altercado y solo entonces interrumpió.

—El Príncipe de Gales os manda su bendición y me envía para que sepáis que él no está de acuerdo con la determinación de su padre. Se alegra de que podáis ver a vuestra hermana.

No era la primera vez que Enrique enviaba mensajes opuestos a las órdenes de su vetusto padre. Era como si quisiese hacerme ver que no comulgaba con la ruptura de nuestros desposorios, pero era esto algo que, al mismo tiempo, no podía hacer público.

Esa era al menos mi única esperanza para seguir creyendo útil mi permanencia allí, aferrándome, por tanto, a cualquier indicio o elucubración que motivase una salida victoriosa.

Avanzaba yo al frente de mis damas, y únicamente sonreí antes de continuar el paso. De la Puebla miró enfadado a Fuensalida y apretó los puños. Las constantes peleas entre nuestros embajadores ya resultaban cómicas. En algunas ocasiones me hacían reír más aún que los bufones.

Tardaría poco tiempo en darme cuenta de que lo que De la Puebla intentaba evitar no era nuestro encuentro, sino una posible alianza entre Maximiliano de Habsburgo e Inglaterra.

La juventud venda los ojos ante los ladinos que saben ganarse mediante concesiones superfluas y alegres a sus señores. Me cerré ante la ilusión y vi el peligro en que podría poner a Castilla aquella alianza. Nunca se me olvidaría lo que mi madre me había enseñado: No antepondría mis intereses a los de mi Reino.

El peligro de la prohibición del Rey a nuestro encuentro me hizo esperar pacientemente. Pero al fin llegó la noche propicia en la que podría salir de incógnito sin ser descubierta.

Juana había llegado aquella misma tarde desde Exeter, donde la tuvieron apartada de la Corte y de mi persona. Ajena a todo en el castillo de Arundel, esperó casi un mes a que Felipe su esposo la llamase a Londres. El plan para nuestro fortuito y sigiloso encuentro fue difícil de trazar, pero al final conseguimos llevarlo a cabo.

Mi corazón latía con fuerza.

Entré en Windsor disfrazada de criada y nos reunimos en un cuarto de sirvientas

para no ser descubiertas.

Con gusto repartí las escasas monedas que me quedaban para sobornar a sus moradoras. Estas fingieron a la perfección ser mudas, ciegas y sordas.

Me sentía una furtiva peligrosa embozada en aquella mugrienta capa.

Acababa de arrojarla sobre la mecedora, frente al hogar de aquel cuartucho, cuando se abrió la puerta.

Nos abrazamos al instante. Juana estaba mucho más delgada y su pelo se había oscurecido con los años. Nada más separarme de ella sentí pánico.

—¿Estáis segura de que no os echarán de menos?

Juana sonrió.

—El banquete ha terminado. El Rey Enrique está tan borracho que no se tiene en pie, y Felipe, mi marido, ronca ya sin sentido en sus aposentos. ¿Y a Vuestra Majestad? ¿No notarán vuestra ausencia?

Me encogí de hombros con sarcasmo.

—Mi querida hermana. Hace ya años que nadie me echa en falta. Es más: casi siento cómo algunos ansían que desaparezca. Para el rey Enrique hace tiempo que soy un estorbo.

Juana me abrazó y apartó de mi frente un mechón que, rebelde, había escapado de mi toca para interponerse en la visión de mi ojo derecho. Con aquel gesto sentí por un instante el cariño fraternal que tanto añoraba. El regocijo me hizo cambiar de actitud. No merecía la pena perder un segundo más con lamentaciones.

Juana me tomó de las manos y alzó mis brazos. Recorrió detenidamente con la mirada toda mi figura.

Según iba avanzando en la inspección, su ceño se iba frunciendo.

Sin duda no encontró en mí a la mujer que esperaba. La dejé terminar, ya cuando su cabeza gacha se detuvo en mis chapines descoloridos y gastados. No pude más que quitarle hierro al fuego y zarandearlos al aire alzando la pierna.

—Todo tiene su gracia: observar, por ejemplo, cómo los brocados descosidos bailan al son de los pies, y cómo la tela que se guarneció bajo ellos conserva todo su terciopelo y colorido; dejan ver lo que fueron y lo que son sin problema.

Me miró sorprendida ante tanta miseria y fue incapaz de articular palabra. Solo apretó con compasión mis dos manos presas aún en las suyas. Rompí el silencio de nuevo.

No estaba dispuesta a que la melancolía destrozase un encuentro tan esperado.

—Mi querida hermana, son gajes del oficio. Vuestra Majestad disfruta de los bienes terrenales con normalidad. Son tantas las gracias que Dios os ha otorgado que incluso ahora os premia con la Corona de Castilla. Yo, en cambio, me he visto privada de muchas cosas a las que nunca había dado importancia. La miseria nos pule el alma con la necesidad, y si hay algo que aprendimos de la austeridad de nuestra señora madre fue el saber vivir con mucho y con poco. Hacedme caso. Esto no importa, Dios proveerá.

Se negó a aceptar una salida tan rápida y me acarició la mejilla.

—Catalina, os dejé siendo una niña risueña y vital, y me encuentro con una mujer pálida y ojerosa.

La tristeza se refleja en esos abultados párpados, y el habitual rubor de vuestras mejillas ha desaparecido. Vuestro estado es inadmisibile, os prometo que intercederé por vuestra causa ante nuestro señor padre.

Le besé la palma de las manos, y con la mirada le rogué que no continuase. Juana percibió sin esfuerzo mi deseo. A pesar del tiempo transcurrido, no habíamos perdido aquel extraño sentir que antaño entre las tres hermanas pequeñas teníamos al comunicarnos sin palabras.

Cambié inmediatamente de tema. ¡Había tantas cosas que quería preguntarle! Todas se agolpaban en mi mente confundándose.

—¿Supisteis algo de nuestra señora madre al morir? ¿Cómo estaba cuando visitasteis por última vez Castilla? ¿La encontrasteis más tranquila o seguía presa de la ansiedad entre tanta cruzada? Se debió de sentir muy sola sin nosotras, y siento no haber podido despedirme de ella.

Juana me contestó:

—Estaba como siempre, Catalina. Fernando, el hijo que parí estando en Castilla la última vez, quedó con ella, y sin duda la acompañó en su enfermedad.

La miré sorprendida ante tanta frialdad al dejar a un niño tan pequeño separado de su madre. Los rumores decían que su amor por Felipe era enfermizo, tanto que lo supeditaba a cualquier obligación real o maternal.

—Quizá tengáis razón. Con Fernando párvulo posiblemente llenó el vacío que en su día dejó Miguel. Con un nieto se cubre el espacio del otro. Pero decidme, ¿no echasteis en falta a vuestro hijo? Me miró incómoda ante la pregunta y bajó el tono de voz.

—Confío en la educación que en la corte castellana se le dará a Fernando, y sé que él no precisa de mi presencia tanto como su padre. Felipe está sometido a la influencia perniciosa de todas las mujeres que le rodean, y muchas de ellas no son trigo limpio. Hacedme caso, Catalina. Si alguna vez os desposáis con el Príncipe de Gales y le amáis como yo amo a Felipe, andad con cuidado y abrid los ojos. Solo os puedo dar un consejo al respecto: rodearos de damas viejas y feas, porque son las únicas que no tentarán carnalmente a su Rey.

Me desconcertó. ¿Qué tenía que ver una cosa con la otra? Sin duda su sesera se mostraba obcecada con los celos y necesitaba un calmante ante unas preocupaciones tan absurdas. Desde niñas sabíamos que el yacer de un hombre fuera de su matrimonio era una práctica habitual, y que poco se podía hacer al respecto.

—No habéis de sufrir de celos, Juana, tomad como ejemplo a nuestra madre. Cuatro hijos ilegítimos tuvo nuestro padre y nunca les vimos discutir por ese tema. La lujuria invadía al Rey con frecuencia y, a pesar de amar a nuestra señora madre, se daba a otras mujeres. Según he oído, se comenta que ya ha envejecido, y que si no se

despoja de sus apetitos dará muy pronto su alma al Creador y su cuerpo a la tierra. Dios no lo quiera hasta que no decida al menos mi destino. Figuraos que, según tengo entendido, ha escrito al embajador De la Puebla para casar a Juana, la hija que tuvo con la señora de Tárrega, con el Rey de Escocia, nuestro enemigo. Con todos quiere pactar, y como no le quedamos más hijas legítimas, tira de las bastardas para llegar a acuerdos.

Suspiré, demostrándole a Juana mi desdicha. Ella me escuchaba como si yo fuese la mayor de las dos.

Sin duda, el sufrimiento que había venido padeciendo maduró mi discernir antes que el de ella.

Proseguí centrándome en su preocupación, para calmar sus celos.

—Si nuestra señora madre sentía que nuestro padre miraba a alguna dama o doncella de su casa con señal de amores, prudentemente despedía a la mujer con mucha honra y provecho. Su agudeza y discreción no dejó nunca ver a nadie su disgusto. Habéis de pensar que, para don Felipe, Vuestra Majestad es la primera y será la única mujer que él tendrá. Dad tiempo al tiempo, pues ya sabéis que la edad deteriora y siempre habrá mujeres más bellas a nuestro alrededor. Siempre será mejor ignorarlas o sufriremos sin remedio la comparación permanente, y no hay mayor desprecio que el no hacer aprecio.

Ella comenzó a llorar y preferí devolver la conversación hacia nuestra madre.

—Sosegaos, y decidme qué sabéis de los enterramientos de nuestra madre en el convento de San Francisco de la Alhambra, de Granada.

Juana se limpió los ojos.

—Poco más que Vuestra Merced, ya que regresé a Flandes después de parir a Fernando y haber sido jurada heredera. Me despedí de ella con un adiós bastante breve y frío ya que andaba ansiosa de ver a Felipe, que se había marchado dejándome preñada de Fernando y al lado de nuestra madre enferma, que, lejos de sospechar de mi esquivo marido, no comprendía mi prisa por partir a su lado. La verdad es que en aquel momento no reparé en que nunca más la vería. Andaba obsesionada día y noche en lo que Felipe estaría haciendo.

Suspiré. Dijese lo que dijese, Juana siempre habría de reconducir la conversación hacia el mismo punto.

—Al menos a vos os acompañó a Laredo cuando partisteis por primera vez, y tuvisteis la oportunidad de verla otra vez un año antes de su muerte. A mí ni siquiera me acompañó al puerto. Estaba ya decaída, y aquellas ganas de vivir tan suyas se iban desvaneciendo.

»Si todavía siguiese viva, podría recurrir a ella en este sinvivir en que me hallo, porque lo que es nuestro señor padre parece demasiado ocupado para entretenerse con mis problemas. Según me ha dicho el embajador, en estos días se casa de nuevo con doña Germana de Foix, y eso sin contar con que antes osó pedir en matrimonio a doña Juana apodada “La Beltraneja”, la misma que tantos quebraderos de cabeza

diera un día a nuestra madre. Quiero a nuestro padre, Juana, pero hay veces en que me desconcierta. Si nuestra señora madre levantase la cabeza, no me sentiría abandonada, pues seguro que podría regresar con Vuestra Majestad como una más de vuestro séquito y sin causar gasto alguno.

Esta vez fue Juana quien me consoló.

—No penséis eso. Es cierto que don Fernando es egoísta, pero recordad que sois la preferida de nuestro padre. Si no os ofreció a vos en vez de a nuestra hermana bastarda al de Escocia, sin duda es porque guarda algo más para su querida hija Catalina.

—Ojalá tuvieseis razón, pero es la incertidumbre la que me tortura y mata cada día un poco más.

—Pensad en cosas alegres, Catalina. Dentro de poco partiremos y no sé cuándo nos veremos de nuevo, quizá cuando otra tormenta me traiga a vuestras costas.

Juana se animó.

—Para que os contentéis, os prometo que la próxima niña que tenga recibirá vuestro nombre en su bautizo. Así, si no nos vemos, siempre os recordaré junto a mí cada vez que la llame.

Ya amanecía, y cabizbaja le pregunté por mi último temor:

—¿Es cierto, Juana, que estáis pensando en desposar a Leonor, vuestra hija mayor, con el príncipe Enrique? Ella sonrió de nuevo.

—Catalina, para tranquilizaros, os diré que Leonor tiene solo nueve años. ¿Cuántos matrimonios que se pensaron cuando éramos niñas se truncaron? No la tengáis como una enemiga porque no lo es. Es simplemente un peón para los juegos de Felipe y sus diplomáticos.

Aquello me tranquilizó relativamente. Los cambios de bando eran asiduos, y en el transcurso de los siete años que le quedaban a Leonor para casarse y consumir podrían acontecer un sinfín de negocios imprevisibles. De todas maneras, muchas eran ya mis contrincantes.

Los partidarios de Francia pedían a Margarita de Alençon, hija de Luis XII de Francia, para casarse con el Príncipe de Gales.

Los partidarios de los Habsburgo apostaban por Leonor, mi sobrina e hija de Juana; e incluso los pocos que seguían queriendo una alianza con Castilla lo hacían por Leonor: al fin y al cabo, ella sería la hermana del futuro Rey. Incluso la hija del duque Alberto de Baviera parecía tener más posibilidades que yo.

La baraja de mujeres estaba en las manos de todos, y todos se permitían el lujo de ofrecer su opinión sin que nadie se la solicitase. Yo sabía, al igual que Enrique, que aquella decisión solo dependía de una persona, el Rey, su padre, pero este no parecía estar dispuesto a pronunciarse al respecto.

Juana era afortunada, al menos podía hacer proyectos de futuro.

Yo, en cambio, quedaba allí de nuevo en manos de un abominable y viejo Rey de Inglaterra y de la decisión de un padre que solo pensaba en los intereses de su Reino

mucho más allá de los personales.

Durante aquella noche hablamos de muchas otras cosas.

Al amanecer del día siguiente recibí una carta sellada con el distintivo del vetusto rey Enrique. Se me ordenaba partir de inmediato hacia Richmond junto a la princesa María. Las monedas que repartí entre la servidumbre debieron de levantar ampollas en otros desdichados, que habrían soltado la lengua.

El Rey quería apartarme aún más de la Corte. Supe después que había quedado prendado de la figura de Juana, y que incluso se enamoró de ella. Osó comentar, con lascivia en su mirada, que era una pena que estuviese desposada, pues buena cosa sería para ella el que se casase con él ahora que estaba viudo.

Se me revolvió el estómago, pero cumplí con las órdenes, separándome de mi hermana sabía Dios hasta cuándo.

Aquel mes de abril despuntaba la primavera, pero a mí se me encogió el alma de nuevo cuando vi partir a la sangre de mi sangre rumbo a La Coruña.

Juana habría de ser la última de mis parientes que vería en toda mi vida. En un futuro conocería a su hijo Carlos, pero aquello resultaba aún algo muy lejano. Como si lo intuyésemos, nos despedimos emotivamente.

A los nueve meses recibí una alegre noticia. Juana paría una niña póstuma, a la que bautizó, recordando la promesa que aquel día me hizo, con el nombre de Catalina. Aquella niña habría de convertirse en su consuelo y acompañamiento durante muchos años en su encierro de Tordesillas. De la Puebla me relató cómo Juana perdió el juicio siguiendo el féretro de Felipe, ya cadáver, por todos los Reinos de Castilla.

## Capítulo IX

### La paciencia satisfecha

Al quedarme a solas una vez más, de nuevo comencé a angustiarme ante mi destino. Por otro lado, el rey Enrique había reanudado sus contactos y diálogos conmigo, procurando al tiempo entorpecer cualquier encuentro con el Príncipe de Gales. Ante las trabas impuestas por el poder real, las visitas de Enrique se fueron espaciando cada día más.

Enrique VII era demasiado viejo para perder el tiempo, y quería casarse de inmediato con Juana, ya que el estímulo que ella causó en el viejo Rey se reavivó en cuanto este supo de su viudedad.

Entre tanto desbarajuste me sentía desvalida, por lo que decidí en ese mismo preciso momento cambiar mi actitud ante la vida. La apatía que invadía mi seno se desvaneció para acoger una actividad frenética.

Estaba sola y no podía recurrir a nadie para que me ayudase. Solo me quedaba una salida para vencer ligeramente las penurias en la que mi pequeña y mísera Corte se veía inmersa.

Marearía la perdiz ante los ojos del rey Enrique dándole falsas esperanzas con respecto a su desposorio con Juana. No sería esto difícil, teniendo en cuenta su senectud e imposibilidad para viajar y el aislamiento obligado de Juana en Tordesillas.

La repulsión que me causaba el solo imaginar a aquel anciano lascivo, calvo y desdentado holgando junto a mi hermana Juana me empujaba a obrar con la mentira. Bien tramado, el supuesto encuentro entre los dos podría prolongarse indefinidamente dado el estado de salud de ambos.

Mientras, yo conseguiría algunas coronas de manos de mi suegro para alimentarnos y vestirnos dignamente. Los dos mil ducados que tiempo atrás había enviado mi padre en un alarde de bondad ante mis reiterados ruegos cayeron en saco roto, y solo sirvieron para cubrir los profundos agujeros de las deudas.

El anciano monarca estaba tan engatusado deseando a mi hermana que bien podría aceptar cualquier posibilidad descabellada que me conviniese.

Estaba decidida. Le pondría la miel ante los labios sin dejarle saborearla. Dada la ineptitud demostrada de los embajadores españoles, actuaría como la representante de mis Reinos. De la Puebla, ya viejo y gotoso, agradecería la ayuda; y Fuensalida no objetaría nada pues, cansado de tirar con los dientes de la mojarra reseca, hacía tiempo que había partido hacia Bruselas imitando a mi buen Geraldini, a doña Elvira y a tantos otros que no soportaron la escasez.

Ya no lloraría, ya no me compadecería de mi situación; ya no dejaría mi porvenir en manos de incautos y tontos. El Príncipe de Gales había cumplido quince años el 25

de junio anterior, el mismo día en que debíamos de habernos casado; y, sin embargo, aquel día transcurrió sin pena ni gloria.

A partir de ese momento me torné cautelosa y hermética en el compartir, paciente en cuanto a esperar acontecimientos o momentos idóneos para actuar. Sorda e insensible a insultos, humillaciones, desprecios, calumnias o injurias actuaría meticulosa ante mi propósito.

Cansada de dimes y diretes, dejé de delegar en quien fuere los negocios que me incumbían. A la luz de las velas y en el más absoluto silencio de la soledad aprendí a leer despachos cifrados y compré a los mensajeros para que me los entregasen antes que a De la Puebla.

Sin premeditarlo, y ante los ojos sorprendidos de todos los que me conocían, me convertí en una espía de mis propios servidores.

La tarde lluviosa del 2 de abril de aquel año acudimos a la capilla a oír misa. Ese día celebraríamos, además, un funeral como recordatorio de la muerte de Arturo, mi marido, hacía ya siete años.

De rodillas procuré hacer acto de contrición para mejor comulgar.

Lejos de centrarme en lo que estaba pensando, me despisté y tuve un presentimiento. Arturo había muerto un día 2 de abril. Su deterioro se había consumado en el despuntar de la primavera. Había sido como si la fortaleza gradual del despertar de la naturaleza hubiera absorbido y debilitado la resistencia de mi marido.

Abril era para mí un mes drástico, en el que todo surge y germina o, por el contrario, sucumbe y se extingue. Simbolizaba el orto o el ocaso para los recién nacidos o moribundos de mi alrededor.

Las noticias llegaban a nuestro reducto con retraso, pero lo cierto era que el viejo rey Enrique llevaba días postrado en cama y sudoroso; y tosía echando los pulmones por la boca. El Monarca de Inglaterra aguantaba esquivo a la muerte con la esperanza de eludirla. Muy a su pesar, con ella no podría aliarse.

Lo quisiese o no, aquel que en su día había unido la rosa blanca de la Casa de York con la roja de la Casa de Lancaster se apagaba sin remedio antes de catar siquiera a su ansiada Juana.

Pasaron casi tres semanas sin recibir noticias de su estado de salud. Extrañada ante la algarabía que sonaba en la calleja del exterior, me asomé a la ventana.

Repentinamente, se hizo el silencio, y al fondo apareció el cortejo fúnebre que pasaba frente a nuestra tapia rumbo a la capilla de Westminster. No cabía ninguna duda: la Guardia Real custodiaba el féretro con el cuerpo descompuesto y putrefacto del hombre que había jugado con mi destino encerrándome en Durham House.

Tardarían aún diecinueve días en darle sepultura definitiva. Este tiempo se me hizo una eternidad abrigada de incertidumbre. La premura por ver a Enrique casado



se hacía evidente ahora que el Rey había muerto. El pueblo necesitaba un sucesor para el Príncipe de Gales, ya que este sería coronado Rey de inmediato.

Encerrada en mis aposentos, me limitaba a hacer encajes aguardando discreta, silenciosa y expectante las noticias que me traían. He de reconocer que tanta inseguridad me producía escalofríos.

La aflicción que la muchedumbre demostró hacia el difunto Rey no fue mucha. A tan solo cuarenta y ocho horas de morir, se podían oír en los lugares más recónditos de la ciudad los vítores de «¡Viva el Rey!» dirigidos a su sucesor.

¿Cuál sería la decisión de Enrique, el futuro VIII, con respecto a mi persona? Ahora era totalmente libre para elegir entre todas sus candidatas, y quizá por ello no se sintiera tan forzado hacia mi persona.

La congoja me invadió, y por un momento temblé sin poder llegar a determinar cuánto tiempo hacía que no le veía. Intenté recordar al hombre que ya era y enumerar mentalmente las posibilidades de que el inminente Rey de Inglaterra pensase en mi relegada y enclaustrada posición.

¿Optaría por mi sobrina Leonor? Sería la manera más fácil de sellar una alianza con Castilla y los Habsburgo. Ella tenía ya once años y tendría que aguardar poco para consumir aquel ventajoso matrimonio que, sin duda, pagaría una dote cuantiosa sin problemas, pues desde el hallazgo de Colón en las Indias, los barcos arribaban a los puertos españoles cargados de tesoros de los que se beneficiaban los hijos de mi hermana Juana, Reina de Castilla. Me costaba admitir que desde que ellos habían nacido yo había pasado a segundo término.

Según analizaba mis posibilidades, me sentía más perdida entre las posibles. ¿Quería quizá casarse con la francesa para asegurar una alianza duradera y atraer así la paz a su Reino? ¿Qué pasaría por aquella alegre cabeza? Sin duda celebraría con todos los honores su coronación.

Todos esperaban ese momento, desde el mendigo más miserable hasta el más noble habitante de Londres.

Se comentaba que no quedaba catre libre en ninguna posada de la villa, y que los campesinos se agolpaban en las entradas para poder participar de los festejos que se darían a continuación. Los londinenses mostraban su regocijo exaltando al nuevo Rey y sin mostrar el más mínimo respeto al luto estipulado para el viejo.

Un fuerte golpe me sobresaltó arrancándome de mi ensimismamiento.

El bufón había entrado corriendo en la estancia con tan poco cuidado que había chocado estruendosamente contra un taburete. Dolorido debajo de este, aquel pequeño ser se quejaba con voz ronca.

Doña María le tomó de la pretina y le alzó en el aire para echarle. La escena era cómica. El pobre enano pataleaba en el aire balbuceando incongruencias mientras mi dama le daba collejas ordenándole silencio. Aquel pobre tonto cumplía su misión a la perfección, pues todas reíamos a carcajadas olvidando por un segundo nuestros desasosiegos.

Entre tanto vocerío, al fin entendimos lo que quería decir. Doña María se sorprendió tanto como las demás y lo soltó de golpe. Nadie pudo evitar que el pobre bufón cayese de bruces contra el suelo. Se arrastró hasta mis pies y allí, postrado, repitió su cotilleo.

—Os lo juro, mi señora. Su Alteza es libre de creer o no a un lerdo como yo, pero os prometo que es cierto. ¡El Príncipe de Gales está aquí!

Su insistencia en tal absurdo me enervó.

—Podéis hacer lo que gustéis, pero no admito que nadie jure en vano en mi presencia.

Una voz grave interrumpió la escena.

—Mi señora, no hay nada más injusto que el castigo a un ingenuo por decir la verdad.

Se hizo el silencio. No podía dar crédito a aquella voz. Mis damas se apartaron dejándole paso y al fin pude ver a Enrique junto a sus hermanas Margarita y María.

Él sonrió, supongo que divertido ante la sorpresa de mi semblante.

—Vengo a transmitir os la última voluntad de mi padre en su lecho de muerte. Parece ser que su clara senectud dejó paso a lo cabal poco antes de morir. De todos modos, a los Tudor siempre nos gusta tener *in albis* a todos los que nos rodean. Vuestro embajador Fuensalida acaba de regresar de Bruselas y será llamado a Consejo. No habéis de desvelar nada de lo que allí se le comunique antes de que lo hagan sus propios miembros.

Me quedé perpleja. Estaba confundida ante su inesperada visita.

Abrí los ojos en señal de interrogación. Enrique no contestó. Solo se limitó a despedir con un gesto a su séquito y aguardar a que yo hiciera lo mismo con los miembros de mi Corte.

Cuando quedamos a solas prosiguió:

—Mi señor padre me ordenó desposarme con vos. Al fin la alianza entre nuestros Reinos parece culminarse, amén del afecto que siempre he sentido por vos, a pesar de que nunca os lo he podido expresar con libertad.

Quedé atónita y en silencio.

Enrique me observaba con cariño.

¿Qué pasaba con todas las trabas que existían? Lo que restaba de mi dote por pagar era imposible de entregar.

Aunque todo no iba a ser malo.

La bula necesaria para casarme con Enrique después de haberlo estado con su hermano Arturo la teníamos desde hacía siete años, cuando parecía que nuestro matrimonio se consolidaría en cuanto Enrique alcanzase la pubertad. Mi madre había puesto todo su cuidado y tesón para conseguirla, y así lo había logrado.

Hacía casi tres años que deberíamos de haber estado casados, y ahora estábamos a punto de cumplir con aquello que un día había quedado seco en un tintero. A medida que dialogábamos, todo lo que hasta ahora habían sido trabas insoslayables para

nuestro matrimonio se tornaban en nimias excusas de fácil resolución.

Por un segundo tuve miedo y quise dejar todo en claro antes de contestar afirmativamente al cumplimiento de un sueño. Era como si intuyera que algo podía torcerse algún día si no esclarecíamos cualquier duda. Y así comencé a expresar rémoras en espera de una contestación válida a cada una de ellas. Era una pequeña venganza ante todas las dificultades puestas hasta entonces. En ese momento sería yo, Catalina de Aragón, quien mantuviese al seguro Enrique *in albis*.

Comencé con una pregunta sencilla:

—¿Conoce mi señor padre, don Fernando de Aragón, esta proposición? Enrique sonrió de nuevo.

—Hace ya diez días que salió un correo para informarle.

Quedé asombrada de que no lo hiciesen a través de Fuensalida, pero estaba nerviosa y quería continuar. Asentí complacida, mientras el futuro Rey de Inglaterra continuaba aguardando mi contestación.

Fue entonces cuando conseguí desconcertarle del todo acudiendo a las mismas citas que un día pusieron en entredicho la posibilidad de nuestro matrimonio.

—Es mí deber, señor, recordaros lo que en su día la Iglesia podría alegar en contra de nuestro matrimonio, y preguntaros si estáis de acuerdo de corazón con la bula que a ello nos autoriza. Son solo dos oraciones de la Biblia que, según las interpretéis, suenan de una manera u otra.

Tomé aire y las enuncié:

—«No descubrirás la desnudez de la mujer de vuestro hermano, porque es la desnudez de vuestro hermano», o «Si un hombre tomase para sí a la mujer de su hermano, cometerá un pecado de impureza; habrá descubierto la desnudez de su hermano y no tendrá hijos». ¿No teméis que se cumpla la advertencia de la sagrada Biblia?

El Príncipe de Gales no daba crédito a mi reticencia. Me tomó de las manos y me acercó a la chimenea para huir de la penumbra y poder observar mejor mi rostro.

—¿Cómo podéis decir eso, Catalina? El tema está juzgado por la santa Iglesia católica, y el sumo pontífice Julio II ya se pronunció al respecto en su momento.

»¿Quiénes somos nosotros para dudar de su palabra? Con respecto a los hijos que pudiésemos concebir, no veo motivo que nos lo impidiese.

»Vuestra señora madre parió a cinco; vuestra hermana Isabel a uno, porque no tuvo tiempo de más; Juana tuvo seis; y María, la Reina de Portugal, va por el noveno: ¡a este paso llegará a la decena por lo menos! ¿Cómo podéis pensar que vos no tendréis hijos? Si hay alguien en todos los Reinos del mundo que pueda asegurar con acierto su fertilidad sois vos, dados vuestros antecedentes. La palabra escrita solo demuestra un trozo del texto Levítico sujeto a cualquier interpretación.

Le sonreí. Su insistencia y lógica me desarmó.

—Quizá tengáis razón, mi señor.

—Es cierto, si mal no recuerdo, en el Deuteronomio también se dice que «si dos

hermanos viven en la misma propiedad, y uno de ellos muere sin dejar descendencia masculina, su viuda no ha de casarse con otro hombre fuera del seno familiar, y el hermano del muerto está obligado a casarse con ella».

Intentaba recordar en qué parte había leído esto, pero Enrique, nervioso ante tanta duda, me interrumpió:

—El ejemplo más claro y parecido no lo tenéis lejos, Catalina.

»Vuestra hermana Isabel quedó viuda del Rey de Portugal y en cuanto pudo, se casó con su sucesor en la Corona. No solo fue este un vínculo cercano sino que, al morir la misma Isabel, vuestros padres no dudaron en desposar a María, vuestra otra hermana, con el viudo de Isabel.

Asentí pensativa. Lo cierto es que no había reparado en ello.

Me acarició la larga melena sin temor a un rechazo pero con un aire de súplica en los ojos. A sus diecisiete años, y frente a una mujer mayor que él, era probable que empezase a sentirse inseguro de sí.

Desesperado, continuó intentando obtener una respuesta afirmativa y sin comprender mi juego.

—No sé por qué os preocupáis de todo esto. De hecho, parece que habéis olvidado que llegamos a comprometernos en Richmond.

Pesarosa, me senté.

—Es cierto, Enrique. Tanto como que algunos llegaron a dudar de la veracidad de la bula llegando a acusar a mi padre de jugar con las cartas del Papa en su propio beneficio; y tanto como que no llegamos a completar nuestro matrimonio. Cuando cumplisteis los quince años no acudisteis a nuestra boda.

»Por otro lado, el Papa nunca creyó que no hubiese consumado el matrimonio con vuestro hermano Arturo. Me sometí a la inspección vejatoria de vuestros médicos para demostrar que me mantenía incólume, y aun así no quedó del todo claro mi estado. ¡Ni siquiera las declaraciones de doña Elvira a mi favor pudieron disipar los nubarrones de dudas!

Me senté en la mecedora y comencé a balancearme mirando fijamente el hechicero fuego de la chimenea.

—Llevo tantos años anhelando nuestro desposorio y tropezando a la vez con gruesos muros de dificultades, que habéis de comprender mi escepticismo ante cualquier propósito. La cautela es mi modo de actuar. Así soslayo el sufrimiento ante el desengaño.

Enrique sujetó los brazos de la mecedora, deteniendo el balanceo.

Me cogió de la barbilla y atrajo mi rostro hacia sí, besándome en los labios.

El sentimiento del roce de otro ser humano entre toda la frialdad en la que me solía mover me derrumbó.

—¿Cómo podéis dudar de mi consentimiento al respecto? Mi padre parece abandonarme y de la obsoleta actitud del vuestro prefiero no hablar. Vuestra Majestad es el único que me ha recordado durante todo este tiempo.

Me besó de nuevo, esta vez tan apasionadamente que casi pierdo el sentido. No pude más que separarme de él con recato. No se molestó, estaba eufórico y lo demostró.

—Ya lo veréis, Catalina. Nuestro matrimonio hará recordar a todos a nuestros antepasados, el príncipe Enrique de Castilla y la princesa Catalina de Lancaster.

»Ellos fueron nuestros homónimos y, como ellos, seremos unos soberanos dignos de recordar. Incluso el vulgo os aclama, Catalina. Y tengo pruebas de ello. He mandado a la servidumbre de mi corte a preguntar en mercados, angostas callejas y hasta en las riberas del Támesis a quién querrían como mi esposa, la futura Reina de Inglaterra. ¿Sabéis lo que contestaron?

Me encogí de hombros. Enrique continuó, exaltado.

—¡Todos alabaron a Vuestra Alteza! Los engatusasteis como a mí en cuanto os conocieron, y aún andan prendados de la Princesa viuda de Gales. ¡Estarán orgullosos de ser vuestros súbditos!

Solo pude ruborizarme ante tanto elogio y contesté sumisa:

—Siendo como vos decís, mi señor, hágase la voluntad de Dios, la de mi padre, la vuestra y la de todo vuestro pueblo.

La carcajada de Enrique ante mi ansioso asentimiento retumbó en los muros de la estancia.

—No simuléis que sois mujer fácil de someter y conseguir. Vuestro brío e integridad es lo que más me atrae de vos. Guardo por vos un amor muy sincero. Seréis la Reina más serena que Inglaterra haya conocido. Vuestras virtudes brotan y crecen cada vez más fuertes, como si fuerais libre de veras. Siempre os elegiría como esposa antes que a cualquiera, y no por razones de Estado u obligación, sino por admiración.

Sus fuertes brazos quisieron abrazarme pero se detuvieron de inmediato ante dos risitas que se oyeron tras la cortina. Con los ojos cerrados esperaba temblando el estrechamiento de Enrique, y aun así no me importunó la interrupción. Estaba claro que el sacrificio de la espera había merecido la pena. Unos días más añadidos a los años aguardados endulzarían un final tan ansioso.

—Señor, parece que no estamos solos. La nueva es difícil de esconder ante los cuatro oídos doblemente indiscretos que nos acechan.

—Si estos son de vuestra misma sangre, pronto correrá a raudales la noticia.

Las risas se acallaron cuando Enrique describió la cortina. Sus hermanas, sonrojadas, nos miraron con picardía infantil y la satisfacción de haber sacado algo en limpio de una falta.

María y Margarita me habían visitado asiduamente a lo largo de aquellos siete años de espera. Las había visto crecer y acabé tomándoles cariño.

Cuando María pensó que se casaría con Carlos, quiso aprender castellano y vino a que se lo enseñase. Al deshacerse el compromiso, perdió el entusiasmo y las ganas de aprender; e incluso me culpó de los constantes retrasos que su desposorio sufría a

pesar de que fuesen tan niños. Solo pude inculcarle la paciencia con el ejemplo de la mía.

Yo llevaba años esperando que se cumpliera mi desposorio, y no achacaba su retraso a nadie en particular sino a un cúmulo de desdichas y razones de Estado mucho más poderosas que mi simple capricho e impaciencia.

Margarita, en cambio, era más tímida. Aun así, las dos niñas corrieron a abrazarme. Pero Enrique las detuvo y las echó.

—Esperadme en el patio. Aún tengo algo que entregar a Catalina.

Las niñas se dieron codazos de complicidad y salieron corriendo a propagar a los cuatro vientos lo acontecido.

Mi futuro marido me tomó de la mano y buscó algo en el interior del bolsillo de su jubón. Sacó un «Libro de las horas» y me lo entregó. Lo acepté sin desempaquetarlo. Se impacientó.

—Abridlo y leed. Era de mi madre, aunque la dedicatoria es mía.

Obedecí y lo leí en voz alta y muy despacio. Me emocioné con cada palabra escrita:

*Si vuestra memoria es tan fiel como lo es mi cariño, sé que jamás seré olvidado en vuestras cotidianas oraciones, ya que soy tuyo.*

*Enrique, Rey, para siempre.*

Con los ojos vidriosos lo miré, y apreté contra mi pecho aquel libro susurrando al tiempo sin apenas voz:

—Mi gratitud se comprobará diariamente ante Vuestra Alteza, pues siempre me encontrará amorosa y amable ante sí. Lo único que siento es que este libro desplaza al que mi madre me dio en su momento.

Me acarició de nuevo.

—Las oraciones son las mismas. Lo único que cambia es el lugar y el entorno en el que oréis. Ahora comenzad los preparativos, pues nos vamos a Greenwich.

Asintió con un movimiento de cabeza como si hubiese quedado plenamente satisfecho y me besó en la mejilla. Sin más dilaciones, salió de mi cámara, depositando al filo de la mesa la copa de vino de jerez que sostenía en su mano derecha.

Cuando desapareció, no pude más que tomar aquel cáliz y beber su contenido saboreando un pedazo de mi tierra natal. Aquella que había abandonado un día hacía ocho años para ser Reina de Inglaterra. El alcohol me embriagó, y sentí cómo el olor de Enrique, aún presente y flotando en el aire, se entremezclaba con el del vino. Por fin Inglaterra y España se unían.

Los gritos de «¡Viva el Rey!» se oyeron en el patio. Las princesas se habían dado prisa en divulgar la nueva.

Mientras miraba hipnotizada de nuevo las llamas del fuego sin asimilar aún el

cambio de vida que me aguardaba, agradecí el fruto que la paciencia, el tesón y la constancia me habían otorgado. Me concentré en retener aquel mágico instante en la memoria.

Mis damas irrumpieron para zarandearme preguntándome sobre lo acontecido. Yo solo podía sonreír, regodeándome en la victoria obtenida. Muy pronto, ellas serían recompensadas con buenos matrimonios por su fidelidad incondicional.

## Capítulo X

### Tocas de viuda por velos nupciales

Todo lo que habíamos acumulado a lo largo de aquellos años se amontonaba sobre los lechos. Nuestros harapientos vestidos pronto dejarían de serlo, y prometí a todos los que me habían sido fieles su justa recompensa.

Por primera vez en mucho tiempo se respiraba felicidad en nuestro entorno. Los gritos de «¡Viva Enrique!» impregnaban las paredes de plazas y callejuelas; incluso los hombres de vil calaña y los presos le aclamaban.

El motivo era claro. Había sabido ganarse a todos en cuanto tomó el relevo de su padre. No tardó en apresar a los consejeros reales más odiados y crueles despojándoles de todas las gracias que en su día habían obtenido de la mano de su padre. Eran tantos los malqueridos que, para dejarles sitio en los calabozos, dictó un indulto general a los prisioneros menos conflictivos y obtuvo por ello mayor admiración por parte del pueblo. Es grato recordarle como un rey justo, íntegro e imposible de corromper a los ojos de todos.

El 11 de junio, y casi en secreto por respeto al luto por mi suegro, nos casamos en una pequeña capilla de los capuchinos que lindaba con Palacio.

Enrique estaba tan obsesionado con la coronación como con otras cosas que le influyeron más adelante en la vida. Aún evoco sus palabras, cosa nada difícil porque me las repitió tanto que a punto estuvo de borrarlas.

—Quiero, Catalina, que os coronéis junto a mí. Para ello, según la tradición, hemos de dormir la noche anterior los dos juntos en la Torre de Londres. Celebraré mi aniversario habiendo sido coronado. El día propicio para ello, según los astrólogos, será el día de San Juan.

Era cierto. Cuatro días después de su coronación él cumplía dieciocho; yo ya tenía veintitrés y reflejaba toda mi juventud.

Supongo que lo que acabo de contar contribuye al pecado de vanidad que el hablar de uno mismo constituye en sí. No me importa, ya que con el tiempo tuve la desdicha de ver cómo mi joven marido se distanciaba de mí tanto física como espiritualmente.

Aquel 24 de junio avanzaba el cortejo y los londinenses se agolpaban en las calles desde el amanecer, buscando un lugar privilegiado desde donde otear sin dificultad.

El gentío era tal que los cuatro millones de almas que poblaban nuestra isla parecían no haber querido faltar a la cita.

Me vestí de blanco con brocados dorados, suelto mi pelo cubriendo mi cabeza con una veladura casi invisible. Podría haber elegido el carmesí, pero quería dejar bien estipulada mi virginidad ante el sacramento y todos cuantos dudasen de su veracidad.



Supongo que tanto en la coronación como en la boda el contorno de mi pequeña figura, tranquila y prudente, contrastaba con la de Enrique.

Nada más verle, no pude sino admirarle. Alto y de espaldas anchas, realzaba su fastuosa e impecable vestimenta con su metro ochenta y ocho pulgadas de estatura. Si existía sobre la tierra algún hombre capaz de representar a la perfección el porte regio que un rey debía mostrar a sus súbditos, ese era Enrique el día de nuestra boda.

Lejos de la primera impresión que pudiese causar, mi futuro marido gozaba de plena vida interior.

Era inteligente, y por ello ansiaba con frecuencia un momento de sosiego entre todos sus deberes para dedicarse vocacionalmente a la lectura y al estudio de la teología más pura. Solía escribir poemas cargados de sensibilidad que revelaban su buen proceder y sentir.

Su ánimo andaba tranquila de conciencia y cumplimiento. Si por cualquier motivo no la encontraba demasiado limpia, no esperaba a purgarla ni un segundo. Acudía presuroso a la capilla a escuchar misa, confesar y comulgar como un buen cristiano. En algunas ocasiones llegaba a visitar el lugar sagrado hasta tres veces al día, pues siempre tenía en mente a Dios.

Todas estas virtudes bien podrían pertenecer a un hombre apoquinado y aburrido; sin embargo, siempre se mostró polifacético.

Enrique, lejos de apoltronarse en estos menesteres, alternaba sin problemas las actividades más agotadoras para el cuerpo con las que calmaban el espíritu.

No era extraño verle dejar un libro sobre su mesa y mudarse inmediatamente para practicar deporte.

Jugaba al tenis y practicaba la lucha con los hombres más fornidos con que podía dar. Estaba deseando encontrar un contrincante digno de su porte para retarle.

En las tertulias y festejos de la corte era el más ingenioso, afable y mañoso. Tocaba el laúd, el órgano y la espineta; y danzaba sin parar hasta agotarme, teniendo yo que cederle muchas veces a mis damas el honor de bailar con el Rey.

Creo que puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que a su lado nadie tenía que fingir una sonrisa. El Rey solo se valía para animar cualquier reunión.

Solo nuestra blanca tez y los reflejos rojizos de nuestros cabellos podrían ser considerados algo en común, pero aun así admiraba todas y cada una de las virtudes que en él se reunían, incluidos su fuerte personalidad y talante caprichoso. Y sabía escuchar a los que le rodeaban, rectificando ante un error.

Dimos nuestro consentimiento en voz alta y clara, sin dudas ni congojas por ninguna de las dos partes. ¡Era la yuxtaposición más lejana que podría haberse encontrado, en comparación con mi primer matrimonio! El tiempo que meditamos nuestro desposorio había sido muy largo y estábamos seguros de él. Nos conocíamos, y yo, al menos, no pude sino dar gracias al Señor por haberme bendecido con un bien tan grande.

Al salir de la capilla la luz me cegó y me emocioné. La ovación que recibimos del

pueblo demostraba el amor que por nosotros se sentía.

Nuestra mera presencia demostraba una fiesta continua. Todo a nuestro paso emanaba alegría.

En el banquete posterior a la boda almorzaron unos quinientos comensales sentados a nuestra mesa.

Aguantaron hasta cinco días continuados de torneos, en los que Enrique se movía con ligereza enfundado en su armadura como si no tuviese que soportar el descomunal peso de tal vestidura. Mascaradas y bailes se sucedían todas las tardes al terminar las justas.

Cuando el divertimento amainó, oí cómo los maestros de ceremonias, agotados y ojerosos, hacían el recuento de lo que habían devorado nuestros invitados.

—¡Cien corderos! —gritaba el maestro para que el escribano apuntase—; ¡cincuenta vacas! Me sorprendieron las cantidades que los asistentes habían engullido como verdaderos heliogábalos. No pude evitar preguntar por ello.

Además, el buen yantar de nuestros amigos había dado cuenta de todo tipo de especies: cerdos, bueyes, pollos, palomos, cisnes e incluso miles de alondras y huevos.

Pasadas las celebraciones, no nos resignamos a admitir ciertos resquicios de tristeza que de tiempos del padre de Enrique quedaban en la Corte. Decidimos hacerlos desaparecer de nuestra presencia.

Los sabios pero vetustos profesores de Enrique y de sus hermanas durante toda su infancia fueron destinados a las universidades.

Sabían que gracias a ellos estaban instruidos y eso era lo importante, pero se sentían capaces de proseguir el camino de la sapiencia sin ser necesarios sus servicios.

Sus aposentos fueron rápidamente usurpados, con el beneplácito del Rey, por jóvenes incansables que practicaban deporte con él. Cantaban, bailaban y flirteaban con mis damas, que, contagiadas por la alegría que se respiraba, pronto se tornaron sonrientes y dicharacheras, olvidando el pasado.

Los banquetes duraban hasta el amanecer sumándose a las cacerías y no dejando apenas tiempo al descanso entre medias. Fueron tiempos felices.

Por aquel entonces Enrique compuso una canción que tarareaba sin cesar. Con frecuencia me decía:

—Tenéis que escuchar esto, Catalina. Ya veréis cómo os va a gustar.

Todos sus lemas estaban presentes en aquellas melodías de soniquete pegadizo, y hasta creo recordar la partitura. Alguna de esas frases inconexas abrirían cada capítulo de mi vida a partir de ese momento:

*Solazarme en buena compañía: esto es lo que amo y amaré hasta mi muerte.*

*Que gruña quien quiera pero que nadie lo impida: cazar, cantar, danzar.*

*Si a Dios place esta vida, la llevaré para mi solaz y comodidad en el bien o en el mal.*

*La voluntad juvenil necesita jugar con amoríos, asimilar todos los pensamientos y fantasía.*

*El ocio es la principal fuente de todos los vicios, honrada compañía es virtud y ahuyenta el vicio; todo hombre tiene libre albedrío.*

*Mi decisión será ser virtuoso y rechazar el vicio; yo sabré comportarme de tal suerte.*

## Capítulo XI

### Primeros desengaños

Pasó el tiempo. Enrique, inquieto e impulsivo, no tardó mucho en querer demostrar a su Reino la valía que le caracterizaba.

¿Qué mejor manera de hacerlo que recuperando aquellos territorios que le habían sido recientemente arrebatados a Inglaterra por sus enemigos, los Valois? Las huestes anglicanas, y sobre todo sus arqueros de Agincourt, estaban dispuestas y debidamente entrenadas para encomendarse a la causa sin rechistar. En su cabeza bullía un plan perfectamente trazado. Para nuestros propósitos sería un gran aliado el papa Julio II, y por ello prestaríamos nuestra ayuda en la recuperación del Véneto, recientemente invadido por nuestros comunes enemigos los franceses.

Anduve preocupada escuchando los pormenores del ataque. Sabía que, por aquel entonces, mi señor padre estaba aliado con Francia. Constituiría aquello una buena oportunidad para el ejercicio de mis funciones como embajadora. Intentaría el avenimiento de Aragón con la Santa Liga, para así procurar la total ruptura de mi padre con los reyes franceses. El cruce de la correspondencia dio su fruto. El Rey don Fernando, después de considerar las ventajas que mi proposición podría otorgarle, cambió de opción y se nos unió.

Eran tiempos felices y mi estado de gestación estaba avanzado. El día en que firmamos el tratado angloespañol lo celebramos con una mascarada. Aquel festejo fue sonado. Danzamos, cantamos y brincamos todos juntos. La euforia e inconsciencia que la alegría provocó en mi estado de ánimo me hicieron olvidar irresponsablemente mi embarazo. Aquella misma noche sufrí las consecuencias de tanto movimiento y me arrepentí de la conducta díscola y distraída que había manifestado.

El peso de mi vientre no soportó el desasosiego a que se vio sometido. A finales de enero me vi postrada en cama, intentando por todos los medios impedir lo inevitable.

Los dolores del parto se hacían cada vez más constantes. Sudorosa y asustada, me concentraba en detenerlos. Rogaba a Dios por que cesasen ante su intercesión, al menos hasta que la criatura que adverbaban mis entrañas estuviese completa y hubiese cumplido la última falta desde su concepción.

Todos los presentes me miraban angustiados contando con los dedos.

El bebé no debía nacer aún, pues de ser así resultaría tan prematuro que nadie podría hacer nada por su vida.

Fruncí el ceño ante otra contracción. La opresión y dureza de todo mi vientre me estrangulaba la respiración. Falta de resuello, empujé al tiempo que extendía la mano buscando el contacto de la de Enrique. Este acudió presuroso, la tomó y me la besó.

El nítido azul de su mirada se tornaba grisáceo ante la penosa situación. Tomó asiento a mi lado y me enjugó el sudor de la frente.

La partera, desesperada ante mi actitud, me reprendió una vez más.

—Mi señora, si no os relajáis, solo conseguiréis expulsar a la criatura.

Enrique la apoyó.

—Creo que lo mejor para que os tranquilicéis será hablar sobre algo totalmente distinto a lo que nos ocupa.

Le miré sorprendida y cerré los ojos procurando no hacerle caso.

Al fin y al cabo, Dios castigó a la mujer al condenarla a parir con dolor.

No pudo siquiera pensar en un tema idóneo que lijase las asperezas del momento cuando el suplicio retornó. Casi encadenado a un dolor brotaba el siguiente, enlazándose estrechamente al primero. Fui incapaz de diferenciarlos, e inmediatamente sentí el indicio más evidente del desarraigo en mis entrañas. Estas se vaciaron, expulsando de su interior al ser que albergaban. Sentí el calor abrasador que manó de su último hálito de vida en mi entrepierna junto al frío congelado de la muerte en mi corazón.

Enrique se separó de mi lado para permitir que los médicos procurasen un milagro imposible. Al despertar del desmayo no pregunté a nadie. Todo a mi alrededor estaba limpio y ordenado. La simple expresión desolada del Rey hablaba por sí misma.

Mientras mi llanto empapaba la almohada, escuché cómo la comadrona, entre susurros, le comentaba al médico el mal agüero que da un primer embarazo frustrado.

Di un respingo recordando la maldición del Levítico referente a la infertilidad de la mujer que se casase con dos hermanos. Enrique me consolaba en ese momento. Fue él quien, ante mis reiniciados sollozos, despidió enfurecido a la inoportuna deslenguada.

Con la mirada hicimos un pacto de silencio. No hablaríamos de ello, ya que hacerlo, más que brindarnos consuelo, ahondaría en la llaga abierta. Éramos jóvenes y tiempo tendríamos de enmendar nuestro fracaso. Desgraciadamente, a lo largo de mi existencia habría de sufrir más de un desengaño propiciado en semejantes circunstancias.

Pronto olvidamos el mal trago.

Solo tardé dos meses en quedar embarazada de nuevo. Cinco días antes de Epifanía vio la luz de este mundo, por vez primera, el futuro Príncipe de Gales.

A pesar de la insistencia de muchos, no llamé a ningún astrólogo para que interpretase su porvenir.

El número uno predominaba en la fecha de su nacimiento, que aconteció el 1 de enero de 1511. Llevaba la señal de su futura posición ante el mundo: sería el primero de entre todos.

Era un niño hermosísimo. El vivo reflejo de su padre. Enrique no cabía en sí de gozo. Tomó al niño aún ensangrentado y lo alzó para que todos lo admirasen. Dos

pelusillas rojizas ondeaban sobre la cabeza del pequeño mientras su padre lo zarandeaba mostrándolo a todo el personal de Palacio. Actuaba como si en la Tierra no existiese otro hombre capaz de ser padre de semejante criatura.

El ama de cría corría tras él desesperada, portando una mantilla y rogándole por Dios que abrigase al niño. El recién nacido lloraba demostrando su fornida salud.

En el exterior las campanas repicaron, y los festejos conmemorativos comenzaron en las callejas.

Cuando salimos al balcón por primera vez a mostrar el retoño a sus futuros súbditos, todo el pueblo de Inglaterra celebraba las albricias aclamándonos sin cesar. Los vítores de «¡Viva El Rey Enrique!», «¡Viva la Reina Catalina!» y «¡Viva el Príncipe de Gales!» asolaron las callejas de Londres hasta altas horas de la madrugada.

Inglaterra tenía un nuevo sucesor. Agradecemos aquella alegría y, en un alarde de generosidad, repartimos entre la muchedumbre todo lo que portábamos aquel día: lazos, brocados, telas, joyas y ropas; algunos caballeros de nuestro séquito, secundándonos, quedaron en calzones.

La voz que publicaba nuestra dádiva se divulgó con rapidez, y todo el populacho acudió raudo a llevarse su parte. Ya no nos quedaba nada que entregar sin quedar desnudos, y todos seguían pidiendo. El clamor que nos profesaron nuestros súbditos fieles se acalló con las súplicas de los pobres.

A pesar de ello, no perdimos el ánimo y la alegría. Reímos como descosidos al observar cómo los soldados de la guardia de Palacio se vieron obligados a doblegar a los pedigüños pinchándoles con las lanzas en sus partes pudendas.

Entre carcajada y sonrisa devolví al niño al regazo del ama de cría. La gruesa mujer, contenta de verlo de nuevo entre sus brazos, lo besó al tomarlo. Repentinamente, se tornó pálida y lo tocó de nuevo, posando su mejilla sobre la frente del Príncipe como para asegurarse de un temor. Cerciorada, me miró asustada.

Posé la palma de mi mano sobre su cabeza y atónita comprobé que ardía. Sin duda, tanto paseo por los corredores en los brazos de su padre no le había sentado bien.

El príncipe Enrique estaba muy enfermo. Velé por él día y noche.

Y recordé la misma escena que en su día viví junto a Miguel, mi sobrino, en la Alhambra.

Sin que nada se pudiese hacer, el día en que cumplió cincuenta y dos días murió irremediabilmente.

Ni siquiera la figura de Nuestra Señora de Walsingham, que presidía su aposento, le pudo ayudar.

Caímos en la más profunda tristeza.

Dos fracasos eran demasiado para la impaciencia de Enrique. Nuestros ánimos pasaron de la máxima dicha a la tristeza más atroz. Todo en cuestión de días.

Así como la primera vez el Rey me consoló, esta vez comenzó a distanciarse de

mi lado. Sin quererlo ni premeditarlo, empezaba inconscientemente a culparme de tanta desdicha. Recé para que su actitud fuese temporal. Cada vez desaparecía más asiduamente sin dar explicación al respecto. Anteriormente nunca lo había hecho. Me sentí desplazada.

Las noches sin sentir su cuerpo a mi lado se me hacían cada vez más insufribles. Hacía ya tiempo que no me leía ninguno de sus poemas, ni me dedicaba alguna de sus canciones o me sacaba a bailar.

Una noche de soledad, sin él, que se había marchado a cazar durante cuatro días, nos sentamos unas a bordar y otras a hacer encajes de bolillos. Entre puntada y puntada, doña María me insinuó el verdadero motivo de su distanciamiento.

—Su Majestad debería de haber acompañado al Rey.

La miré sorprendida.

—Estoy cansada, y bien sabéis que no puedo seguir a don Enrique a todas partes. Es tan vital que puede cansar a un caballo en una carrera.

Di otra puntada pensativa y continué:

—Además, esta vez no ha requerido mi presencia, por lo que yo no hube de forzarla.

Doña María titubeó.

—Lo... ¿lo encontráis lógico? Levanté la cabeza de la labor, intrigada.

—¿El qué? Una de las hijas del duque de Buckingham la miró desafiante, como ordenándole que se callase. Era el empujón que necesitaba doña María para soltar la lengua.

—¿Encontráis acaso normal que el Rey no os pida que le acompañéis y se lleve en cambio a otras damas? Preguntad a la pequeña Buckingham, ya que está aquí, dónde se encuentra su hermana.

Miré indignada a doña María.

Mi amiga más fiel se estaba propasando con tan secretas confidencias en un entorno tan concurrido. La hermana de aquella otra, nerviosa, interrumpió para esclarecer lo que hasta el momento eran solo suposiciones entrecomilladas.

—No es cierto lo que decís. Es de todos sabido que el Rey le es fiel a la Reina.

Se levantó desesperada, me reverenció y desapareció azarada. Ella era el único baluarte fiel a mí en su familia. Su intervención dejó muy en claro a qué se refería doña María con tanto misterio.

Todos quedamos en silencio. Recordé los consejos que en su día había dado a Juana y preferí mirar al lado contrario. Enrique holgaba con más mujeres. ¿Por qué habría de preocuparme? Al fin y al cabo, todas y cada una de ellas eran simples pasatiempos, tan fugaces como sus contrincantes en las justas.

Una vez conseguida la rendición más absoluta de cada una de ellas, serían olvidadas por Enrique de inmediato. Conocía muy bien las virtudes y los defectos de mi marido. Era caprichoso por excelencia y no olvidaba sus obsesiones hasta conseguirlas. Una vez saboreada la victoria sobre ellas, de inmediato perdía interés

por lo que hasta el momento le había desvelado. Obtenidos los deseos, estos ya no implicaban lucha ni contienda.

Cualquier mujer complaciente pasaría en un abrir de ojos del lecho de mi marido a un listado de barraganas indignas de recordar para cualquier mujer íntegra y virtuosa.

Cuando Enrique regresó, cumplí mi propósito sin mentarle ni una sola vez sus devaneos. No se los reproché. Ni siquiera le hice saber que estaba enterada de ellos.

Para mí, el Rey, mi marido, simplemente se tomaba alguna licencia con respecto a la fidelidad conyugal. Si no lo hiciese, sería señalado por muchos como la excepción. Yo no sufriría como Juana ante un problema tan absurdo como el de los celos. Muy al contrario, compadecería a aquellas pobres mujeres como medios indudables del pecado carnal. Las más bellas tendrían suerte al encontrar un marido cornudo y consentidor que por orden del Rey las desposase; otras, sin embargo, pasarían a engrosar los ya concurridos conventos acogedores de almas perdidas. ¡Qué triste fin para un ser humano! Mientras sus constantes devaneos no le impidiesen cumplir con el débito conyugal, todo era aceptable.

Quedé preñada dos veces más. El tercero de mis embarazos, al igual que el primero, se frustró truncándose en aborto.

Todos tuvimos la esperanza silenciosa de que diese fruto, pero el día anterior a San Carlos nació un niño muerto al que no quise ver. Hacía cinco años que nos habíamos casado, éramos jóvenes y en teoría no había nada que nos impidiese cumplir con la procreación.

¿Qué era lo que nos sucedía? ¿Quizá los que habían profetizado nuestro fracaso estaban en lo cierto? Todos, desde el más villano hasta el más noble, se hacían la misma pregunta. Incluso yo misma me lo cuestionaba.

La tormenta de pasiones y divertimientos que había regado los inicios de nuestro desposorio fue amainando con el tiempo y las desilusiones. Transcurrían los años y nuestras vidas se fueron separando.

Ya no hablábamos de todo lo acontecido a lo largo de la jornada. No nos preguntábamos el uno al otro por nuestros pareceres sobre las empresas que nos podrían ocupar. Ya no nos mirábamos a los ojos al parlamentar, ni podíamos sorprendernos por nada que el otro nos brindase. Llegamos a la monotonía más precaria. Limitábamos nuestro contacto al simple respirar en una misma estancia.

Una noche Enrique acudió a mi antesala después de cenar. Frente a la chimenea pasaba yo una y otra vez los hilos de mi tablero de bolillos formando un encaje negro.

Uno de los alfileres que los sujetaban se desprendió del terciopelo y tuve que detener mi labor para ajustarlo de nuevo.

Aproveché ese instante para mirar a Enrique. Estaba leyendo muy concentrado los escritos de santo Tomás de Aquino. Quise romper el silencio, pues había un tema importante que me preocupaba.

—¿Sabéis algo de los diez mil arqueros de Agincourt que aguardan en San



Sebastián los refuerzos para atacar? ¿Habéis recibido algún correo sobre la adhesión de Navarra a la Santa Liga?

Frunció el ceño contrariado por la interrupción, limitándose a negar con la cabeza, y pasó una página sin levantar la mirada del libro. No me di por vencida e insistí.

—La guerra contra Francia está en ciernes, pero su inicio se prolonga demasiado y creo sinceramente que eso no es bueno. ¿Creéis viable el mantener esa actitud? Sé que Wolsey insiste en ello, y que el tratado que firmasteis con mi padre y el Papa para recuperar los territorios invadidos por el francés en el Véneto nos obliga a ello. Pero ¿os habéis detenido a pensar en las dificultades que la negación a la firma del tratado por parte de Navarra nos supondrían? Las huestes del Duque de Alba nunca podrán llegar a San Sebastián para unirse a los nuestros sin pasar por los territorios rebeldes.

»Entre artilleros y caballería suman diecisiete mil hombres, y son demasiados para moverse con facilidad dando un rodeo. Según creo, nuestros hombres están ya borrachos y desentrenados debido a la larga espera, y andan faltos de motivación. Quizá lo deberíais de pensar mejor y no dejaros influir tanto por Wolsey. Al fin y al cabo, por muy cardenal que sea, es solo el hijo de un carnicero de Ipswich y nadie duda de su afrancesamiento.

»¿No os parece extraño que ahora aconseje la contienda en contra de sus preferidos? Enrique únicamente gruñó. No levantó la mirada de los escritos, pero percibí cómo su mirada se había quedado en un punto fijo y no recorría ya los renglones.

Continué. Estaba dispuesta a que me dedicase al menos una explicación.

—No os dais cuenta, Enrique. Wolsey ha ascendido tan vertiginosamente que intimida a muchos de los que a su alrededor se mueven.

»Sabe cómo convenceros con solo cuidar con esmero el cumplimiento de cualquier voluntad o capricho que acuda a vuestra mente. Casi gobierna más que ningún otro consejero, y Vuestra Majestad no es consciente de ello. Mirad el caso de Francia. A todas luces vuestro consejero sigue una política ambigua. Al igual que se alía hoy con mi padre, lo hace mañana con su enemigo francés. ¿No os hace desconfiar tanto cambio de bando y tan poca fidelidad?

Enrique cerró el libro dando un golpe y se levantó indignado.

—Ni siquiera me dejáis leer tranquilo, Catalina. Respecto a Wolsey, no quiero escuchar una palabra más en su contra. Es el mejor y más fiel consejero que nunca he tenido. Si tuviese que desconfiar de él por cambiar de opinión con respecto a una alianza, también habría de hacerlo de vuestro padre, que es conocido en estos Reinos por no mantener un pacto más tiempo del que dura un suspiro. Como temíais, el Duque de Alba se ha visto forzado a desviarse en los Pirineos y rechazó de sus proyectos el paso por San Sebastián.

»La peste, la insubordinación y la deserción empezaron a hacer mella entre los que aguardaban cansados un imposible. Solo tenían fuerzas para implorar ante su

general el regreso a Inglaterra. Les he dado el permiso que pedían. Sin duda tendrán que pagar por su desidiosa conducta. A pesar de este fracaso, la Santa Liga vencerá a los franceses en Guinegate. Mataremos dos pájaros de un tiro, porque de paso patearemos a los escoceses que con ellos se han aliado. ¡No hay más que discutir al respecto!

Dejó el libro sobre una escribanía portátil que le había regalado con nuestras iniciales grabadas en piel y salió pegando un portazo y sin despedirse. Aquella noche, como tantas otras, tampoco visitó mis aposentos.

Enrique se mostraba cada día más irascible e irritado. El nerviosismo por entrar en combate contra Francia producía en él una inconmensurable desazón en su inestable carácter, y no era para menos.

Teníamos noticias de que en Bayona se reunían cada vez más tropas y hombres franceses dispuestos a la defensa.

La escena del desembarco de aquellos soldados que habían estado a punto de luchar y que nunca lo hicieron fue patética. Tuve que interceder para que Enrique no colgase a todos los oficiales que dirigían el combate en San Sebastián. La larga espera de aquellos hombres sin un ataque solo había beneficiado a una persona, a mi señor padre.

El Rey de Aragón había aprovechado el miedo que los navarros tenían de ser sorprendidos por las huestes inglesas. Gracias a ello, habían atacado por sorpresa a los desprevenidos en la frontera sin apenas menguar el contenido de las arcas y con un mínimo de pérdidas.

Esta vez me indigné. No era la primera vez que mi padre me engañaba para conseguir sus propósitos.

Con la edad se mostraba cada vez más sibilino y desconfiado, pero además me había utilizado para convencer a Enrique del ataque guardando sus verdaderas cartas bajo la manga.

Quise dejar mi cargo como embajadora de Aragón, y me prometí a mí misma procurar el bien de Inglaterra y la paz de esta con España si ello fuese compatible.

Hasta el momento siempre había defendido a mi tierra natal. A partir de entonces, y después de aquel desafortunado desengaño, todo cambiaría. Al fin y al cabo, solo era una infanta en España, mientras que ahora era la Reina de Inglaterra.

Pedí las explicaciones precisas, y don Fernando aseguró que lo único que había hecho mientras los ingleses estaban tumbados desprevenidos había sido asegurar los flancos para que los franceses no atacasen sus Reinos. Enrique aceptó las excusas con cierto resquemor.

Calmadas las aguas, Enrique decidió zarpar hacia Francia convencido por mi señor padre. En la mente de los dos estaba el prorrogar la alianza que mantenían en contra del Rey de Francia.

Fernando invadiría Guyena y controlaría los mares hasta Finisterre, mientras que Enrique en persona defendería el Canal partiendo desde Calais.

Maximiliano le esperaba en Théroouanne. Enrique tenía dinero para pagar a todos los mercenarios que necesitase, y Maximiliano había puesto la artillería que a él le faltaba a sus pies. Después de todo, el rompecabezas parecía empezar a encajar en todas sus piezas.

## Capítulo XII

### Contiendas vencidas

El peso de la infiltrada arena en nuestros zapatos nos descalzaba y hacía tropezar. Se formó un pasillo humano entre el séquito y lo cruzamos avanzando hacia la barcaza. Los remeros esperaban a que el Rey embarcase para empujarla hacia la mar sin que Enrique tuviese siquiera que rozar el agua. Ellos le conducirían hacia la nao real que, perfectamente avituallada para la travesía, aguardaba fondeada frente a la playa de Dover.

Mirando a lo lejos, resultaba imposible adivinar el horizonte.

Un grueso biombo formado por cuatrocientas embarcaciones de la armada sesgaba la visión. Eran la escolta y el ejército que navegarían cruzando el Canal de la Mancha en pos de su Rey rumbo a la contienda con los franceses.

Era aquel, sin duda, el preciso momento de la partida, y no había razón lógica para su demora. Catorce mil hombres escondidos en el Reino enemigo esperaban las órdenes oportunas para atacar. Enrique soñaba con dictarlas.

Del brazo llegamos a la barcaza, y Enrique se pronunció en voz alta y claramente para que todos lo escuchasen.

—¡Nombro gobernadora de estos mis Reinos en mi ausencia a la Reina Catalina, mi esposa! Se oyeron los vítores del pueblo.

Me emocioné. Nuestra pasión podría ser efímera y el distanciamiento de nuestros cuerpos evidente, pero en aquel momento Enrique, una vez más, le hacía saber al pueblo quién era la Reina de Inglaterra.

El Rey partía dejándome a cargo de su Reino y demostrándome así su confianza. Me incliné hacia él y le susurré al oído.

—Os doy las gracias por vuestra confianza. Juro que no os defraudaré.

Me abrazó con cariño.

—No hay nadie en este Reino más capaz que Vuestra Majestad para cumplir con este cometido. Solo espero que los escoceses no aprovechen mi ausencia para incordiar de nuevo. De todos modos, demostrarían una vez más su talante incauto y desinformado. No saben bien con quién han de topar. La verdad es que les compadezco si os imaginan débil y sumisa. ¡Qué decepción se llevarán si lo intentan!

Aquello no me intimidó, pero me sorprendió. La alianza de la Santa Liga en contra de Francia me tenía tan ocupada que no se me había ocurrido pensar en un posible ataque por parte de nuestros vecinos del norte.

Enrique intuyó mi malestar y, tras alentarme, me tranquilizó.

—Si ocurriese lo comentado, no temáis, Catalina. El Conde de Surrey ya está apostado y dispuesto a defender nuestra frontera con Escocia. Por el otro flanco, Wolsey os defenderá de todos aquellos como Suffolk, que sin duda intentarán

usurparos el poder desde Londres.

Me quedé callada. ¡Cómo no, Wolsey! Debí de haberlo supuesto.

Solo asentí. No era el momento de discutir de nuevo. Enrique partía hacia la guerra sin fecha prefijada para su regreso; esto, y la falta de descendencia para la Corona, hacían la despedida demasiado angustiosa como para echar más leña al fuego.

Me besó en la frente.

—Gobernad con diligencia y cuidaos de los enemigos.

Asentí de nuevo con la cabeza inclinada y sumisa. Permanecí en la playa hasta que divisamos cómo su nao levaba anclas. Tenía el corazón acongojado; mi temor a que se arriesgase demasiado y pusiese en peligro su real persona era lógico debido a su arrojo e inconsciencia.

Muchas veces se dejaba guiar más por la pasión y el corazón que por la sesera y el juicio. Se jugaba la vida en ello.

Enrique atinó de pleno con sus suposiciones. En cuanto Jaime de Escocia consiguió organizar sus tropas, nos atacó, siguiendo a pies juntillas nuestra larga tradición de contiendas. Lo más rápido que pude envié refuerzos a Surrey. No me falló, y una vez más aplastamos al enemigo.

Esperaría pacientemente a vencer en la guerra y no en una batalla antes de escribir a Enrique. En nada quería emular con las mías las victorias que al parecer ellos estaban consiguiendo. Al fin pude hacerlo escuetamente:

*Mi señor:*

*Todos vuestros súbditos están muy contentos y dan gracias a Dios de haber estado ocupados con los escoceses. La tomaron como un pasatiempo.*

*Una vez más, Dios nos acompañó y la sangre derramada de los nuestros se justificó ante la derrota enemiga. Mi corazón se alegra también de ello, y ando muy ocupada haciendo estandartes, banderas y emblemas para celebrar nuestra definitiva victoria.*

Levanté la vista. Orgullosa, miré el techo del salón de armas cuajado de los mismos estandartes que en solo unos días ondearían al viento frente a los de los emblemas descosidos, descoloridos y pobres de los escoceses antes de rendirse.

Distraída, me manché el dedo índice de tinta y tomé un paño para limpiarme.

En ese momento se abrieron las puertas. El arzobispo de Canterbury encabezaba un grupo reducido de hombres que entraban en el salón. Inmediatamente me informó:

—Señora, el Rey os ha enviado un barco con dos regalos muy especiales.

Tras él, dos nobles aguardaban a ser presentados. Por la guardia que los rodeaba eran sin duda presos enviados desde Francia. Por su condición y prerrogativas no portaban grilletes ni cadenas.

Me sentí desconcertada. Eran los prisioneros más elegantes que nunca había recibido. Sin duda, con este presente Enrique me comunicaba la victoria sin la necesidad en que yo me vi de manipular papel, pluma o sucios tinteros.

Con solo mirar al rostro al Duque de Longueville y al caballero Bayard supe que la victoria definitiva en Francia estaba asegurada. Estaban demacrados y ni un viso de esperanza se reflejaba en sus ojos. Me impacienté frotando el dedo ante la indeleble mancha de mi piel. Preferí no ocupar mi mente en aquel momento con la desdicha de los presos. Ya los juzgaría Enrique a su llegada, que sin duda estaba pronta.

—¡Bajadlos a los calabozos! Y tratadlos según su condición y posición —ordené satisfecha, y susurré para mí misma—: Os prometo, Enrique, regalaros una victoria similar a la que con estos presos hoy me habéis agasajado.

Tuve la oportunidad de hacer mi promesa efectiva al poco tiempo.

Partí rumbo a la contienda final, que tenía lugar a unas veinticuatro millas de la frontera con Escocia.

Precisamente en Flodden, y me sentía obligada a acudir presta para animar a mis huéspedes.

El combate fue tan rápido y sangriento que cuando llegué al campo de batalla me lo encontré sembrado por miles de cuerpos que yacían ya inertes.

Los dos nobles presos franceses que había dejado tras de mí no eran nadie al lado de los caídos en la contienda. El más destacado fue el propio Rey de Escocia, o al menos eso me aseguraban los vencedores, y ordené que me lo mostrasen. Quería comprobar la certeza total de la victoria. Nunca me daría por satisfecha si no veía con mis propios ojos el rostro del Rey escocés.

Mientras nosotros veíamos las bajas reducidas a un millar entre campesinos y soldados, los enemigos habían perdido no solo a su Rey, sino también a la mayor parte de sus nobles. En total, unas seis mil almas enemigas teñían de rojo el verdor de los prados.

Acostumbrada desde pequeña a ver despojos humanos, como en Granada, no me acobardé. Los lamentos de los moribundos se fueron haciendo más tenues mientras buscaban el cuerpo del Rey.

Una vez localizado este, crucé sobre la alfombra de cadáveres hacia donde indicaba el general de mi ejército. Pisaba fuerte y sin dudar sobre aquella fúnebre alfombra aún caliente sin detenerme ante algún que otro quejido bajo mis borceguíes. La tentación me asaltó un par de veces y a punto estuve de detenerme a atender a los heridos, pero no lo hice. Ese era trabajo para un sanatorio, pero en el campo de batalla nunca una reina debía demostrar debilidad alguna ante sus enemigos. Esto lo había aprendido de mi señora madre.

Al ver el cuerpo inerte del monarca escocés solo me incliné para asirle del pelo y rogar al soldado que a mi lado estaba que lo decapitara. Con su cabeza pendiendo de mi mano me dirigí a Surrey:

—La quiero en lugar bien visible, para que mis súbditos saboreen la victoria

recreándose con esta visión. Ante esta cabeza, todas las mujeres e hijos que perdieron a los suyos encontrarán un poco de consuelo; no así como mi cuñada Margarita, que no la tendrá para rendirle el homenaje debido.

Nunca me gustó regodearme en la muerte de un enemigo, pero es muy cierto que ello supone gran remedio y curativo para las almas maltrechas por el dolor.

La pobre hermana de Enrique hacia tiempo que estaba casada con nuestro enemigo, y pensé para mí que no le dolería demasiado su viudedad. Ella era, por avatares del destino, la Reina viuda de Escocia. Como una Tudor, quizá pudiese lograr que al fin iniciásemos una alianza sin duda mucho más fácil que la continuación eterna de la contienda vivida. Nuestra correspondencia solo se encaminaría a la búsqueda de la paz. Además, si Margarita accedía, pasaría a la historia como la Reina regente de Escocia capaz de conseguir la paz con Inglaterra.

La conocía bien y confiaba en ella. Al menos, como una de las princesas cultas, bellas y aclamadas por los ingleses antes de irse a Escocia; Margarita no tenía parangón y sin duda pensaría en la propuesta. ¡Sería ejemplar el que se consiguiese la paz de dos pueblos tan enemistados de la mano de dos mujeres regentes! El diálogo triunfaría sobre las armas.

Inmersa en las negociaciones y los sueños de paz, aguardaba la llegada de Enrique. La contienda había terminado pero Enrique, por algún motivo, se retrasaba. Según las últimas noticias, Maximiliano le mimaba tanto que andaba ensimismado con toda la pompa, el lujo y el fasto que rodeaban su corte. Mi señor, siempre amigo del buen vivir, parecía preso entre tanto boato.

Comencé a impacientarme: la ostentación no era la virtud más loable en un Rey cristiano, y sabía Dios si Enrique había perdido la medida. Según se me informaba, no solo abusaba con gula de la mesa sino que, también, más de una dama belga bien dispuesta calentaba asiduamente su lecho sin demasiados remilgos.

No lo había pensado hasta el momento. Lo cierto es que su retraso ya estaba empezando a hastiar mi capacidad de espera; pero al fin y al cabo, me refugié en aquel viejo refrán: «Ojos que no ven, corazón que no siente». Algún día tendría que regresar, y allí estaría yo aguardándole para celebrar tanto sus triunfos como los míos. Todas las semanas le escribía, y todos los correos regresaban con noticias del Rey de que la guerra había terminado, que la paz estaba hilvanada y solo quedaban pocos descosidos que zurcir; y que su regreso era inminente.

*Ruego a Dios que os envíe muy pronto a casa, porque sin Vuestra Majestad ninguna alegría puede ser completa y por ello rezo a Nuestra Señora de Walsingham. Siento por lo menos la satisfacción de poderos ofrecer la victoria, ya que no he logrado hasta el momento daros un heredero sano y fuerte.*

Enrique regresó a finales de septiembre y cabalgó para encontrarse conmigo, lo

que me hizo olvidar todo resquemor y dudas ante su amor. Por aquel entonces la peste asolaba Londres, por lo que la entrada del ejército pasó desapercibida.

Su estancia junto a mí no duraría mucho tiempo, pero me sirvió para reconocer un cambio claro en su carácter. Nada más llegar me demostró un distanciamiento mayor que nunca. Y cuando cayó enfermo ni siquiera dejó que le cuidara, como en otras ocasiones.

Una tarde acudí a su aposento y me senté junto a su cabecera dispuesta a hacerle compañía. Me miró con desagrado, y con gesto despectivo me rogó que me fuese. Me desesperé. No pude contener mi ira.

Llevaba días intentando pernoctar a su lado y siempre actuaba del mismo modo. Me despedía descortésmente para quedarse en compañía de una de sus barraganas: esta se llamaba Bessie Blount; a diferencia de otras muchas, consiguió dejar huella en todas las memorias que la conocieron dado que supo otorgar al Rey lo que más ansiaba.

Me retiraba a mis aposentos rezando e intentando no desvelarme demasiado a causa de sus devaneos.

Rogaba a Dios que mejorase de su mal, fuese cual fuere el que le aquejaba.

Unos decían que era sarampión; otros, viruelas o peste; e incluso llegaron a pensar que estaría afectado por algún tipo de enfermedad venérea de las que atacan a los hombres y que las mujerzuelas no padecen.

Estaba mejorando, y gracias a ello las elucubraciones sobre su enfermedad se acallaron, dejando al agotamiento que traía como único responsable de su mal.

Una noche me dirigí a su aposento pues no estaba dispuesta a aceptar un desaire sin explicación como única respuesta a mis preocupaciones.

—No os entiendo, Enrique, a qué viene este desprecio hacia vuestra esposa. Me comporté como una perfecta gobernadora en vuestra ausencia y os esperé con ansiedad para que celebrásemos juntos la victoria sobre Escocia. En vez de eso, os siento lejano y distante.

Se incorporó y aproveché el movimiento para apoyar un almohadón más a sus espaldas. Él me dio un manotazo.

Me mordí la lengua e inspiré para no perder el control.

—Mi señor, solo os pido una explicación.

Me miró con desprecio y comenzó:

—Escuchadme, porque no lo voy a repetir. Vuestro señor padre me ha mentido de nuevo. A mí y a todos los que conmigo confiaron en él. Me siento ridículo al haber tropezado dos veces en la misma piedra, pero cedí a vuestras peticiones y pacté con él —enrojeció de ira y apretó sus puños—. Os aseguro que jamás lo haré de nuevo. Nunca más escucharé vuestros consejos con respecto al Rey de Aragón. ¡Así se seque la saliva de vuestra boca implorando!

No entendía nada.

—No me culpéis, mi señor, de lo que ignoro.



Se tranquilizó ante mi desesperanza.

—Resulta curioso cuán enterada andáis de los negocios de Inglaterra, y en cambio ignoráis los de vuestro Aragón.

Me encogí de hombros. Enrique prosiguió:

—Hasta esta misma mañana era un mero rumor posible, pero no certero. Anoche, al fin, uno de los presos que trajimos a Londres fue explícito ante la tortura. Al parecer, sus fuentes son suficientemente fidedignas como para comprobar la veracidad de sus relatos.

Se calló, dudando si continuar. Miró mi vientre abultado ante mi nuevo embarazo. Se mostró dubitativo, pero decidió proseguir.

—Don Fernando de Aragón, vuestro padre, Catalina, saltándose el tratado de Lille por el que Maximiliano, él mismo y yo acordamos atacar a Francia, ha pactado con el enemigo una tregua a la que al parecer muy pronto se unirá en secreto Maximiliano. Mis aliados conjuran en contra de Inglaterra, pasándose al lado de Francia.

El estómago se me retorció y la angustia me atenazó el alma. Enrique se regodeó en mi pesar silencioso.

—¿Qué os sucede? ¿Lo dudáis acaso? Pues para más engrosar la porfía que mantenéis a favor de vuestro padre, os diré que hasta los matrimonios están acordados para sellar la alianza. Fernando, vuestro sobrino, el hijo de Juana, se casará con Renata, la hija del Rey francés; y Leonor, la mayor, con el mismísimo Rey de Francia. ¿Os sentís capaz, mi señora, de defender aún a vuestro padre?

No pude contestar. Comencé a llorar y salí disparada de la estancia, dejando a Enrique en los mismos brazos en que había dormido la noche anterior. Muy a mi pesar comprobé que lo que decía era cierto. Solo nos quedaba una salida al respecto: hacer las paces con Francia y acercarnos a ella al igual que el resto; Wolsey no cabría en sí de gozo.

Estaba claro que mi padre había engañado a Enrique dos veces, y que si lo consentíamos, lo haría de nuevo. Me sentía ultrajada por el mismo que un día me había llamado «mi pequeña», el mismo que me había considerado la preferida de sus cuatro hijas. Estaba claro que desde que mi madre murió, mi señor padre anteponía sus intereses por Aragón a cualquier otro sentimiento.

Sentí que mis triunfos como embajadora en otros momentos se desmoronaban, pues ya me sería muy difícil, por no decir imposible, convencer a Enrique de la buena fe de mi padre. ¿Cómo iba a conseguir demostrarle algo en lo que ni yo misma creía? La mentira nunca había sido mi fuerte, ni era un campo de batalla en el cual supiese moverme con holgura y satisfacción.

Simplemente, me sentí defraudada por el embuste de alguien a quien hasta el momento adoraba y respetaba: mi señor padre.

Tanto me dolió la discusión que, por desgracia, sentí de nuevo cómo el feto nonato que albergaban mis entrañas se deslizaba hacia la pérdida de la vida. La cólera

me invadió ante la engañifa a la que nos sometía la mala sangre de quien me había engendrado.

Me tumbé en el lecho jurándome a mí misma no interceder nunca más en su favor y en contra de mi marido.

Mi cuñada María irrumpió, presta a cuidarme con cariño. A los pocos minutos de estar en mi aposento comenzó a sollozar.

—¿Qué os sucede? No solo a Vuestra Majestad le duele la ruptura de la alianza. También a mí me incumbe. Enrique ha decidido ofrecer al francés todo lo que en su mano estuviese para llegar a una alianza, y dentro de los pactos acordados he entrado yo sin ser consultada previamente.

Se tumbó junto a mí y continuó balbuceando tristemente acerca de su porvenir.

—¿Os lo imagináis, Catalina? Enrique parece haber olvidado por completo la repugnancia que nos produjo en su día el deseo libidinoso que demostró nuestro anciano padre al centrar sus esperanzas en un matrimonio con Juana, vuestra joven hermana.

Posó sus manos enlagrimadas sobre las mías y me imploró con angustia:

—Os lo ruego, Catalina. Vos sabéis mejor que nadie lo que es sentirse a merced de una alianza. ¡Ayudadme! A mis diecisiete años es más lógico que me despose, como en su día se acordó, con Carlos de Gante, vuestro sobrino, que con un anciano achacoso y malintencionado.

¡Luis de Francia! No pudo continuar. Pegó un puñetazo de rabia a los pies de la cama y reinició su muestra de desconsuelo. A pesar de que me sentía la mujer más infeliz del mundo ante el cuarto embarazo fracasado, intenté consolarla acariciándole el pelo.

—Hemos hablado de ello muchas veces, María. Vuestra obligación será la que os impongan. Sufiréis menos si la acatáis sin réplica alguna. Solo os puedo dar un consejo. Olvidad a Carlos; él es claramente lo que pudo ser y no fue. Sus embajadores dejaron ya clara la negativa ante vuestro matrimonio. Seguid los pasos de Margarita, vuestra hermana; ella se casó con nuestro enemigo el Rey de Escocia, y hoy más que nunca procura la paz.

Me miró indignada, pero comenzó a calmarse. María se sentía como moneda de cambio entre vaivenes y vejaciones. Al fin aceptó el hecho con resignación, como todas las damas de aquel momento, conscientes de que semejante sacrificio se prestaba para el bien de Inglaterra, su Reino. Estaba claro que a sus dieciocho años recién cumplidos no soñaba ni mucho menos con un anciano de más de cincuenta, aunque fuese el Rey de Francia, pero muy a su pesar tendría que comulgar con ruedas de molino.

Totalmente rendida ante lo evidente, percibió repentinamente mi desesperación ante la impotencia de una maternidad frustrada en el intento. Una maternidad deseada y víctima de un maleficio no deseado.

Palpándome el vientre sobre la sábana, me besó en la frente en un segundo de

recapacitación.

—Parezco insensible. Vuestra Majestad anda destrozada en silencio, y yo acudo a vos solicitando consuelo. No desesperéis, nunca ha de perderse la esperanza.

Suspiré, intentando encontrar algún resquicio en aquella supuesta esperanza.

—Dios os oiga, María.

Mi queridísima cuñada dio con ello por zanjada su dadivosidad en el consuelo e inmediatamente cambió de tema regresando a su sin vivir y eludiendo el mío.

—Lo que más me indigna de la decisión de Enrique es que en realidad hay una persona que lo manipula cada vez más, y él no es consciente de ello. El Rey es como un títere de feria a merced de los hilos que le manejan; cada vez son más gruesos, y pronto se tornarán en cadenas de hierro. ¡Solo Vuestra Majestad puede recortarlos!

Sabía a quién se refería. Inconscientemente, bajé el tono de mi voz.

—¿Creeríais que no he pensado en ello, María? He intentado separar al Cardenal de vuestro hermano, pero es prácticamente imposible. Él cada vez gana más terreno en el gobierno de este país, y es ladino e inteligente. Conoce a la perfección los defectos y las virtudes del Rey, y sabe hasta dónde llegar en todo momento.

Con un ademán le pedí a María que se acercase más a mí para susurrarle al oído:

—Mientras Wolsey siga haciendo de los caprichos de Enrique su razón de existencia, nada podremos hacer. Sabéis como yo que es impaciente, y el Cardenal hace que cualquier sinrazón que se le pase por la cabeza sea un deseo cumplido inmediatamente y sin pero alguno.

Miré a mi alrededor y vi cómo una de mis damas nos observaba con demasiada curiosidad y sin ningún disimulo. María aguardaba con los ojos muy abiertos a que continuase.

Bajé aún más la voz y pegué su oído a mi boca desconfiando hasta de los miembros de mi casa.

—Wolsey se empeña ahora en la alianza con Francia, y parece que lo ha conseguido a costa de vuestro sacrificio. Hay que actuar con mucha cautela y no tenerle a mal con nosotras, porque el que le menosprecie será un incauto inconsciente de su verdadero poder.

La dama que escuchaba se acercó a alisar las sábanas y mantas de mi cama. Encolerizada por su evidente indiscreción, le pegué un empujón. Hasta ella, por casarse con un lord, me había traicionado. Alcé momentáneamente la voz:

—¡Los espías ya ni siquiera son discretos!

Se separó cabizbaja y sonrojada hacia un rincón.

Continué susurrando:

—Por el momento, creo que solo podéis rezar para que el proyecto de vuestro matrimonio se trunque tan fácilmente como mi embarazo.

María solo asintió admitiendo su destino.

Los rezos de María debieron de ser muy píos y fervientes, porque quedó viuda el 1 de enero de 1515, tan solo dos meses y medio después de haber contraído enlace

con el rey Luis XII de Francia.

A este Rey le sucedió Francisco I, y con él toda esta trenza de alianzas se disolvió. Francisco, lejos de seguir con los proyectos de su antecesor, miraba al Milanesado con ambición.

## Capítulo XIII

### Desolación

En el terreno afectivo, Enrique se mostró más feliz desde que se enteró de mi quinto embarazo. No lo celebramos por miedo a anticiparnos. Ya lo habíamos hecho tantas veces que temíamos volver a apresurarnos. Era tanto mi miedo que si me hubiesen solicitado permiso para hacerlo público siempre lo hubiese negado, pues nuestros súbditos celebran con júbilo demasiado pronto las minucias no fraguadas.

En los negocios de la política, todo amainó. Ante las ambiciones de Francisco de Francia, mi padre hizo de nuevo las paces con Enrique y firmamos una nueva alianza gracias a un nuevo embajador, llamado Mesa. Todo parecía ir enderezándose: mi señor padre y mi esposo caminaban otra vez de la mano y yo esperaba que esta fuese la definitiva.

En el campo del rezo y la correcta conducta cristiana, apostólica y romana, celebrábamos contentos el último reconocimiento que el Sumo Pontífice nos había concedido. Nos encaminamos solemnemente a la basílica de San Pablo para depositar allí el último presente que Enrique había recibido del Vaticano. Portaba el Rey con la mayor solemnidad la espada y el sombrero honorífico. No era para menos, ya que simbolizaba el reconocimiento mayor que un monarca había recibido de manos del Sumo Pontífice como defensor de la Iglesia en estos parajes terrenales. Uniría estos presentes a la rosa de oro que cuatro años antes había obtenido de manos del Papa, junto con su título de Defensor de la Fe.

Terminada la ceremonia, disfruté de nuevo de mi buen amigo Forest.

No pude dejar de hacerlo. Aquel hombre me había consolado muchos años atrás, cuando sufría el desconsuelo de mi primera viudedad y no sabía lo que me esperaba.

Fue él precisamente el primero que me hizo pensar en Enrique, por aquel entonces niño, como mi futuro marido, y de sus consejos disfruté en muchas ocasiones. Hacía muy poco que Wolsey había despedido a mi último confesor español enviándole de nuevo a Castilla, por lo que pensé en él como su sustituto ya que andaba necesitada de alguien en quien confiar.

Forest miraba consternado cómo Wolsey se había convertido en la sombra de Enrique. Mi buen confesor predicaba en San Pablo por orden del mismo Wolsey, pero empezaba a discrepar con él en muchas cosas. A la salida nos rezagamos, y entre susurros me alertó de la presencia del cardenal y de sus tendencias. La verdad es que esta vez no me vaticinó ni informó sobre nada que yo ya no supiese.

Pasado un tiempo, el 18 de febrero, en Greenwich, Juan Forest me ayudaba a levantarme del reclinatorio en el que, postrada y sumamente gruesa por el inminente parto, me había arrodillado para la confesión. La muerte de mi padre, acaecida el viernes de San Ildefonso, me hizo pensar y arrepentirme de muchos de los

sentimientos que en su contra había tenido.

En ese preciso momento irrumpió en mi antesala un mensajero sudoroso y jadeante. Aquel lento y desdichado personaje portaba una carta del rey Fernando de Aragón, mi padre.

Despistado y falto de agudeza, me la tendió reverenciándome. Lo miré sorprendida al comprobar el sello del lacre.

—¿Qué camino tomasteis para llegar hasta aquí? Aquel joven se puso nervioso y con voz temblorosa e inaudible me contestó:

—Crucé la frontera con Francia y desde allí tomé el primer barco que zarpó de uno de sus puertos con este destino.

Con el mismo suspiro acongojado que un moribundo emite al expirar, rasgué el lacre. Leí su contenido despaciosamente y con la certeza de estar otorgando a cada palabra mucho más valor que el que la mano de su autor le había dado al trazar sus letras.

No decía nada en especial. Simplemente, se alegraba del buen camino de las negociaciones entre nuestros Reinos y se despedía de mí con afecto.

Inspiré profundamente oliendo el pliego frente a mi nariz. Me pareció percibir aquel aroma a padre que antaño había añorado. Apretaba contra mi pecho las últimas palabras que mi señor padre había dedicado a «su pequeña».

El portador del billete hizo patente su presencia con un estornudo. Aprovechó el momento en que le miré para interrumpir:

—¿Su Majestad escribirá respuesta, o por el contrario puedo partir sin ella?

Aquel desdichado insensible me impacientó.

—¿Respuesta para quién?

Me miró con descaro y como si fuese idiota.

—Para quién va a ser. La señora ha recibido una carta de Su Majestad el Rey don Fernando. Como se me ha ordenado, le pregunto si he de esperar para regresar con la contestación.

Conté hasta tres para contener mi ira. Por fin contesté:

—Vuestra merced ve de qué color estoy vestida.

El negro teñía mi ropa. El irrespetuoso joven se limitó a asentir. Continué.

—Como súbdito de vuestro Rey deberíais de intuirlo. ¿Sabéis a quién se debe el duelo?

Aquel ingenuo negó de nuevo. Procuré no reprenderle por su ignorancia y lentitud.

—Se debe a la muerte de mi señor padre y vuestro Rey. El correo que portaba la noticia de esta desdicha llegó diez días antes que vuestra merced, y os puedo asegurar que no representaba tanto el cansancio como vos.

Aquel desdichado se inclinó cabizbajo y se encogió de hombros.

—Regresad, pues, sin notificación alguna.

Me reverenció y salió sonrojado del cuarto.

No pude menos que comentar mi pesar con Forest.

—Pobre desdichado. ¿Cómo iba a saberlo? Posiblemente, no contaba con los recursos necesarios para cubrir los gastos de su viaje. Cómo podría ser rico el vasallo de un Rey que falleció pobremente, a las cuatro de la madrugada, en una casa rústica a las afueras de Madrigalejo. Según me han comunicado, los muchos que le llamaron avaro, codicioso y mezquino han tenido que tragarse la lengua, pues murió tan pobre que casi no se hallaron dineros para costear sus funerales. Y pensar que más de una vez, durante mi viudedad, me cisqué en él pensando en que era voluntario su proceder al mantenerme pobre ante la miseria. Creo, mi buen Forest, que nunca hemos de juzgar premeditadamente, y me arrepiento de haberlo hecho con mi señor padre. A Castilla llegan barcos procedentes de las Indias cargados de tesoros, y en cambio Aragón se empobrece por días. Si hubiese escuchado y secundado a mi señora madre cuando consintió en la empresa de Colón, todo hubiese sido diferente.

Un fuerte pinchazo me obligó a inclinarme y Forest alertó a todos. Las sábanas y la cama estaban ya preparadas, y me dispuse a enfrentarme de nuevo al dolor de parir con una plegaria adherida a los labios que nada más detenía para morder un paño entre los dientes.

Me despojaron de las vestiduras enlutadas y en bajo sayo vi nacer a María. La niña lloraba con fuerza y estaba viva. Enrique no cabía en sí de gozo a pesar de que hubiese sido una niña. Me excusé ante él.

—Rogué por que fuese varón y naciese vivo. Dios me concedió al menos una de las dos peticiones.

Me besó alegre.

—No os preocupéis, Catalina, porque por su misma gracia si esta vez ha sido niña la próxima será un varón.

Exhausta, sonreí.

—Enrique, mientras quede aire en mi pecho, os juro que lo seguiré intentando y a mi señor soberano adoraré. No lo olvidéis.

María era una niña hermosísima, de tez blanca y pelo rojizo. Enrique se pasaba las horas con las narices metidas en la cuna sorprendido ante la diminuta figura de su hija.

Sus padrinos de bautismo fueron Wolsey, muy a mi pesar, y la duquesa de Norfolk, tía de dos de mis damas más jóvenes, María y Ana Bolena. Después de siete años, al fin dábamos un sentido a nuestro matrimonio.

Eufórico, Enrique me abrazaba y besaba como desde mucho tiempo no lo hacía, y sentí que una brizna de aquella pasión que un día habíamos experimentado regresaba a nuestro interior. Wolsey parecía haber pasado a segundo plano, aunque no se resignara a desaparecer, y la Blount dejó de ser la preferida en las noches del Rey. Tanto fue así que quedé muy pronto preñada de nuevo, y Enrique pregonaba a los cuatro vientos que el siguiente sería el futuro Príncipe de Gales.

Durante aquel año disfruté de la compañía del Rey con asiduidad, y por un

momento pensé que todas nuestras diferencias estaban olvidadas. Mi sobrino Carlos viajaba hacia España para hacerse cargo de las Coronas de Castilla y Aragón, ya que su madre seguía enclaustrada en Tordesillas. Había pactado con Francia.

A principios de noviembre de 1518 me sentí débil y enferma.

Tuve que enfrentarme a otro aborto. Enrique pasó de un carácter ardiente al más gélido de los talantes. Al parir y no oír llanto alguno, vi su expresión y solo tuve fuerzas para preguntar en pasado.

—¿Qué fue, niño o niña? En sus claros ojos solo vi desprecio, y lo demostró.

—Qué más da. Ya no está y nunca vivirá. Vuestro deformado y cansado vientre es incapaz de dar vida a nada ni a nadie. Todos tenemos un límite, Catalina, y yo lo he rebasado con creces al desafiar una y otra vez a la impaciencia que me atenaza. Me rindo, y admito la imposibilidad de conseguir algo inalcanzable —y después de un largo suspiro me apuntilló—: Muy probado ha quedado que con Vuestra Majestad será imposible.

Se levantó, y arrastrando los pies salió de la habitación rumbo a la capilla pues seguía siendo un hombre sumamente piadoso. Sin embargo, no alcanzaba a entender por qué Dios le había dado un matrimonio maldito que no le recompensaba con un varón. La desesperación y el cansancio se reflejaban en su caminar y su semblante. Me sentí vacía e inservible para ser mujer.

El Rey no intentaría ya preñarme de nuevo. Daba por saldada la pretensión más larga, ansiada, frustrada e imposible por la que más había luchado.

Mi dolor se vio acrecentado cuando un año más tarde Elizabeth Blount, su amante apodada Bessie, parió un hijo vivo. Era un secreto a voces que se trataba de un bastardo real, aunque no fue reconocido hasta seis años más tarde. Enrique exhibía orgulloso al niño en la Corte, e incluso se dieron festejos en su honor. Le bautizaron con el nombre de Enrique Fitzroy.



## Capítulo XIV

### La visita del Emperador

No sentí celos por Bessie; cómo iba a sentirlo si ella no era la única. De hecho, ambas sabíamos que existían otras amantes esporádicas en el lecho de mi señor marido.

Recién llegado de Francia, anduvo con otra de mis damas, llamada María Bolena, y ahora posaba sus ojos en la hermana pequeña de esta última. Se llamaba Ana. Los propios padres de las Bolena se pavoneaban ante el éxito de sus hijas con el Rey, y aprovechaban la tesitura para saciar con las gracias reales todas sus ambiciones, lo que me hacía sentir cierto resquemor hacia ellos.

Ana acababa de llegar de Francia. Era una joven oscura de tez, ojos y pelo, y portaba en la mirada algo indescifrable. La corte francesa había influido en ella, y contaba a todos su fastuosidad, en nada comparable con la inglesa. Era en exceso parlanchina y muy poco versada en ninguna dote que pudiese hacerla sobresalir del resto de mis damas. Aquella noche bailaba tropezando con unos y con otros hasta que dio con Enrique. No le di importancia. Él danzó con ella, y yo, como de costumbre, andaba demasiado rendida para seguirle.

Nadie pensó que tras aquella mirada oscura y juvenil se encerraba una joven ambiciosa, paciente y excesivamente calculadora. Hasta ese momento solo formaba parte del grueso menos prestigioso de entre mis damas y además, era la hermana de la barragana momentánea de Enrique. Si la recuerdo en estos momentos es solo porque en el futuro se convertiría en algo más despreciable.

Ante tanta juventud, la tristeza solitaria de envejecer empezó a hacer mella en mi semblante. Me sentía hastiada, e inconscientemente procuraba eludir mi presencia en bailes y celebraciones. Desde el trono observaba detenidamente cómo aquellas jóvenes de tersa y blanca piel danzaban sin cansarse en torno al Rey. Zarandeaban al compás de la música sus brillantes melenas desconocedoras de las canas bajo sus tocados. Las dueñas de aquellas cinturas ceñidas y esos bustos tersos bailaban al son de la música con gráciles movimientos.

Recordaba con envidia sana cómo hubo un tiempo en que también yo gozaba de aquellas virtudes. Añoraba la época en que las cacerías y los bailes junto a Enrique no me agotaban.

Había llegado el momento de reconocer, muy a mi pesar, que muchas otras damas podían seguir su vitalidad mejor que yo. No había cumplido los treinta años y, sin embargo, me sentía incapaz de seguir el compás. Mis pies parecían pegados a las losas del suelo, y quebrado mi ánimo.

Frente al espejo, mientras cepillaban mi pelo antes de acostarme, miraba consternada mi reflejo.

Aquella tez antaño blanca y sonrosada se tornaba cetrina. Mi pelo rubio rojizo se

oscurecía cada día más y el brillo de mi alegre mirada se secaba. En cierto modo comprendía la tendencia de Enrique hacia una carne más joven y novedosa.

Me juré a mí misma cambiar de actitud. Ya no podría brindarle a mi esposo un cuerpo juvenil e incorrupto: admitirlo sería lo mejor.

A cambio le regalaría todo lo que solamente la edad otorga a una mujer. Cualidades labradas como el amor, el cariño, la comprensión, la sabiduría de la experiencia o la paciencia emularían a la simple pasión de la carne.

*Olvidaba los momentos tensos cosiendo, rezando, leyendo y paseando junto a Vuestra Alteza.*

*Erais una niña aplicada y escuchabais atentamente todo aquello en lo que yo os iniciaba acerca de las virtudes por las que una dama cristiana destaca, incluido el deber de caridad para con los necesitados.*

*Las dos juntas pasábamos las tardes repartiendo ropa blanca y limpia a los pobres y a las cunas de los recién nacidos. Aquello os gustaba mucho más que enseñar a hacer encajes a las campesinas; con frecuencia y desde muy pàrvula vuestra impaciencia afloraba, e incluso llegabais a insultar a las más patosas. Al presenciar aquellas escenas me era imposible dejar de ver la heredad que del semblante de vuestro padre habíais recibido.*

*Incluso vuestro tono de voz, al reprenderlas, era similar aunque fuese agudo y no grave.*

*Puedo aseguraros que llenabais con vuestro cariño filial el vacío que en mi corazón dejaba el marital. Muchas veces, a posteriori, daría gracias al Señor por haberme dejado disfrutar de mi hija con tanta intensidad en aquel tiempo.*

Aquel invierno se firmó el tratado de Londres por el que se creaba una Liga perpetua en defensa de la cristiandad y se garantizaba la paz entre todos sus Estados miembros. Leyendo el contenido de aquel tratado recordé a mi señora madre. El documento parecía estar redactado por la misma Isabel de Castilla. Exponía la firme voluntad de las partes de cumplir con casi todos los proyectos, hasta el momento utópicos, de los humanistas. Sus Reinos miembros lucharían unidos en contra de los enemigos de la fe, y en particular contra el turco.

Desconfié de ello y no hice mal, porque como todo lo bueno, la intención pacificadora fue breve.

Solo faltaba la firma para su ratificación cuando recibimos la noticia. Maximiliano había muerto a los cincuenta y nueve años de edad y dejaba vacante su trono como emperador del Sacro Imperio Romano. Las miradas ambiciosas de todos los monarcas que podían optar a ser elegidos para sucederle se desviaron hacia este fin, dejando a un lado el tratado.

Enrique, Rey de Inglaterra, Francisco de Francia y mi sobrino Carlos, en tanto que nieto sucesor de Maximiliano, se presentaron como candidatos. Los príncipes electores debían decidirse por un sucesor. Solo el elector de Brandenburgo pujó por Francisco, y a Enrique ni le mencionaron. Carlos fue elegido Emperador por la mayoría de los príncipes el 19 de junio de aquel año.

Al igual que el papa León X, en la sombra todos temían que las voluntades de unión y paz se resquebrajasen entre rencores y el miedo al desmesurado poder que mi sobrino Carlos aunaba en sus manos.

Nosotros, esperando una pronta alianza, celebramos en Londres el nombramiento de Carlos. Me sorprendió que Wolsey lo admitiera sin rechistar, y mis recelos tuvieron fundamento el día en que me informaron que Francisco y Enrique habían concretado una reunión muy cerca de Calais.

El Rey de Inglaterra se reunía con el de Francia exactamente cuando el joven Emperador se alejaba de España dejando a Juana, mi hermana, recluida en Tordesillas, y a su Reino invadido por el descontento de los revolucionarios comuneros que aclamaban a Juana como legítima y única Reina. Yo estaba segura de que ella ignoraba todo lo que se cocía en sus Reinos, aquellos a los que debía de haber estado ligada y que, sin embargo, había olvidado por amor y por el desequilibrio con que la falta de este había influido en su sesera. Fue tal su desconuelo que ni siquiera la primera premisa que habíamos aprendido con constancia de nuestra madre en cuanto a sacrificio por nuestros Reinos hizo mella en ella. Por mi parte, estaba tan segura de su locura que hacía ya mucho que no me molestaba en escribirle, ni siquiera unas míseras líneas en los días de la Natividad de Nuestro Señor, que en todo el mundo se celebran.

El embajador Mesa me lo contó todo. Le di vueltas una y otra vez, pues me preocupaba la posibilidad, y la casi certeza, de una ruptura de alianza, por lo que hice partícipe de mis desvelos al embajador. Solo existía una contingencia, y haríamos todo lo posible por que se hiciese efectiva.

Si Carlos detenía su flota camino de Aquisgrán en nuestras costas para visitarnos, podríamos conseguir que aquella entrevista pactada entre Francisco y Enrique se ampliase a aquel. Era solo cuestión de retrasar la partida de Enrique.

Así lo procuramos soslayando con cuidado y diplomacia a Wolsey, que no dejaba de dificultar el plan.

Finalmente, cuando Carlos contestó, nos vimos obligados a hacerle partícipe de la inminente llegada de este, por lo que nos reunimos a debatir el caso en confianza nosotros, los Reyes, con el embajador de Carlos y Wolsey.

El Cardenal escuchaba al embajador con aire de aburrimiento. Al final, Mesa terminó su exposición y esperó la respuesta. El Cardenal no se dignó a enderezarse en la silla y ni siquiera levantó la barbilla de la palma que la sostenía.

Preguntó con aire de superioridad y autosuficiencia:

—¿Cuándo decís que se dignará a visitarnos Su Majestad el Emperador Carlos?

Mesa solicitó con la mirada mi intervención ante su aparente desinterés. Contesté por él.

—Wolsey, acaba de decirnos muy claro que en su último mensaje no determinaba fecha fija. El Emperador reconoce los problemas que tiene con sus súbditos españoles y la rebeldía que estos muestran. No quiere partir sin haber sido previamente jurado por todas las Cortes de España como su Rey; esa es la única garantía en la que puede confiar para ausentarse tranquilo y sin temor a la revolución. Solo pudo aproximar su probable llegada en primavera, pero es incapaz de atinar más pues las cosas marchan lentas y trabadas.

Wolsey sonrió despreciativo, y sin contestarnos se dirigió a Enrique.

—Es evidente que es absurdo continuar esperando. Ya pasó el 15 de mayo y aún no divisamos en el mar ni el más mínimo indicio de la flota del Emperador. Es desesperante, y con ello solo demostráis pleitesía a un sobrino que a nada parece renunciar para satisfaceros. Francisco, en cambio, ansía veros, o al menos así lo ha expresado. Os espera antes de finales de mayo; si no acudís, es incapaz de asegurar otra fecha.

Le miré con descaro, conocía tan bien a Enrique... Primero le tocó en su punto más débil, dejando intuir una suposición de atentado contra su vanidad por parte de Carlos. En segundo lugar, le dio pátina con el francés. Todo estaba tan claro que no pude reprimirme.

—Una de cal y otra de arena, ¿verdad Wolsey? No es ningún secreto que siempre habéis tendido hacia Francia y que haríais cualquier cosa por pactar con ellos. Decidme, ¿qué tenéis en contra de España?

Wolsey no contestó. Enrique ni siquiera escuchaba; estaba pensativo y ausente. Le tomé la mano y le supliqué:

—Por Dios, Enrique, no escuchéis y haced lo que os dicte vuestra conciencia. ¿No veis que jugáis vertiginosamente con la paz más hermosa que abraza los Reinos más fuertes de Occidente? De vuestra decisión depende que esta se mantenga. Nada bueno puede pretender Francisco. Se siente acorralado por Carlos no solo porque fue su adversario en la elección de Emperador del Sacro Imperio Romano, sino porque sus fronteras le rodean al norte y al sur del país.

Distraído y pensando en otra cosa, me contestó:

—Os juro que haré todo lo posible.

Con un ademán solicitó que nos retirásemos todos y así lo hicimos.

Yo no pensé que de verdad estuviese cavilando sobre ello.

A los pocos días partimos con todo nuestro séquito rumbo a Dover; así ganaríamos tiempo en la espera. Durante el camino, cada legua avanzada constituía una amenaza a la posible entrevista con Carlos. No era ingenua, y sabía que aquello facilitaba en días la partida de Enrique.

Durante el viaje me limité a rezar sin parar, pidiendo al Señor que los vientos inflasen el trapo de las velas y las tempestades amainasen, haciendo tan propicio el

tiempo que las naves de Carlos navegasen más raudas que nunca. La continuidad de la paz dependía de ello.

Pasó una semana de miedos y expectación. Por fin, a los once días se divisaron en el horizonte los mástiles de los primeros barcos. Arribaron al atardecer a Dover. La opresión angustiosa que sentía en el pecho desapareció en cuanto me enteré de ello.

Le saludé respetuosamente. No le conocía, e intenté encontrar en él algún parecido con Juana.

¿Quizá los ojos? ¿O su esbelta figura? No importaba; al fin y al cabo, se me hacía fácil recordar la fisonomía de Juana tan parecida, de niñas, a la mía. Su largo rostro chocaba con el redondo de Enrique. Aquella mandíbula prominente y su escuálido cuerpo me hicieron pensar en que tenía mucho más de los Habsburgo que de los españoles.

Intenté hablar con él en castellano, pero inmediatamente pasamos al latín pues su dominio de aquel dejaba aún mucho que desear. Con razón sus súbditos le habían tomado por extranjero y no le querían. A sus veintiún años era aún barbilampiño e inseguro, pero también era el Rey más poderoso de la cristiandad y habría sido un error garrafal menospreciarlo.

Aquel hombre había estado prometido con mi cuñada María, y ahora lo estaba con la princesa francesa, pero también esto se podría deshacer. Sería fantástico que optase por María, mi hija. Eran perfectos el uno para el otro. No se llevaban dos décadas de edad y lo único que tenía que hacer Carlos era esperar doce años.

*Al veros como una niña pequeña que erais, agazapada junto a mis faldas, os miró con sorpresa y sin detenimiento. Vuestra Alteza seríais probablemente, y si Dios lo permitía algún día, su mujer. Solo os dedicó una sonrisa, y como respuesta os limitasteis a reverenciarle cabizbaja y sin mirarle directamente a los ojos, como os indiqué.*

Tanto Enrique como yo sentimos un instinto protector hacia aquel joven. Me abracé a él y le pregunté por Juana, mi hermana, y Catalina, la pequeña y mi tocaya, que estaba recluida con ella en Tordesillas.

Él me contestó fríamente y recordé de inmediato que aquel hombre se había criado sin el cariño maternal que yo procuraba a María, mi hija. Me reconoció que había visto a su madre pero que prefería no describir el estado en que se encontraba alejada del mundo y con sus problemas.

Pasamos tres días de celebraciones en Canterbury. Me trajo de regalo una Biblia políglota de Antonio de Lebrija muy parecida a la que manejé cuando era niña y contaba con la ayuda de la hija del autor para mis lecciones. Fue la primera traducida a latín, griego, hebreo y arameo. Con ella, los judíos conversos no podrían alegar

nunca más ignorancia del Nuevo Testamento.

Carlos juró que haría lo imposible por mantener la paz. Aceptó la reunión que Enrique tendría con Francisco y acordó otra posterior en las Granvelinas para saber de los temas tratados en Francia.

Wolsey le miraba con desconfianza. El Emperador había sido alertado por Mesa con respecto al Cardenal, y al verle, poderoso, prefirió tentarle para atraerle a su lado. De la noche a la mañana Wolsey cambió radicalmente su talante con respecto a nuestro sobrino. Le sonreía cínicamente en vez de malencararse como hasta el momento.

Pronto supe el motivo. Carlos, conecedor de su ambición, le prometió todo su apoyo para conseguir la tiara de Sumo Pontífice en cuanto esta quedase vacante. Sin duda el ambicioso farsante olvidaba la existencia del hombre más querido por Carlos, su profesor y regente en ese momento en parte de sus Reinos, el cardenal Adriano. No sería yo quien hiciese caer del guindo a Wolsey, ya se enteraría por sí mismo.

Desde muy joven Carlos había sabido cómo mantener contentos a los ambiciosos. El Cardenal se convirtió desde entonces en el partidario más ferviente del Emperador.

Mi sobrino zarpó rumbo a Aquisgrán.

## Capítulo XV

### «El Campo del Paño de Oro»

De inmediato nos dirigimos a la retrasada entrevista en el Campo del Paño de Oro. Dada la desconfianza y la cautela que debíamos mostrar, por muy amistoso que fuese el encuentro, nos acompañaron unas cinco mil almas entre la guardia y los miembros de nuestro séquito.

Así, además, impresionaríamos a todos con el multitudinario despliegue.

Se enviaron a Calais todos los enseres necesarios para el avituallamiento del campamento más lujoso y mejor enjaezado que jamás se hubiese visto. Tiendas de campaña, tapices, mobiliario, vajillas, dos mil catorce carneros, setecientos congrios, cincuenta y dos garzas, cuatro celemines de mostaza se amontonaban en la pradera esperando un lugar idóneo que ocupar en viviendas o mesas. Seis mil operarios y dos mil albañiles construían un palacio de ladrillo y tela para justas, torneos y festines. Todo a nuestro alrededor contribuía al frenético despliegue de un regio encuentro.

Intentaríamos mostrarnos amistosos ante nuestros eternos enemigos, a pesar de que las contiendas durante siglos entre los dos países habían creado entre ambos pueblos un sentimiento receloso difícil de olvidar para las venideras generaciones. Ni siquiera las continuas fiestas, reuniones, justas y demás eventos consiguieron caldear el gélido ambiente que del roce de los cuerpos entre franceses e ingleses manaba.

Exceptuando un par de veladas en las que el vino corrió a raudales y las voluntades flaquearon, no recuerdo un solo instante relajado en el transcurso de aquellos dieciocho días. Ninguna de las dos partes supimos fingir, pero al menos puedo aseguraros que pusimos todo nuestro empeño en ello.

Precisamente una de aquellas noches en las que al terminar de cenar Enrique andaba tan ebrio o más que Francisco, alardearon los dos Reyes sobre su propia fuerza mientras los sirvientes escanciaban continuamente sus copas sin apenas descanso.

Soltaban con ligereza sus lenguas, y pensé que sería el momento idóneo para comprobar el estado de ánimo del Rey francés ante su derrota al no haber sido elegido Emperador frente a Carlos.

Le miré desafiante mientras sujetaba su fornido semblante hombro con hombro con el de Enrique.

—Siento lo de vuestro frustrado intento frente a los príncipes electores. Pero si lo pensáis, es lógico. Mi sobrino Carlos ha de ser el sucesor de su abuelo Maximiliano, y está preparado para ello. Camino de su coronación se detuvo en nuestras costas y me ha sido grato el conocerle. Creo que dado el poder que ha acumulado es mejor tenerle a bien, y por ello hemos de luchar todos por mantener la paz.

Francisco me dedicó una mirada beocia y turbia. En su tono de voz se adivinaba

el rencor, el ansia de venganza y la mentira. Cualquier persona con un mínimo de sensibilidad lo hubiese percibido a pesar de su pronunciación pegajosa.

—Mi señora, vuestro sobrino Carlos y yo cortejábamos a la misma dama. Utilizamos e ideamos todo tipo de argucias válidas que nos situasen más cerca de nuestro objetivo. Y finalmente fui yo el vencido y él el elegido por los príncipes electores.

Se escurrió y casi se cayó.

Cuando consiguió enderezarse continuó:

—Ante esta pérdida lamentable, solo puedo quedar tranquilo en conciencia por haber intentado todo lo que en mi mano estuvo a pesar de fracasar.

Diciendo esto se apoyó de nuevo en el hombro de Enrique y le susurró algo al oído. Nada alcancé a escuchar en cuanto a qué le dijo, pero la reacción de Enrique fue inmediata. Mi señor se apartó del lado del francés, por lo que este perdió apoyo cayendo de bruces en el suelo.

El Rey de Inglaterra se inclinó para asirle del cuello y levantarlo del suelo.

—Si osáis retarme, hermano, es menester que luchemos ahora mismo los dos.

Todos quedamos en silencio a la espera de que aquellos dos hombres corpulentos y fuertes comenzasen la contienda. Inclutados hacia adelante, los dos Reyes daban vueltas el uno frente al otro en posición de ataque. Procuraban mantener el equilibrio entre los traspiés y balanceos que la embriaguez les proporcionaba.

Contuvimos la respiración. Era como si se estuviese librando una nueva batalla entre los dos Reinos. Enrique, más corpulento que Francisco, le miraba desafiante a los ojos. Gracias al Señor, iban desarmados y no había peligro de muerte en este juego.

Intentó Enrique que el francés tropezara poniéndole la zancadilla.

Este, a pesar de su altura y delgadez, evitó la caída ágilmente.

Enrique repitió su treta a los pocos minutos de manera diferente.

Francisco se inclinó raudo, le sujetó de la pantorrilla con asombrosa destreza y le retorció la pierna provocando una estruendosa caída.

El odio del orgullo herido se reflejó en la mirada de Enrique.

Enrojecido por la furia, se levantó dispuesto a acabar con aquel presuntuoso. Era el momento de separarlos. El noble juego se tornaba odioso y vengativo.

Los más allegados de ambos séquitos no dudaron en separarlos.

Había que impedir a toda costa la ruptura de una alianza por un simple sentimiento infantil y falta de cordura. Los dos Reyes se miraban jadeantes como perros hambrientos ante una presa inalcanzable. Sujetos por sus súbditos, la cordura regresó a sus seseras y un segundo de pensamiento les amilanó ante aquel impulso absurdo.

Me acerqué a Enrique y le tomé del brazo con la intención de llevármelo a nuestras tiendas. No refunfuñaba. Ni siquiera musitó.

Solo se dignó a mirar a Francisco con odio y rivalidad. Le apreté fuertemente del



antebrazo intentando que así tornase el completo juicio a su borracha sesera y lo conseguí.

Cuando estábamos a punto de salir lo enmendó todo.

—Que tengáis buenas noches, hermano.

Francisco sonrió:

—Lo mismo os deseo.

Las relaciones diplomáticas estaban salvadas tanto como la paz, aunque el rencor del uno por el otro subsistiría de por vida. Todos los presentes lo sabían.

Durante aquellos días se escuchaba sin cesar una melodía compuesta para el evento; era pegadiza y todos la tarareaban sin agotarse, dejándose llevar por su armonía.

Tocada por laúd, viola, chirimías y gaitas sonaba sin descanso, saliendo a nuestro encuentro en todo momento y llegando a impregnar nuestros oídos de tal modo que en el profundo deleite de los momentos silenciosos parecía zumbar entre susurros. La melodía se tituló como el lugar en el que nos reunimos:

«El Campo del Paño de Oro», y fue recordada durante mucho tiempo como un símbolo de la paz que tan poco duró.

Tras nuestra entrevista con Francisco, como estaba convenido, vimos a Carlos y todo quedó en conocimiento del Emperador, que no tardaría mucho en enfrentarse con el francés.

## Capítulo XVI

### «El León ha crecido y es consciente de su fuerza»

Regresamos a Londres y nuestra vida continuó por los mismos derroteros en los que había quedado cuando partimos. Wolsey parecía contrariado al saber que, en cierto modo, estábamos traicionando a los franceses apoyando incondicionalmente a Carlos. Comenzó a calentar su recalcitrante sesera con indicios de desconfianza ante todo y ante todos.

Su primera víctima estaba crucificada. De sus labios manó una intencionada acusación con frialdad asombrosa. El Duque de Buckingham alardeaba de ser el siguiente sucesor a la Corona puesto que Enrique carecía de un varón nacido y era improbable ya que fuese a tenerlo en un futuro.

La indignación del Rey fue inmediata, por lo que la acusación de Lesa Majestad se pronunció con rapidez. A Wolsey no le fue difícil encontrar un sirviente que, bajo tortura, reconociese lo ignorado como si lo hubiese vivido con certeza.

Las consecuencias no se hicieron esperar. Buckingham fue arrastrado en un zarzo hasta el lugar de la ejecución, donde fue colgado y «descuartizado» vivo. Él mismo vio cómo arrojaban sus segados miembros a una hoguera cercana y ardían junto a sus vísceras entre las llamas.

Por último, y como si no hubiese sido suficiente aquel escarmiento, descolgaron su tronco inerte y lo decapitaron para mayor ensañamiento. Su cabeza fue clavada en una picota y expuesta a la vista de todos en una almena de la Torre de Londres.

Desconsolada y con náuseas, observé cómo el pueblo se desgañitaba animando al verdugo hambriento de sangre y dolor. Las hermanas del condenado lloraban desconsoladas ante cada alarido del duque. La antigua barragana de mi señor Enrique debía de añadir a su lógico dolor la repugnancia del arrepentimiento, recordando cómo en su día había yacido con el dueño de la mano ejecutora que tanto daño hacía a la cabeza de su linaje.

*Sir Thomas More* y *Fisher* estaban a mi lado. Los dos demostraban su total desaprobación negando con la cabeza.

*Sir Thomas* solo dijo:

—Quiera Dios que no haya más. El León ha crecido y es consciente de su fuerza.

Sin duda se refería a Wolsey.

El Cardenal manipulaba a Enrique a los ojos de todos y sin el menor recato o disimulo. Esta vez había llegado demasiado lejos al conseguir que el propio Rey firmase la sentencia de muerte de uno de sus más cercanos parientes. Pronto caerían sus propios amigos.

Esta vez su mano tembló antes de firmar la orden de ejecución. No sería así en el futuro, pues desgraciadamente tuvimos que presenciar cómo se acostumbraba a ello

con el tiempo. Llegaría a hacerlo con la mayor naturalidad y sin que le generase un segundo pensamiento.

*No deseaba que os criaseis en un mundo de ejecuciones sangrientas. Sin embargo, fui incapaz de evitarlo, pues vuestro padre se empeñaba en que las vieseis. Decidí no discutir por ello, aunque nunca sabría cómo podría aquello influir en vuestra limpia e intacta mente.*

*Al fin y al cabo, todos nacíamos rodeados de muerte. Los ensangrentados que yo había visto cuando niña eran en su mayoría infieles o soldados de nuestras huestes muertos en el campo de batalla o en el sanatorio de Santa Fe luchando por una causa a la que eran fieles.*

*Eran muertes justas comparadas con las ejecuciones que presenciábamos en aquellos días sobre el patíbulo.*

*No debisteis de reparar demasiado en ello, porque ni siquiera fruncíais el ceño. Erais diminuta, pero observabais cada movimiento del verdugo con frialdad y parsimonia como si fuese aquel un juego con el final marcado.*

*Mi querida María, si reináis en un futuro, tal como ha de ser, y os veis obligada a hacer algo que no deseáis por vuestro puesto y sumo rango, nunca olvidéis la reticencia inicial que tuvisteis en un principio, porque es precisamente ese sentimiento el que os libraré de continuar ejecutando un mal.*

A principios de diciembre recibimos noticias que calmaron las tendencias vengativas de Wolsey.

El Papa había muerto el día 2, concedor de los triunfos de las tropas imperiales contra los franceses. Milán, Parma y Piacenza habían sido reconquistadas para la Santa Sede.

Al enterarse de la muerte del Papa, Wolsey anduvo dicharachero y feliz, asegurando que él sería el siguiente portador de la tiara pontificia ya que el Emperador se lo había prometido. Su gozo cayó en un pozo cuando Adriano VI le arrebató el tan ansiado puesto.

Siento reconocer que me alegré de su desdicha, y no pude más que utilizar el sarcasmo al dirigirme a él.

—Cardenal, ¿qué es lo que os inquieta? Habéis perdido toda vuestra alegría.

Me miró con odio y me lo transmitió sin tapujos.

—Vuestro sobrino, el Emperador, nos ha engañado al igual que vuestro padre lo hacía. La mentira debe de andar muy arraigada en los de vuestra sangre.

Apretó los puños y continuó.

—Me prometió la silla de San Pedro y me la ha negado por segunda vez. Después de la muerte de Julio de Médicis sube al trono Adriano.

Perdoné su ofensa, pues la rabia que reflejaba quedaba compensada en un

silencio. Solo le pude contestar con sorna:

—¿Acaso pensabais que venceríais al papa Adriano, de Utrecht? Vos, el hijo de un carnicero de Ipswich... Por Dios, Monseñor, os creí menos ingenuo.

»El Sumo Pontífice fue el preceptor de mi sobrino Carlos, incluso el regente en Castilla durante sus ausencias. Calmaos. Pensad que Su Majestad el emperador Carlos pronto vendrá a cerrar el trato de dote y demás requisitos para su desposorio con mi hija María, la princesa de Gales. Aprovechando la ocasión, haré lo imposible por que os prometa la siguiente vacante en el Vaticano.

Wolsey miró al suelo pensativo y asintió en silencio mientras se alejaba con las manos cruzadas a la espalda. Pronto podría serenarse en persona con Carlos.

A los seis meses, la Armada Imperial recalaría de nuevo en nuestras costas. El Emperador visitó Greenwich y Londres, y, como era de esperarse ganó de nuevo a Wolsey con nuevas esperanzas y promesas.

El día 28 de junio todos celebraron el cumpleaños del Rey, vuestro padre. Todos menos yo.

Andaba presta por el corredor, con un nudo en el estómago y los lagrimales hinchados sin poder retener aquel líquido salado que luchaba por emerger.

Mi matrimonio experimentaba otra crisis. Se tambaleaba una vez más, y yo andaba demasiado cansada como para luchar por él. Quería a Enrique, y siempre le querría. Al menos eso era lo que un día había admitido al desposarme ante un altar y eso sería lo que moriría pensando.

Hasta el momento le había tenido más o menos cercano, a mi lado, pero abrigando siempre la esperanza de un nuevo embarazo. Que Enrique había desistido en su intento era ya evidente dadas sus constantes e irrespetuosas infidelidades ante el deber conyugal. Yo, la Reina, pronto quedaría incapacitada para ciertos menesteres como mujer, y mi vientre jamás volvería a ser colmado con otra criatura.

Una lágrima resbaló por mi mejilla. La enjuagué rápidamente, para que pasase inadvertida ante las damas que corrían alteradas y sin rumbo fijo detrás de mí. No tenía intimidad ni para dar libertad al llanto y la frustración.

Tenía que soportar incluso la presencia de indeseables, como las hermanas Bolena, que me seguían junto a las demás, sonrientes y expectantes como si se alegrasen de mis desdichas y el simple hecho de presenciarlas las animase a proseguir con sus desatinos e infidelidades.

Al salir al jardín frené en seco sin darme la vuelta, pero ansiosa de quedarme a solas. Las múltiples sombras que acostumbradamente me seguían estuvieron a punto de atropellarme, pero la sensibilidad hacia mi pesar debió de rozar sus ánimos y se detuvieron aguardando mis indicaciones en silencio.

Cerré los ojos ante el sol deslumbrante que aparecía momentáneamente entre dos nubes. Una ráfaga de viento sopló sobre mi rostro, secándolo, y sentí el calor de su

luz amarillenta. La misma a la que nunca había dado importancia en mi infancia por andar sobrada de ella, y a la que echaría de menos con frecuencia en el país del que era Reina, ya adoptado como mío. El olor a hierba mojada filtró al instante mis resquemores como un colador de infusiones.

Esa misma claridad fue la que me indicó una solución a mis desvelos.

Debía entretener mi mente en algo que me mantuviese más ocupada y distraída. Un quehacer más profundo e interesante que unos meros bordados, o mi participación en las tertulias de gallinero que las damas muy cercanas solían provocar.

*Lo tenía muy claro. A partir de ese momento me dedicaría de lleno y por entero a vuestra educación. Mi único objetivo se bifurcaba en dos. Silenciar cualquier rumor de destrozo en mi matrimonio, oponiéndome a ello, y demostrar a todos vuestra adecuada aptitud como mi hija, la Princesa de Gales, para suceder al Rey.*

*Te busqué a mí alrededor. Al localizarte, corrí hacia ti. Cabalgabais sobre un caballo de madera a través de un laberinto de chaparros y flores bajo la cautelosa mirada de vuestra dueña.*

*Soltasteis el juguete y me reverenciasteis para luego abrazarme con fuerza. Sentí el olor de vuestros cabellos y la presión de vuestros pequeños brazos a mi alrededor, y guardé ese placer en mi interior. Dado que no podría quedar embarazada de nuevo, al menos os educaría como a la futura Reina de Inglaterra que debíais ser.*

*Recordé el modo en que mi madre nos había educado a nosotras. Localicé en primer lugar al mejor profesor de teología. El maestro Fernando de Vitoria, que andaba por la corte cuidando a vuestro padre de su última dolencia, antes de partir rumbo a París fue mi elegido. No puso reparo en enseñaros y así lo hizo.*

*No pudiendo contar con Beatriz Galindo, mi antigua profesora de latín, sir Thomas More me presentó a Linacre. Este escribió de inmediato un libro de gramática latina con el que iniciaros. Su trabajo resultó ser el mejor escrito para este fin.*

*El estudio de todas estas materias, incluidas la retórica y la filosofía, sin olvidar las lecturas de clásicos como Platón, Plutarco y Tito Livio, os proporcionarían la perfecta educación de la mujer cristiana que debíais demostrar ser mediante vuestra recta y virtuosa conducta.*

*Haciendo memoria, recordé muchos de los títulos que mi madre tuvo en la biblioteca y ordené que los buscasen para la nuestra propia.*

*Por último, y conocedora de los gustos de vuestro señor padre, no olvidé estimular vuestros conocimientos en canto y música, pues el Rey nunca me lo hubiese perdonado.*

*Con el tiempo tañeríais el laúd y la espineta con soltura.*

*Erais una niña inteligente y perspicaz. Muchas veces sorprendíais a vuestros profesores con preguntas nada asiduas para una niña de vuestra edad, y aquello me enorgullecía. En ciertos momentos, la duda lógica sobre un posible fallo en vuestra educación me preocupó como madre diligente a este respecto; pero inmediatamente vuestra propia actitud desvanecía el temor.*

*Reaccionabais con interés a todo lo que os mostraban y enseñaban.*

*Vuestras ansias por mejorar eran casi tangibles.*

*El día que reinaseis demostraríais a todos vuestros súbditos vuestra capacidad para ello, sin que nadie pudiera acusaros de inepta o irresponsable. En este mundo de traiciones e inseguridades solo una cosa es cierta, y es que con sangre la letra entra y con sufrimiento el intelecto se ejercita y expande. Se lo deberíais a vuestro Reino, y este mismo había de ser el beneficiario de vuestra sapiencia cuando debieseis gobernar sin tacha ni yerro.*

*No todo fueron esfuerzos. Como vuestra madre comprendía que erais aún muy niña, y que los juegos también habían deformar parte de vuestros entretenimientos. Desgraciadamente, no teníais, como yo tuve en su momento, hermanos con los que crecer, y por ello traje a la corte a varias hijas de los nobles que con vuestra edad os acompañarían en todo momento.*

*Aquella misma mañana, en la que paseando de vuestra mano por el jardín simulaba escucharos mientras organizaba mentalmente el más mínimo pormenor concerniente a vuestra ordenada educación, os mostrasteis parlanchina y alegre y conseguisteis disipar la tristeza que mi talante portaba. Al terminar de recorrer un camino bordeado por un seto vimos a un grupo de hombres discutiendo acaloradamente, sentados bajo la sombra de un árbol centenario. La mayoría eran doctos, sabios y valientes, que luchaban por una reforma en todos los ámbitos de nuestra defectuosa forma de vida.*

*Me tirasteis de la mano y os fuisteis corriendo a preparar el campo para una partida de críquet.*

*Intuíais que junto a los maestros solo hallaríais una tertulia demasiado aburrida y complicada para una niña. Sonreí ante vuestra huida y me dirigí hacia aquel lugar.*

*Sabía que allí, precisamente, era donde más información podría encontrar sobre vuestra educación.*

La discordia entre ellos era clara porque un extranjero llamado Erasmo de Rotterdam pateaba la hierba alzando el tono de voz en contra de Wolsey. Si por un momento llegué a pensar en no interrumpir, aquello estimuló mi curiosidad. Aquel holandés cerraba el puño en defensa de sus ideas con aire satírico e irónico. Todos los demás le escuchaban con interés.

En su conjunto constituían el grupo de pensadores, filósofos y humanistas más reconocidos en nuestro continente, que recalaban en Inglaterra por un motivo u otro.

Los más jóvenes, para obtener una cátedra, y los mayores, para compartir e impartir sus conocimientos con el resto de los librepensadores que pudiesen encontrar. Oxford o Cambridge solían ser sus templos del saber.

Mientras me acercaba, pensé que Enrique podría haber estado sentado junto a ellos en vez de emborrachándose en el almuerzo de celebración por su aniversario. Con la edad parecía estar perdiendo interés por la cultura, dejándose llevar por placeres más mundanos. Todos habían leído el libro escrito en su día por el Rey en contra de los improperios luteranos. Se titulaba *Assertio Septem Sacramentorum*, y fue su manera de agradecer al papa León X el título de Defensor de la Fe que le había otorgado. En estos escritos apoyaba a la Iglesia católica y divulgaba sus enseñanzas en relación con los sacramentos, la misa y la defensa del Sumo Pontífice en contra de Lutero.

Por aquellos días se hablaba de reforma. El estado de bienestar en la Iglesia hacía demasiado proclives al pecado a sus miembros, y ello alimentaba las ideologías del infiel con más facilidad. Estaba claro que cualquier cambio habría que hacerlo con cuidado, o se corría el riesgo de que todo se desmandase inclinándose hacia otros intereses que no fueran los procurados.

Me acerqué, indicando silencio y discreción a todas mis damas. Doña María de Salinas, mi predilecta y de las pocas españolas que quedaban en mi casa a pesar de estar ya casada, se rio, descubriéndonos.

Mi gran amigo Thomas More fue el primero en verme, e hizo amago de levantarse de inmediato. Le rogué silencio posando mi dedo sobre los labios, y quietud con la otra mano para que se mantuviese sentado. Fue entonces cuando pude oír claramente lo que Erasmo predicaba:

—¡No lo entendéis y nunca lo entenderéis! La mayoría de los miembros de la Iglesia hicisteis voto de pobreza y castidad. Sin embargo, es bien sabido por todos que pecáis en exceso quebrantando estas dos promesas. Vuestra ignominia acabará por afrentaros. ¿Cómo pretendéis que las almas puras no se envilezcan con el ejemplo que les dais? No es de extrañar que corran ríos de tinta atacando a todos los hombres que trabajáis en nombre de Dios. Quizá engañéis a los más jóvenes, pero yo ya pasé de los cuarenta y no os creo en absoluto. Ha llegado el momento de una reforma. Desde que Lutero clavó sus noventa y cinco tesis en la iglesia de Wuttenberg y fue convocado a la dieta de Augsburgo rehusando retractarse de lo allí afirmado, todo se tambalea sin remedio. Ese hombre ha cuestionado la autoridad del Papa, y León X ya ha declarado heréticas muchas de sus tesis. ¿Qué más necesitamos para intuir el caos?

Casi exhausto por la ira se sentó, faltó de resuello, y simuló concluir su exposición.

—Muy señores míos, si vuestras mercedes optan por seguir cruzados de brazos ante tanto desbarajuste, adelante. Yo no pienso secundaros.

»Podéis actuar como determinéis más conveniente, pero es evidente que Martín Lutero es el inicio de un descontento general. El libertinaje y el pecado se palpan en todos los conventos, y la miseria mata de hambre mientras los padres de la Iglesia hacen ostentación de lujo, placeres y pecados. Conozco a este monje contestatario, y él puede asegurar lo que dice pues lo ha vivido a su alrededor viendo cómo sus superiores jerárquicos quebraban sin pestañear aquellos votos de castidad que en su día juraron, olvidando el rezo diario y la disciplina requerida por la orden. Se equivoca el que menosprecia a Martín Lutero, porque tiene seguidores incondicionales y no le importa el haber sido excomulgado y desterrado; si sigue en sus trece, hará mucho daño a nuestra Iglesia.

»Claro que...

Se rascó el mentón antes de proseguir con su monólogo.

—También existe un contrapunto a esta posición. He oído hablar de un español de Azpeitia. Se llama Ignacio de Loyola y, según dicen, es un hombre comedido y cortés, que huye del boato como ha de ser en los hombres de la Iglesia. Es pobre de ropas y lleva zapatos sin suela; pero eso no parece importarle porque es bienhechor de todas las almas que ve. Según me contaron, aquel cura leyó mis obras y quedó impactado por mi «Elogio de la locura», pero me cogió tanta ojeriza y aborrecimiento que no quiso releerla y prohibió a su Compañía que lo hiciese si no era con mucha cautela y defecto. Me acusa de peligroso y de satirizar e ironizar por placer. Dice que así alimento ideologías que surgen en contra del catolicismo. Loyola es sabio de veras.

Sir Thomas More le escuchaba, atento y a la vez cansado de no poder intervenir dada su prepotencia.

Estaba a punto de rebatirle cuando un joven desconocido para mí me delató levantándose ruborizado a reverenciarme. Me habló en perfecto castellano, algo que a mí me gustó.

—Soy Juan Luis Vives, para servir a mi señora. Vengo de Brujas, aunque nací en Valencia y estoy presentando mi tesis en Oxford.

Tembloroso, se metió la mano en el chaleco en busca de algo. Un miembro de mi guardia ya había desenvainado la espada velando por mi vida ante el desconocido. Con un cabezazo imperativo le ordené envainar de nuevo; había que ser poco sensible para mirar a aquel hombre y no intuir su nerviosismo histérico. Vives dudó y yo le animé:

—Ya que habéis interrumpido la conversación de vuestros maestros derrochando ímpetu, ahora no iréis a dejarnos con la duda de qué es lo que guardáis. Mostrádnoslo.

Sudando, aquel hombre empezó a tirar del bolsillo pero aquello que escondía parecía no querer salir.

Al fin, de un tirón sonó el resquebrajar de la entretela y sacó un pequeño libro que me tendió con la mano temblorosa.



Le sonreí. Y leí el título: *Instituciones cristianas femeninas*.

—Sosegaos y explicádmelo.

Tomó aire para tranquilizarse y prosiguió, más pausado:

—Se trata de un libro que escribí para la correcta educación de las niñas y mujeres cristianas.

Recuerda en cierto modo a *El carro de las donas*, que os sirvió de guía en vuestra infancia cuando estuvisteis en España. Por ello, y por ser Vuestra Majestad el vivo reflejo de una perfecta Reina cristiana, os lo traje de Brujas.

Allí, gracias a la imprenta de Gutenberg, podemos imprimir y hacer más ejemplares.

No pude evitar el agradecérselo, pues su adulación me fue grata.

—No dudéis de que lo leeré con suma atención junto a la princesa María. Ahora, si no os importa, me gustaría seguir escuchándoles. La polémica siempre es buena para discernir.

Me senté, dispuesta a deleitar mis sentidos con tanta sapiencia, pero el silencio fue absoluto. Los hombres no estaban acostumbrados a hablar de ciertos temas de Estado frente a las mujeres. Creo que nunca nos creyeron capaces de entenderlos.

Comprendí de inmediato que jamás dialogarían ante mí sin sentirse coartados, y menos de un tema tan delicado como la puesta en entredicho de los miembros de la Iglesia católica.

Una de mis damas me ofreció un bate de críquet y la bola para sacar.

—Mi señora, Su Alteza, la Princesa de Gales, os espera para iniciar una partida. Las diez damas de vuestro equipo están dispuestas y los críquets están ya clavados en la hierba.

Decepcionada, dejé a humanistas y pensadores y me fui a jugar. Sin duda, aquellos hombres me creían incapaz de leer «Elogio de la locura» de Erasmo, o «Utopía» de *sir* Thomas More. Muchos de ellos ignoraban que ya conocía estos textos, y no creían posible que cubriese las ambiciones intelectuales de ellos. Solo les quedaba reunirse con Maquiavelo para satirizar a gusto sobre todo lo humano y soñar con un mundo armonioso y en paz, en el que sus pobladores no fuesen presos de intereses, en espera de que nuestros sucesores aprendiesen de todo aquel imposible.

Tomé el palo, y mientras me alejaba defraudada ante el rechazo silencioso de aquellos sabios no pude evitar desahogarme.

—Os dejo, señores, intentando arreglar el mundo, soñando una libertad, una armonía y un orden aún más utópico que el de la obra de More. Pondría la mano en el fuego, y no me quemaría, asegurándoos que es más probable que vuestras bocas se tornen desecadas y sin saliva que lleguéis a una solución viable. Seguid dándole al ingenio, que yo me entretendré con unos aros y unas pelotas.

La lectura del libro de Vives me complació tanto que no solo la indiqué como necesaria en la educación de María sino que, además, le nombré tutor de mi hija para que le inculcase los principios de sus escritos.

## Capítulo XVII

### El reconocimiento de un bastardo. Retrato de Enrique

Envié a Carlos un pésame sabiendo que estaría sufriendo por la muerte de su antiguo maestro, el papa Adriano. Wolsey se mostraba más intolerante aún con todos.

Clemente VII había sucedido en el trono pontificio a Adriano y a él ni siquiera le habían mencionado.

Sin duda intentaría una alianza secreta con Francia.

Arrugué el primer comunicado de Carlos en mucho tiempo. Me temblaron las manos. Había decidido desposarse con Isabel de Portugal, la hija de mi hermana María, y por tanto deshacía lo acordado con respecto a Vuestra Alteza.

Ya no quería a la Princesa de Gales como mujer.

El embajador español me consolaba.

—Es lógico, mi señora, dado que la Princesa de Gales tiene solo nueve años. El Emperador necesita liquidez para continuar con su campaña y no puede esperar. Isabel trae bajo el brazo una dote de novecientos mil ducados que no pueden ser despreciados en este momento. No os lo toméis como una ofensa, sino como una razón más de Estado.

Lo comprendí.

—Es cierto, mi buen Mesa, que no es más que otra alianza. Pero al enterarse de ello el Rey mi señor, instigado por Wolsey, me lo reprochó; como si fuese yo la responsable de las decisiones del Emperador, mi sobrino. Está tan indignado que amenaza con obligarle al pago inmediato de sus deudas para con nosotros por el desagravio.

»No es extraño ya que nuestras arcas estén vacías y el pueblo se niegue a contribuir por considerar excesivos los pechos a que se ve obligado. El cardenal Wolsey no sabe ya a qué recurrir para llenarlas, y temo por ello, pues es capaz de cualquier cosa. El Rey jura que, en venganza, prometerá a la princesa María con Francisco de Francia. Puede hacerlo, ya que ha quedado libre gracias a vuestro Emperador. A mi señor no le importa que el francés haya sido prisionero de Carlos en Pavía, y llevado a Madrid para ser encarcelado en la Torre de Lujanes, ni que esté prometido con Leonor, su hermana y mi sobrina. Para el Rey de Inglaterra todo se puede deshacer en contra del Emperador, y ahora que está libre el francés después de haber firmado el Tratado de Madrid, en el que solo se presupone la paz de la cristiandad, os tendréis que atener a las consecuencias, porque tanto vuestra merced como yo sabemos que ese acuerdo es endeble y quebradizas las voluntades de los firmantes; tanto, que me atrevo a vaticinar sin temor a errar su pronta ruptura.

Mi desesperación, así como la confianza que tenía desde antaño con aquel hombre, me hicieron olvidar que estaba frente al embajador del enemigo de mi

marido. Le estaba contando todo lo que a sus oídos debería estar vetado. Solo me lo recordó una mirada hacia el retrato de Enrique que Hans Holbein le acababa de hacer. Me mordí la lengua dando por zanjada la conversación.

Mesa no tuvo tiempo de escribir ni una línea informando al Emperador de lo que se cocía porque en ese preciso instante irrumpió en la sala Wolsey escoltado por la guardia. Detuvieron al embajador bajo sospecha, y desde ese preciso instante pasó a ser persona non grata en la corte. El representante español de Carlos siguió a sus carceleros con valentía y sin rechistar. Habían de transcurrir unos años desde su detención antes de que las aguas se calmasen de nuevo y Carlos enviase a su suplente, un clérigo español llamado don Íñigo de Mendoza, pariente del Duque del Infantado y a quien yo había conocido un tiempo atrás, cuando niña, en la toma de Granada acompañando a su tío, el gran Cardenal.

Acababa de desaparecer el desafortunado Mesa en dirección a los calabozos cuando entró el Rey, mi señor.

Me miraba con recelo. No habló de su empresa política ni de la detención. Venía a atizarme con algo mucho más doloroso, que nos incumbía a Vuestra Alteza y a mí. Era como si hubiese fraguado una conjura en mi contra y hubiese decidido no calmarse hasta vencerme. Lo soltó a bocajarro.

—Estoy cansado de esperar impacientemente lo imposible, y prefiero que lo sepáis por mí en vez de por cualquiera de vuestras chismosas damas; que las lenguas se afilan y tergiversan lo acontecido.

»Mi hijo, el niño de Bessie, cuenta ya con seis años.

Me tapé los oídos. Él se acercó a mí y separó mis palmas de las sienes.

—Habéis de oír lo que he de deciros.

Me indigné.

—Es absurdo, Enrique, que yo tenga que preocuparme de vuestros devaneos. Vuestros bastardos no son mis asuntos. No pienso enloquecer como Juana ante cualquier prueba de infidelidad. No hay mayor desprecio que el no darle aprecio, y es lo que hago.

Me tapé de nuevo los oídos.

Vuestro padre gritó, enfadado:

—¡Es vuestro asunto desde el mismo momento en que sois incapaz de darme un varón! Me puse firme y le escuché.

Se calmó, pasando al susurro:

—Las intrigas en mi contra son asiduas y solo tenemos una hija, Catalina. Cualquiera puede atentar el día menos pensado contra nuestra vida. Los ambiciosos son muchos. El ejemplo de Buckingham os lo demostró. Si a María le ocurriese algo, muchos de mis parientes se sacarían los ojos por el trono. Prefiero ser precavido y asegurar la posición de todos los de mi sangre que viviesen.

Tragó saliva y continuó:

—He decidido reconocer a Enrique, el hijo de Bessie, como bastardo real en toda

regla, y otorgarle las gracias que por ello se merece. Para eso he convocado a la Corte. Será creado caballero y nombrado Conde de Nottingham además de condecorado con todo lo que se merece.

Enrojé de furia y le agarré de los brazos.

—¿Le haréis también Príncipe de Gales? Decidme si lo haréis. ¿Seríais capaz de arrebatar a vuestra hija su legítimo título para entregárselo al hijo de una ramera? Se enfadó aún más.

—No insultéis a Bessie. Ella nunca os ha faltado al respeto como Reina.

Sonreí sarcásticamente.

—Si no como Reina, sí como mujer. Al igual que en este momento lo hace Ana Bolena y con anterioridad lo hizo su hermana María.

Enrique comenzó a impacientarse con cierto aire de sorprendido.

Continué:

—¿Qué? ¿Pensabais que lo ignoraba? No, Enrique. Al principio rogué a Dios que vuestras infidelidades cesasen. Más tarde le rogué que no me hiciese partícipe de ellas. Al final, sin haber sido escuchada, me rendí al silencio y la tolerancia. No soy ingenua, ni estoy tan sorda y ciega como hubiese deseado en muchos instantes a lo largo de tantos años de matrimonio.

Enrique me alzó la mano. Me callé al instante. Estaba impacientándose demasiado y decidió retomar el inicio de la conversación.

—Solo os digo, Catalina, que María, nuestra hija, no será despojada de su título como Princesa de Gales; pero también ella ha de comportarse como tal. He estado pensando y creo que a sus nueve años ya tiene edad razonable como para ocupar sus posesiones. He ordenado que todo su séquito, incluidos tutores y profesores, dispongan lo necesario para partir hacia Ludlow.

Imploré, pero no hubo manera.

—No me separéis de ella, os lo suplico.

Se mantuvo impertérrito ante mis lágrimas. Ni siquiera eso reblandeció su corazón, y continuó frío y distante:

—Margarita, la condesa de Salisbury como su aya y madrina, le acompañará. Si ha de ser Reina como pretendéis, algún día había de separarse de vuestros sayos.

Quedé destrozada y solo recuerdo aquella carta que os escribí cuando ya estabais apartada de mi lado y un viso de alegría me cubrió ante la posibilidad de veros de nuevo.

*Os ruego, María, que no creáis que ha sido el olvido el que me ha hecho retener al emisario del correo que me enviasteis.*

*Perdonad por no haber contestado inmediatamente a vuestra carta, pero ya debéis saber cómo me encuentro.*

*Las largas ausencias de vuestro padre y las vuestras mismas me han afectado. Mi salud es poco aceptable, y confío en que Dios transforme mis*

*preocupaciones en un final feliz a pesar de nuestra separación.*

*Redactas bien en latín y eso me alegra. Hace tan solo unas semanas, vuestro padre estaba convencido de que lo mejor para vos sería casaros con el pequeño Rey de los escoceses después de no haberlo hecho con Carlos, vuestro primo. Esta proposición al menos traería la paz a esta isla. Pero... no sé por qué os lo digo si todo parece cambiar de nuevo como era de esperar, dado que este niño tiene solo dos años. Ahora se fragua de nuevo la alianza con Francia en contra de vuestro primo Carlos, y Enrique, vuestro padre, os ha prometido al Delfín; os lo notifico para que estéis enterada porque, ¿quién sabe si este vuestro futuro esposo llegará a serlo visto lo acontecido? Carlos, el escocés y ahora el hijo del Rey de Francia. Con tanto ajetreo y cambio no me sorprendería que llegaseis a perder el interés por tan importante empresa. Sea lo que quiera Dios que fuere, en este caso nos beneficia, porque el francés ha enviado a sus embajadores para conoceros y están en Richmond esperándoos, por lo que podremos aprovechar esta visita para vernos. Estoy deseándolo, hija mía.*

*Encomendaos a la Virgen María esta noche.*

*Vuestra madre, que os quiere.*

*Catalina, Reina.*

Empecé a sentirme sola y tuve el triste presentimiento de que mi vida ya no se enmendaría. Las personas a las que quería estaban demasiado lejos en ánimo o presencia.

## Capítulo XVIII

### Sinceridad maternal

Abrí los brazos y os acercasteis a mí. Habíais crecido mucho desde la última vez en que nos habíamos visto. A pesar de ser alta y bien formada, os abrazasteis a mí y os sentasteis en mi regazo como antaño. Me resultó extraño no poder rodearos por entero con mis brazos. A vuestros once años poco os quedaba de infanta, y muy pronto seríais una mujer como Dios manda.

Vuestro cariño colmó de afectividad aquel cálido momento tan distante de la asidua y escalofriante soledad.

Os así con aún mayor fuerza, como si quisiera fundir vuestra alma con la mía y dejar a ambas tan unidas que nunca más pudiesen alejarse. Casi sin respiración, os separasteis de mí con delicadeza.

—Lo siento, madre, pero me hacéis daño.

Me excusé.

—Os eché tanto de menos, María. Ya solo me acompaña la soledad y he olvidado el afecto. Son raras las veces que el Rey, mi señor y vuestro padre, viene a mi encuentro. Cuando al fin lo hace, tiemblo y tiritito porque siempre trae algún despropósito en la cabeza, inculcado la mayoría de las veces por Wolsey. Es su manera de pagar al hombre que torna con destreza en propósitos ejecutables los deseos más inverosímiles que puedan ocurrírsele. Fuere cual fuese su dificultad, el Cardenal no se detiene ante nada, y poco le importa el daño que a su Reina pueda causarle la obstinación del Rey. Un capricho del Rey es lo principal a cumplir.

Ordené a mis damas que nos dejasen. Únicamente a María de Salinas le permití quedarse con nosotras. Las demás me reverenciaron y sin rechistar se retiraron. Una vez solas, continué informándoos.

—Hay ciertos rumores que corren por los pasillos de Palacio. Me preocupan, María. Ya casi sois una mujer y ha llegado el momento de que os inicie en algunas asignaturas que los maestros no enseñan, y que os serán de mucha utilidad si os conciernen en el futuro. Son rumores a los que una Reina ha de hacer oídos sordos e ignorar si no quiere sufrir en demasía.

Asentisteis intrigada.

—Estas dañinas habladurías no son dignas de ser comentadas con las damas que a nuestro lado viven, y menos si estas están impuestas por el ojo derecho de vuestro padre, el cardenal Wolsey, que se ocupó de despedir a mis confidentes.

Me interrumpisteis.

—Es verdad, madre, que hay muchas caras que faltan a vuestro alrededor. ¿Qué fue de las que más os querían y a las que más apreciabais?

Te contesté.

—Wolsey las ha alejado de mi lado para sustituirlas por sus más afectas intrigantes. Sin duda, de algún modo me teme y quiere tenerme vigilada. Vuestro padre, como bien sabéis, siempre ha compartido el lecho con muchas mujeres de muy diversa condición. El tiempo limaba su deseo hacia ellas y pronto las reemplazaba por otras.

Me mirasteis sorprendida.

Aquello no era nada nuevo, y hablamos madre e hija de la poca importancia que habría que darle a aquello. La voz me tembló al proseguir.

—Esta vez es diferente, María. La pequeña de las Bolena parece haberle hechizado. No cede del todo a sus propósitos, pero alentada al mismo tiempo por su padre, le tiende una red sinuosa e incitante. Es joven, pero conoce muy bien el arte de conquistar sin conceder. El Rey se muestra aniñado, ciego e idiota ante tan clara evidencia. Cada vez se enreda más en sus hilos, y ya come de su mano como un cordero sin criterio ni sesera.

Os sorprendisteis más aún.

—No lo entiendo, madre. ¿Por qué no la ignoráis como hicisteis con las demás? No pude contener una lágrima de desesperación.

—No lo entendéis, María. Estáis lejos y no vivís el día a día. Es denigrante para mí ver cómo corre tras ella sin orgullo ni voluntad. Las lenguas de la Corte se sueltan, y comentan los partidarios de la Bolena que ella le ha dicho que no será suya si no la desposa. ¡Ha enloquecido! ¡Y aconseja al Rey que pida la nulidad de nuestro matrimonio al Papa! Tras ello, capaz es de intentar declararos bastarda, ya que nulo significa no existente.

—¿Qué dice mi señor padre?

Sollocé sin poderlo remediar.

—Eso es lo peor. En vez de ignorar tan grave infundio, se plantea la posibilidad de ello.

Me consolasteis como pudisteis.

—No es cierto, madre. Sin duda hablan los partidarios de Ana Bolena, y por más gritar acallan a los cabales. No puedo creer que los asuntos del yacer entre hombre y mujer traigan la locura a la mente de mi señor padre.

Me encogí de hombros. No podía explicaros cuántos hombres cabales llegan a perder el juicio ante el pecado carnal y la tentación. Menos si el mentado era vuestro padre. Tenía que buscar otra excusa, y de hecho existía.

—La Bolena parece conocer bien las debilidades de vuestro señor padre, y le promete además darle un varón que pueda sucederle en el trono.

Me limpié el rostro y alcé la cabeza reconociendo mi yerma falta ante vos, mi

propia hija.

—Aprovecha la desdicha del ajeno en su propio beneficio, puesto que yo ya no puedo brindárselo.

No hubo respuesta, permanecisteis callada ante la confesión y decidí alentaros. Eráis muy niña aún y no tenía ningún derecho a haceros partícipe de mis congojas.

—No estoy dispuesta a admitir semejantes majaderías. El Rey de Inglaterra morirá siendo mi marido en la Tierra y en el Cielo. Eso es algo que nadie podrá cambiar. No os preocupéis, hija mía. Me adelantaré ante cualquier acción. Escribiré a vuestro primo Carlos para que apoye mi posición y obligue al Papa a pronunciarse en mi favor. No le será difícil, ahora que lo tiene preso en Sant'Angelo. Sería absurdo por parte del Santo Padre contravenir sus deseos. Es cierto que estuve en desacuerdo con el saqueo de Roma por parte del Emperador, y de la masacre que allí se perpetró. Pero también lo es que en nuestra propia causa podremos jugar con ventaja dado el acontecimiento. No desaprovecharé la ocasión.

Suspiré cansada. Pero segura de mí misma.

—El caso, María, es que el cardenal no termina con una de sus trapisondas y ya está pensando en otra. Ante el deseo de su Rey de engendrar un varón, es capaz y está dispuesto a atentar contra la ley de Dios para conseguirlo. A él es a quien deberían de comparar con el reciente fallecido Maquiavelo más que con mi señor padre. ¡Que lo intente! ¡No me asusta! Dios me ampara en el Cielo y el mayor Emperador del mundo en la Tierra.

»Vuestro padre es solo una víctima a merced de sus garras. Si cree que no tiene enemigos, está equivocado. Muchos piensan que es un ser egocéntrico, obeso, caprichoso y testarudo. Solo un hueso difícil de roer, pero no indestructible. A sabiendas del dolor que me causa, todos sus enemigos buscarán mi complicidad en su contra. No la hallarán nunca, y se equivocarán porque tanto Vuestra Alteza, mi hija, la Princesa de Gales, como yo nos mantendremos fieles y moriremos si es preciso defendiéndole a capa y espada. Por ello quizá guardo todo mi rencor hacia el Cardenal.

Tomé aire para proseguir ante vuestra mirada expectante. No serviría ya de nada esconderos algo al respecto.

—Escuchadme, María, porque no ha de haber contradicción entre nosotras. El partido de los Bolena quiere argumentar que la dispensa otorgada en su día para casarme con vuestro padre después de haberlo estado con Arturo, vuestro tío, era defectuosa. Tienen miedo y lo presiento. Hablan de ello en secreto, y sé que han encargado a los juristas y a los teólogos que estudien el propósito de Enrique con la máxima discreción y buen criterio. Dos cualidades imposibles en estos Reinos. Recemos, María, para que estos sabios se pronuncien como deben y no den más cuartos al pregonero. Confío en ello, pero no hemos de engañarnos, ya que es bien sabido que un hombre preparado, falto de escrúpulos y cosechador de sobornos siempre puede interpretar un escrito según convenga a sus propósitos. Juraré ante



todos que nunca estuve casada con Arturo puesto que no consumé el matrimonio. Muchos lo saben y lo aceptarán, otros muchos serán comprados en sus voluntades y mentirán sobre ello. Cada uno actuará y declarará la farsa o la verdad, según la limpieza de conciencia que tenga.

Me escuchabais en silencio, lo que me hizo cesar en la verborrea pues me di cuenta de mi monólogo.

Hasta entonces no os habíais pronunciado al respecto, y sin duda querríais opinar. Os incité a ello, pero permanecisteis callada. Como si algo os impidiese arrancar. Esto no me extrañó, ya que siempre habíais sido reservada. Os pregunté:

—¿Qué es lo que me ocultáis?

Por fin rompisteis el silencio.

—Todo lo que me contáis más parecen conjeturas que evidencias. Habláis sobre lo que haréis convencida de que tendréis que recurrir a ello como única salida. Solo contestadme a una pregunta: ¿creéis posible que ya se haya interpuesto la demanda de nulidad o son únicamente suposiciones vuestras?

Me encogí de hombros, estaba tan asustada que ni yo misma llegaba a diferenciar ya la verdad de la amenaza.

—Solo un hombre imparcial podría contestar sin tapujos a vuestra pregunta, querida hija.

Ordené que llamasen a don Íñigo, el embajador de Carlos. A los pocos minutos entraba en los aposentos.

—Don Íñigo, Su Alteza la Princesa de Gales pregunta si tenemos noticia de una demanda de nulidad ante el Vaticano. Quizá vuestra merced conozca la respuesta, ya que el papa Clemente permanece bajo la custodia del Emperador.

Se sorprendió ante la pregunta.

—Sabéis, mi señora, que no tengo constancia evidente de ello, pero los rumores son fuertes y espero la notificación que lo verifique de un momento a otro.

Tomé aire profundamente. Estaba claro que todos nos agarrábamos a un clavo ardiendo con tal de no reconocer lisa y llanamente la verdad.

—De ser ciertas nuestras sospechas, ¿el Emperador, mi sobrino, apoyará mi causa? El clérigo contestó sin titubear:

—Siempre apoyará vuestra causa. Hoy mismo recibí una carta de su puño y letra que deja en claro su desacuerdo e indignación para con Su Majestad, el Rey Enrique. Asegura que apoyará vuestra causa sin condiciones. A pesar de todo, me gustaría cerciorarme de ello y llevar yo mismo las peticiones que Vuestra Majestad tenga en mente para el señor mi Rey.

Quedé pensativa. Sin duda Mendoza quería abandonarnos. Era lógico: todo aquel altercado estaba manchando su impoluto expediente y no ansiaba otra cosa que huir dignamente de semejante atolladero.

—No os preocupéis, don Íñigo. No sois el primer embajador que acojo y despido en estas tierras, y bien sabe Dios que no seréis el último. Partid con mi bendición.

»Transmitid reiteradamente a mi sobrino todas las protestas que para mi marido guardo, así como la necesidad que albergo de su apoyo para que convenza al Papa. Clemente ha de avocar a Roma la causa del posible juicio que sin duda querrán.

»Sabéis que mi triunfo va en ello, pues todos intuimos que si se hiciese aquí, en Inglaterra, estaría amañado de antemano y no existiría la imparcialidad total del tribunal. Está claro que la balanza de la justicia se inclinaría en mi contra.

Creía concluida mi exposición, cuando me eché la mano a la frente recordando un último e importante ruego.

—Don Íñigo. Vuestra merced parte cargado de mensajes, pero engrosó vuestro equipaje con un último deseo a pesar de que soy consciente de la dificultad de su tramitación.

Don Íñigo se detuvo. Proseguí:

—Los dos sabemos cuál es mi mayor enemigo e instigador en esta Corte, al igual que comprendemos la situación de poder que mi sobrino tiene en este momento sobre el Papa. Rogadle de mi parte que haga lo imposible por destruir, o al menos menguar, la autoridad legataria de Wolsey en este mi proceso. Conociéndole bien como le conocemos, es probable que ya esté moviendo influencias para obtener plenos poderes en cualquier juicio que se pueda fraguar en Inglaterra.

Don Íñigo me reverenció, y asintiendo con la cabeza se retiró.

Sabía que cumpliría a la perfección con su cometido. Le echaría de menos, al igual que a Vuestra Alteza, pues pocos días después regresasteis a Gales. Ya estaba acostumbrada a ello.

## Capítulo XIX

### Absurdos interrogatorios

Poco antes del cumpleaños de Enrique, en aquel junio se disolvió la Corte. Un nuevo brote de peste había surgido en los barrios periféricos de Londres y muchos huyeron despavoridos de las garras de esta mortal enfermedad.

Yo me quedé en Canterbury. Un día, al amanecer, me notificaron que vuestro padre se había marchado junto a la Bolena y otros cortesanos. No era su deseo que le siguiese. ¿Cómo iba a serlo? Desde hacía meses me evitaba, y explicaba a todos los nobles londinenses sus razones para pedir la nulidad de mi matrimonio. Aseguraba, como un tiempo antes lo habían hecho los partidarios de su amante y sin que la Iglesia lo reconociese, que sentía grandes cargos de conciencia por haber estado casado con una mujer que no era la suya dado que la bula que la liberaba de Arturo era defectuosa.

La demanda estaba interpuesta, y la angustia me atenazaba en espera de una respuesta. El Papa se había pronunciado al fin, ordenando a los cardenales Thomas Wolsey y Lorenzo Campeggio que me interrogaran sobre la veracidad de las pretensiones de Enrique y mi consumación del matrimonio con Arturo. Con lo fácil que hubiese sido que Enrique lo certificase, pero la mentira arraigaba en su interior. Recé por que el nuevo cardenal compensase la tendencia del primero.

El cardenal italiano dejó clara su posición desde el principio. Yo esperaba su llegada, pero él parecía no tener prisa. ¿Sería intencionada la demora? Lo cierto es que tardó tres meses en llegar a Londres. Al parecer, alegaba la necesidad de continuas paradas durante el trayecto debido a su dolorosa enfermedad.

Al fin, el 7 de octubre cruzó la puerta de Palacio dispuesto a actuar con la mayor cautela. No dejaría en el tintero una palabra pronunciada o en los legajos una prueba por leer. A primera vista me pareció ecuánime, arbitral e íntegro, por lo que sería difícil de corromper para Wolsey.

La tranquilidad de Campeggio en el proceso me beneficiaba. Esperaba que el tránsito de la anulación y la prolongación que el Papa causaba con intención manifiesta fuese suficiente en el tiempo para que Enrique ya no quisiese a Ana. Ella no había sido la primera y no sería la última, y la paciencia de todo hombre siempre tiene un límite a pesar de que el Rey se estuviese comprometiendo demasiado con ella frente al mundo. Vuestro padre no era consciente de que le sería difícil deshacerse de ella con tanta facilidad como lo estaba haciendo conmigo.

El padre Campeggio era un hombre culto, viejo, gotoso. Sobre todo, según se decía saberse de muy buena tinta, el mejor canonista que la Universidad de Bolonia había creado. Me fue más fácil de lo que pensaba hablar de temas tan íntimos como los que tratábamos, ya que antes de ordenarse había estado casado y había sido padre

de familia.

Me interrogó meticulosamente y hasta la saciedad. Mi virginidad en el momento de enviudar debía de quedar muy clara para nuestra causa.

—No os andéis por las ramas, mi señora, y contestadme claro y conciso. Es la última vez que lo repetiré y espero una sola palabra por respuesta. ¿Yacisteis junto a vuestro primer marido, el Príncipe de Gales?

Desesperada ante su insistencia, no pude sino contestarle irritada y enervada. Si no hubiese sido porque le debía toda mi atención como embajador del Vaticano, le habría despedido de buen grado y sin la menor diligencia.

—Sí yací junto a Arturo, como era mi deber en tanto que la esposa que debía ser de él en ese preciso momento de nuestras vidas.

El cardenal pegó un respingo.

—¿No fue lo contrario lo que alegasteis para poder demostrar la nulidad de ese vuestro primer matrimonio? Sonreí.

—No fue aquello exactamente lo que alegué. Yací, me tumbé y me acosté junto a él, que yo recuerde, al menos media docena de veces sin llegar a consumar el matrimonio.

Aquel niño endeble no hacía otra cosa que toser y sudar, siendo imposible para su naturaleza enfermiza intentar quehaceres de hombres formados y completos. No holgué plenamente con mi entonces marido, o como hubiésemos debido hacerlo, pues él no estaba aún en disposición de ello.

Campeggio se rascó la cabeza.

—Ciertamente parecéis sincera con respecto a este punto.

Fruncí el ceño indignada.

—Lo parezco y lo soy, Su Ilustrísima. Bien sabe Dios que llegué doncella a su lecho y que de igual modo lo dejé. Estoy cansada de repetir que solo hay un hombre sobre esta Tierra que pueda asegurar con certeza mi virginidad al desposarme con Enrique, y ese es Su Majestad el Rey. Preguntadle a él si aún no lo habéis hecho. Quizá todavía le quede un resquicio de sinceridad en su interior.

Inspiré y me recosté sobre la silla. Campeggio me contestó rápidamente:

—Señora, ya lo hice, e insiste en que si hubiese de desposarse de nuevo, os elegiría a Vuestra Majestad de entre todas las mujeres. Sois humilde, dulce y, ante todo, noble. La mejor mujer que nunca conoció. Solo quiere saber si vuestro matrimonio está en contra de la ley de Dios, y si es así penará sus penas apartándose de Vuestra Merced para siempre.

Apreté los dientes para no exteriorizar mi resentimiento momentáneo ante semejante embuste. Me había jurado a mí misma que nunca hablaría en contra de Enrique, pero su hipocresía estaba derrumbando mi propósito.

—Me halagáis al transmitirme tan buenas albricias. Sin embargo, los tiempos de ingenuidad ya pasaron por mi vida. Puesto que todos desconfían de mi palabra, dejadme al menos el beneficio de la duda ante semejante comentario.

»Lo único que quiero que os quede claro es que admitir la nulidad de mi matrimonio sería renunciar a toda la razón de ser de mi existencia. Las alegrías, sacrificios, luchas y desvelos para con estos Reinos se esfumarían para la historia; incluso los derechos de mi propia hija María penderían de un hilo. Sería como haberme ajusticiado hace veinte años. Borrarían de un plumazo la mitad de mi vida.

Me temblaban las manos y la voz se entrecortaba en mi garganta. Ante la angustia y la desesperación, me sentí débil y endeble. Se me saltaron las lágrimas y tuve que levantarme para esconderme tras una cortina. Era como un insecto a merced de un pisotón. No le daría a Wolsey el gusto de verme llorar mientras él permanecía expectante y callado.

Quizá el embajador del Vaticano no supiese toda la verdad, pero él la conocía. Posiblemente fuese cierto que Enrique me quería. A ello me asiría en tiempos de debilidad y tristeza. Tan cierto como que su obsesión por engendrar un varón se engrosaba por días y yo no podía dárselo. Tuve veinte años para cumplir con mi obligación y, aunque los parí, no pude sacarlos adelante.

Sabía que tendría que soportar humillaciones, intrigas y desaires de todos. Ya las estaba sufriendo viendo cómo la Bolena me ignoraba al cruzarse conmigo por los pasillos, pavoneándose ante mí como si ella fuese ya la mismísima Reina.

Desde el otro lado de la cortina, la voz ronca y calmada de Campeggio me atrajo de nuevo. Sin duda era su pretensión sabiéndome oyente.

—Su Majestad ha de colaborar si es que queremos mantener vuestro vínculo inalterable. El Rey analizó con tal detalle su causa que creo que es más ducho en la materia que cualquier maestro en leyes o teología. Por un lado actúa con la máxima diligencia, pero me desconcierta. A veces parece dispuesto a intentar cualquier acuerdo o solución, y otras se niega a admitir una salida. Jura sentirse triste e inseguro ante la posibilidad de que vuestro matrimonio fuese nulo, y sin embargo no parece querer legitimarlo pues renunció al ofrecimiento del Papa para subsanar cualquier vicio que existiese en la bula que Julio II expidió. A cualquier acuerdo que se le proponga que no sea admitir su pretensión me ordena silencio, y que ceje en el intento de falsear o conseguir por otro subterfugio una solución esquivada.

Sus palabras me tranquilizaron, ya que estaba claro que el enviado del Vaticano no pretendía la anulación. Wolsey apretaba los puños en silencio.

Me enjuagué los ojos y descorrí la cortina para sentarme de nuevo frente a ellos. Recuperé como mejor pude el digno porte que ha de mostrar una Reina.

—Campeggio, parece mentira que no sepáis o supongáis cuál es el verdadero interés del Rey a la hora de pedir esa declaración. ¿Cree de verdad Vuestra Ilustrísima que un hombre satisfecho con su matrimonio es capaz de ponerlo en tela de juicio de toda la cristiandad? Sus intenciones son claras, y vuestra única misión como corresponsal de Su Santidad es demostrarle que un vínculo indisoluble es nada más que eso: ¡indisoluble! No creo que sea muy difícil para vos. Si no me creéis, hacédle una sola pregunta: ¿por qué ha esperado hasta ahora para dudar de su legitimidad?

Explicadle vos, si os escucha, que no es propio de un hombre noble abandonar a su mujer por otra más joven.

Campeggio no se sorprendió.

—Monseñor, sois inteligente y no dudo de que ya sabréis de la existencia de Ana Bolena. Solo la apartaron de aquí para esconderla y que Vuestra Ilustrísima no fuese capaz de descubrirla y creerla el motivo verdadero de las pretensiones del Rey.

No pensaba delatar la existencia de Ana; eso había sido darle importancia, y aún pensaba que no se la merecía. Pero el arrebató y la impotencia me empujaron a defender esa posición. Campeggio me miró fijamente.

—Conozco la existencia de esa dama desde mucho antes de llegar a Londres. Es lógico que la escondan de mi presencia, pues es la prueba evidente de vuestro alegato de defensión, pero no os preocupéis por ello. Aquí no se discuten las infidelidades del Rey sino la veracidad de vuestro matrimonio.

Me desesperé.

—¿Es que no lo veis? No hay nada que discutir. El Rey quiere una declaración de nulidad pronta, y si no la consigue, es capaz de cualquier cosa. La causa ha de discutirse en el Vaticano y no en Inglaterra, o el veredicto del tribunal eclesiástico no será justo.

Campeggio frunció el ceño.

—¿Insinuáis, mi señora, que los miembros de la Iglesia se inclinarían hacia su Rey antes que hacia el Papa? Podría haberle hablado de todo lo que se debatía en toda Europa, de la imperfección de los miembros de la Iglesia, de las teorías humanistas que luchaban por erradicar estos defectos y recordarle la incipiente herejía de Lutero y el protestantismo; pero todo aquello hubiese complicado demasiado la causa. Solo debía limitarme a convencerle lo más sencillamente posible que supiese hacerlo.

—Solo es menester que Su Ilustrísima recuerde que vuestros miembros en las iglesias de Inglaterra son hombres que predicán con el Evangelio en la mano. Pero, ante todo, son hombres llenos de defectos y virtudes. Hombres temerosos ante la amenaza, hombres sobornables y hombres capaces de corromperse ante el color del oro u otros vicios conocidos. Esos hombres viven en Inglaterra junto a su Rey, y en cambio ven lejano y distante a su Pontífice. ¿Sabéis lo que insinúo?

Campeggio se indignó y Wolsey sonrió tras él.

—¡No lo sé, ni lo quiero saber! Porque la ofensa es clara. Quedé pensativa, pensando en que tendría que cambiar de táctica si quería ganármelo.

—Perdonadme, Su Ilustrísima, pero ando demasiado alterada para pensar con lucidez. Solo os puedo decir que por aquí está muy clara la intención del Rey, y todos andan tan indecisos que ni siquiera se atreven a mentar el tema con absoluta libertad. Los murmullos hablan del gran asunto de Su Majestad sin osar llamarlo por su nombre. ¿Hay algo que deje más en claro el miedo y la incertidumbre que padecen? Hacedme caso, os lo suplico. El papa Clemente ha de llamar la causa al Vaticano. Si la justicia se pronuncia en Inglaterra no será limpia, y entonces sí que se verá

obligado a subsanar todos los defectos que de aquella sentencia pudiesen resultar. Es un asunto delicado.

Campeggio me escuchaba atentamente.

—Hay otra solución que le propuse a don Enrique y pareció aceptarla de buen grado; claro que sois vos la que debéis admitirla. Vuestro alejamiento de la vida terrenal sería lo más conveniente. No sería la primera vez que una mujer se retira voluntariamente.

Me confundió, pero esperé a que hablase despacio.

—Podríais ingresar en un convento y así evitaríais un problema a vuestra Iglesia. Siendo así, el Rey se comprometería a conservar a María, vuestra hija, en primera línea de sucesión, sin hablar de los cuantiosos derechos de viudedad que recibiríais, además de otros tantos dones y gracias.

No pude más que pasar del llanto a la carcajada. Me creía incapaz de sorprenderme ante nada, y sin embargo estaba turbada. Le contesté sarcásticamente.

—Así, don Enrique podría disolver discrecionalmente nuestro matrimonio y contraer nuevas nupcias con quien quisiera. ¡Por fin se desharía de mí sin más dilaciones! ¿Estáis bromeando? Aceptaría esa proposición si confiase en su palabra. Hace tiempo lo hubiese hecho, pero hoy soy precavida al respecto. Aceptarlo sería como firmar mi propia sentencia de muerte en vida, y la mejor manera de facilitar a cualquiera la legitimación de un varón del propio Enrique que anularía de inmediato los derechos de mi hija. ¡Me niego rotundamente ni siquiera a sopesarlo o pensarlo! Siempre me he sacrificado por Dios y por mi Reino, pero esta proposición es descabellada, y, lejos de derrumbar mi ánimo, alienta las ansias que tengo por luchar. Al Rey siempre le han gustado las mujeres difíciles. Yo siempre lo fui y lo seguiré siendo, ¡no me rendiré!

Campeggio intentó calmarme, pero ya era tarde. Me levanté, y sin despedirme de los dos cardenales salí de la cámara más dispuesta a enfrentarme a todos que nunca. Si lo que habían querido había sido llegar a un acuerdo entre los dos, solo podía decirse que habían errado de lleno.

Otras dos fueron las reuniones que mantuvimos los tres. Los temas a debatir se repitieron, y todos acabamos tan cansados de repetir las mismas preguntas y respuestas que estas casi se tornaron en melodías desafinadas con estribillos pegadizos.

Mi tozuda posición ante sus despropósitos les dejaron únicamente una salida. La vista para el juicio se fijaba para finales de año.

## Capítulo XX

### La prueba perdida

Discutir sobre mi virginidad era absurdo. Bastaba con demostrar la validez que en su día había tenido la bula emitida por Julio II a este respecto, y con ello todo quedaría probado. Además, dilataría el proceso y así ganaríamos tiempo para que Enrique se cansase de su amante de hecho, pues ya se comentaba que discutían con frecuencia.

Escribí otra carta a Carlos, mi sobrino. Sabía que desde que Mendoza le había transmitido mis problemas estaba volcado en buscar testigos y documentos que probasen la validez de mi matrimonio. Con manos temblorosas abrí una carta de don Íñigo, y quedé perpleja al ver lo que contenía.

Además de la bula que conocíamos, ¡existía un breve! Un breve previo que mi madre en su día debió de guardar en los archivos de Castilla en espera de la bula definitiva. Su contenido era muy diferente al de la bula, y podría ser utilizado en mi beneficio. Además, influiría en todo el factor sorpresa, dado que en Inglaterra se ignoraba la existencia de este documento. Pasé unos días disfrutando con las supuestas caras que en su día pondrían los miembros del tribunal al conocer la existencia de este breve.

La palabra quizá, o forsan en latín, en la que se escudaban los juristas de Enrique y que aparecía en la bula hablando de mi consumación con Arturo, no aparecía en el breve.

Apreté la copia del documento contra mi pecho y sonreí. Hacía mucho tiempo que no lo hacía abiertamente. El original del mismo quedaba custodiado por los archiveros de Carlos en Castilla. Aquel documento facilitaría la anulación de todas las diligencias practicadas y el comienzo de nuevo desde cero y desde Roma, pues el proceso en Inglaterra seguiría sin ser ecuánime para mi parte.

Fisher, More, Forest, Luis Vives y otros muchos hombres buenos de la Iglesia, asesores y humanistas, estudiaban mi causa con ahínco e interés; por fin me sentía levemente apoyada. Estudiando el breve llegaron a una conclusión.

Mientras solo tuviésemos una copia del breve y el original siguiese en los archivos del Emperador, quizá no nos creyesen. Necesitábamos el documento inédito en cuestión, a pesar de que fuese grande el riesgo de una posible destrucción o robo en el transcurso de su viaje a Londres por parte de nuestros contrarios. A más de uno se le pasaría esta posibilidad por la cabeza, y sin duda se ofrecería una sustanciosa cuantía a todo cazarrecompensas que se ofreciese a tan vil acción. Una copia autenticada bastaría para demostrar su contenido.

Al conocer su existencia, Enrique y Wolsey aseguraron que la dispensa otorgada a Enrique y a mí para casarnos después de haber estado casada ya con Arturo había sido manipulada por mi señor padre, don Fernando, junto a Enrique VII, mi suegro, y,



por tanto, era nula. El papa Clemente les contestó tachando semejantes pretensiones de obrepticio por estar basadas en falsas reivindicaciones.

El Sumo Pontífice se encontraba entre la espada y la pared, y se sospechaba que debido a su debilidad manifiesta hubiese preferido enfrentarse al matrimonio consumado de Enrique con Ana Bolena que al dilema de la posible resolución nula del nuestro.

Al poco tiempo llegó la noticia de la liberación del papa Clemente. Ahora ya no existirían excusas para no llevar la causa a Roma y desistir de tanta discusión sobre la validez del breve pontificio que acabábamos de recibir.

Durante su estancia, Campeggio pudo comprobar cómo el pueblo me aclamaba y en cambio abucheaba a Ana cada vez que salía por un motivo u otro a recorrer las callejas de Londres. Aquello le hizo más tendente a mi favor, pues sabía que se me había prohibido salir a lugares públicos en donde estuviese el vulgo, ya que se me acusaba de incitarle a la oposición en contra del Rey. El embajador del Vaticano no entendía el empeño de Enrique por deshacerse de una Reina tan querida por el pueblo. Pero al mismo tiempo, mirando a lo alto de la Torre de Londres, comprendía el miedo existente a contradecir sus deseos. Los que expresaban demasiado abiertamente su posición en contra de Enrique acababan por perder sus cabezas, que una vez segadas eran clavadas en unas picotas sobre las almenas para que mejor quedasen expuestas ante el pueblo como advertencia a un posible escarmiento. El panorama intimidaba a cualquiera.

Una mañana me sorprendieron ante la posibilidad de que la causa de mi nulidad fuese avocada a Roma: habían adelantado la constitución de un tribunal que juzgaría el caso. El monasterio dominico de Blackfriars albergaría a partir del 18 de junio de 1529 a todos los que habían de decidir sobre mi matrimonio. Aquellas piedras de dos siglos de antigüedad serían las únicas testigos mudas del proceso.

¡No podía ser! Estábamos ahora más cerca que nunca de alcanzar un proceso justo en Roma y todo se iba al traste. No pude hacer otra cosa que pedir audiencia a vuestro padre. Estaba dispuesta incluso a suplicarle dejando a un lado mi orgullo, ya demasiado quebrado.

Ante mi sorpresa, me recibió pero se mostró dogmático y engreído.

Llegué incluso a dudar si realmente le conocía. ¡Había cambiado tanto! Ni siquiera se atrevió a dialogar conmigo a solas. Como siempre, Wolsey andaba agazapado tras un tapiz. Intuí su presencia y no dudé en dirigirme a él sin siquiera girarme hacia donde se encontraba. Solo un extremo de su vestimenta escapaba de su escondrijo.

—Enrique, sé que vuestra desvirtuada conciencia anda cerca y oídos traicioneros nos espían. Ducho y ladino, el disimulado muestra su hábito cardenalicio. No le bastaron al ambicioso las mercedes y los títulos concedidos. Como legado pontificio

en Inglaterra, y arzobispo de York, se muestra indigno ante su benefactor, ya que tras la palabra de Dios esconde todas las intrigas imaginables. Como buen fariseo, lucha ahora por nuestra anulación a pesar de que no hay en el Reino nadie más versado en la veracidad de nuestro matrimonio.

Enrique miró sin poder evitarlo hacia el tapiz. No pude disimular.

Tiré al suelo indignada los encajes que tenía sobre las rodillas y me levanté a descubrirle, levantando el paño de su improvisada guarida. Wolsey se quedó hierático frente a mi mirada inquisitiva.

—Ni siquiera respetáis la dolorosa intimidad de un matrimonio. Solo sois un zorro disfrazado de cordero. Podéis enviar a Roma a Night o a quien os plazca, pero nunca podréis engañar al Santo Padre, y menos cuando anda prevenido por el mismo Emperador, que a bien tiene el escucharme. Seguid así, Wolsey, porque el Demonio se revuelve contra sus propios ángeles negros, y lo pagaréis caro. Salid de aquí y respetad al menos a vuestro Rey, ya que hacia vuestra Reina poco tenéis ya que brindar.

Wolsey no se inmutó. Se irguió recuperando su habitual y altiva postura y me contestó irrespetuosamente:

—Me voy, señora. Estoy cansado de que me culpéis de todos vuestros infortunios. Recordad que es Thomas Cromwell quien aconseja a Su Majestad don Enrique el divorcio. Ha llegado a tanto que incluso lo somete a debate en las universidades, para ver su parecer al respecto. Andaos con cuidado porque este hombre no tiene ni conciencia ni escrúpulos.

Se alejó sin esperar mi respuesta. Sabía que Wolsey se sentía desplazado y celoso ante Cromwell, y haría cualquier cosa por menospreciarle. Me dirigí de inmediato a Enrique, que escuchaba nuestra discusión.

—¿Es cierto lo que dice? No puedo creer que oséis permitir que unos simples súbditos se permitan deliberar y poner en tela de juicio nuestro matrimonio. ¡No están capacitados ni son nadie para pronunciarse al respecto! Me someto al tribunal de Blackfriars, que ya es de dudosa valía, pero ¿al criterio de las universidades? Debéis de estar enloqueciendo.

Enrique procuró calmarme.

—Qué más os da, Catalina. Cromwell es el mejor contable que he tenido. Sanea el tesoro real con gran habilidad, y eso es lo que más me importa en este momento.

Enrique me creía ajena a todo, sorda y ciega. Me desesperé y gesticulé frente a su mirada para captar su atención.

—¿Dónde está el rey Enrique, mi esposo? Ha debido de volar, porque en nada reconozco al hombre que está frente a mí. Podéis mantenerme alejada del bullicio, pero no convertirme en inocente. Sabéis como yo que Cromwell solo desvía el caudal de la Iglesia a vuestras arcas. Consiguió que el Parlamento aboliese las enatas, más tarde las primicias y finalmente el óbolo de San Pedro. La Iglesia se ha visto en muy poco tiempo privada de todo el peculio de que se nutría.

»Vuestro asesor financiero confisca sin escrúpulos cada corona, casa o bien que los condenados de Lesa Majestad o traición dejan tras de sí. Así es fácil sanear una economía mermada. Cada condena de muerte que firmáis conlleva un buen caudal con el que beneficiaros, ya sea de un noble o de un clérigo.

»Es fácil enriquecerse confiscando colegios y monasterios, y aboliendo toda exención de impuestos o privilegios otorgados previamente y que perjudique al erario de la Monarquía.

Enrique comenzó a sonrojarse preso de ira. Continué. Ya que había empezado, no me iba a detener.

—Es curioso que el mismo Wolsey le tema. Dicen que Cromwell os ve desesperado y cansado de aguantar las dilaciones del Papa sobre nuestro asunto y la insistencia de vuestra amancebada al respecto. Por ello aconseja al Parlamento que vote por abolir el *imperium in imperio* y descartar así la supremacía de Clemente. Aquello dejaría vía libre a todos para retomar la antigua ideología de la Iglesia anglicana y haceros a Vuestra Majestad cabeza de la misma. ¿No es solo eso la muestra más evidente de la locura de vuestro asesor? Le observé esperando respuesta.

Para mi sorpresa, permaneció callado y una leve sonrisa se atisbó en sus labios. Aquella reacción me aterró.

—¡Es un majadero, Enrique! Si os mantenéis a su lado solo conseguiréis perder todas las virtudes que un día tuvisteis. Sin duda, la lectura de las notas de Tyndale y otros libros de tendencia herética que deberían de haber sido quemados según la ley os han trastornado el juicio.

Se encogió de hombros, mostrando frivolidad ante mis conjeturas.

Aterradores pensamientos surcaban mi asustada mente. Si pensaba separarse de la Iglesia católica no necesitaría la declaración de nulidad del papa Clemente para dar por finalizado nuestro matrimonio. La voz me tembló.

—Decidme, ¿en qué fundamentaréis entonces vuestra absurda pretensión de nulidad? Tomó aire y me miró con autosuficiencia.

—Lo sabéis bien, Catalina. Nuestro matrimonio es nulo porque la dispensa que permitió nuestro desposorio atenta contra el mandamiento ¡divino! de casarse con la mujer de un hermano. Por tanto, a mis ojos el Papa no puede juzgar sobre las cosas de Dios.

—Esa excusa es absurda, Enrique. Parece mentira que acudáis aún a la iglesia tres veces al día, comulguéis devotamente y participéis de los mandamientos. Sois pío y zoquete a la vez. Vuestra Majestad no es nadie para juzgar qué es lo divino y lo humano; y menos para desacreditar lo que un representante de Dios aseguró en su día. Recordad que por aquel entonces lo admitisteis con gusto, y ahora en cambio...

Me senté desconsolada, aturdida y a punto de derrumbarme. Tenía que mantener como fuese mi postura, pero chocaba con un muro infranqueable. Podría llorar, era el último recurso que me quedaba, y sabía que antaño las lágrimas ablandaban su aparentemente fuerte y caprichoso ánimo; pero no pude. Tomé aire, me tranquilicé y

proseguí tornando el seco tono de voz en súplica. Su mirada permanecía indiferente.

—Por Dios, Enrique, Ana es solo una más de vuestras concubinas. En poco tiempo os cansaréis de ese nuevo capricho. Es tan traicionera que no padece repulsión al ocupar el hueco aún caliente que dejó su propia hermana en vuestro lecho. ¿Qué os dio? ¿Con qué os engatusó? ¿Qué es lo que la diferencia de todas las demás? Nunca os he preguntado sobre vuestros devaneos y jamás me han importado, pero no dejéis que interfiera una mujer en los caminos dictados por Dios. Os conozco desde que éramos niños y jamás os comportasteis de modo similar. Es como si Ana hubiese envenenado vuestra tenaz voluntad. O... quizá sea por vuestra obsesión lógica de tener un varón. Yo no os lo puedo dar ya, pero una cosa sí sé. María será una gran Reina para Inglaterra, al igual que mi madre, su abuela, lo fue para Castilla y yo procuro serlo, también.

Vuestro padre se levantó sin contestarme y se limitó a acariciarme la toca.

—Adiós, Catalina.

Cabizbaja, arrastré mi nuca empujándola hacia su mano como un gato que procura la caricia olvidada de su amo. El Rey se dio media vuelta y se dispuso a retirarse.

Pero yo no quería que se marchase dejando las cosas así. Pensé rápidamente. La sumisión demostrada no le había retenido. Procuraría que entrase en razón por el camino menos delicado. Ardiendo de furia ante la impotencia de su indiferencia, no pude sino insultarle.

—¡Sois lerdo y vanidoso! ¿Cómo podéis decir que nuestro matrimonio no fue válido porque yací con vuestro hermano y que eso atenta contra la ley de Dios? Sois el único hombre en esta Tierra que tuvisteis en su día la prueba más fiel de que fuisteis el primero en holgar conmigo, y lo sabéis. Solo puedo pensar que de tanto mentir os trastornasteis. Pero ¡ay del ladrón, que cree que todos son de su condición! Decidme, Enrique, ¿qué es lo que vos hicisteis antaño con María, la hermana de Ana Bolena? ¿Jugar al ajedrez durante noches enteras hasta el amanecer? El que Vuestra Majestad yazga con hermanas no significa que los demás lo hagamos. Al menos sed sincero, y aceptad que lo único cierto en este negocio es que por una ramera abandonáis a vuestra mujer, a vuestra hija e incluso a vuestra Iglesia.

»¿Por qué no hacéis lo mismo con vuestro Reino? Quizá porque sin él ya no seáis nadie. El hombre que no sabe apreciar lo que tiene es una bestia, y eso es lo que representaréis a mis ojos y a los de muchos de vuestros súbditos si persistís en vuestro estúpido propósito.

Las lágrimas de pesar se tornaron furiosas, y sentí cómo se me abultaban las venas de las sienes bajo la toca. Hervía en mi interior a punto de estallar.

—¡No os dais cuenta! ¡Seréis bígamo ante todos los católicos! Pasaréis a la historia como un hombre despreciable, que desechó a la mujer que le entregó más de veinte años de su vida para reemplazarla por una joven y fértil mujer capaz de parir un bastardo. Y todo por qué, por la obsesión de poseerla. ¿Quién os asegura que es

virgen como yo lo fui al entregarme a vos? Las malas lenguas dicen que la muy ladina ya entregó su virtud a otro hombre. Interrogad si no al Conde de Northumberland; él parece conocerla más profundamente que Vuestra Majestad. De la virginidad de ella no dudáis, y a la mía osáis ponerla en entredicho cuando sabéis que la obtuvisteis como mi esposo que sois.

Enfurecida, tomé el «Libro de las horas» que en su día me había regalado y había estado ojeando y se lo coloqué sobre las manos.

—Dios os acompañe, Enrique. Recordad el pasado y leed la última oración. Posiblemente os ahogue la contradicción en la que vivís.

Enfurecido, Enrique arrojó el «Libro de las horas» al suelo sin siquiera abrirlo. Mientras cerraba la puerta gritó:

—¡Solo habláis vos! ¡Os preguntáis y contestáis sola, y eso no está mal! Seguid así, Catalina, porque ese será vuestro futuro.

Un segundo antes de cerrar gritó de nuevo:

—¡La soledad! La última palabra que pronunció me trepanó el tímpano. Me dolió tanto que corrí a aferrarme a un almohadón que María me había enviado con mis iniciales y la Corona bordadas por él. Su olor estaba impregnado en la tela, y esto apaciguó mi ánimo.

Al bajar la mirada nublada lo vi. En el suelo quedaba abierto por la tercera página el «Libro de las horas». Enrique había escrito en él algo digno de recordar.

Lo tomé en las manos y lo leí en voz alta con tono pausado y solemne.

Aquí lo repito, mi querida María, para que lo retengáis en la memoria con tanto celo como yo lo había custodiado desde aquel día en que Enrique me lo entregara cual símbolo de la unión indisoluble de vuestros padres:

*Si vuestra memoria es tan fiel como lo es mi cariño, sé que jamás seré olvidado en vuestras cotidianas oraciones, ya que soy tuyo.*

*Enrique, Rey, para siempre.*

## Capítulo XXI

### Sacrílega destitución

El 18 de junio me llamaron de nuevo para presentarme ante el tribunal. Enrique, después de nuestra última conversación, fue incapaz de aparecer, presentándose por poderes. Yo lo hice en persona, cortejada por mis defensores. Se corrió el rumor de que el Rey pretendía celebrar su cumpleaños a finales de ese mismo mes, casándose con Ana, y que por eso se agilizaba el proceso.

Mi defensa era clara. Solicitaba el sobreseimiento de la causa por tres motivos. Tres pilares a mi modo de ver indiscutibles y muy difíciles de contradecir, aunque con los tiempos que corrían bien se podrían tergiversar las cosas más certeras y palpables.

En primer término, me oponía al lugar en el que se había reunido el tribunal por ser adverso y proclive a acentuar mi probable indefensión.

Segundo, pedía la destitución de algunos jueces por no ser ecuanímenes. Y tercero, alegaba la litispendencia de la causa en Roma.

Nada podía ser juzgado por dos tribunales a un mismo tiempo.

Como era de esperar, mi solicitud fue rechazada y fui citada para la primera vista tan solo tres días después. Me presenté, pues no podía dejar que pensasen que tenía miedo.

Entré dispuesta en la sala y no pude evitar mirar a Enrique. Allí estaba, sentado bajo el dosel exactamente encima de los asientos de Wolsey y Campeggio. El resto de los miembros del tribunal se situaron a ambos lados del estrado.

Llamaron en primer lugar a Enrique.

—Enrique, Rey de Inglaterra, compareced ante este tribunal.

—Heme aquí, mis lores.

—Catalina, Reina de Inglaterra, compareced ante este tribunal.

No pude evitarlo, me sentía como una rea a punto de ser ajusticiada sin saber el porqué de su castigo.

Me levanté nerviosa. No contesté, rodeé a los obispos y subí al otro lado de la tribuna arrodillándome a los pies de Enrique. Era lo último que podía hacer por mi causa, ya que no creía en absoluto en aquel tribunal. Ignoré la presencia de todos y me dirigí a él como si fuésemos los únicos presentes en aquella sala. Aún albergaba la esperanza de que recapacitase.

—Señor, os suplico por última vez. Por todo el amor que ha habido entre nosotros, os ruego que me hagáis justicia y derecho. Imploro que mostréis compasión por mí, la Reina de Inglaterra, ya que no tengo consejo imparcial. Ignoro a este tribunal y a vos acudo como cabeza del Reino. Pongo a Dios y a todos los presentes como testigos de que soy y he sido para vos una mujer humilde y obediente. Siempre

rendida a vuestra voluntad. He amado a todos los que vos amabais y consentido tanto a vuestros amigos como a mis enemigos en nuestra propia casa, simplemente por haber sido fieles a Vuestra Majestad.

»Habéis tenido de mí seis hijos en veinte años, a pesar de que a cinco de ellos Dios los ha querido llamar de este mundo a su presencia.

»Y por último, y por ello lo más importante, Vuestra Majestad sabe, y pongo a Dios por testigo, que cuando me tuvisteis por primera vez era doncella. Por todo ello invoco a vuestra conciencia pues la mentira siempre sale a la luz, y no ha de vivir tranquilo el hombre que la escuda.

Estaba segura de que lo admitiría. Callé y le miré fijamente a los ojos, pero según pasaban los segundos a mí se me hicieron minutos esperando una respuesta. Un gélido silencio se apoderó de la sala y me defraudó una vez más, pues no llegó a romperlo. No fue capaz de mantener mi mirada, por lo que desvió la suya, altiva y desafiante, hacia el tribunal. Tenía preparadas un sinfín más de alegaciones, pero después de su actitud quedé totalmente vapuleada. Solo pude emitir con un hilo de voz mi alegato final.

—Os solicito humildemente que me ahorréis el sufrir otra vista en el tribunal, pues de poco valdrá mi alegato ante los votos pagados.

Así, totalmente miserable y compungida, pasé frente a todos y me retiré destrozada. Ni siquiera conservaba un ápice de orgullo que mantuviese regio mi semblante.

La tercera vez que me llamaron me negué a comparecer.

Los testigos parecían haber sido absueltos de la pena de perjurio y contaban sandeces sin fundamento.

Decidí mostrar una indiferencia clara hacia aquel tribunal. La inseguridad que padecía ante el veredicto no habría de reflejarse en mi rostro ni un solo segundo. Aquello siempre se hubiese utilizado en mi contra.

El tribunal no necesitaba mi presencia para pronunciarse, pues ya tenía muy clara la sentencia.

¿Para qué humillarme de nuevo? Más que un tribunal, era un circo fraguado en una tienda de mentiras y embustes proclamados por trovadores, malabaristas y juglares de muy pobre calaña, que en mucho distaban de los hombres nobles de Iglesia que debieron componerlo. Los pocos partidarios que tuve en el tribunal tuvieron que corregir sus votos a la hora de contabilizarlos, pues hasta los suyos fueron manipulados.

De todo hubo. Wolsey tuvo el descaro de pedir al Rey, ante todos, que jurase que él no había tenido nada que ver en su propósito de nulidad. ¡Qué afán de protagonismo! Enrique lo negó. ¿Qué otra contestación podría dar? Aceptar que aquel hombre había dirigido todos sus actos era como rendir pleitesía hacia alguien menor, siendo él el máximo representante del poder terrenal en Inglaterra. Quizá Wolsey había de tener más adelante, a este respecto, un leve cargo de conciencia,

pues nunca supuso que el Rey sería capaz de separarse de la Iglesia católica, pero nunca sabremos si entonces actuó por celos hacia Cromwell o por convicción plena. Su opositor, presente en el tribunal, acechaba en contra del cardenal como un buitre carroñero al servicio de los Bolena. Lo cierto es que al poco tiempo sería destituido y declarado culpable del fracaso de la anulación pontificia, así como persona non grata.

La herejía se filtraba por todas las piedras, y todos olvidaron que el Papa había negado la potestad del tribunal de Blackfriars de juzgar la validez de mi matrimonio.

Todo parecía perdido cuando de pronto, a mediados de julio, llegó un nuevo embajador. Su nombre era Eustaquio Chapuys, venía de Turín y tenía las sienes canosas.

Dudé que fuese tan efectivo como Mendoza, y me equivoqué, porque traía la mejor y más esperanzadora noticia que pude recibir por aquel entonces. Desde Roma se había decidido el refrendo apostólico. La causa se llevaría allí. ¡Por fin el papa Clemente se pronunciaba claramente! Apartaba además de mi causa a los dos cardenales que se habían tornado mi pesadilla. Campeggio y Wolsey no podrían ya interferir en el asunto. Aquello me daba unos meses de descanso hasta que se iniciase el proceso debido en el Vaticano, alejado al fin de las zarpas corruptas y maleables de mis hasta entonces jueces.

Aquel hombre trajo inesperadamente bajo el brazo mi salvación y la vuestra, mi querida María. Ana Bolena tendría que tragarse hasta engolliparse su ambición, cargada de histeria. Fue comentado en la Corte el ataque de bilis que experimentó al enterarse de mi fortuna.

Estaba claro que no se conformaría únicamente con ser titulada por vuestro padre como Marquesa de Pembroke. Ella quería ser Reina de Inglaterra sobre todas las cosas.

A los pocos días, vuestro padre me sorprendió. Como antaño, vino a cenar a mis aposentos, desconcertándome. Pensé, ingenua de mí, que las últimas noticias recibidas del Vaticano, aunque tardías, le habían hecho recapacitar ante lo dictaminado, y que ya andaba cansado de su caprichosa concubina.

Recordaré esa noche por siempre jamás, pues mi suposición inicial resultó errar de pleno. Sería el 30 de noviembre el último día que nos viésemos. Sentados a la mesa, y en silencio, opté por iniciar la conversación como si no hubiese ocurrido nada. Siempre pensé que a toro pasado era absurdo echar las cosas en cara, y recordar agravios. Qué mejor manera de apaciguar los ánimos que hablarle de Vuestra Alteza. Así lo hice.

—Me gustaría que María viniese más a menudo.

Me contestó frío y distante.

—Sois libre de ir a verla a Ludow. Ella es la Princesa de Gales, y como tal ha de estar en sus tierras.

—No puedo ir allí. Mi lugar está junto a Vuestra Majestad como vuestra legítima esposa que soy.



No llegamos a la cuarta frase sin alterar la conversación, porque ante mi contestación dio un fuerte puñetazo en la mesa. Un plato cayó estruendosamente al suelo y se partió en mil pedazos. Me asusté y cerré los ojos ante su temperamento. No los había abierto cuando oí sus gritos.

—¡Es que no tenéis orgullo! ¡Ana pasa ante vuestra merced pavoneándose y eso no os basta para desistir de vuestra cruzada! Vuestra señora madre consiguió acabar con la herejía en Castilla, y vos conseguiréis acabar con mi paciencia. Sois tozuda e incansable.

Procuré conservar la calma para poder así ser más precisa en mi respuesta.

—Lo soy y lo seré, Enrique. Le he rendido mi vida a mi Reino, que es el vuestro, y no me voy a cruzar de brazos ante su destrucción, la de su religión y la vuestra propia. Salid a la calle y escuchad a vuestros súbditos. Todos os aclaman, Enrique, al igual que me aclaman a mí. Sin embargo, abuchean a la mujer que pretendéis a vuestro lado. Todo un pueblo no se puede equivocar, y menos si es el vuestro. ¡Abrid los ojos, Enrique, como el sensible poeta que fuisteis! Lo habéis escrito y cantado un millón de veces. La juventud pasó y no podemos retenerla.

»Yo ya no os puedo dar un hijo, pero sí todo el amor, la compañía y el cariño que necesitáis para seguir gobernando. La ambición no es buena. Dios nos dio una hija, y ella reinará con acierto y justicia.

No me escuchó.

—¡La ciega sois vos, Catalina! Carecéis de orgullo. Decidme, ¿cómo podéis amar a un hombre que ya ni siquiera os desea? No me dejé vencer.

—Estáis equivocado, Enrique. Lo que yo os profeso no es lujuria sino amor, y en eso se basa un matrimonio. El tiempo os lo dirá. Mi juez es el Papa y él decidirá.

Apretó las mandíbulas y los puños.

—Lo conseguisteis. No pensaba decíroslo, pero vuestra terquedad me fuerza a ello. He hablado con todos los doctores y hombres sabios y juristas de este mi Reino. Y todos apoyan mi causa. Si el Papa no decide en mi favor, le acusaré de herejía y me casaré con quien quiera.

Arrugó el mantel en su puño apretado para no asirme a mí. Se levantó y desapareció sin más.

Ni un adiós, ni un abrazo, ni una lágrima. Solo la pataleta de un niño caprichoso que no había podido obtener lo que quería en el preciso instante en que lo pretendía.

Podría haber llorado, mas no lo hice. Estaba demasiado cansada para llorar. No nos despedimos.

Veinte años juntos compartiendo un Reino y todos los sentimientos que nos habían sido otorgados a lo largo de toda una vida en común, y ni siquiera un hasta luego.

No le volví a ver. Esperé con angustia y ansiedad a que la puerta se abriese y regresase a mi mesa a cenar. Pasaron los minutos, las horas y los días. En el fondo sabía que aquello no sucedería, pero no lo quise admitir. Para Dios yo sería su mujer

para siempre. Mi matrimonio había sido válido e indisoluble, y así me comportaría.

## Capítulo XXII

### Tranquilidad de conciencia

Me sorprendió la visita temprana del obispo John Fisher. Traía sin duda noticias de *sir* Thomas More, que como canciller del Rey me mantenía informada de todo puntualmente.

Mi fiel amigo no debía de ser portador de albricias, pues no pudo esperar a una hora prudencial para informarme. Hasta el momento, todo parecía marchar viento en popa. El Papa no solo se limitó a avocar la causa de la nulidad a Roma. Desde que en febrero había ceñido con sus propias manos las Coronas de Lombardía e imperial sobre las sienes de Carlos parecía más receptivo que nunca.

Quince días después de la coronación en Bolonia publicaba un breve dirigido a mi señor don Enrique. En el documento prohibía al Rey de Inglaterra contraer nuevo matrimonio bajo pena de excomunión por bigamia.

No era un secreto que el papa Clemente, después de su liberación, agradaba a Carlos en todo lo que le solicitaba. Quizá la aceptación de mi causa como prioritaria fue una de las consecuencias de su puesta en libertad. Nunca lo sabríamos. Lo único cierto en todo ello era que el Sumo Pontífice parecía leer al fin mis cartas plagadas de rogativas y acompañadas por cientos de firmas de hombres buenos y nobles de Inglaterra que apoyaban mi causa.

Enrique no se dignaba visitarme.

Ya lo haría. Su orgullo había sido herido y tardaría en aceptar la situación. Todo parecía estar recobrando lentamente su debido orden y concierto. No alcanzaba a comprender, ni esperaba un paso atrás en todo el proceso. Intrigada, pregunté:

—Mi buen Fisher, ¿qué negocio os trae tan de mañana?

Me saludó y habló.

—Wolsey ha muerto en la abadía de Leicester. Murió escuchando cómo el pueblo, desde el exterior, le abucheaba. Ellos no perdonan, y menos cuando la vida nos abandona. La plebe se regodea en la muerte de algunos y cree que es la mejor hacedora de justicia.

No me dolió, solo le pude recordar intrigando y espiondo agazapado detrás de un tapiz. Hacía meses que Cromwell se había salido con la suya.

—Poco después de haber recibido las órdenes del Vaticano desestimando al tribunal de Blackfriars fue acusado de Lesa Majestad y apartado de la corte. No fue encarcelado porque ya entonces pidió clemencia ante su enfermedad. Fue trasladado a la abadía en vez de ajusticiado.

—Una vez se lo advertí. El Demonio siempre las devuelve.

Me arrodillé dispuesta a rezar por el alma de Wolsey. Fisher me acompañó.

—Aquel hombre podría estar lleno de defectos, pero había entregado su vida al

Rey y este le correspondió dándole la espalda en la primera oportunidad. Espero que ahora sea tiempo de recapacitar para Enrique.

La expresión de escepticismo de mi compañero de reclinatorio me dejó perpleja.

—No es únicamente eso lo que veníais a comunicarme. Decidme lo que calláis.

—El Rey os ruega que elijáis alguno de sus palacios para trasladar vuestra residencia.

No podía creerlo. Estaba tan segura de mí misma...

—Debéis de estar en un error.

Su Majestad vendrá, juró hacerlo pasado el verano. Si se ha retrasado, es solo por motivos de Estado. Ya veréis cómo todo cambia.

Fisher posó la frente sobre sus manos y comenzó a rezar moviendo los labios entre susurros. Estaba claro que prefería no escucharme ni contradecirme.

—¿Por qué vacila y evita nuestro encuentro ahora que el Papa lo pide? No me contestó, agachó aún más la cabeza y continuó orando. Un pensamiento espeluznante me vino a la cabeza. Cromwell estaba a su lado.

—¿No se planteará un cisma? Cromwell es muy capaz de esbozar un retorno a la antigua Iglesia anglicana y tentarle con el poder que ello le proporcionaría, pero estoy segura de que mi señor nunca lo aceptará.

John Fisher cerró los ojos y rezó con más ahínco. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y le imité.

Terminadas mis oraciones y calmada mi ánima, me levanté. Fisher me tomó de la mano.

—Mi señora, no os engañéis. Como temimos hace años, la Iglesia católica se tambalea y nosotros tenemos la desdicha de vivir en uno de los Reinos que más en entredicho la sitúa. Su Majestad, el Rey Enrique, está peor asesorado que antes, y sus consejeros le inculcan como gota en la nuca de un torturado la idea de una total separación del catolicismo. Es tanta la tentación que padece que ya no recuerda su pío proceder.

Fisher se detuvo un instante.

Sujeta a sus manos para no perder el equilibrio, le rogué que continuase.

—Intimidan al clero chantajeando a unos y amenazando a otros con la misma o peor suerte que la que sufrió Wolsey. Casi todos se doblegan a ello, y no les culpo pues hemos de tener en cuenta que la carne es débil y que ellos deben todas sus prerrogativas y gracias al Rey. Tienen miedo a que la suelta y ejecutora mano real les señale. El sínodo está reunido ante las presiones de Enrique, y algunos, los más débiles, ceden ya a su propósito de legislar la instauración de la ancestral y antigua Iglesia anglicana. Olvidan sin duda la tradición, las creencias, y el que esta vetusta religión lleva separada del Vaticano desde hace siglos. Su Majestad, el rey Enrique, si todo continúa por estos derroteros, pronto será reconocido como la cabeza suprema de nuestra Iglesia y nuestro clero. Para empezar, ya se ha prohibido la publicación de las bulas papales en el Reino.

Solo pude balbucear:

—Decidme, ¿cuántos le quedan fieles a Roma? Me tranquilizó a medias.

—Son muchos los que siguen defendiendo el orden jerárquico que la Iglesia apostólica, católica y romana tuvo siempre. Cristo y Dios en primer lugar, el Papa como su representante terrenal y después los demás. *Sir Thomas More* se plantea ya su renuncia al cargo de canciller por no querer jurar a Enrique como cabeza de la Iglesia, y no dudéis en que yo le secundaré.

Le apreté fuertemente las manos. Los dos sabíamos que aquella muestra de fidelidad bien podría significar la muerte.

—Demostrado queda que la Iglesia necesitaba urgentemente la reforma por la que tanto luchasteis los humanistas por el temor a que esta reforma fuese equivocada. Primero Lutero, ahora Enrique. Dios nos pone a prueba. Los dos sabemos que la voluntad es débil, y que muchos cederán en el sínodo.

»Después de convencer al clero, osarán proponer lo mismo a la Cámara de los Comunes, y más tarde a la de los Lores. Estos se rendirán a los propósitos de Enrique en menos de dos semanas. Después de eso, todos los que defendamos la causa contraria seremos castigados con una muerte injusta.

Fisher sonrió.

—Conmigo ya lo intentaron, mi señora, pero no tengo miedo. Mi conciencia está tranquila. Hará dos meses intentaron envenenarnos con un caldo. Muchos de mi casa murieron, pero Dios no quiso llamarme a pesar del estómago maltrecho. Defenderé hasta la muerte al Santo Padre y a Vuestra Majestad. Ese es mi quehacer en esta vida terrenal, y con ello cumpliré encomendándome a san Cipriano y a san Bernardo.

—Dios os oiga, Fisher. Esperemos que el Papa reabra pronto la causa y no se rezague más, pues los ánimos se alteran y enardecen por días. La presión a la que el Rey está sometiendo a todos sus súbditos es demasiado fuerte como para que no estalle en uno u otro sentido. ¿Es que no comprende el Papa que él anda lejos y Enrique está junto a ellos? Juega con la paciencia de todos, pero es bien sabido que la paciencia tiene un límite y este está a punto de finalizar.

El obispo me tranquilizó.

—Ya que don Enrique no la tiene, tened vos paciencia, Vuestra Majestad.

—Mucho me pedís, Fisher. Pero prefiero acogerme a la esperanza de su arrepentimiento. Sueño todas las noches con que repudia a la Bolena y me llama a su presencia porque el Papa dictó al fin su sentencia, desestimando la nulidad de nuestro matrimonio. Pero como sabemos, se rezaga. Los que intrigan alrededor del Rey son los verdaderos responsables de sus errores. En el fondo, Enrique es bueno y está lleno de virtudes, pero la ambición está poniendo en peligro su honor y la salvación de su alma. El Papa ha de dictar sentencia urgente y pronunciarse. Tanto desconcierto nos hiere a todos, pero estoy segura de que su fallo a nuestra solicitud acallaría para siempre las afiladas lenguas que se alimentan de su silencio.

»Si no se pronuncia rápidamente, me ayudará en poco y me ofenderá en mucho.

Solo os puedo decir que amé a mi señor don Enrique y continuaré haciéndolo como su esposa que he sido y seré hasta el día de mi muerte. Cualquier prueba en contra de ello será burda y falsa. En nuestras conciencias quedará la verdad a pesar de que me culpe de su creciente impopularidad.

Dimos por finalizada la conversación y Fisher se retiró. La espera, como en otras ocasiones a lo largo de mi vida, sería mi única alternativa.

Ignoré la orden de mi traslado, pero al siguiente verano una comitiva enviada por Enrique a Greenwich me ordenó que desalojase el palacio y me dirigiese a More en Easthampstead, Berkshire. El destino no estaba mal pensado. Rodeada de bosques, quedaría totalmente olvidada de la mano de Dios y de su pueblo.

Enrique, vuestro padre, no se atrevió siquiera a despedirse. Ni en ello mostró su valentía. Me prohibían veros, hija mía, y me ordenaban reducir mi séquito. Él no regresaría hasta que yo no hubiese desaparecido de Greenwich.

No opuse resistencia. Iría a donde mi señor me ordenase, pero dejé en claro a mi escolta que hubiese sido más veraz y leal a los ojos del pueblo mi reclusión en la Torre de Londres, o incluso una injusta ejecución. Así, al menos, todos sus súbditos sabrían cuál era el destino que le procuraba el Rey a la madre de su hija María, la futura Reina de Inglaterra.

Aquellos hombres habían acudido de noche y a hurtadillas para que me alejase cual una proscrita. Tenían órdenes estrictas de que mi salida de la ciudad fuese lo más discreta posible, pues se temía la reacción de los londinenses ante mi destitución.

Me hubiese gustado gritar mi pena en voz alta, y tan fuerte como las mujeres lo hacían habitualmente en el mercado al vender su mercancía. Pero no me sentía con fuerzas. Una despedida digna, falta de ceremonial y silenciosa era lo que quería Enrique, y a ello debía yo someterme como su esposa por siempre.

Me vestí de gala, y a través de las cortinillas de mi carroza retuve cada calleja de aquella ciudad que había sido mi hogar durante casi treinta años. En ese preciso instante me despedí de mi marido como si Enrique hubiese estado a mi lado.

—Enrique, quedáis libre para confundir, amenazar, sobornar, manejar, librar de criterio y voluntad a todos los hombres de vuestro Reino. Ellos os apoyarán en todos vuestros despropósitos, y quizá así consigáis tener otro bastardo. Pero por mucho que os obcequéis, la lejanía de mi cuerpo no significa la de mi alma. Vaya a donde fuere, seguiré siendo la Reina de Inglaterra, vuestra esposa, y por vuestra alma rogaré hasta mi muerte.

Mi estancia en More fue muy corta. De allí me llevaron a Ampthill, en Bedfordshire, para que me hallase aún más alejada de la corte cuando Enrique fingiese ese matrimonio absurdo que para Dios no era válido. En mi lejano presidio oía noticias y recibía muy de vez en cuando alguna que otra visita. Forest, mi antiguo confesor, lejos de olvidarme, vino a verme. Él seguía defendiendo a ultranza sus ideales e integridad, al igual que Fisher y More.

De algún modo se lo agradecí y reproché al mismo tiempo.

—Sé que demostráis vuestro valor, y que desde el púlpito de San Pablo no solo habéis osado defender la validez de mi matrimonio con Enrique sino que también habéis insultado a Cromwell y advertido a vuestros feligreses del robo por parte de la Corona que sería la supresión de los conventos, incluido el de los franciscanos. Arriesgáis demasiado, y eso es peligroso.

Mi confesor sonrió.

—No es para menos. El Rey quiere matar dos pájaros de un tiro al separarse de la Iglesia. En primer lugar, casarse con Ana Bolena; y en segundo, engrosar su economía a costa de nuestros bienes.

Me sentí satisfecha al saber que alguien informaba al vulgo de la realidad.

—Hacéis bien, pero tened cuidado, os lo ruego. Mirad que si os propasáis al transmitir vuestro sentir quizá os detengan, y muy poco podréis hacer por nuestra causa una vez preso.

—Nunca es demasiado. Todos nos rebelamos como podemos. *Sir Thomas More* ha devuelto los sellos provenientes de su oficio de canciller, dimitiendo del cargo. No arriesgo más que todos aquellos que os aclaman por las calles. Estoy dispuesto a luchar con la palabra y el razonamiento contra la guadaña que muchos piensan utilizar al reformar nuestra Constitución. Según los rumores, se tiende al poder absoluto del Rey. Este será apoyado por prelados y comunes. Lo que no alcanzan a entender es que les será difícil segar de un hachazo trescientos años de costumbres, leyes, estatutos y libertades.

Asentí, escuchándole animada. Eran cada vez menos los que me hablaban tan claramente de lo que acontecía en Londres. Forest prosiguió como si esta vez fuese yo la que le estuviese confesando.

—La terquedad es la única arma que podemos esgrimir para enfrentarnos a tan grandes agravios. Los prelados que abjuraron en contra del Papa caerán tarde o temprano. O si la justicia no es tal, morirán atormentados por el cargo de conciencia que les provocará su traición. En sus semblantes se refleja el dolor cada vez que se inclinan ante su majestad el Rey, y no es de extrañar pues le juraron superior al Papa.

Me derrumbé.

—Da la impresión de que todo se desmorona. Veinticuatro años de matrimonio, la legitimidad de este nuestro Reino, la Corona, la Iglesia e incluso los valores morales que a todos nos inculcaron desde la cuna. Luchasteis desde hace años con escritos y conferencias por que todos asimilasen las buenas ideas que procurabais transmitirles. Sin embargo, en vez de servirles de muleta, vuestras teorías humanistas parecen haberlos empujado al abismo. Lo cierto es que se huele una mezcla de traición, deslealtad y sangre. Todo ello despide un hedor insoportable.

»Los que hace tan solo un año me aclamaban libremente, hoy no duermen presa del pavor ante la amenaza. Sus vítores se han acallado. El miedo hiela la sangre de muchos y aplasta la voluntad de otros. Aunque me lo ocultéis, sé que las primeras

acusaciones de traición ya se han dictado. En la Torre de Londres ya no quedan calabozos en donde hacinar a los más leales idealistas.

Forest se entristeció ante mi pesar.

—Nunca digáis eso, mi señora. Si hay algo que mantiene viva la llama de nuestra causa es vuestro tesón, vuestra fortaleza y la entereza con la que defendéis vuestro matrimonio. Ya no discutimos sobre la validez del mismo. La autoridad de la Iglesia católica es la que pende de un hilo. Todos hemos de defenderla unidos y hasta la muerte. Vuestros padres lucharon contra la herejía sin desistir, y eso es algo que ciertamente mamasteis desde muy joven. Hoy os toca a vos cumplir con ese cometido.

Me recosté en la silla.

—Estoy cansada. Agotada de pedir ayuda a mi sobrino, el Emperador, y de recibir cartas con soluciones lentas e irresolubles. El Emperador anda muy ocupado defendiendo la verdadera religión contra el turco, y me tiene abandonada. Ni siquiera la noticia de la boda secreta de Enrique con Ana a inicios de este año parece haberle incitado a la acción. Hace una semana que Crammer declaró nulo mi matrimonio basándose de nuevo en mi presunta e incierta consumación del mismo con Arturo. No esperó ni dos días para declarar válido el matrimonio de Ana y coronarla.

»Todos sabemos que esa declaración a los fieles cristianos no nos altera, pues yo seguiré por siempre siendo la legítima mujer de Enrique. El Rey podrá vivir, holgar o casarse con mil mujeres, pero ante los ojos de Dios yo seguiré siendo su verdadera esposa. Hay días en los que la esperanza me abraza y pienso que su falsa y clandestina boda se hizo en secreto únicamente para acallar la histeria e insistencia de la Bolena; pero hay otros días en los que Dios parece retirarme la fortaleza que necesito y decaigo en la tristeza sin remedio. La ramera de mi señor está embarazada de cinco meses, y se pavonea de haber podido conseguir lo que yo ansié más de dos décadas de mi vida y no logré antes de quedar infecunda. Según creo, la ramera asegura a todos que los más prestigiosos astrónomos y adivinadores del futuro predicen que su hijo será varón. Rezo una y mil veces por que esté equivocada. Tanta certeza en algo tan incierto no puede ser buena. Ruego a Dios porque Enrique reflexione y comprenda su error. De seguir así, la excomunión por parte de Clemente está asegurada.

Mi confidente bajó el rostro.

—¿Qué os sucede?

Se sinceró.

—Vuestro temor ya es evidencia. Sé, mi señora, que la excomunión es segura. Solo falta que llegue, pues un correo más rápido que el que la porta arribó ayer con la noticia de la misma.

Me sentí morir. Aquello significaba que Enrique estaba ya castigado por el Papa. Conociéndole, la última esperanza de que se arrepintiese quedaba truncada. Su desmedido orgullo no le dejaría inclinarse ante Clemente para solicitar el perdón.



## Capítulo XXIII

### Cerrando el cerco de la soledad y el olvido

Una mañana, las buenas mujeres de Dunstable, un pequeño pueblo cercano a mi presidio, vinieron a que les enseñara cómo hacer los fabulosos encajes castellanos de los que todos hablaban. Entretenida y bajo un gran árbol centenario que nos resguardaba del caluroso sol de julio, corregía a unas y elogiaba a las más aventajadas cuando el trotar de unos corceles llamó mi atención.

Dos de los nobles más destacados de la corte, Norfolk y Suffolk, galopaban cruzando el prado en nuestra dirección. Portaban un billete del Rey. Corrí hacia ellos y les rogué ansiosa que me lo entregasen. Era la primera carta que recibía de Enrique desde hacía casi dos años. Rompí el lacre y comencé a leer rogando a Dios que al fin me otorgase un permiso para veros, mi querida María. Le había rogado una y mil veces que me lo permitiese. Había intentado que entrara en razón y que no acrecentase mi sufrimiento con nuestra separación, pero hasta aquel día ni siquiera se había dignado contestarme.

Una vez más, la decepción suplió a la curiosidad. Ingenua de mí, me había dejado llevar por la ilusión.

Se me acusaba de desobediencia al Rey y se me obligaba a reintegrar al tesoro real todas mis joyas.

¿Para qué las querría? Estaba claro que para regalárselas a Ana.

Enrique demostraba tan pocos escrúpulos que bien podría proceder de ese modo. Pensé en vos María; aquellas joyas os pertenecerían como todo lo demás, y como defensora de vuestros derechos haría caso omiso de la orden.

Continué leyendo y me indigné aún más. En la carta se me ordenaba que renunciase a mi nombre de Reina, un título que hacía más de dos décadas que usaba, y retomase en ese preciso momento el de ¡Princesa viuda de Gales! No podía creer lo que estaba leyendo. Rompí en mil pedazos aquella carta y contesté como era menester, mirando a los ojos a los osados que habían consentido en ser los portadores de semejante vituperio.

—Muy señores míos, ¡yo soy la Reina de Inglaterra y moriré titulada como tal! Esperad, porque contestaré a esta sandez de inmediato y seréis vuestras mercedes los portadores de mi respuesta. No dudéis en que firmaré y sellaré la carta como es debido, así os evitaré el tener que dar explicaciones al respecto en vuestro destino.

Norfolk se indignó.

—Si usáis vuestro sello real, mi señora, os digo que nos han obligado a confiscároslo.

Me indigné con él. Suffolk, en cambio, permanecía callado y cabizbajo. Solo pude recriminar al primero.

—Sois tan lerdo que no os dais cuenta de que, lejos de servir a vuestro Rey, rendís pleitesía a una ramera. La Bolena ya no sabe qué hacer para deshacerse de mi real persona y de la Princesa de Gales. Nos ha separado, pero por mucho que lo intente, jamás podrá borrarlos de la historia de nuestro Reino y menos aún del recuerdo de nuestros súbditos. Sé que intenta vejar a María, mi hija, nombrándola dama de su bastarda hija Isabel. Semejante humillación no es digna de cesiones, sobre todo ante semejante muestra de manifiesta mala fe. Si Ana cree que puede alterar el orden sucesorio así como así, prevaleciendo Isabel, su hija, sobre la mía, decidle que no cesaré en mi intento hasta que todo permanezca como ha de ser y ha sido siempre. A pesar de ello, nada tengo en contra de la nueva bastarda del Rey. Muy al contrario, me alegro de que el fruto del vientre de la que tanto aseguró en su día que sería un varón haya acabado siendo hembra. Así, al menos, el Rey comprobará que no soy yo la única que no pare varones sanos.

Norfolk me amenazó.

—Tened cuidado, mi señora. Dicen las malas lenguas que el Rey piensa seriamente en enviaros a España de regreso, y si os obcecáis en la terquedad y la desobediencia, bien sabéis que es capaz de ello.

Solo pude sonreír con indiferencia.

—Que lo intente. Poco daño me puede hacer ya.

Les tendí la respuesta. La tomaron pesarosos de su fracaso y no fueron capaces de forzarme a entregarles los sellos de Reina.

—Id en paz, señores, y decid a vuestro Rey que su mujer y legítima Reina le envía un saludo y le ruega que trate a su hija y legítima sucesora como es menester. La princesa María sigue siendo la mayor de las hijas del Rey y, por tanto, su sucesora.

Los duques espolearon a sus caballos y se alejaron.

*Solo os puedo escribir, María, mi querida hija, con el temor de ser castigada por Dios ante el hecho de que al recibir la noticia de que Ana había parido una niña llamada Isabel no pude más que regodearme en la desdicha ajena. Imaginé con satisfacción la cara de decepción que tuvo que poner vuestro padre al tomar en brazos a su segunda hija.*

*Aquella oportunista podría ahora sentir lo que yo había sufrido durante tanto tiempo. El amargo sabor de su fracaso al parir una niña solo era el comienzo de un declive esperado. Pronto sentiría el rechazo de Enrique. Tanto el Rey como yo sabíamos que su verdadero amor no residía en ninguna mujer en especial, sino en el ardiente deseo de engendrar un varón sano y digno de portar la Corona de Inglaterra sobre sus sienes.*

*Me podían amenazar con el destierro, pero este no podría convenirle a Enrique si quería hacer las paces con Carlos. De todos modos, me tendrían que arrancar de Inglaterra; pues siendo fiel a Castilla y Aragón, si debiésemos trazar una frontera en el transcurso de mi vida, había pasado*

*más años en Inglaterra que en mis Reinos natales. Por ello prefería morir en estos vuestros Reinos.*

*Además, Vuestra Alteza, residíais aquí y no cesaría hasta ver cómo os reintegraban a vuestro puesto como sucesora al trono. Me sentía enferma y cansada, pero no moriría hasta terminar de escribiros lo que habríais de hacer cuando yo faltase. Muy a pesar de Enrique, el estorbo de mi presencia seguiría latiendo desde el olvido.*

En cuanto los mensajeros de Enrique desaparecieron, me dispuse a escribir otra carta, esta para Carlos. Al fin y al cabo, mi sentido abandono por su parte podía ser dejado de lado sin temor. El momento lo requería, y él tendría que conocer mi parecer ante un posible destierro. Yo ya no era un baúl digno de traslado sin previa consulta.

*Me es difícil haceros partícipe de lo que aquí acontece, pues se cacarean blasfemias, mentiras y obscenidades irrepetibles en contra de la Santa Fe y de la Iglesia católica. Vuestra Majestad sabe que Dios da la victoria a aquellos que hacen en su servicio obras buenas y meritorias, y que entre las más merecedoras se halla el intentar dar fin a esta situación, que ya no es solo mía sino que importa a toda la cristiandad. No necesito contaros mis sufrimientos y los de mi hija María, pero una cosa es cierta: mientras viva no cejaré y seguiré defendiendo nuestros derechos.*

Solté la pluma y mis dedos quedaron manchados.

Calenté el lacre y cerré la carta con mi sello, el de la Reina de Inglaterra. Sabía que si detenían a mi mensajero, este sería castigado, pero era de los pocos que me seguían siendo fieles y esquivaba como un zorro toda amenaza que oliese.

Los sellos de la Princesa viuda de Gales hacía más de dos décadas que andaban guardados, y no serían desempolvados por mi voluntad. Ese era el único placer que me quedaba en contra de la que me había usurpado el poder a los ojos de todos los hombres.

Las visitas de los corruptos y débiles emisarios de Enrique se sucedieron. Cada vez aparecía un enviado diferente y actuaba de un modo distinto, pero todos, siempre, traían la misma rogativa. Imploraban mi aceptación voluntaria de mi propia destitución como Reina de Inglaterra.

¿No comprendían que mi renuncia implicaba mi reconocimiento de mujer anulada? ¿Qué pretendían, que admitiese esa imposición al modo de la ramera de mi marido? La integridad y los valores supuestos en estos grandes hombres se habían perdido en algún recodo del camino, y no se habían percatado de ello.

Al final me cansé, y rogué a Suffolk, el más manso y asiduo, que me dejasen en paz.

—Decidle a Cromwell y a la Bolena que no envíen más emisarios. Sus influencias en la Corte pueden ser grandes, pero a mí no me incumben. Solo cumpliré las órdenes que me parezcan manadas de mi señor como su fiel esposa que soy. Por mucho que le duela a Su Majestad, unidas estarán nuestras almas hasta el día de nuestras muertes. Cualquier intento de perjudicarme a mí o a la de mi sangre, que también lo es de la suya, no le honrará en nada. Las condenas a mis defensores no amainarán mi atormentada e inquebrantable voluntad.

—*¿Ni siquiera la de Isabel Barton?*, me amenazaban de nuevo con martirizar a otra víctima inocente.

—Solo es una criatura de Dios que dice oír lo que su conciencia le dicta. Dejadla en paz u os enfrentaréis a todos los que la siguen.

—Ya no se limita a hablar con almas perdidas o a encontrar objetos. Ahora vaticina una calamidad de proporciones desmesuradas y asegura que esta será producto del mal proceder del Rey.

Insistí en un alegato de su inocencia.

—La Doncella de Kent no hace daño a nadie. ¿O es que ya tan corrupta y sucia portáis el alma que teméis hasta a una joven monja que como única arma tiene la palabra? No se daban por vencidos.

—¿Llamáis inocente a una osada analfabeta que atenta contra su Rey? Predica blasfemias y mentiras dañinas con palabras envenenadas por el diablo. Cada vez son más los engañados que peregrinan a su convento para escucharla, y ahora advierte de grandes penas para nuestro Reino si el Rey no purga sus pecados para con vos.

Quedé en silencio, segura de que ella engrosaría pronto las listas de los mártires que únicamente defendían la verdad y se rebelaban contra el mal. Al poco tiempo la detuvieron, junto a otros cinco de sus seguidores para que pasase desapercibida. Todos fueron acusados de alta traición y esperaban sin esperanza la sentencia condenatoria, seguros de su desventura.

Llegó el momento en que no quedó un hueco libre en la Torre de Londres para dar presidio a un alma más. En tanto que alabarderos de sus puertas, los Beefeaters contemplaban con pavor el trasiego de almas inocentes que entraban, salían y nunca más regresaban, tras ser ajusticiadas.

Pasado un tiempo, me enteré de las desventuras de la Doncella iluminada. Había sido torturada y ajusticiada en Tyburn sobre un patíbulo. Arrastraron por las callejuelas de Londres y en zarcos a aquella dulce mujer junto a sus seguidores más incondicionales. Los colgaron y mutilaron vivos arrancándoles las entrañas, y una vez muertos los despedazaron, empalando sus trozos en lanzas y exponiéndolos en diferentes lugares de la corte y villa para mayor brutalidad y exhibición.

Suffolk ya se retiraba cuando pareció recordar el verdadero propósito de su visita.

—Dejando a un lado a la Doncella de Kent, ha sido otro el motivo que me trajo a vuestra presencia.

No le pregunté. Esperé a que continuase.

—El Rey, y no Cromwell, como pensáis, ordenó vuestro inmediato traslado a Buckden. En dos semanas regresaré para escoltaros a vuestro próximo destino.

No me dio opción a la contestación y desapareció.

Una vez sola, intenté recordar el sobrio castillo de Buckden.

Tenía fama de ser el lugar menos salubre de todas las posesiones de Enrique. Solo recordar su fría fachada, rodeada de parajes agrestes e intransitables, me aterró.

Amphill era suntuoso y agradable al lado de mi siguiente destino.

Traté de sentirme positiva y pensé que quizá podría trazar un jardín a su alrededor. Al menos, su cuidado entretendría las largas jornadas de espera.

Se me ordenó que renunciase a mi séquito y no me opuse a ello. Yo podría seguir aguantando la trashumancia a la que vuestro padre me forzaba, pero no tenía derecho a pedir a mi cortejo que me siguiese incondicionalmente. Les dejaría a todos libres. Podrían así iniciar sus vidas separados de mi presidio y ser eximidos de la promesa a que les obligaba Enrique, prometiéndose súbditos suyos antes que míos.

Me quedaría con solo los indispensables para mi guardia y servicio. Únicamente me acompañarían dos de mis capellanes, mi médico don Francisco, diez damas y unos pocos hombres de servicio.

Pero algo me quedaba pendiente antes de partir. Debía de cumplir con un último cometido. Una empresa que bien merecía su riesgo.

Llamé a María de Salinas, mi más fiel dama. Ella no me fallaría. Le pedí que se pusiese en contacto con Margarita, la hija de *sir* Thomas More. Cuando escuchó detenidamente mis instrucciones, dudó, y me costó convencerla para que me ayudase a cumplir con el proyecto. Me hizo prometerle que nunca más le pediría algo parecido.

Se lo juré, al igual que le aseguré que después de aquello daría por finalizada mi particular cruzada y me retiraría tranquila al sosiego de mi presidio. No me sería difícil, ya que el dolor de las articulaciones, el estómago y las toses continuas, me estaban acercando a la tumba.

El propósito bien merecía la pena. Quería que me ayudase a escapar a escondidas y me llevase a Londres. Una vez allí, intentaríamos entrar en la Torre de Londres. Dos hombres se pudrían esperando la muerte, y era mi deber rendirles la gratitud debida antes de perecer en esta vida terrenal.

More y Fisher iban a ser ejecutados.

## Capítulo XXIV

### Dos almas incorruptas

Rompí el silencio en cuanto las ruedas de aquel humilde carro de heno comenzaron a crujir de nuevo.

Acabábamos de cruzar una de las puertas de Londres y nuestros corazones recuperaban su normal latido después de burlar a la guardia disfrazadas de campesinas. Sentada sobre las pacas de heno, respiraba el aire húmedo del Támesis.

Aquel 20 de julio de 1535 la noche era hermosa y cálida, sin techo alguno que cubriese nuestras cabezas. Nadie reparaba en nuestra presencia. En ese momento interpretábamos a la perfección el papel de dos campesinas madrugadoras dispuestas a montar su tenderete en la plaza del mercado antes que nadie.

Me sentí libre y disfruté de ello.

El camino había sido largo y peligroso, pero su propósito era merecedor del riesgo. No pude sino abrazar a la artífice de un plan tan bien trazado.

—Gracias, María, sois el vestigio más palpable de una Corte que ha muchos años partió de Granada rumbo a Inglaterra siguiendo a su señora y que permanece fiel a sus ideales. Vuestra actitud os honra a pesar de consentir en casar a vuestra hija con uno de mis enemigos.

Lejos de aceptar mis lisonjas, María de Salinas se enojó ante mi última observación.

—Mi señora, siempre apostilláis. No digáis eso. Sabéis que arriesgo mi vida en esta empresa y lo hago con gusto. Creo que vuestro sentido de la intuición para con las personas que os rodean se está anquilosando desde que andáis encerrada, pues os equivocáis de lleno con respecto a mi yerno. Si creéis que Suffolk os abomina, erráis de lleno. ¿Quién creéis que nos facilitó el camino? Sin duda estáis demasiado aislada para enteraros de los contubernios que acontecen en la Corte. La Bolena ha ofendido de tal modo al marido de mi hija que este ha jurado no alzar las armas en vuestra contra, y así se lo ha dicho al propio Rey Don Enrique le ha castigado levemente dado que muchas lenguas aseguran que Jane Seymour reemplaza ya en su lecho a la Bolena, y que el Rey está cansado de su histérico talante al respecto pues no acepta de buen grado sustituta. La insubordinación de Suffolk hace muy poco tiempo hubiese firmado su muerte; hoy solo le castigan levemente enviándole a vuestra presencia para transmitir las malas noticias.

Inspiré satisfecha.

—No podéis imaginar cuánto me satisface semejante noticia. Roguemos a Dios por que todos los que permanecen ciegos ante la evidencia se deshagan de las telarañas que cubren sus párpados y comprendan, como Suffolk, que el Rey está equivocado. Es tiempo de que entiendan que por no querer atacarme no traicionan al

Rey sino a su puta, al parecer desplazada. Era algo que tenía que llegar tarde o temprano.

—¡Shsss...! Alguien nos ordenó silencio en el mismo instante en que el carro se detuvo de nuevo. Tras él apareció Margarita More, la hija de *sir* Thomas. Solo susurró:

—Ruego silencio a Su Majestad si no quiere que seamos descubiertas.

Diciendo esto, miró fijamente a la guardia. Sin duda, quería comprobar que los hombres que custodiaban la entrada eran los mismos que habían sido sobornados.

Desde nuestro escondrijo arrojó dos piedras pequeñas que alteraron el silencio de la noche. Los soldados pegaron un respingo y miraron exactamente y sin dudar hacia nuestro oscuro escondrijo indicándonos con un gesto que avanzásemos. Embozadas en oscuras capas, siguiendo a los dos soldados, corrimos hacia el húmedo y lúgubre túnel que nos llevaría al interior.

Dudé y me detuve en seco, frenando a todo aquel extraño cortejo.

Margarita acercó la antorcha a mi rostro, temerosa de la merma de mi empuje para continuar.

—Mi señora, si no es esta noche, nunca más conseguiremos ver a mi padre. ¡Según parece, su sentencia ya está firmada! Una lágrima muda de desesperación anhelante recorrió su mejilla.

Dudé un segundo más y le susurré al oído:

—¿Estáis segura de la fidelidad de estos hombres? ¿Y de que no nos aguarda una emboscada? Al Rey le pondríamos en bandeja la excusa que busca para deshacerse de mí.

Su contestación fue precisa y en latín, para no ser entendida por nuestra escolta.

—Su Majestad sabe que un hombre que se vende siempre tiende al mejor postor. En estos días que corren nadie puede confiar en nadie. Pero de una cosa estoy segura: nuestra empresa es tan increíble para cualquier persona que estos cenutrios difícil lo tendrían si quisieran delatarnos.

Al abrirse la reja me quedé petrificada. Aquel hombre sano y fuerte estaba amarillento y en los huesos. En quince meses de presidio su pelo moreno se había tornado cano; su toga de terciopelo estaba raída, y calvo y polvoriento su usual cuello de zorro. Como buen hombre de leyes educado en Oxford, y escritor humanista incomparable, pasaba sus últimas horas escribiendo a la luz de una vela casi consumida. Junto a esta había una calavera que portaba *in illo tempore* para recordarle su mortandad, ahora inminente. El único canciller incorrupto con el que contó Enrique esperaba con entereza la hora de su muerte. Junto a él, esparcidos por el suelo, yacían cientos de legajos junto a dos libros, Diálogos de fortaleza contra la tribulación y La agonía de Cristo.

Concentrado en los escritos, no alzó su mirada bondadosa al oír el chirriar de la verja. Solo lo hizo emocionado, y con lágrimas en los ojos, al escuchar la voz de su hija llamándole. La abrazó, y me reverenció con calma y torpemente ante la debilidad

por el hambre padecida.

—Es mucho el honor que me brindáis arriesgándoos tanto por un súbdito.

Le ayudé a sentarse de nuevo y yo lo hice a su lado.

—No era para menos, *sir* Thomas. Han sido muchos los que han muerto en defensa de la Iglesia católica y defendiendo mi causa, pero a vuestra merced y al obispo Fisher os estimo y conozco mucho más que a la Doncella de Kent o a cualquier otro mártir. No miento si os digo que no he conocido hombres que se comparen en sabiduría, conocimiento y virtud probada a vuestras mercedes. Por ello no he querido perderos sin despedirnos.

More bajó la cabeza pesaroso.

—Mi señora, desde que la condena por herejía ha desaparecido de los tribunales, y Cromwell ha sido nombrado jefe supremo de la Iglesia y vicario general, todo se ha desbordado. Tras la Doncella de Kent, los monjes cartujos y los franciscanos, muchos hemos sido los condenados a muerte o investigados.

»No han respetado ni a vuestras damas ni a Forest, vuestro confesor, que ya anda preso en Newgate. La Marquesa de Exeter, y la misma Condesa de Salisbury, vuestra fiel amiga y en la que delegáis las funciones de madre para con la Princesa de Gales, están sometidas a constantes interrogatorios.

»Hoy un millón de almas se alzarían en vuestra defensa si así lo quisieseis, pero sabemos que aún albergáis la esperanza de una solución pacífica y respetamos vuestra postura eludiendo la rebelión. Todos estamos en el punto de mira de la ballesta, pero nos mantendremos en nuestra postura sin huir. Fisher no lo hizo, y tampoco yo lo haré.

No me extrañó que estuviese tan informado: las noticias se compraban con facilidad. Pero sí hubo algo que me inquietó.

—¿Por qué habláis en pasado de él, mi buen More? A John Fisher le visitaré en su celda un poco más tarde. O...

Miré inmediatamente a Margarita. Si había sido ajusticiado, la hija de More me lo había ocultado para que sin duda no cesase en la empresa y pudiese así ver a su padre por última vez. *Sir* Thomas me reprendió con cariño mientras la tomaba de la mano.

—No la culpéis, mi señora, por no haberos informado de que Fisher fue ajusticiado hace tres días. Ya descansa en paz, y es gratificante pensar que nadie más procurará arrancarle de los labios el juramento por el cual debería reconocer al Rey como cabeza de la Iglesia.

»Lo torturaron muchas veces, y sus lamentos tenían eco en esta Torre para hacernos sufrir más. Cuando pasados uno o dos días lo traían de nuevo al calabozo, era más un felpudo que un hombre. Tumbado y casi muerto aguantaba hasta que se recuperaba de la paliza y solían transcurrir muchas horas hasta que podía articular palabra.

No amonestaría a Margarita por habérmelo ocultado. Al fin y al cabo, ya tenía bastante con el sufrimiento de su conocida e inminente orfandad. Tampoco supe qué



decirle a *sir* Thomas ante tanto sufrimiento. Fue él quien prosiguió:

—No cumpliré los sesenta. Me quedaré en los cincuenta y siete años, pero ya he vivido toda una vida. Os aseguro, mi señora, que no caigo en sentimentalismo si ratifico que es tanto mi sacrificio por Cristo como el vuestro. Vuestra Merced lleva años soportando la tortura del cautiverio, mientras que mi dolor terminará más raudo.

»Vuestro calvario es más largo, y quiera Dios que no se prolongue en demasía. Hacedme caso en el consejo y someteros al rezo y al estudio de la pasión de Cristo; esto ayuda a soportar lo insostenible. Yo me escudo en ello desde que me apresaron y seguiré haciéndolo hasta el mismo momento en que mi cuerpo descabezado sea abandonado por mi alma. Estad tranquila de conciencia porque esa es la auténtica libertad para el alma del hombre, y por mí no os preocupéis porque nada puede pasarme que Dios no quiera. Y todo lo que Él quiere, por muy malo que nos parezca, es en realidad lo mejor.

Le tomé de las manos y se las besé. El tiempo se agotaba y los primeros rayos de sol ya entraban por una tronera.

—Nunca dejaréis de sorprenderme, *sir* Thomas. Lejos de pensar en vuestra persona, lo hacéis en los que quedamos. No sufráis por mí, los defectos humanos se repiten a lo largo de la historia y así seguirá sucediendo hasta el final de los tiempos. Vos lo reflejasteis una vez en vuestra obra «Utopía».

»Sin duda este mundo está plagado de injusticias, y es esa la única manera de comprender que justo a vos os acusen de corrupción y complicidad. Es este un antagonismo difícil de entender. Es tiempo de mártires dignos de admirar y de héroes que recordar. No hay nada más loable en un hombre que su integridad y su defensa y fidelidad hacia las que son sus creencias. Rezaré por que Dios os dé fuerza para acatar el destino que se os ha impuesto.

Su entereza me impresionó.

—No os preocupéis, mi señora, porque muero como buen siervo del Rey, pero sobre todo como siervo de Dios.

Una voz sonó a nuestras espaldas. Era María advirtiéndonos y alertándonos sobre el cambio de guardia. Dejé a Margarita que se abrazase a su padre y salimos compungidas y dolidas ante tanta miseria e injusticia.

Dos días después, Thomas More moría decapitado. Su cabeza fue colgada del Puente de Londres, y a los quince días arrojada al río Támesis.

Tras mi traslado a Buckden, mi estancia allí no fue demasiado larga, y poco os puedo contar de aquello. A los pocos meses acudió mi buen Suffolk a proponerme otro traslado. El debate se planteaba entre Somersham y el castillo de Kimbolton. Él no sabía que su suegra ya me había puesto al corriente de su verdadero sentir hacia mí, y pude comprobar cómo hacía esfuerzos ímprobos por fingir ser el incondicional mensajero de Su Majestad. Conocía bien su punto débil, y me aprovecharía de la

promesa que había hecho en su día en contra de su alzamiento contra mí.

—¿Qué es lo que ocurre, mi buen súbdito? ¿Es que mi señor no se conforma con matarme, que quiere torturarme mudándome a lugares cada vez más pantanosos y húmedos?

Me dedicó una mirada aparentemente imperativa y recurrió, como era su deber, a la amenaza.

—Si no obedecéis de buen grado, cumpliremos a la fuerza lo que se nos ha ordenado. De hecho, están ya sacando vuestros enseres para trasladarlos. Solo les queda a los porteadores recibir una dirección.

Me asomé a la reja. La escena era cómica; las mujeres del pueblo, junto a sus hijos y maridos, se hacinaban alrededor del castillo, empujando e impidiendo a los porteadores que cargaran las acémilas.

Las clases que había impartido a todas ellas en el arte de los encajes les habían servido para ganarse unos peculios muy dignos, ya que sus artesanales manos eran requeridas ahora para trabajar por encargo de todo el Reino.

Al más mínimo despiste, mis fieles alumnas descargaban muebles, tapices y arcones y los reintegraban a su lugar de procedencia cruzando el portón en sentido contrario a los porteadores.

Sonreí.

—Suffolk, asomaos a la ventana y admirad cómo mis súbditos se niegan a despedirme. No puedo dejarles abandonados ahora que demuestran abiertamente su fidelidad hacia la Reina. Si ellos se niegan a que parta, yo también lo haré. Habréis de arrancarme a la fuerza de mis aposentos. ¡Tendría que estar aquí mi señor don Enrique para ver lo que en realidad significa fidelidad, y compararlo con la ambición que cubre a sus defensores! Quedó perplejo ante mi soberbia.

Aproveché el momento de confusión para recluirme en mis aposentos cerrando a cal y canto la puerta. No había pasado media hora cuando oí de nuevo los golpes en mi puerta y los gritos de desesperación de Suffolk.

—Abrid, señora, por lo que más queráis. ¡Obedeced las órdenes al pie de la letra, o todos los miembros de vuestra casa morirán de inanición! Están encerrados en las mazmorras húmedas e insalubres esperando vuestro consentimiento entre gimoteos y rogativas.

No pude más que gritar enfierecida.

—¡Me son leales y morirán con gusto si lo hacen por su señora! Pero sin duda vuestra merced olvidó hace ya mucho tiempo lo que significa la palabra lealtad.

Escuché patadas y puñetazos, insultos y gritos.

—Vuestra terquedad es ya conocida. Pero tened cuidado, mi señora, pues dicen que bien oportuno sería que murieseis tranquila.

Al final, el silencio. Aquel hombre ignoraba sin duda que estábamos alertas desde hacía mucho tiempo ante cualquier amenaza de muerte.

Tenía ojos en la nuca y dos de mis doncellas se habían ofrecido voluntarias a probar con anterioridad cualquier bocado que me fuese destinado. Solo temía por Vuestra Alteza, hija mía, y rogaba todos los días por que estuviéseis atenta ante cualquier intento de envenenamiento o muerte que os dirigieran.

Rogué desde la ventana a todos los míos que se mantuviesen fuertes, y me dispuse a rezar ante un pequeño altar que tenía frente a mi cama. Me encomendé a la Virgen María y le pedí que me mantuviese tenaz e incorruptible. A lo largo de todo aquel eterno día muchos fueron los campesinos que me animaban a los pies de mi ventana aclamándome y dispuestos a ayudarme en el atrincheramiento.

Pasaron las horas, y finalmente llegó la rendición de mi enemigo pues vi cómo el séquito de Suffolk se alejaba mientras los abucheos del pueblo les acompañaba. No podía dejarme engañar. Sabía que aquello era solo una batalla librada y vencida en una guerra sin tregua. No sabíamos cuándo nos atacarían de nuevo pero albergábamos la certeza de que esto ocurriría.

No pasó un mes hasta que llegaron los suplentes del vapuleado Suffolk. Hombres todos que en nada me respetaban. Lee, el arzobispo de York, encabezaba la comitiva que me debería hacer entrar en razón. ¿O debería decir en su razón? Es igual, hija mía, aquel hombre me amenazó e incluso intentó obligarme a escuchar. Según aquel diablo disfrazado de clérigo, no estaba exenta de un juicio por alta traición.

—Al parecer, mi señora, no sois consciente de ello.

No me doblegué a pesar de que sabía que el arzobispo cumpliría a rajatabla con sus amenazas y no daría cabida a la desesperación ante mi negativa. Eché de menos a Suffolk.

—Si alguno ha de ejecutar esa pena en mí, hacedlo ahora y ahorraos un juicio amañado.

Me asomé a la ventana. La muchedumbre me aclamaba una vez más.

—Ejecutadme sin ninguna prebenda. Quiero morir frente a mis súbditos y a la vista de todo el pueblo. Así, este al menos sabrá claramente qué se cuece. Escuchadles, al parecer solo ellos me reconocen como la Reina que soy de este país.

Quedé en silencio para que escuchase claramente los gritos de la muchedumbre enardecida, vitoreándome, y proseguí. Lee se limitó a fruncir el ceño en señal de duda.

—Sabéis bien que cada ápice de mi martirio será un estímulo a la rebelión. Yo no la incito, pero es así y nada puedo hacer al respecto. Si fueseis inteligente, alguien os lo hubiese contado.

El arzobispo de York no pudo repetir su amenaza. En el fondo, sabía que lo que le acababa de revelar era cierto y no un producto de mi imaginación. Antes de marcharse ordenó que me trasladasen como mejor estimasen a Kimbolton.

Lo acepté a cambio de que no torturasen a mi séquito procurando otros juramentos contrarios a mi persona. Sabía que las amenazas con que me había regalado Suffolk eran *peccata minuta* comparadas con las de aquel asesino. Esta vez mi terquedad no tentaría a la suerte, más cuando lo que estaba en juego era la vida de los míos.

## Capítulo XXV

### Aprende de la experiencia

*Mi amadísima María:*

*Aquí, en el castillo de Kimbolton, hace frío y la oscuridad alimenta mi tristeza. Es un infierno embarrado e insalubre que estimula mis dolores de estómago y mis mareos.*

*Voy a ser sincera en esta carta que adhiero al paquete que os envío.*

*Hace un tiempo me llegó la noticia de que el matrimonio de vuestro padre conmigo ha sido anulado, por lo que Vuestra Alteza ha sido declarada bastarda.*

*Semejante declaración es tan dura para Vuestra Alteza como para mí. Su aceptación significa que yo, la Reina Catalina de Inglaterra, no he sido otra cosa que una más de las concubinas que yacieron con vuestro padre. Lo que no podrán negar con mentiras es que lo fui durante veinticuatro años, y dudo que ninguna otra mujer lo supere. ¡Hemos de hacer oídos sordos a semejantes calumnias! Sé que os han prohibido acercaros a menos de cuarenta y cinco millas de Kimbolton y eso me apena, aunque sí os soy sincera, hace mucho tiempo que perdí la esperanza de veros de nuevo. Por eso hoy he terminado de escribiros la historia de mi vida. Sé que ello denota un claro signo de vanidad, pero no he encontrado, mi querida María, otra manera mejor de transmitir mi sapiencia y experiencia sobre estos vuestros Reinos. Leed tranquila y aprended de mis virtudes y errores, pues serán ese el último eslabón de la cadena que en vuestra formación necesitáis para ser la futura Reina de Inglaterra.*

*Rezo a Dios durante horas. A punto estoy de llagarme las rodillas en el reclinatorio para que me conceda mi último quehacer.*

*Suplico al Señor que me ayude en esta la última empresa de mi vida, la de reintegraros en el poder robado a Vuestra Alteza Real, la Princesa de Gales, mi hija, y a reinstaurar el catolicismo en nuestros Reinos. Dios Todopoderoso os probará hija mía, y confío en que os tratará con mucho amor. Habréis de aceptar su voluntad con alegría o resignación según lo que acontezca.*

*Ofreceros a Él, y si tenéis remordimientos limpiad vuestra alma con la confesión. Sé que a vuestro lado camina lady Shelton, tía de la Bolena, tentándoos como el Diablo y por mandato de nuestra enemiga. Sed fuerte y perseverad. No os dejéis manejar. Ella os pedirá sin duda que me neguéis junto a la Iglesia católica. Incluso es posible que intente vuestra renuncia al trono. Mantened vuestro corazón casto y vuestro cuerpo limpio, lejos de toda tentación o mala compañía.*

*Manteneos inflexible ante tanto vituperio, pero nunca faltéis el respeto debido a vuestro padre. Responded escuetamente y obedeciendo en lo posible sin llegar a tirar piedras sobre vuestro propio tejado. Ana Bolena intenta despojaros por todos medios de vuestras gracias en favor de su bastarda Isabel. Me desplazó a mí, y procurará lo mismo con Vuestra Alteza.*

*Respecto a nuestra enemiga, solo os puedo dar un consejo. No la maldigáis, más bien rogad por ella, pues muy pronto intuyo que la compadeceremos todos y lloraremos su suerte. La prepotencia la ciega y no es capaz de ver más allá de dos palmos de sus narices. Vuestro padre solo la quiere para que le dé un varón y como no sea capaz de ello la compadezco más que a ninguna otra mujer de esta tierra, porque sé lo que es ser repudiada por no ser fértil. Hablad poco con esa mujer y manteneos distante de ella. La discreción en estos tiempos de desdicha.*

*Puñaladas e intrigas son en muchas ocasiones un salvoconducto para la vida.*

*Vuestros derechos y creencias son inalienables, María. Por mucho que me intenten separar de Vuestra Alteza para recordároslo, hago lo imposible por que nunca lo olvidéis. Os escribo con cariño doquiera estéis, y no os preocupéis por escribirme, que sé por doña María que también lo tenéis prohibido. No os pondré en una picota obligándoos a ello.*

*Aún no logro entender, y las lágrimas abotargan aún más mi entendimiento, cómo Enrique, vuestro padre, consintió en romper con vuestra religión. Finalmente, el papa Clemente declaró perfectamente válido nuestro matrimonio y condenó el de Ana, pero aquello no le importó. Casi cinco años aguardé esta resolución, hija mía, y al llegar lo hizo tarde y mal, cuando los ánimos de los débiles hacía ya tiempo que andaban cansados e incrédulos. Hasta ese entonces habréis de saber que guardé la esperanza de que retrocediera en su equivocación, pero no fue así.*

*Con vuestro primo Carlos, el Emperador, no puedo contar para esta empresa. Sé que necesita más que nunca su alianza con Enrique para derrocar de una vez por todas a Francisco de Francia. En la balanza de los asuntos de Estado, mi situación no es primordial ante los intereses de mi sobrino.*

*Querida hija, siempre he vivido sometida a mi deber. Desde que nací fue esta la lección mejor grabada en mi mente, y moriré haciendo honor a mi obligación y sacrificio. Pero soy anciana, y al menos en recompensa a mis pesares puedo permitirme un leve devaneo en el soportar del devenir, y revolucionarme junto a Vuestra Alteza ante una injusticia que atenta contra la ley de Dios y sus mandamientos.*

*Apoyadme y escuchadme, María.*

*He rogado a mi amadísimo señor, vuestro padre, después de perdonarle*

*por haberme arrojado a tantas calamidades y haber rogado a Dios por el perdón de su alma, que os guarde y cuide con la diligencia de un buen padre de familia, entregándoos lo que os es debido. Moriría más tranquila sabiendo que os restituyeron como heredera de estos vuestros Reinos, pero supongo que la impaciencia nunca triunfó en mi vida y, por tanto, no seré agraciada por Dios en este deseo.*

*No os aflijáis por ello, ni convertáis vuestro corazón en pétreo por no poder despedirme.*

*Para mí, el saber que lucharéis con vuestra vida por la defensa de la fe católica y vuestra posición es el máximo consuelo. Soportad la pobreza que os venga dada, y aunque os vigilen, denigren, degraden o insulten, sed íntegra y fuerte.*

*Mentid si es necesario para salvar la vida, y sobre todo no comáis de mano sospechosa. Los que nos quieren, todos los días me alertan sobre el peligro y aun así no sé si mis dolores, que más que eso parecen entuertos, se deben más al veneno que a la enfermedad.*

*Me siento morir, hija mía, y por ello mandé a buscar a Forest al convento de Smithfield pues necesito verle tanto como a Vuestra Alteza para despedirme de esta mi vida en la Tierra.*

*Juan me hubiese dado la extremaunción como es debido, pero también le fue prohibido visitarme, por lo que en su lugar me la otorgó un joven cura al que nunca vi con anterioridad. ¡Ni siquiera me dejan despedirme de los míos! Os digo adiós con un par de consejos que engrosan esta lista.*

*Mostraos reservada y desconfiada. A vuestros diecinueve años ya sabéis tristemente cómo hacerlo con disimulo. Leed con detenimiento mis palabras, hija mía, porque una vez muerta poco más podré hacer por Vuestra Alteza.*

*Cuando las aguas se calmen, y os aseguro que siempre lo hacen, enmendad el mal hecho, que casi siempre hay tiempo para ello.*

*Vuestra madre que os quiere, Catalina, Reina de Inglaterra.*

\* \* \*

*Años después...*

*A mi amadísima señora, Reina y madre mía, que lo fue de estos mis Reinos:*

*No puedo morir sin contestaros a aquella carta que antaño me entregaron cuando todo mi ser lloraba por vuestra ausencia. María de Salinas la puso en mis manos, junto a la historia de vuestra vida y las pocas joyas y pieles que aún conservabais. Me dijo ella que en los últimos seis días no dormisteis más de dos horas, y por la letra temblorosa y emborronada de esta vuestra última*

carta a la que hoy contesto era evidente vuestra falta de fortaleza. Según vuestra fiel dama, aún retorcida por los retortijones de vuestro estómago, demacrada y moribunda, tuvisteis fuerzas para confesar de nuevo.

A los pies de vuestra cama quedaron sin entregar todos los regalos que para vuestra mermada Corte procurasteis en vuestro presidio junto a un montón de encajes.

Conservo aún un total de dieciséis tiras de encaje negro español cosidos sobre tela de lino con hilo de seda. En su momento los utilicé para vestiduras, cuellos, puños y demás aderezos que por Vuestra Majestad vestí. Es una herencia que aprecio, pues el pensar que tuvisteis aquellos hilos en vuestras manos me consuela. Tengo la intención de legarlos en un futuro a los campesinos de Bedfordshire por lo que os quisieron y la lealtad que os demostraron. Así, al menos, tendrán un recuerdo de vuestro paso por aquellos lugares.

La Epifanía para Vuestra Majestad transcurrió entre retortijones y dolores. Fallecisteis a las dos de la tarde del día 7 de enero, después de haber estado toda la noche anterior vomitando bilis.

Vuestro entierro fue glorioso según me contaron, pues vetada me fue la asistencia debido a que os enterraron como Princesa y no como Reina. Al menos, y como rogasteis, yacéis en el coro de la abadía de Peterborough, y allí permanecéis en el monasterio de los franciscanos con el hábito de la orden. En esto sí respetaron vuestra voluntad, y no la de otros muchos que quisieron trasladaros junto a tío Arturo, vuestro primer marido. Dispondré en un futuro que os entierren junto a mí en Westminster, como ha de ser en una Reina. Sobre vuestra lápida dejaré mi carta a falta de dirección terrenal.

He cumplido a rajatabla todos y cada uno de vuestros consejos a pesar de que el Rey, mi señor padre, como era de esperar, nunca escuchó vuestras rogativas. De nada le sirvió esto, porque Dios quiso al final poner todas las cosas en su lugar y la Corona llegó a mis sienes.

Vuestras palabras fueron visionarias. A mí, la entonces Princesa de Gales, me nombraron bastarda, y como tal viví muchos años de mi vida. Respecto al futuro de la Bolena también fuisteis certera, pues si hubieseis vivido unos meses más la hubieseis compadecido como vaticinasteis. La mujer que arruinó nuestras vidas murió decapitada y acusada de adulterio. La obsesión de mi señor padre por tener un varón fue tan desmesurada que llegó a tomar a cuatro mujeres más después de Ana Bolena para conseguir su propósito, y a pesar de ello no lo consiguió.

Antes de que me coronasen, lo hicieron con mi hermano Eduardo, el VI de este nombre. Era el producto del matrimonio de mi señor padre con la Seymour: reinó desde los once años, pero murió pronto. Mis enemigos nombraron Reina por aquel entonces a una usurpadora inesperada, lady Jane



*Grey, aquella niña noble que un día trajisteis a mi lado en la corte como dama de compañía y que repentinamente me desplazó. En tanto que nieta del duque de Suffolk accedió al trono y fue proclamada Reina por el partido protestante. Solo reinó nueve días, pues sus partidarios no pudieron borrar de las mentes de mis fieles mi existencia.*

*Lo primero que hice al acceder al trono fue ejecutarla. Fue la primera de una larga lista, y siento reconocerte, madre, que he tenido que derramar más sangre de la que nunca quise.*

*Quedó probado, por tanto, que la maldición en la que se escudaban los ignorantes no estaba en vuestro matrimonio, sino en el mismo Rey. Antes que todo, tuve que mentir para salvar mi vida, y llegué a renegar de la religión católica, pero después he luchado por ella y lucharé por ella hasta la muerte.*

*Querida madre: los sacrilegios fueron muchos y la nueva Iglesia anglicana aceptó muchas cosas que nunca hubiesen sido admisibles en la católica. Los ministros de la Iglesia anglicana obtuvieron licencia para desposarse. La confesión fue erradicada como obligación y dejó de ser una mera declaración de perdón concedida por Dios. Muchos símbolos a los que siempre fuimos devotos, como la iconografía en la iglesia y el agua bendita, desaparecieron.*

*Jesús solo estaba presente espiritualmente en el pan y vino consagrados.*

*Hoy ha retornado a la liturgia y está presente en cuerpo, sangre, alma y divinidad. El Papa consagra de nuevo a nuestros cardenales y obispos; el resto son ilícitos. Todo regresa a su debido cauce. Yo, la Reina María, estoy solo por encima del Parlamento, y el obispo de Canterbury está sometido al Vaticano. El orden jerárquico tradicional se impone.*

*El libro de la letanía de Cranmer ha sido prohibido, y todos los que no acaten mis órdenes son castigados con la misma dureza con que lo fueron los que un día os fueron fieles. No me importa que por ello me apoden La Sanguinaria, porque al recordar a hombres como vuestro confesor Forest, que murió en la hoguera asado como un cochino solo cuatro meses después de fallecer Vuestra Majestad, me llevan los demonios.*

*La Iglesia católica, apostólica y romana prevalece hoy en este mi Reino. Necesité hacer una criba entre nuestros enemigos, pero al fin y al cabo lo conseguí. Desde niña recuerdo una y mil veces las cabezas expuestas en la Torre de Londres, y es algo que no me impresiona demasiado debido a la asiduidad con que así se manifestaban mis predecesores. Incluso mi señor padre ejecutó a dos de sus esposas después de que Vuestra Majestad muriese.*

*Ordené aquellas ejecuciones por obligación, como tantas otras cosas y procurando no pensar demasiado en ello. No fue por vengar la muerte de los católicos que murieron defendiendo su religión, sino para mejor convencer*

*del camino a seguir a los débiles incrédulos.*

*Espero dejar sucesores para que prosigan mi labor, y que Isabel, la hija de la Bolena, no me tome el relevo. Si fuese así, no moriría tranquila, pues todo mi trabajo en defensa de la fe y el Sumo Pontífice acabarían en la nada.*

*Felipe, el hijo de vuestro sobrino, el Emperador, viene a desposarse conmigo, y con él procuraré fijar la definitiva alianza con la que tanto soñasteis.*

*No me casé con el padre, pero pronto lo haré con el hijo. Porto la rosa roja, símbolo de los Tudor, en una mano. Y tras mi matrimonio con Felipe penderé de mi cuello el joyel de la perla peregrina de los Austrias.*

*A vuestra muerte fui criada entre intrigas e inseguridad, y ahora que sin descendencia me veo, pongo todas mis esperanzas en mi sobrino Felipe para dar un heredero a la Corona y conservar vuestra estirpe. En cierto modo, y sin perdonarle, siento el desasosiego que debió de sentir mi padre al verse sin descendencia.*

*No pierdo la esperanza.*

*En tanto que mi madre, la Reina Catalina que fuisteis, sabéis que el sacrificio es la razón de ser de nuestra posición como Reyes, y tendré que vivir el resto de mis días con el peso de todas aquellas muertes a mis espaldas por el bien de la religión católica e Inglaterra.*

*Madre, sois afortunada porque no llegasteis a conocer los sucesivos y pecaminosos matrimonios de mi señor padre. Con Vuestra Majestad estuvo casado veinticuatro años, la mayoría de ellos felices. Sus otras cinco mujeres no llegaron a tenerle entre todas más de once años, lo que demuestra que vos fuisteis la más duradera y a la que más quiso. Tuvisteis de él lo mejor como hombre y como Rey católico, defensor de la fe que fue.*

*Ana Bolena y Jane Seymour, la madre de Eduardo, murieron el mismo año que Vuestra Majestad.*

*Con lo cual es paradójico pensar que mi señor padre enviudó de sus tres primeras mujeres en el año del Señor de 1536. Tras ellas contrajo tres pecaminosos y falsos matrimonios con Ana Cleves, Catalina Howard y Catalina Parr. Quizá eligió a dos tocayas de Vuestra Majestad recordándoos. No lo sé, pero quiero pensar como vuestra hija que soy, y actual Reina de Inglaterra, que os quiso más que a ninguna, pero que sometido a su deber se vio obligado a perderos.*

*Vuestra hija que os quiere, María, Reina de Inglaterra.*

## Bibliografía

- Abarca, Pedro, (Compañía de Jesús), Los Reyes de Aragón en anales históricos, Imprenta Imperial, Madrid, 1682.
- Amador de los Ríos, José, Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España, Madrid, 1848.
- Arteaga, Cristina de la Cruz de, Beatriz Galindo «La Latina», Espasa-Calpe, Madrid, 1975.
- La Casa del Infantado, cabeza de los Mendoza, Duque del Infantado, Madrid, 1940.
- Azcona, Tarsicio de, Isabel la Católica. Vida y reinado, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.
- Bergenroth, G. A., Calendar of State Papers, Spanish, vols. I y II.
- Bernáldez, Andrés (cura de Los Palacios), Memorias del reinado de los Reyes Católicos, Ayuntamiento de Los Palacios, 1988.
- Bibliografía de la Historia Inglesa, Período Tudor, 1485-1603, Conyers Read, Oxford, 1933.
- Carrillo de Albornoz, José Miguel, La reina triste, Belacqua, Barcelona, 2002.
- Carvajal, Anales.
- Cerrajería, Condesa de, Apuntes cronológicos de la historia de España, Imprenta Clásica Española, Madrid, 1922.
- Colón de Carvajal, Anunciada, y Chocano, Guadalupe, Cristóbal Colón: incógnitas de su muerte (1506): primeros almirantes de las Indias, CSIC, Madrid, 1992.
- D'Anghiera, Pietro Martire, Opus epistolarum Petri Martiris Anglerii mediolanensis. Cui accesserunt Epistolae Ferdinandi de Pulgar coetanei la tinae pariter atque hispanicae cum Tractaty Hispanico de viris Castellae illustribus, 1670.
- Del Pulgar, Hernando, Crónica de los Reyes Católicos, edición y estudio de J. de Carriazo, Madrid, 1943.
- Eiximenis, Francesc, Lo libre de les dones, ed. crít. de Frank Naccarato, Curial, Barcelona, 1981.
- Fuente, Modesto, Historia general de España, tomo VII, Montaner y Simon Editores, Barcelona, 1890.
- Gayangos, Pascual, Calendar of State Papers, Spanish, vols. III a VIII.
- Hackett, Francis, Enrique VIII y sus seis mujeres, juventud, Barcelona, 1959.
- Irving, Washington, Crónica de la conquista de Granada, Ediciones Miguel Sánchez, Granada, 1982.
- Layna Serrano, Francisco, Historia de Guadalajara y sus Mendoza en los siglos XV y XVI, Aache Ediciones, Guadalajara, 1993.
- Madariaga, Salvador de, Carlos V, Grijalbo, Barcelona, 1981.
- Marcuello, Pedro, Cancionero, ed., introd. y notas de José María Blecua, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1987.

Marineo Sículo, Lucio, *Obra de las cosas memorables de España*, Universidad de Valencia, Servicio de Publicaciones, 1993.

Marqués De Santa Cruz, *Crónica de los Reyes Católicos*.

Mattingly, Garret, *Catalina de Aragón*, Ediciones Palabra, Madrid, 1998.

Olaizola, José Luis, *Catalina de Aragón, mujer legítima de Enrique VIII*, Planeta, Barcelona, 1994.

Padilla, Lorenzo de, *Crónica de los Reyes Católicos*.

Prescott, William Hickling, *Historia del reinado de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, trad. Atilano Calvo Iturburu, Círculo de Amigos de la Historia, Madrid, 1976.

Salazar de Mendoza, Pedro, *El origen de las dignidades seculares de Castilla y León*, Universidad de Granada, 1998.

Valera, Diego, *Crónica de los Reyes Católicos*, Madrid, 1927.

Vives, Juan Luis, *De institutione feminae christiane*, trad. Joaquín Beltrán, Ayuntamiento de Valencia, 1994.

Zurita, Jerónimo, *Gestas de los Reyes de Aragón*, CSIC, Madrid, 1985.

#### Archivos

Archivo General de Simancas: Testamentos y codicilos reales y tratados con Inglaterra.

Archivos Casa del Infantado: Tendilla y Cardenal Mendoza.

Archivos del Vaticano: bulas, breves y proceso.

Biblioteca Nacional: Codicilo de la reina Isabel la Católica.

Biblioteca Nacional De París: Archivo Diplomático.

British Public Record Office: recopilación de cartas y documentos de Enrique VIII.



ALMUDENA DE ARTEAGA. Nació en Madrid el 25 de junio de 1967, ciudad en la que reside actualmente junto a su marido y sus dos hijas. Es licenciada en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y diplomada en Genealogía, Heráldica y Nobiliaria por el Instituto Salazar y Castro.

Ejerció la abogacía durante seis años, especializándose en Derecho Civil y Laboral. Trabajó como documentalista en los libros de La insigne Orden del Toisón de Oro y La Orden Real de España, un ensayo histórico. En 1997 publicó su primera novela La Princesa de Éboli. Después del éxito obtenido dejó el ejercicio del Derecho para dedicarse en exclusiva a la literatura. A esta primera novela le siguieron otras diez obras de distintos géneros.

Reconocida por la crítica como una de las más destacadas escritoras de novela histórica actuales, sus libros han llegado a permanecer más de cuatro meses en las listas de los más vendidos, con numerosas reediciones y se han traducido a varios idiomas.

En marzo de 2012 fue galardonada con el XIX Premio Azorín de Novela por su obra Capricho, un recorrido histórico con intriga por el Madrid del siglo XIX.

Actualmente continúa escribiendo, conferenciando en foros literarios e históricos y colaborando como articulista en periódicos y revistas de ámbito nacional.

## **Obra**

## Novelas

- La Princesa de Éboli (1997).
- La vida privada del emperador Carlos V (1999).
- Eugenia de Montijo (2000).
- La Beltraneja, el pecado oculto de Isabel la Católica (2001).
- Estúpida como la luna (2001).
- Catalina de Aragón. Reina de Inglaterra (2002).
- María de Molina: Tres coronas medievales (2004).
- La esclava de marfil (2005).
- El desafío de las Damas, La verdad sobre la muerte del Conde Duque de Olivares (2006).
- El Marqués de Santillana (2009).
- Los ángeles custodios (2010).
- Capricho (2012).

## Ensayos

- La insigne Orden del Toisón de Oro (1996), como documentalista.
- La orden Real de España (1808-1813) (1997), junto a Alfonso Ceballos-Escalera.
- Herencias y legados adquiridos por Don Íñigo López de Mendoza. Marqués de Santillana (1398-1458), Tomo «El Hombre» (2001).
- Leonor: ha nacido una reina (2006), junto a Nieves Herrero.
- Beatriz Galindo «La Latina» Maestra de Reinas (2007).

## Relatos

- Confesiones Secretas (Hijas y padres, 1999).
- Cabeza de cera (La Razón, 2005).
- La paz de la experiencia (La Razón, 2005).
- El duende que convirtió humo en cristal (Cuentos con corazón, 2005).
- El extraño zahorí (La Razón, 2006).
- Zarpamos trazando una estela (2007).

## Premios

- Premio de Novela Histórica Alfonso X El Sabio (2004) por su obra María de Molina, tres coronas Medievales.
- Finalista del Premio Internacional de Novela Histórica «Ciudad de Zaragoza»

(2006) por El desafío de las Damas, La verdad sobre la muerte del Conde Duque de Olivares.

- Mención honorífica en el Premio Espartaco (2006) por El desafío de las Damas, La verdad sobre la muerte del Conde Duque de Olivares.
- Premio Algaba (2007) *ex aequo* por «La Latina» Beatriz Galindo, maestra de reinas.
- Premio Azorín (2012) por «Capricho».